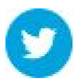

Claire Douglas
El último CRIMEN de la ESCRITORA EMILIA WARD
Planeta

Índice


You
Tube

in

Sinopsis

Emilia Ward, la escritora de las exitosas novelas de misterio protagonizadas por la policía Miranda Moody, vive feliz en un barrio acomodado de Londres con su marido y sus dos hijos, una adolescente de su primer matrimonio y un niño pequeño del segundo. Pero cuando Emilia está ultimando los detalles de su última novela, la vida da un giro inquietante: un incidente sacado directamente de la trama de uno de sus libros ocurre en la vida real. Una coincidencia inquietante, tal vez. Hasta que suceda una vez, y otra más.

Y, a continuación, alguien es asesinado siguiendo el mismo modus operandi que ella ha descrito en el manuscrito que está escribiendo, pero hay un problema: sólo lo ha leído su editora y sus más allegados.

¿Qué mente retorcida se oculta tras los hechos? ¿Y si Emilia y su familia son los siguientes?

El último crimen de la escritora Emilia Ward

Claire Douglas

Traducción de Milo J. Krmpotić





Para Ty… ¡Brindo por veinte años más!

Prólogo

Mayo de 2022

Una película de transpiración cubre el labio superior del detective jefe Anthony Haddock, que además tiene el flequillo pegado a la frente y la corbata torcida. Luce unas manchas de color violeta debajo de los ojos y lleva la camisa arrugada. Emilia debe de transmitir la misma imagen de agotamiento, porque no durmió anoche. Ni siquiera recuerda si esa mañana se ha cepillado el pelo (los dientes, no, de eso está segura) y lleva puesta la misma ropa de ayer.

—Quiero reiterarle lo mucho que lamento su pérdida —dice él con sinceridad.

Tiene la nuez muy marcada, se hincha en su cuello delgaducho cada vez que traga saliva. Emilia no puede dejar de mirarla. Se clava las uñas en la palma de las manos para no llorar. La verdad es que no puede echarle la culpa a ese hombre de camisa arrugada que le hace parecer un alumno de bachillerato. Debería haberse quejado con más vehemencia cuando se lo presentaron, el mes pasado, y así quizá no tendrían que estar allí los dos, en esa habitación sofocante y claustrofóbica, durante el día más caluroso de lo que llevan de año.

Se remueve en el asiento, porque la falda se le ha pegado a la parte de atrás de las piernas. La libreta —la que empezó a usar por consejo de otro agente de policía cuando comenzó todo aquello— descansa en la mesa, entre ambos. Se la regaló Jasmine, su hija adolescente, en enero, por su cumpleaños, para que esbozara el argumento de su nueva novela, la primera que iba a escribir fuera de la serie. Su tapa muestra varias mariposas coloridas en tamaño menguante, algo que Emilia siempre ha asociado a la idea de renovación, de cambio. De crecimiento. Sin embargo, no ha llegado a cumplir con su propósito. En su lugar, la libreta contiene todos los acontecimientos retorcidos que han venido ocurriendo durante los

últimos meses. Los ecos macabros de historias ya escritas. Y, ahora, un asesinato. El de una persona a la que ella quería.

—Estamos haciendo todo lo posible para atrapar a quienquiera que sea que esté detrás de esto. —Haddock guarda unos instantes de silencio, pero sus ojos de color claro jamás abandonan los suyos, y acto seguido dice—: ¿Está segura de que se trata de alguien a quien conoce? —Y mira la lista de nombres que ella le acaba de pasar.

—Sí, estoy segura. —Desearía estar equivocada, pero sabe que no es así—. Mis amigos más cercanos y mis familiares son los únicos que han leído *El último capítulo*…, además de mi editora, por supuesto. Aún no se ha publicado. Y algunas de las cosas que han ocurrido, sobre todo estas últimas semanas, bueno, han salido del manuscrito.

Él asiente con gesto sabio, los finos labios apretados. No dice nada. No es necesario. Su silencio es muy elocuente y las implicaciones están claras.

Porque a ella, Emilia Ward, autora superventas de la popular serie de novelas de la inspectora Moody, se le está acabando el tiempo. Al final de *El último capítulo* ha matado a su muy querida protagonista, la inspectora Miranda Moody. Si el patrón se mantiene, si quien esté haciendo esto se ciñe al argumento del libro, querrá decir que solo queda por recrear uno de sus acontecimientos principales.

La muerte de la inspectora Moody.

Y, por tanto, la suya propia.

Primera parte

1

Marzo de 2022

Emilia está en el autobús que la devolverá a casa, mirando el cielo encapotado por la ventana y pensando que ha comido demasiado, cuando ocurre.

Un borrón de luces destelleantes y las sirenas atronadoras del coche de policía que pasa zumbando a su lado, seguido de otros dos en rápida sucesión.

No le da demasiadas vueltas. Habrá sido otro accidente. Ya está acostumbrada. A fin de cuentas, vive en Londres y son las 16.45 del viernes, el principio de la hora punta. Se recuesta contra el asiento y se pregunta si podría encontrar la manera de soltarse un poco la cintura de la falda. No debería haber aceptado la tarta crujiente de manzana con crema pastelera. El ejemplar de *Grazia* asoma por la boca del bolso que tiene entre los pies. Lo ha comprado antes de coger el autobús, en High Street Kensington, pero el trayecto está durando tanto y se siente tan confinada que ni lo ha abierto por miedo a marearse.

A su lado está sentada una anciana que lleva en la cabeza un pañuelo estampado de color naranja y que se dedica a abrazar al perro salchicha de pelaje largo que descansa sobre su regazo. Mientras el autobús se detiene con un resoplido y eructa unos gases que entran por la ventana abierta, la mujer chasquea la lengua, impaciente, y se vuelve hacia Emilia con gesto exasperado.

—Rigsby tendrá que hacer pipí en un minuto.

El perro levanta la cabeza hacia Emilia y le clava sus melancólicos ojos marrones. Ella le dirige una mirada tranquilizadora a la anciana, pero se agacha y mueve el bolso para que quede entre su muslo y la ventana, no vaya a ser que Rigsby decida vaciar la vejiga encima de su querido Mulberry.

Están en Kew Road. No tardarán en pasar por Kew Gardens, pero,

a causa de la huelga del metro, las calles están más concurridas de lo habitual. Así que ahí está, atrapada en un autobús con olor a la empanada de Cornualles que está devorando el joven del asiento de delante y bajo la amenaza de la micción de un perro. No ve el momento de llegar a casa y contarle a Elliot la reunión que ha mantenido con su editora. Le ha hecho una llamada breve al salir del restaurante, sobre todo para recordarle que debía recoger a Wilfie de la escuela, pero no ha tenido la oportunidad de contárselo todo.

Estaba tan ansiosa, esa misma mañana... No encontraba su bufanda favorita, la del estampado de piel de leopardo, y luego olvidó dónde había dejado las llaves de la casa.

—Todo irá bien —le dijo Elliot cuando al fin estuvo preparada para salir, y le dio un beso en la mejilla para no estropearle el carmín —. Tú sé sincera, que ella lo entenderá. Al fin y al cabo, se trata de tu carrera.

Así que ha sido sincera..., al menos hasta cierto punto. Hannah, su editora, se ha quedado pálida por debajo del maquillaje cuando Emilia le ha reconocido que quiere matar a la protagonista de la novela que está escribiendo, la décima de la serie. Hannah está embarazada de casi ocho meses y a Emilia le preocupaba la posibilidad de provocarle un parto prematuro. La mujer ha mantenido los elegantes dedos enroscados en torno al vaso de limonada, como si se hubiera quedado paralizada, mientras Emilia le explicaba que quería que el libro número once fuera una novela de intriga independiente y que tenía la sensación de que la historia de la inspectora Moody había llegado a su fin. No admitió que este ha sido uno de los libros que más le ha costado escribir, ni que en un momento determinado llegó a dudar que fuera a ocurrírsele un argumento lo bastante bueno.

Hannah tardó unos instantes en responder. Al final, dijo con voz tensa:

—La serie de la inspectora Moody ha vendido más de dos millones de ejemplares solo en el Reino Unido. Es un riesgo enorme.

Emilia era consciente, claro que sí. Y la aterrorizaba. Pero tiene la sensación de que ha llegado el momento adecuado. Van diez libros en diez años, y escribir *El último capítulo* ha supuesto una lucha constante.

La comida ha acabado con una especie de tregua: Emilia le mandará el primer borrador de *El último capítulo*, que incluye la

muerte de la inspectora Moody, y Hannah verá si funciona. Si no es así, Emilia cambiará el final, se tomará un respiro y escribirá algo diferente, pero dejará todo abierto para que su heroína pueda regresar en el futuro.

El autobús sigue sin moverse y lo único que Emilia ve es la fila de tráfico que tiene por delante. Se pregunta si no debería continuar el trayecto a pie, desde allí son solo veinte minutos, pero, si el conductor se niega a dejar que baje, tendrá que regresar avergonzada a su asiento delante de toda esa gente.

La puerta doble de la parte delantera del autobús se abre con un silbido de succión y un agente de policía sube al vehículo. Los pasajeros se callan de inmediato, se miran los unos a los otros con expresión inquisitiva. La anciana inclina el cuerpo hacia la derecha para poder mirar por el pasillo, se vuelve hacia Emilia y le ladra:

—¿Qué hace ese aquí?

Como si ella fuera a saberlo.

—Quizá va a decirle al conductor que ha habido un accidente —contesta educadamente—. O que la calle está bloqueada.

El agente abandona el autobús y el conductor se pone en pie para dirigirse a los pasajeros:

—Discúlpenme todos —dice con rostro rubicundo y una chaqueta que sufre para cubrir su amplia barriga—. Me temo que se ha producido un incidente grave algo más adelante, en esta misma calle. Por desgracia, tendrán que bajarse aquí.

La gente comienza a gruñir y a maldecir. El hombre que tiene enfrente guarda los restos de la empanada en la bolsa de papel. La anciana chasquea la lengua de manera ruidosa y murmura algo sobre la molestia que le representa. Al menos, ahora Rigsby podrá hacer pipí, piensa Emilia mientras la observa dejar al perro en el suelo del autobús como si el animal estuviera hecho de cristal. Emilia está deseando bajarse, pero espera sentada y paciente a que todo el mundo se ponga en pie y avance arrastrando los pies hacia el frente. En el momento en que pisa la calzada, le suena el móvil.

—Hola, Jas. —Se ha levantado viento y tiene que arrebujarse en la chaqueta de cuero. Ojalá se hubiera puesto algo que la abrigase más. El gentío procedente del autobús se ha congregado a su alrededor y no puede avanzar. Rigsby ha levantado la pata junto a la farola más cercana.

—¿Dónde estás? Wilf está en plan mocoso y Elliot no hace nada para impedirlo, y se supone que papá tiene que venir a recogerme, pero llega tarde y no encuentro los vaqueros de cintura alta.

Emilia respira hondo y se pasa el móvil a la otra oreja.

—Tienen que estar en la secadora… Estoy de camino. Creo que ha habido una especie de accidente.

—¿Accidente?

Emilia percibe el miedo en la voz de su hija. Por debajo de la insolencia y las hormonas, sigue siendo una chica sensible y ansiosa.

—No pasa nada —la tranquiliza—. No me ha afectado, pero me han hecho bajar del autobús.

—¿Puede Elliot ir a recogerte?

Emilia le dirige una mirada a la calle. Los vehículos se alinean casi capó contra maletero en ambos sentidos. Alguien pega un bocinazo, lo que le provoca una dentera instantánea. ¿Por qué hará la gente esas cosas? Con ello no van a lograr que el tráfico avance más rápido. Rodea el grupo que se ha quedado allí detenido y comienza a avanzar veloz, golpeando el pavimento con los tacones.

—No, no estoy lejos y hay un buen atasco. Será más rápido si voy a pie. —Vacila un instante—. Pensaba que tu padre iba a recogerte a la escuela.

Jasmine resopla al teléfono.

—Parece que le ha surgido algo y he tenido que coger el autocar escolar. Ha dicho que me vendría a buscar a las seis.

Emilia se imagina a su hija poniendo los ojos en blanco mientras habla. Es consciente de que Jasmine mantiene una relación complicada con Jonas.

—Vale, vendré lo antes posible. Y tus vaqueros…

—Lo sé, lo sé. Has dicho que en la secadora. —Hay una ligereza en su voz que le levanta el ánimo a Emilia. Jasmine la tiene preocupada. Los confinamientos durante la pandemia tuvieron un impacto negativo en su salud mental, pero Elliot se ha portado de fábula con ella, ofreciéndole consejo porque él mismo sufrió de ansiedad cuando era adolescente. Jasmine siempre ha sido un poco torpe para las relaciones sociales, pero volver a la escuela para el décimo curso le supuso un desafío especial, y en un primer momento le costó volver a asentarse.

—Si ya te has ido cuando vuelva, que te lo pases de maravilla en

casa de tu padre y nos vemos el domingo. Te quiero.

—Y yo a ti —contesta Jasmine, y cuelga el teléfono.

Emilia se guarda el móvil en el bolsillo y acelera el paso. Le gustaría llegar a casa antes de que Jasmine se marche. Piensa en Jonas, su exmarido, y en Kristin, la esposa de este y su amiga de antaño, jugando a las familias felices con su hija. De alguna manera se las ha arreglado para mantener un contacto cercano con Jonas por el bien de Jasmine, pero no siempre ha sido sencillo. A Kristin le cuesta más perdonarla.

Se cuelga el bolso del hombro. Ojalá se hubiera puesto unas botas de suela plana. Se dispone a girar por una calle lateral cuando repara en el agente de policía con chaleco reflectante amarillo que dirige el tráfico mientras dos camiones de bomberos y varios coches de policía bloquean la calle. Se pregunta qué habrá pasado.

2

—No sé qué habrá sucedido, pero había policía por todas partes —le cuenta Emilia a Elliot más tarde, mientras preparan la cena en su espaciosa cocina americana. Es su habitación favorita de la casa, con ese suelo de parqué claro, sus encimeras de mármol y los armaritos de color azul marino. Constituye también el centro de la vida familiar, el lugar donde se reúnen todos. Cuatro años antes, cuando se mudaron, era un sueño imposible, pero después de cinco meses de obras de ampliación y renovación estuvo lista para las Navidades del pasado año.

—¿No se lo puedes preguntar a tu amiga madera, comosellame? —A su marido se le dan fatal los nombres. Todo el mundo es siempre «comosellame».

—Louise. Podría, pero está en el departamento de investigaciones criminales, así que dudo que lo sepa —contesta ella, agachándose para coger de manera automática cuatro platos del armario. Al ponerlos sobre la encimera, recuerda que Jasmine está con su padre y devuelve uno de ellos a su sitio.

Odia los momentos en que Jasmine se ausenta. Sin ella, la casa le parece demasiado grande, demasiado vacía. Elliot le ha dicho que Kristin pasó a buscarla porque Jonas no sabía cuándo podría salir de la oficina. Eso hizo que Emilia se molestara de manera inmediata. Jonas solo ve a su hija cada dos fines de semana..., lo mínimo que puede hacer es asegurarse de salir a tiempo del trabajo.

Se vuelve para evaluar a Elliot, que está parado delante de la cocina. El suave suéter de cachemira se tensa sobre sus hombros anchos, acentúa su cintura delgada y el bronceado de su piel. A lo largo de los años se ha preguntado a menudo si, en caso de que Kristin le hubiera puesto los ojos encima, Elliot habría sucumbido ante ella con tanta facilidad como Jonas. Elliot no se parece en nada a su exmarido, no solo en cuanto al físico —es moreno y corpulento, mientras que Jonas es rubio y enjuto—, sino también en su

personalidad. Jonas fue siempre un poco ligón; le gusta pensar que las mujeres lo encuentran atractivo y encantador, quiere gustar a todo el mundo, siempre es el alma de la fiesta, el último en abandonar el pub, sale constantemente con amigos diferentes. Elliot es honesto, a veces de manera brutal (una vez, cuando ella se tiñó el pelo algunos tonos más oscuro, le dijo que se parecía a Morticia Addams), y a menudo rehúye los actos sociales por timidez, pero al menos ella sabe dónde pisa en el caso de su segundo marido.

Elliot se dirige hacia el televisor, en la sala de estar del extremo de la cocina; en las puertas plegables que dan al jardín se refleja una imagen de los dos. Coge el mando a distancia del sofá de lino gris, allí donde lo ha dejado tirado Wilfie.

—Quizá salga en las noticias.

Se vuelve para sonreírle mientras apunta hacia el televisor con el mando y de repente ella siente un estallido de amor hacia él. Es un buen hombre. Un hombre sólido. No es vanidoso. Como escritora, Emilia gana más que él, pero eso no le molesta en absoluto. Es gracias al dinero de ella que pueden permitirse esa casa de estilo victoriano y encalada de cinco habitaciones en una de las mejores calles de Richmond Hill. La primera vez que la vio, Jonas maldijo entre dientes.

Emilia mezcla el wok, satisfecha de oír el chisporroteo agradable del pollo y los pimientos. Pese a lo mucho que ha comido al mediodía, el olor hace que le ruja el estómago.

—¡Papá! ¿Puedo ver *Hora de aventuras*? —Wilfie, su hijo de ocho años, irrumpe en la habitación procedente de su guarida con el mando de la PlayStation en la mano y se pone a saltar sobre un pie y sobre el otro; es una bola de energía con el mismo cabello moreno y ondulado de su padre.

—Un momento, jovencito —contesta Elliot—. Solo necesito echarles un ojo a las noticias. Mamá ha visto algo interesante de camino a casa y solo queremos...

Pero Wilfie ya se ha marchado. Elliot mira a Emilia levantando las cejas y ella se ríe. Llevan mucho tiempo bromeando con que su hijo nunca está quieto el tiempo suficiente para hacer nada, salvo a la hora de comer y dormir. En lo referente a la comida, ha salido a ella.

—¡La cena está casi lista! —le grita Emilia, aunque no hay respuesta.

Solo puede jugar a la Play porque es viernes por la noche, y sin

duda se está aprovechando de ello. Apenas ha asomado la cabeza desde que Emilia ha llegado a casa.

—Espera… Creo que debe de ser esto —le dice Elliot mientras retrocede hacia donde está ella, con los ojos puestos en el televisor.

Emilia apaga el wok y va al lado de él, que le pasa el brazo por encima de los hombros. Ella se siente diminuta, con su metro cincuenta y ocho, en comparación con el metro ochenta y dos que mide Elliot. Ven la leyenda de «ÚLTIMA HORA» destellear en la pantalla y, acto seguido, una presentadora bien vestida y con el cabello rubio cortado a la perfección por encima de los hombros comienza a hablar mientras aparece una serie de imágenes que muestran la entrada a Kew Gardens y a la policía en el exterior.

—Hoy se ha producido un grave incidente en Kew Gardens, Londres. La policía ha tenido que evacuar a los visitantes y despejar Kew Road delante de esta popular atracción turística por miedo a que se produjera un ataque terrorista. Aproximadamente a las cuatro y veinticinco de la tarde, el personal de Kew Gardens ha recibido un aviso anónimo asegurando que había una bomba en el interior del recinto. Los especialistas de la policía han localizado un petate, pero nos han informado de que se trataba de una falsa alarma, pues la bolsa contenía un viejo transistor de radio.

Cuando la presentadora pasa a contar otra historia, Elliot apaga el televisor y deja el mando encima de la mesa de café. Regresa junto a la cocina y Emilia lo sigue, dándole vueltas a la noticia en la cabeza.

«Me suena mucho.»

—Lo más probable es que hayan sido unos adolescentes haciéndose los graciosos —dice mientras comienza a servir el salteado —. Pero es algo serio. Si los cogen… —Levanta la mirada y debe de ver la expresión en la cara de Emilia, porque le pregunta qué le pasa.

Ella niega con la cabeza.

—Nada. Es solo que…, no lo sé. Es algo un poco raro.

—¿El qué?

—En mi primer libro…, ya sabes, *El pirómano*…

—¿Cómo podría olvidarlo? —dice él, suavizando la mirada.

Se conocieron en una cafetería mientras ella lo escribía, casi once años atrás. Emilia estaba en medio de su divorcio y había alquilado un pisito con Jasmine después de que Jonas le comprara su parte de la casa que habían compartido en Twickenham. Siempre había deseado

escribir una novela, pero después de la universidad había entrado a trabajar en un periódico local. Acababa de conseguir un empleo como redactora en uno de los suplementos dominicales cuando descubrió que estaba embarazada de Jasmine. Tenía veintitrés años, estaba sin blanca y vivía con Jonas, a quien había conocido en su primer año en la Universidad de Brighton. El embarazo no formaba parte del plan. Nada más darle la noticia a Jonas, él le propuso matrimonio y se casaron a los pocos meses, en una ceremonia sencilla y algo apresurada en el registro civil del lugar.

Después de que naciera Jasmine, Emilia no pudo permitirse volver al trabajo a jornada completa: el precio de la guardería se habría tragado su modesto salario y sus padres vivían demasiado lejos para poder ayudarlos —aunque tampoco es que lo hubieran hecho en caso de vivir en el mismo pueblo—, así que se dedicó a redactar artículos como autónoma cada vez que podía. Cuando Jonas la dejó, aprovechó el tiempo que Jasmine pasaba en la escuela para escribir un libro sobre una detective que no se anda con tonterías. Un personaje fuerte y de armas tomar, porque en aquel momento ella misma se sentía débil e impotente.

Elliot entró en aquella cafetería al lado del río durante la pausa de la comida; venía de ver a un cliente. La primera impresión de Emilia fue que tenía unos ojos cálidos de color marrón. Unos ojos bondadosos. Se pusieron a hablar después de que ella le pidiera que le vigilara el portátil mientras iba al servicio.

—¿Cómo supiste que no iba a salir corriendo con él? —le preguntó Elliot más tarde.

—Porque tienes cara de ser alguien en quien se puede confiar —contestó ella.

Él sigue usando esas palabras contra Emilia cuando ella lo acusa de haber cogido la última bolsa de patatas fritas o de haberse acabado el paquete de café. «¿Qué? ¿Yo? ¡Pero mírame, si con esta cara puedes confiar en mí!»

—¿Qué pasa con *El pirómano*? —le pregunta ahora a la vez que rebusca en el cajón de la cubertería.

—Bueno —dice Emilia mientras lleva los platos a la mesa con superficie de roble—, que en ella escribí que pasaba esto. Una falsa alarma. Un petate con un transistor dentro, abandonado en Kew Gardens, ¿lo recuerdas?

Él suelta los tenedores y los cuchillos sobre la mesa con estrépito.

—Estas cosas ocurren. Es Londres. Se trata solo de una coincidencia, nada más. Escribiste ese libro hace muchos años.

Pues claro que es solo una coincidencia. Ese es el tipo de pensamiento racional que adora en su marido. Ella siempre pasa de cero a cien en un momento. Pero Elliot tiene razón, es una de esas cosas que pasan. Sospecha que habrán sido unos chavales haciendo el payaso.

«Igual que en mi libro.»

Elliot regresa a la isla de la cocina. Emilia lo observa e intenta sacudirse la irritante sensación de que es una coincidencia demasiado grande. Han transcurrido once años desde que escribió su ópera prima, y tampoco es que pueda recordarla palabra por palabra. No obstante, le está volviendo a la memoria.

En el momento en que tenía lugar el susto de la bomba en Kew Gardens, su protagonista, la inspectora Miranda Moody, estaba recorriendo Kew Road a bordo de un autobús que tuvo que ser evacuado.

Tal y como le ha sucedido a ella.

3

—Por aquí. Está ahí arriba.

El sargento Saunders le señala la casa azotada por el viento frente al mar. Es media tarde, el cielo tiene un color blanco espeso y Saunders patea el suelo para quitarse el frío de los pies. O quizá sea que se le está acabando la paciencia. Con él, nunca se sabe. Soy su jefa, así que tampoco es que pueda decirme que me dé prisa, joder, aunque estoy segura de que lo está pensando. No le digo que he echado el resto para llegar hasta aquí, ni que, cuando he recibido su llamada, estaba intentando convencer a mi anciano padre de que la mujer a la que adora —mi madre— realmente estaría mejor en una residencia. Ni que mi exmarido me acaba de anunciar que va a casarse de nuevo.

En los cinco años que llevamos trabajando juntos, no le he contado nada sobre mi vida privada. Es mejor así. Claro que, puesto que él nunca deja de hablar, yo lo sé todo acerca de la suya. Tampoco es que haya mucho que saber, a excepción de todo lo que bebe en el pub con los colegas después del trabajo y de las mujeres de las que se enamora rápida y profundamente, pero que nunca parecen sentir lo mismo por él.

Les mostramos las placas de manera fugaz a los dos agentes uniformados que están vigilando la propiedad y nos detenemos para ponernos los cubrezapatos. Ya han colocado la cinta policial alrededor del perímetro. Los agentes se apartan y nos dejan pasar. Nos agachamos para pasar por debajo de la cinta, nos cuidamos de no tocar la puerta de entrada, recorremos el pasillo y subimos las escaleras. La moqueta marrón está andrajosa; las paredes de color salmón, astilladas.

El olor me golpea nada más llegar a lo alto de las escaleras. La puerta del estudio está abierta y la agente encargada de la escena del crimen ya se encuentra en el pequeño dormitorio del final del pasillo. Saunders y yo nos quedamos en el umbral de la habitación, procurando no tocar nada y esperando a que nos permita entrar. Desde nuestra posición podemos ver que la víctima está tumbada de espaldas encima de la cama, con las manos y los pies atados. Lleva un camisón de satén verdeazulado, cuya parte

delantera está empapada en sangre.

La agente levanta la mirada. Es Celia Winters. Cincuenta y tantos, feroz. Sabemos que no nos conviene entrar en la habitación mientras lleva a cabo su trabajo. Todo en ella transmite seriedad, profesionalidad. Nadie adivinaría que somos amigas, ni que salimos de copas a menudo, ni que la mayoría de las veces acabamos desentonando en el bar-karaoke del centro de Plymouth.

—La han acuchillado —nos aclara—. Muchas veces. Aún hay que determinar la hora de la muerte, pero pienso que habrán pasado al menos doce horas. Y hay algo más... —Se dirige hacia la pierna de la víctima—. Aquí, en el tobillo...

Me vuelvo hacia Saunders, consciente de que su expresión y su subidón de adrenalina serán un reflejo de los míos. Los dos contenemos la respiración, expectantes. Esperamos. Ya sabemos lo que nos va a decir.

—... hay una marca. Es como un tatuaje reciente, pero está hecho con una especie de cortaplumas. Está fresco, creo que se lo hicieron justo antes de que muriera, o quizá nada más morir. Probablemente no podáis verlo desde ahí, pero es pequeño y bastante complejo. Un triángulo, con unos ojos y antenas extraños. Nunca había visto nada parecido, pero semeja la cabeza de un insecto.

Saunders y yo intercambiamos una mirada. Sabemos con exactitud lo que es, pese a que llevamos años sin verlo y a que él lo conozca únicamente de las fotografías policiales.

Una mantis religiosa.

En ese momento, Celia parece darse cuenta. Ya habíamos hablado de este asunto, aunque no trabajaba con nosotros cuando tuvo lugar el último ataque.

Se queda boquiabierta.

—Mierda —murmura, mirándome a los ojos.

Incluso a mí me da la sensación de que mi voz suena sombría:

—Parece que ha vuelto.

4

La puerta de la calle está abierta y la luz se derrama sobre la acera cubierta de escarcha. Jonas está de espaldas a ella, así que no se da cuenta de que sale del Nissan Leaf y sube por el camino con mucho cuidado de no resbalar. Es una de las numerosas cosas que no echa de menos en su exmarido: lo poco práctico que es. No como Elliot, que ya ha echado sal de roca sobre el camino de acceso. Hace un frío inusual para principios de marzo.

—¡Date prisa! ¡Tu madre estará aquí en un minuto! —grita él en dirección al piso de arriba. Entonces debe de oír o percibir que ella está en el umbral, porque gira sobre sus talones y rompe su expresión tensa con una sonrisa—. Oh, hola, Em. Lo siento, no está lista. Llevo quince minutos pidiéndole que recoja sus cosas. —Se encoge de hombros para transmitir una sensación de indiferencia, pero ella percibe el estrés que irradia como si fuera vapor. ¿Habrá estado Jasmine haciendo de las suyas? Jonas no siempre encuentra la mejor manera de lidiar con los cambios de humor de su hija.

—¿Cómo está? —le pregunta en voz baja.

Él hace una mueca.

—No demasiado mal. Ayer se pasó la mayor parte del día encerrada en su habitación, aunque esta mañana Kristin se la ha llevado de compras. Entra, vas a coger frío. ¿Quieres una taza de té mientras esperas a que Su Alteza se ponga las pilas?

Emilia entra al vestíbulo. Lo han redecorado varias veces desde la época en que ella vivía allí, y en ese momento tiene las paredes de un color piedra cálido, con luces de pared hechas de latón y un espejo inmenso que hace que ese espacio tan pequeño parezca mucho más amplio. Al parecer, según Jasmine, Kristin está atravesando una «fase de diseño de interiores».

Se queda reflexionando sobre la oferta de ese té. En alguna ocasión rara, cuando Kristin no está por allí, ha aceptado. Pero acaba de ver que su Mini descapotable está fuera.

—Gracias, pero tendría que ir volviendo —contesta mientras cierra la puerta a su espalda, pero solo lo suficiente para que descanse sobre el pestillo.

—Claro. —La sonrisa de Jonas flaquea y ella se acuerda de aquella vez, al año o así de que se separaran, en que, después de dejar a Jasmine en su casa, él la sorprendió admitiendo que la echaba de menos. Emilia acababa de comenzar a salir con Elliot y lo achacó a que de repente él deseaba lo que estaba en manos de otro hombre. Lo cual hubiera sido típico de Jonas. Desde entonces no ha vuelto a decir nada al respecto, pero saber eso es para ella como una joya secreta que a veces sostiene sobre la palma de la mano para maravillarse, antes de volver a guardarla entre los pliegues de su memoria—. ¿Cómo va el libro? ¿Lo has acabado ya?

—Hace nada. Hoy mismo se lo he enviado a mi editora.

—Y esta vez, ¿a qué se dedica la inspectora Miranda Moody?

—Creo que es mi novela más oscura hasta ahora. Hay un asesino en serie que marca a sus víctimas con la cabeza de un insecto. Mujeres a las que acuchilla hasta la muerte. ¡Agradable y ligera! —Deja escapar una carcajada, como riéndose de sí misma—. ¡Ah, y Miranda muere al final!

—¿Cómo? —Jonas se la queda mirando con los ojos desorbitados, fruto de la impresión—. ¿Por qué has hecho eso? ¡Ya sabes que adoro a esa vieja pies planos!

—Ya lleva diez libros. Ha tenido su momento.

Él sigue observándola como si le hubiera crecido una segunda cabeza.

—Pero ¿por qué?

—Porque quiero escribir algo diferente.

—Fijo que tu editorial no está nada feliz.

—Hemos alcanzado un compromiso. —Le habla de la comida del viernes con su editora.

—Entonces, ¿Hannah está leyendo ahora mismo la versión acabada?

—Bueno, dudo que lo esté haciendo ahora mismo. Es domingo. Pero con un poco de suerte me dirá algo pronto, porque si le parece que no funciona me pedirá que mantenga el final abierto. Tal vez me proponga que la inspectora Moody quede gravemente herida, pero no muerta de verdad..., aún no lo sé. Quizá eso sea lo mejor.

—Personalmente, creo que deberías mantenerlo abierto. Pero, claro, yo soy un fan.

—¡Estás obligado a decir eso, eres el padre de mi hija!

—¿Está obligado a decir qué?

Se vuelven en el momento en que Kristin llega al vestíbulo, con su metro setenta y ocho de altura —en su mayor parte, piernas— y el cabello moreno recogido en la coronilla con un moño revuelto, pero de algún modo elegante. Por los cortes en los hombros de su suéter asoman sendas rendijas de piel con un bronceado falso. Se acerca a los cuarenta y sigue siendo tan espectacular como cuando Emilia la conoció, en la universidad. Ella se siente de inmediato como un retaco y se arrebuja en el abrigo grueso de lana como si quisiera protegerse tras él.

—Solo estábamos hablando del nuevo libro de Em.

—Oh, sí. Estoy intrigada. El último me encantó.

Es algo que debe reconocerles a Kristin y a Jonas, que siempre han apoyado su escritura. Incluso les fascina. Quizá les aterrorice la posibilidad de aparecer en uno de sus libros. La pluma es más poderosa que la espada, y todo eso. Emilia ha tenido esa tentación.

—Gracias. —Se le sonrojan las mejillas.

Nunca sabe cómo tratar a Kristin. Incluso cuando eran amigas, esta podía pasar en un santiamén de mostrarse encantadora a tratarla con crueldad, pero Emilia admiraba su naturaleza resuelta y su malvado sentido del humor. Nadie la ha hecho reír como Kristin en la época en que eran amigas. Y, aunque fuera preciosa, nunca se tomó demasiado en serio a sí misma; cuando salían de noche, le gustaba hacer el tonto en la pista de baile, sin que le importara su aspecto. Incluso en ese momento, tantos años después, una parte de Emilia sigue echando de menos su amistad.

Kristin se apoya en Jonas y él le pasa un brazo por los hombros mientras sonríe satisfecho. Han pasado once años, pero Emilia sigue experimentando una sacudida de surrealismo al verlos tan enamorados, como si hubiera caído en un universo alternativo.

—Tenemos una noticia —suelta Kristin de repente.

—¿Ah, sí? —¿Estará embarazada? A Emilia le sorprende que aún no haya sucedido. Kristin solía decir que quería tener hijos algún día, así que dirige una mirada al vientre de su antigua amiga, que permanece igual de plano que cuando tenían veintidós años.

—¡Nos mudamos! ¡Al fin!

Ella siente un acceso de alivio al saber que de momento seguirá sin haber niño. Jasmine era muy pequeña, tenía solo cuatro años, cuando Emilia conoció a Elliot. Y luego, tres años más tarde, tuvo a Wilfie. Pero los trastornos y la agitación de un bebé nuevo en sus vidas quizá no sea lo mejor para su hija en ese instante.

—Es una noticia excelente. ¿Adónde? —«Por favor, no digas que a Richmond. Por favor, a Richmond no.»

—A Teddington. Junto a la esclusa. Una casa maravillosa. Con mucho más espacio, ¿verdad, cariño?

Jonas asiente con la cabeza y sonríe apretando los labios, pero Emilia no se deja engañar. Puede notar el pánico más allá de sus ojos.

—Me alegro mucho por vosotros.

Es consciente de que Jonas lo ha pasado mal económicamente desde que se separaron, y que no le resultó fácil reunir el dinero con el que comprarle su parte de la casa. Nunca había querido mudarse, porque sus padres estaban a cinco minutos a pie, según decía siempre, pero Emilia sospecha que es un vago y que en realidad no quería verse afectado por el trastorno que supone un traslado. A la vez, recuerda el destello de envidia en su cara cuando Elliot y ella compraron la casa de estilo victoriano, cuatro años antes. Tiene la sensación de que Kristin no ayuda demasiado en el apartado financiero, ya que va saltando de una empresa a la otra.

—Gracias. —Hay un brillo en los ojos azules de Kristin—. Estoy muy emocionada ante la idea de ponerme manos a la obra con la decoración. Estoy pensando en paredes blancas y suelos claros. La luz es muy especial. No puedo esperar a que la veas. Me encanta haber podido elegir mi propia casa, al fin. Esta… —pasea la mirada por ese vestíbulo tan estrecho— no es la que hubiera escogido.

Jonas enarca una ceja mirando a Emilia, pero no dice nada. En cambio, ella siente la tentación de preguntarle a Kristin qué habría elegido en caso de estar trabajando en un periódico local por un sueldo exiguo a los veintitrés años y embarazada. Emilia siempre había pensado que a Jonas y ella les había ido bien, pues se habían comprado una casa cuando aún eran bastante jóvenes. Pero Kristin no tuvo que preocuparse por todas esas cosas. En aquella época estaba pavoneándose por Australia al lado de un novio ricachón con el que todo el mundo creía que acabaría casándose.

—En fin —dice Emilia, mirando su reloj de manera ostentosa, pese a que, en realidad, sin las gafas no puede ver la hora—, ¿dónde está Jas?

Jonas se vuelve para vociferar algo hacia las escaleras y Jasmine baja por ellas a toda velocidad con la mochila colgada al hombro y el móvil pegado a la oreja.

—Sí, sí, he dicho que ya venía… —Y añade al teléfono—: Te llamo luego, Nance.

Se guarda el móvil en el bolsillo y se aparta el cabello rubio de la cara. Al llegar al pie de las escaleras, mete los pies en un par de gruesas zapatillas blancas que Emilia ha odiado siempre.

—Venga, pues, cariño. Vámonos —dice Emilia, pasándole el brazo alrededor de los hombros.

—¿Vendrá al final la tía Ottilie?

No puede evitar un destello de placer al ver a Kristin retorcerse ante la mención del nombre de la que fue su amiga común. Pero Ottilie lleva once años sin hablar con Kristin. Quizá las tres fueran inseparables al final de la adolescencia y durante la primera mitad de la veintena, después de que Emilia las presentara, pero es que ella conoce a Ottilie desde los once años, cuando las dos ingresaron en el mismo internado frío y envarado, y el suyo es un vínculo muy profundo. Ottilie nunca le ha perdonado a Kristin que rompiera lo que ella siempre denominó «el código de las chicas».

—Sí, con el abuelo Trevor. —Este es el padre de Elliot, así que técnicamente no sería el abuelo de Jasmine, pero ella siempre lo ha adorado y el sentimiento es mutuo.

—¿Cómo está Ottilie? —pregunta Kristin intentando aparentar falta de interés, aunque Emilia es consciente de que siempre sintió una fascinación extraña por ella. Le pasa a la mayoría de la gente que la conoce. Ottilie no se parece a ninguna otra persona que Emilia haya conocido.

—Está muy bien. Está genial, de hecho. Ha comenzado a salir con alguien, aunque aún no le conozco. Vive en Alemania. Se conocieron cuando ella fue a Hamburgo a visitar a su padre.

—Me alegro por ella.

—Y Elliot está preparando un asado.

Es un comportamiento infantil por su parte, lo sabe, pero es que Jonas es un cocinero terrible.

—Oh, Elliot prepara el asado como nadie —exclama Jas, para satisfacción de Emilia.

—Qué maravilla —trina Kristin mientras Emilia abre la puerta—, eso de poder comer patatas asadas. Llevo desde 2008 sin probar los carbohidratos.

Jasmine se despide de su padre y de Kristin con un abrazo superficial y Emilia la guía por el camino a la mayor velocidad posible, dada la presencia de hielo; se siente aliviada al entrar de nuevo en el coche. Dios, no ve el momento de que Jasmine tenga edad de conducir, para no tener que enfrentarse a su antigua amiga cada quince días.

5

Jasmine abre la puerta principal de un empujón, ya que está sin llave; deja caer la mochila en el porche, al lado de la cara y vistosa bicicleta de color verde chillón que Elliot siempre promete usar pero a la que nunca se sube, atraviesa a la carrera la puerta doble de cristal que da al espacioso vestíbulo y sube directamente las escaleras. Emilia tiene que recoger la mochila. No le quedan energías para gritarle que baje de nuevo.

Está a punto de llevar la mochila al lavadero cuando oye una voz femenina que sale de lo que ellos llaman «el salón pijo», porque en realidad solo lo usan cuando tienen invitados. Este contiene un sofá estilo chesterfield de color azul turquesa y estanterías de suelo a techo llenas de libros, pero no hay televisor. Ottilie está sentada en un sillón de terciopelo dorado junto a la ventana en voladizo; aún no se ha quitado el abrigo blanco de piel falsa ni el sombrero, y el cabello se le derrama sobre los hombros. Parece una reina de las nieves. Elliot está en el sofá, con una copa de vino en la mano. Cuando ve a Emilia, se disculpa para ir a echarle un ojo a la cena y parece aliviado de poder salir de manera tan apresurada. Emilia es consciente de que le cuesta hablar de trivialidades incluso con Ottilie, que de todos modos nunca le deja abrir la boca.

—Mils... —chilla Ottilie en cuanto la ve. Es la única persona que la llama así, un vestigio de su época escolar, cuando todo el mundo la llamaba Milly. Se levanta de un salto y se lanza entre los brazos de Emilia. Huele a aire fresco y a perfume caro. Llevaban más de un mes sin verse, pero Ottilie la habría saludado del mismo modo si se hubieran encontrado también el día anterior.

Emilia se ríe.

—¿Qué tal está Hamburgo y cuándo podré conocer a ese novio nuevo?

—Fabuloso, como siempre, y pronto. Te lo prometo. Se llama Stefan, y esta vez estoy muy entusiasmada.

Emilia no remarca que siempre lo está. La verdad es que no logra comprender por qué las relaciones de Ottilie nunca acaban de funcionar, más allá de que su amiga admita que es brutalmente independiente y se niegue a amoldar ningún aspecto de su estilo de vida a las necesidades de otra persona.

—La habitación de invitados está lista, si quieres quedarte —le dice mientras le coge el abrigo y el sombrero, que quedan colgando de su brazo como un zorro del Ártico.

—Gracias, pero ya cogeré un Uber para volver a casa. —Aunque Charles, su padre, viva en Alemania, tuvo la inteligencia de comprar un piso en South Kensington a finales de los años setenta, que Ottilie le alquila ahora por una miseria a condición de que pueda quedarse con ella cuando vuelve por el Reino Unido—. En estos momentos, mi padre está disfrutando del sol de Indonesia junto a su último rollete. —Pone los ojos en blanco, pero Emilia sabe que es algo que le duele. Su madre murió cuando ella era pequeña y siempre ha buscado una figura materna, aunque nunca la ha encontrado en la sucesión de mujeres jóvenes con las que ha salido su padre—. ¿A qué hora llega Trev?

Ottilie es la única persona que puede llamar así al padre de Elliot, probablemente porque este está un poco enamorado de ella. La madre de Elliot murió hace ocho años y, aunque tanto él como Emilia sospechan que Trevor ha tenido novias, aún no ha conocido a nadie con quien vaya en serio. Le gusta ir a cenar a la casa de su hijo una vez al mes, pero siempre lo hace solo.

Emilia mira su reloj.

—Llegará en media hora, más o menos. Será mejor que me cambie.

Ottilie lleva un vestido de los años treinta de color verde esmeralda con un broche de diamantes falsos alrededor de la cintura. Parece una estrella de cine y de repente Emilia siente que no está vestida para la ocasión con esos vaqueros boyfriend y ese suéter holgado, por mucho que se haya maquillado algo más de lo normal para ir a recoger a Jasmine.

Elliot regresa con una copa de vino para ella.

—Hola, preciosa. ¿Cómo está Jas? —pregunta al darle la copa.

—Se ha metido corriendo en su habitación para desahogarse con Nancy —contesta ella mientras coge la copa y bebe un sorbo.

—Igual que nosotras en la escuela —dice Ottilie—. ¿Te acuerdas de aquella vez en que la señora Maynard nos echó de la clase porque no podíamos cerrar la boca?

Elliot levanta una ceja.

—Bueno, ¿por qué no me sorprende nada?

—Era algo habitual —dice Emilia, riéndose—. En fin, tengo que cambiarme.

Se bebe el vino de golpe y le devuelve la copa a Elliot. Antes de subir las escaleras va a echarle un ojo a Wilfie, que está sentado en el sofá de la cocina viendo los dibujos animados mientras hojea a la vez uno de sus cómics *Beano*.

—El abuelo llegará pronto —dice, revolviéndole el cabello.

Wilfie lanza un gemido.

—Va a ser una charla aburrida de adultos.

—Ya sabes que, hace mucho tiempo, cuando tu padre era un niño, el abuelo estuvo en la policía. Puedes preguntarle sobre el tema. —Esa misma semana, Wilfie ha decidido que de mayor quiere ser detective, igual que Louise, la madre de Toby. El mes anterior quería ser bombero.

—Quise hacerle unas preguntas a la mamá de Toby el otro día, pero no estaba.

—La mamá de Toby pasa mucho tiempo fuera de casa, ya lo sabes. —Desde que su hijo llegó a la escuela en segundo, Louise y Emilia se han hecho buenas amigas. Además, Louise le ha prestado una ayuda inestimable con el último libro de Miranda, pero suele trabajar jornadas muy largas, así que por lo general es Frances, su suegra, la que recoge al niño en la escuela y lo lleva a casa de los amigos cuando lo invitan.

Wilfie suspira con pesadez.

—Vale, se lo preguntaré al abuelo entonces. Pero ya es viejo. ¿Y si no se acuerda?

Trevor tiene sesenta y dos años. Difícilmente se le puede considerar viejo. Y está en mejor forma que ella, porque corre medias maratones con regularidad. Emilia se ríe.

—Creo que lo recordará bien. —Le da un beso en la coronilla y le dice que va a vestirse.

Sube rauda las escaleras, entra en su dormitorio y abre el armario de par en par; saca una selección de prendas y las tira sobre la cama.

Se queda con un par de pantalones de color gris topo que la obligan a meter barriga y una blusa de seda negra que le va bien a su busto amplio, y se cepilla con rapidez el cabello rubio oscuro.

Al bajar las escaleras ve que Trevor está en el porche, intentando no tirar la bicicleta de Elliot mientras hace girar la manija de las puertas de cristal interiores. Hay una ligera capa de escarcha sobre los hombros de su gabardina azul marino y tiene la nariz roja. Le entrega un paquete con una sonrisa.

—Esto estaba en el porche —le dice mientras ella recoge el paquete—. Ya os he dicho que deberíais dejar esta puerta cerrada con llave.

—Ya cierro las puertas interiores de cristal.

—Bueno, ahora no están cerradas. Podría haber entrado sin ningún problema. Y el cristal se puede romper.

Ella pone los ojos en blanco, fingiendo frustración.

—La típica cháchara de vigilante de seguridad.

Él cambia el peso del cuerpo de un pie al otro.

—Ha habido robos por esta zona. El mes pasado entraron en la tienda.

Trevor es guardia de seguridad en Currys, un trabajo que adora porque, según dice, hace que se sienta útil.

—La tienda está en Brentford.

—Emilia… —Trevor resopla, exasperado.

—Vale. —Ella levanta las manos—. Entiendo lo que quieres decir. Y sí que la cierro con llave durante la noche. Es solo que, durante el día…, ya sabes, con todo el mundo yendo y viniendo… Y he decidido que la bicicleta de Elliot es demasiado fea para que alguien quiera llevársela.

Deja la caja sobre la mesa del vestíbulo, al lado de los lirios blancos que le enviaron hace unos días. No había ninguna nota en la tarjeta y asumió que debían de ser de su editora o de su agente, pero las dos le han dicho que no fueron ellas.

Trevor se encoge de hombros para quitarse el abrigo y lo cuelga en el perchero del rincón.

—Me dicen que la divina Ottilie va a asistir a la cena de esta noche.

—Oh, déjate de zalamerías. ¡Sabes que es demasiado joven para ti!

—Veinticinco años no son nada —dice él, guiñándole el ojo, y se pasa una mano por el cabello cano y ralo. Después de la muerte de May, la madre de Elliot, el pelo se le volvió completamente gris.

—Ay, Trev, sabes que tú eres el hombre número uno para mí — dice Ottilie saliendo del salón. Le da un abrazo, lo coge del brazo y se deja guiar hacia la cocina por el vestíbulo de azulejos victorianos como si fueran dos actores en el estreno de una película.

Emilia se apresta a ir tras ellos cuando Jasmine baja por las escaleras; es evidente que el aroma a asado se ha extendido por toda la casa.

—Me muero de hambre. En casa de papá nunca hay nada para comer, al margen de esas espantosas tortitas de arroz y ensaladas. Oh, ¿ha llegado mi paquete? —Jasmine pasa veloz a su lado; huele a chicle de menta y a su desodorante favorito de The Body Shop, el de sandía. Coge el paquete y se le ilumina el rostro—. He encargado unas libretas nuevas por Amazon. —Está obsesionada con el material de papelería. Acto seguido, tuerce el gesto—. Oh, es para ti.

Vuelve a dejar la caja encima de la mesa y se dirige tranquilamente hacia la cocina para reunirse con los demás. Emilia oye descorcharse una botella, seguido de la risa de Ottilie.

Emilia coge la caja. No es de la editorial porque está dirigida a su apellido de casada, Rathbone, en vez del de soltera, Ward, que también es el que usa en sus libros. Lo último que compró fue una blusa nueva de rebajas que llegó hace tiempo, se la ha puesto una vez y la acabó desechando porque fue una compra compulsiva. Se deja llevar por la curiosidad y abre la caja. Dentro hay otra, de color azul klein, decorada con un emblema, como si procediera de una joyería. Quizá sea un regalo sorpresa de Elliot, aunque no sabe a cuento de qué. De repente se pregunta si no se habrá olvidado de algún aniversario, pero no. Se conocieron en noviembre y se casaron en junio. Con cuidado, saca la caja azul de la de cartón. La siente ligera entre las manos. Levanta la tapa, intrigada. Allí, ovillada en el papel de seda azul, hay una gaviota de cerámica. Es bastante fea y parece barata, como si la hubieran encontrado en una tienda de beneficencia o en un mercadillo de baratijas de segunda mano; no en una joyería. Y, desde luego, no en el tipo de joyería que grabaría una cimera plateada en una caja de color azul klein. Se queda mirándola, perpleja. Entonces coge la gaviota, pero solo el cuerpo acompaña sus manos. La

cabeza se queda descansando sobre el papel de seda, con el cuello cercenado. Busca dentro de la caja y a continuación en el paquete, esperando que haya una nota. Pero no hay nada.

La inspectora Miranda Moody tiene fobia a las gaviotas. Es un tema recurrente a lo largo de los diez libros. Vuelve a mirar el paquete y se le acelera el corazón. No hay matasellos. Parece que la han entregado en mano.

Y, a pesar del calor que irradia el enorme radiador de la vieja escuela, Emilia siente un escalofrío.

6

Observo, asqueada, a la gaviota que en la orilla se traga un pez de una tacada. Detesto a esas cosas. «Una alimaña del cielo», que decía siempre mi madre. Me siento aliviada cuando echa a volar hacia las nubes. Enciendo un cigarrillo y le doy algunas caladas. El sol poniente proyecta una luminosidad ocre y veteada sobre el agua, a la vez que tiñe el cielo del color naranja de la nicotina. Sigo atormentada por la escena que acabo de dejar atrás. ¿Cómo puede ser el mundo tan hermoso pero tan feo a la vez?

—Aquí tiene —dice Saunders a mi espalda, y me da un café.

—Gracias.

Le acepto la taza. Él pega un salto para sentarse a mi lado, sobre el muro. A sus treinta y cinco años, le saco veintidós y tiene solo unos pocos más que mi hijo. La mayor parte del tiempo me saca de quicio, pero en este mismo instante su presencia me reconforta. Le doy un sorbo al café aguado y miro el cielo cada vez más oscuro. Se levanta una brisa que se enreda en torno a mis tobillos y sujeto la taza con más fuerza para buscar su calidez.

Al final, Saunders acaba diciendo:

—No me puedo creer que haya vuelto.

—Lo sé.

—Han pasado... ¿cuánto dijo usted? ¿Quince años?

—Dieciséis. Casi exactos. Su última víctima fue en febrero de 2005.

El primer asesinato tuvo lugar hace veinticinco años. Yo tenía treinta y dos y acababa de convertirme en sargento. Fue uno de los casos de asesinato más importantes y más frustrantes en los que he trabajado. El asesino mató a siete mujeres —que sepamos— en un periodo de ocho años sin que lo pillaran, y luego pareció desvanecerse en el aire.

—¿Podría realmente ser él? —prosigue Saunders—. ¿Después de todo este tiempo?

Ya hemos pasado por esto. Sé que Saunders habla por hablar. A la que se produce un silencio, Saunders está ahí para llenarlo. Pero, como he dicho ya, esta tarde le agradezco la distracción. Nada me ha hecho sentir tan fracasada como mi incapacidad para resolver este caso. La culpa por

todas las mujeres que han muerto a manos de ese cabrón sigue quitándome el sueño por las noches.

Saunders se toca el pelo, moreno y puntiagudo, que parece endurecido por la gomina. Se queda mirando el mar, perplejo, como si este contuviera todas las respuestas.

Está a punto de abrir la boca de nuevo cuando digo:

—Si he de ser sincera, tenía la esperanza de que hubiera muerto. Pero esto significa que quizá haya estado en la cárcel. Tenemos que examinar uno a uno los presos que han sido liberados recientemente. Alguien a quien encarcelaran hace dieciséis o diecisiete años. Después de la última víctima.

—Belinda Aberdale —recita él, solemne, como si yo no lo supiera, cuando fui quien le habló de ella. En 2005 aún debía de estar en la escuela. Tengo los nombres de las siete víctimas grabados en la memoria. Recuerdo el rostro pecoso de Belinda como si lo hubiera visto ayer. Su cabello moreno, sus ojos azules, su sonrisa ligeramente torcida. Tenía cuarenta y dos años. Era esposa, madre, hermana, hija—. No creerá que puede tratarse de un imitador, ¿verdad?

Eso mismo me he preguntado cuando estábamos en el piso y Celia nos ha enseñado la marca. Es un dibujo tosco, intricado pero hecho con prisas, sanguinolento. Igual que los demás. Se parece a la cabeza de un insecto: fue el inspector jefe Charles Bentley-Gordon, mi superior en aquel entonces, quien lo identificó como una mantis religiosa, y desde aquel día le pusimos ese mote, que seguimos utilizando incluso mucho después de que él abandonara el cuerpo.

—Pero nunca hicimos público el detalle de las marcas de insecto —le digo. Apago el cigarrillo contra el muro y tomo otro sorbo de café—. Esa información no se presentó, ni ante la gente ni ante la prensa. —Lanzo un suspiro—. No, creo que se trata del mismo asesino. Tiene que serlo.

Me bajo de un salto y al caer hago crujir los guijarros de la playa. Me dirijo hacia la casa, donde Celia está acabando su trabajo. Saunders me sigue.

—Quédese aquí —le ordeno—. Vuelvo en un minuto.

Él asiente y se pone a charlar con los dos agentes que vigilan la escena.

Mientras subo las escaleras veo que Celia está saliendo del dormitorio con una expresión grave en el rostro.

—Ah, estás ahí —dice al verme—. ¿Puedes venir conmigo? Tengo que mostrarte algo que me parece importante.

7

El martes por la mañana, Emilia está en el despacho del altillo. Hannah va a llamarla a las diez y no podrá relajarse hasta que no haya hablado con ella. Sigue preocupada por lo que su editora pueda decirle acerca de su nuevo libro.

Intenta mantenerse ocupada; recoge con escaso entusiasmo la pila de papeles que han quedado sobre el teclado, incluidas las tarjetas de cumpleaños de seis semanas atrás, que le gusta conservar, y la mete en una caja debajo del escritorio. La verdad es que debería hacer un poco de limpieza. El resto de la casa está inmaculado, pero su despacho es el lugar donde puede comportarse como la persona caótica que es en realidad. Gracias a Dios, tanto Elliot como los niños se mantienen alejados de él. Una vez en que Elliot entrevió el desorden desde el descansillo bromeó diciendo que habían entrado a robar.

—No entiendo cómo puedes trabajar en esta piara —dijo en aquel momento, y lo ha repetido bastante a menudo desde entonces.

Quizá sea porque le recuerda a los tiempos en que escribía en su piso diminuto, rodeada por la parafernalia de Jasmine, antes de irse a vivir con Elliot, pero en muchos sentidos el desorden la reconforta.

Se detiene en medio de la habitación y la inspecciona: el escritorio rebosante de libros, papeles y, abajo de todo, una taza de café en la que ha comenzado a aparecer moho; el trípode y la luz de anillo apartados en un rincón, la bicicleta que se compró durante el confinamiento pero que apenas ha utilizado, salvo para colgar en su sillín la ropa destinada a la tienda de beneficencia. La caja que contiene la gaviota decapitada descansa sobre el estante que hay encima del escritorio. Debería haberse deshecho de ella y no entiende por qué la ha conservado. El domingo a última hora de la tarde, después de recibir el paquete, se sintió agitada. No quiso comentar nada durante la cena, delante de los niños, pero cuando Jasmine y Wilfie desaparecieron después de engullir su comida, Ottilie se volvió

hacia ella y le preguntó:

—¿Qué te pasa, Mils? Has estado distraída toda la velada.

Y ella les habló de aquel «regalo» tan extraño.

—Entonces, ¿lo dejaron en el porche? —Su amiga frunció el ceño —. ¿Pasada la puerta?

Ella asintió con la cabeza y Trevor se puso a soltar otro de sus sermones sobre las medidas de seguridad y que nadie debería tener acceso al porche. Ottilie siguió bebiendo vino con la cabeza ladeada, como si estuviera viendo una obra teatral.

—Seguro que es un fan obsesionado con la serie —dijo, quitándole importancia con un movimiento de la mano, con el que estuvo a punto de volcar una copa de vino. Siempre se anima después de algunos tragos—. Quizá la gaviota se colara en el paquete.

—Es solo que me pone nerviosa que sepan dónde vivo —dijo Emilia, recostándose sobre la silla.

—Supongo que será fácil encontrarlo en el registro mercantil.

—Pero no mi apellido de casada. No sé. Que lo hayan usado hace que por algún motivo me parezca algo más personal.

—Yo no me preocuparía por eso, cariño —dijo Elliot mientras se servía otro vaso de vino—. ¿Es por lo que pasó el viernes?

A continuación, por supuesto, Trevor y Ottilie quisieron saber qué había sucedido ese día, así que Emilia tuvo que explicarles lo de la falsa alerta de bomba y su similitud con una escena de su ópera prima.

Trevor le dio unos golpecitos en la mano para tranquilizarla.

—No es más que una coincidencia, eso es todo. Es imposible que alguien organice una alerta falsa en el momento exacto en que te subes a un autobús.

Sacudió la cabeza, en señal de que no había más que hablar. Aquel hombre, solo unos instantes antes, había estado regañándola por no cerrar la puerta de la calle con llave. Pero Trevor era así. A Emilia siempre le había parecido un poco contradictorio; de hecho, cuando se lo presentaron, diez años antes, no le cayó bien. Pensó que era algo presuntuoso y que se pasaba de dominante con May, que iba corriendo a todas partes detrás de él, como si Trevor fuera el rey y ella, una mera súbdita. Cuando se lo comentó a Elliot, él se rio.

—A mi madre le encanta eso —dijo—. Hace que se sienta útil, ahora que ya no vivo en casa, y los dos se adoran.

Elliot era su único hijo. May le contó una vez que había deseado tener más, pero que, después de sufrir varios abortos, el desgaste emocional se volvió tan doloroso que finalmente terminaron rindiéndose. May murió de repente a causa de un aneurisma a los cincuenta y seis, un año después de ver a su hijo casado y pocos meses después de levantar en brazos a su primer nieto.

—Pensé que nunca iba a sentar cabeza, mi pequeño —le dijo a Emilia, abrazándola, el día de su boda—. Ha tenido novias serias, pero siempre insistió en que no era de los que se casan. Y entonces te conoció a ti. Tú le has hecho cambiar.

Después de la muerte de May, Emilia se dio cuenta de la profundidad del amor que Trevor sentía hacia ella. Sin su esposa se sintió perdido, su muerte hizo que se apagara. Cayó en una depresión que duró casi un año. Emilia y Elliot lo animaron a que vendiera la casa familiar de Devon y se mudara más cerca de ellos. Tuvieron que insistir un poco, pero Trevor acabó comprándose un piso en Isleworth y encontró trabajo como vigilante de seguridad en Brentford. Se volcó en ser un buen abuelo para Jasmine y Wilfie, y, con el paso de los años, Emilia le ha ido tomando mucho cariño. Es evidente que adora a su hijo y a sus nietos —cosa que ella no puede decir de sus propios padres, a los que ve solo de manera ocasional pese a que viven apenas a una hora de distancia, en Guildford. Emilia desearía tener el mismo vínculo con sus padres que Elliot con Trevor.

Había algo tranquilizador en aquel hombre, igual que en su hijo. Algo en sus personalidades, tranquilas y moderadas, que la llevaba a sentirse segura. Aun así, aquella noche, después de que Ottilie y Trevor se marcharan, siguió el consejo de su suegro y cerró todas las puertas con doble vuelta de llave.

El móvil cobra vida sobre el escritorio y a Emilia le da un vuelco el estómago. Lo coge.

—Vale. Lo admito. Funciona —dice Hannah sin el menor preámbulo, tal y como suele hacer.

Emilia exhala aliviada mientras aparta una montaña de papeles de la silla para poder sentarse, con el móvil balanceándose entre la barbilla y el hombro.

—Entonces, ¿te parece bien que lo mantenga?

—Es tu libro. Mientras sepas que aquí no hay vuelta atrás… Si matas a Miranda, no puedes hacerla resucitar en un libro posterior. Se

acabó la serie. Pero al menos se irá a lo grande.

Emilia se recuesta sobre la silla y mira el jardín a través de la ventana en buhardilla. Puede ver la silueta de Elliot moviéndose por el despacho del jardín. ¿De verdad puede hacerlo? Pero tiene treinta y ocho años, ha sido cuidadosa con el dinero y es consciente de que podrá sobrevivir en caso de que su carrera se vaya al garete.

—Tengo la sensación de que es la decisión correcta —admite—. Es hora de pasar página. Quiero escribir sobre otra cosa. Algo diferente. Echaré de menos a Miranda, pero…

—Es un final emotivo —la interrumpe Hannah—. Su muerte… me ha afectado.

—Oh. Eso es bueno. —A Emilia se le encoge el corazón. Mientras escribía ese último capítulo, el de la muerte de Miranda, lloró; era la primera vez que lo hacía con alguno de sus textos. Pero es que Miranda fue todo lo que ella había deseado ser y, cuando murió, Emilia sintió que una parte de sí misma se iba también.

Pasea la mirada por las portadas enmarcadas de sus libros, que adornan las paredes rosa oscuro del despacho, bajo la sensación de haber logrado algo, pese a que venga acompañada de una sombra de ansiedad y de culpa. Se tranquiliza diciéndose que ya está hecho: la historia ha cobrado vida propia y no hay marcha atrás. Cada vez que manda un libro a la editorial se queda en una especie de limbo; no está lista para comenzar a escribir otra novela y sigue bajo el influjo de la última historia, como si esta fuera un sueño reciente que no lograse quitarse de encima. Ya echa de menos a Miranda y la duda se asienta: ¿y si está cometiendo un gran error?

—Tendré la corrección lo antes posible. No hay mucho que hacer, ya está muy acabada. Buen trabajo, Emilia. Es un libro muy inteligente. Estoy impresionada.

Una oleada de culpa atraviesa a Emilia. Si Hannah supiera la verdad…

8

Emilia coge la caja de la gaviota decapitada y cierra tras de sí enérgicamente la puerta del despacho. Este se encuentra en la parte superior de la casa, en el altillo renovado, no muy lejos de la habitación de invitados. Observa la paloma que atraviesa caminando la amplia ventana Velux, las patitas que golpean contra el cristal. Baja por las escaleras estrechas que conducen al descansillo principal y, al llegar a la cocina, en la planta baja, tira la gaviota a la basura y se pregunta por qué no lo hizo nada más recibirla.

Le prepara a Elliot un café soluble, se pone el abrigo y los zapatos, y atraviesa el césped cubierto de escarcha hasta el despacho del jardín. Lo construyeron en mitad del primer confinamiento para que Elliot tuviera un lugar tranquilo en el que trabajar (aunque ahora vaya a la oficina del centro de Londres tres veces por semana). Siempre huele a madera y a equipo eléctrico, y, a diferencia del despacho de Emilia, está ordenado de manera meticulosa. Sobre el escritorio hay una foto de los dos el día de su boda, y otra de toda la familia durante un viaje a Land's End, cuando Wilfie tenía solo cuatro años, en la que aparecen haciendo caras raras y señalando el cartel. Es una imagen que todavía le conmueve. Cuando comenzó a salir con él, Elliot no se dejó desalentar por el hecho de que Emilia ya tuviera una hija de cuatro años, tal y como ella había temido, y pasó a tratar a Jasmine como si fuera suya.

Al entrar ella, Elliot levanta la mirada. Está muy atractivo con ese suéter acanalado negro de cuello alto. Su cabello, moreno y ondulado, necesita un buen corte; lo tiene levantado, como si hubiera estado pasándose las manos por él. Lleva puestas las gafas de leer, que le dan un cierto parecido a Patrick Dempsey, de *Anatomía de Grey*.

—Gracias, preciosa —le dice, sonriendo, mientras ella le pasa su taza favorita, la que Wilfie le regaló por el Día del Padre del año anterior y dice «Superpapá». Elliot toma un trago largo y la deja sobre el escritorio. A Emilia siempre le ha fascinado que pueda beber

líquidos que están casi hirviendo.

Le cuenta la conversación que ha mantenido con Hannah y a él se le ilumina el rostro.

—¿Así que eso es todo? ¿Ha llegado el final de Miranda?

—Eso parece. No tengo ni idea de lo que voy a escribir a continuación, pero me entusiasma que sea algo diferente.

—Al menos ahora tendrás un poco de tiempo libre. ¿Cuándo podré leerlo?

—Cuando Hannah me lo devuelva, así que aún no.

Cada vez que piensa en el último año y en lo difícil que le resultó escribir este libro, Emilia siente que la inunda la ansiedad. Se sacude la incomodidad y cambia de tema.

—¿En qué estás trabajando?

Se desplaza para ponerse a su espalda y le echa un vistazo a las pantallas de ordenador desplegadas como un acordeón. Él le pasa el brazo por la cintura. Tiene tres pantallas dispuestas con una imagen diferente en cada una. Es un gran artista; lo ha heredado de Trevor y se lo ha transmitido a Wilf.

—En paquetes. ¿Con cuál te quedas?

Ella mira las tres cajas de cereales, cada una con colores y tipografías diferentes.

—Con esta —dice, señalando la de la izquierda—. Me gusta el naranja.

Él le aprieta ligeramente la cintura.

—También es mi preferida, pero la decisión será del cliente. Ahora vete, tengo que seguir con esto. No es culpa mía que no tengas nada que hacer, ahora que has entregado el libro... —le dice, bromeando.

Ella se inclina para darle un beso y se dirige de vuelta a la casa. Esta le parece grande y vacía: la prefiere cuando está llena, como el domingo por la noche, con los niños y su suegro y sus amigas. En casa de sus padres siempre reinaba el silencio. Su padre estaba en la RAF, la fuerza aérea, así que se mudaron a menudo, pero, dondequiera que se encontrasen (y podía ser desde Escocia hasta Cornualles), cuando volvía a casa era como si allí no hubiera nadie, ni familia, ni primos, ni tíos y tías. Detestaba el internado la mayor parte del tiempo —Ottilie era su único punto positivo—, pero aun así seguía prefiriéndolo a estar en casa con una madre que parecía sentirse siempre

decepcionada con su destino y un padre que intentaba camuflarse entre el mobiliario.

Emilia coge el bolso. Dispone de algunas horas antes de ir a buscar a Wilfie, pero Jasmine se irá a casa de una amiga al salir de clase y no volverá hasta después de la cena. Dará un paseo hacia Richmond, le echará un vistazo a las tiendas. Con el estirón que acaba de pegar, Wilfie necesita más camisetas para la escuela. Aunque Elliot esté en el jardín, por una vez cierra la puerta del porche con llave, recordando las palabras de Trevor. Se arrebuja en el abrigo y se pone la capucha cuando nota que está cayendo un sirimiri.

Está bajando por la colina cuando el móvil comienza a vibrar en el bolsillo del abrigo. Es un mensaje de texto de Louise: «¿Sigue en pie lo de mañana? ¡Llevamos siglos sin vernos!».

Ella le devuelve el mensaje sin dejar de caminar: «¡Me muero de ganas! ¿Donde siempre a la misma hora?».

La respuesta de Louise llega con un sonido metálico: «¡Sí! Tengo muuuuchas ganas de verte».

Emilia se guarda el móvil en el bolsillo con una sonrisa. Louise es unos años más joven que ella, pero supo que le iba a caer bien en cuanto se sentó a su lado en la cafetería aquella primera mañana, se sopló el flequillo moreno para sacárselo de la cara en forma de corazón y dijo en broma: «¡Vaya primer día, joder! ¿Es muy pronto para un gin tonic?». Con sus vaqueros holgados y su suéter extragrande con un terrier escocés en la parte frontal, Louise fue un soplo de aire fresco después de esas madres vestidas de Breton a las que había conocido, que solo hablaban sobre los problemas que tenían con sus niñeras y que lucían su situación de privilegio como si fuera su bufanda favorita. Nunca había encajado entre ellas, y sospechaba que sabían que era una impostora pese al acento que había adoptado en el colegio.

En cuanto comenzaron a conversar, Emilia y Louise se descubrieron cada una fascinada por el trabajo de la otra y se pasaron toda la mañana ignorando al resto. Louise le cayó tan bien a Emilia que le sugirió que salieran a tomar una copa y, durante sus dos años de amistad, han intentado quedar para cenar cada vez que los turnos de Louise se lo permiten, cosa que suele suceder cada pocos meses. Emilia nunca había tenido problemas para hacer amigas. Intenta ser cálida, abierta y sociable (lo contrario que sus padres), pero lo que

sucedió con Kristin la sacudió y ha pasado a ser más recelosa; ahora prefiere encontrarse solo con Louise. Elliot ni siquiera la conoce, aunque eso se debe sobre todo a que, como mujer soltera, Louise prefiere que queden ellas dos por su cuenta. Emilia la entiende. Después de separarse de Jonas, no quiso mantener relaciones sociales con parejas, y Mike, el ex de Louise, parece ser un tipo pesadillesco que, según Louise, elude sus responsabilidades paternas cargándoselas a su controladora madre.

Emilia sigue pensando en Louise cuando repara en la figura familiar que sale del pequeño restaurante francés que hay nada más acabarse el parque. Es Jonas, y se le ve muy elegante con ese abrigo largo color cámel sobre un traje formal. Está con una morena muy atractiva que debe de ser al menos diez años más joven que él. Ella lleva un vestido ceñido y unos zapatos de tacón tan alto que a Emilia le sorprende que pueda caminar con ellos. Se detiene a la sombra de una tienda, con el corazón acelerado. Nunca se había encontrado con su exmarido en Richmond —su despacho está en Moorgate—, pero sí ha visto una o dos veces a Kristin, aunque hizo como que no la reconocía. En ese momento no sabe qué hacer, cómo actuar.

Oye la risa de la mujer morena, tan clara y tintineante como el sonido del tenedor contra el cristal de la copa, y observa cautivada a la mujer entrelazar su brazo con el de Jonas y recostarse contra él. Es un gesto de intimidad y, pese a todo, Emilia experimenta una punzada de compasión hacia Kristin: si eso no es una aventura, está claro que al menos va más allá de la amistad. Los ve detenerse en la esquina, donde él se inclina para darle un beso en la mejilla y, acto seguido, se incorpora y se mete las manos en los bolsillos. La mujer vuelve a reírse, estira el brazo y le acaricia la cara con ternura antes de alejarse. Jonas se queda unos segundos allí parado, mirándola, hasta que ella gira una esquina y desaparece de la vista. Emilia decide salir de las sombras en el momento en que él cruza la calle y, cuando sus miradas se encuentran, se siente satisfecha al ver cómo el rubor sube por su cuello y llega hasta su cara.

—Hola —dice mientras cruza—. ¿Quién era esa?

—Ah, es solo una..., hum..., clienta —contesta él, mirándose los pies.

—Es muy guapa.

Él levanta la cabeza de golpe y ella reconoce la culpa en sus ojos.

—Ay, Jonas.

La culpa desaparece; su expresión se cierra, a la defensiva.

—¿Qué?

—No soy fan de Kristin, pero pensaba que la amabas.

—Y la amo.

—Os vais a comprar una casa juntos.

Él arrastra los pies.

—Escucha. —Jonas la toma del brazo y la aparta del camino de los oficinistas que se dirigen hacia el parque. Baja la voz—. Por favor, no se lo cuentes a nadie. No pasa nada. Es solo un poco de cháchara y coqueteo, eso es todo.

—Así es como comenzaste con Kristin. ¿La has engañado alguna vez?

—Pues claro que no.

Emilia siempre ha pensado que Jonas le fue fiel hasta que se largó con Kristin. Cree que el encanto de Kristin, su magia, lo entramparon, le hicieron cambiar. Pero ahora se pregunta si Kristin fue en efecto la primera. Es evidente que el amor de una mujer espectacular no le basta. Se acuerda de Elliot, en el despacho de casa, escrutando los dibujos de unas cajas de cereales, y se siente tan agradecida que le dan ganas de llorar. En el fondo, lo sabe desde hace años, claro, pero Jonas le hizo un favor. De no haber sido Kristin, habría sido alguna otra.

—Es solo..., es solo que a veces me aburro —dice él en voz tan baja que a duras penas lo oye, y le dirige una mirada implorante—. No pretendo hacerle daño a nadie.

Ella se queda mirándolo, conmocionada por ese raro momento de sinceridad. Y, por un instante, entrevé al muchacho al que conoció como estudiante de primero en la universidad casi veinte años atrás. Recuerda fugazmente lo que sintió cuando él la invitó a salir. A ella, Emilia Ward, que siempre se había sentido menos querida, menos especial, menos atractiva que el resto de la gente. Y estaba tan desesperada por recibir amor, por recibir afecto, que ignoró todas las señales de alarma: las noches en que él llegaba tarde, la «cháchara y coqueteo» con cualquier mujer atractiva... Ottilie le dijo que no acababa de confiar en él, pero Emilia se negó a escucharla. Estaba prendada de él.

Lanza un suspiro.

—Pero sí que haces daño, Jonas. Me hiciste daño a mí y ahora vas a hacérselo a Kristin. ¿Por qué te molestas en casarte si te sientes así? Y la cuestión es que… —se muerde la lengua para intentar reprimir la ira— no solo me hiciste daño al engañarme, sino que además destrozaste una amistad.

—Lo siento. Lo siento de veras. Si pudiera cambiar todo aquello…

Jonas parece perdido, ahí plantado, con la punta de la nariz roja por el frío. Pese a todo, Emilia siente lástima por él. Quizá pueda hacerle entrar en razón. Evitar que le haga a Kristin lo mismo que le hizo a ella. Está comenzando a llover y ella toma la decisión en un instante.

—¿Tienes tiempo para un café? —se descubre preguntándole.

Se pasan casi una hora refugiados en una pequeña cafetería que huele a paraguas húmedos y a café, y mantienen, por primera vez en muchos años, una conversación sincera. Él le cuenta lo frustrado que se siente con Kristin por sus constantes cambios de trabajo, le dice que no aporta dinero suficiente a la casa, y que es muy exigente.

—Yo soy feliz en la casa de Twickenham, ¿sabes? Nos la podemos permitir, y ahora iremos más agobiados.

Emilia toma sorbos de su capuchino mientras él habla.

—Entiendo que no quiera vivir en la casa de otra mujer.

—Tú llevas diez años sin vivir allí. Ya no se puede decir que sea la casa de otra mujer.

—Ya sabes a lo que me refiero. La escogimos juntos. Escucha, tienes que ser completamente sincero con ella. Como Elliot y yo somos entre nosotros.

—¿En serio? —Levanta una ceja—. Así que le contarás que te has tomado un café con tu exmarido…

—Pues claro. ¿Por qué no habría de hacerlo? No tengo nada que esconder.

Él se queda mirándola durante un instante; a continuación, sacude ligeramente la cabeza.

—Eres una buena persona, Em. Lamento haberte tratado de esa manera, de verdad que lo siento.

Ella se sonroja y le dice que eso ya es agua pasada.

Jonas aparta el café americano que ha dejado por la mitad.

—Bueno, ¿cuándo podré leer tu libro? Ser el exmarido de una autora de novela negra sin duda ha de tener sus ventajas.

Emilia es consciente de que a Elliot le parece extraño que deje a Jonas leer las ediciones anticipadas de sus libros, pero él siempre ha apoyado su escritura, incluso después de que se separaran. Y, pese a sus defectos, Kristin también.

—En cuanto introduzca las correcciones te lo mandaré por e-mail. —Apura el capuchino.

—Genial. No veo el momento de saber cómo has matado a Miranda.

Charlan un rato más y Jonas se marcha de vuelta a la oficina. Después de comprarle a Wilf las camisetas para la escuela, Emilia sube por la colina pensando en Jonas y en la conversación que han mantenido. Las asas de las bolsas de plástico se clavan en su muñeca, así que se siente agradecida de llegar a casa.

No le ha llovido durante el trayecto, pero en el cielo se están amontonando unas nubes ominosas del color del acero. En la zona de césped contigua al camino de acceso hay un árbol que aún no ha florecido. Elliot lo plantó cuando se mudaron y no ha alcanzado su altura completa. Las ramas se ven desnudas y severas sin su atuendo de escarcha. Al pasar a su lado, se da cuenta de que algo cuelga de una de las ramas superiores. Su vista no es lo que era y entorna los ojos, pero al acercarse distingue claramente el cabello sucio y amarillo en punta, el cuerpo duro y la cara apelmazada de un muñeco trol, colgado del cuello con un trozo de cordel. Se queda allí parada durante algunos segundos, mirando su balanceo suave bajo la brisa, mientras se le dispara la cabeza. ¿Lo habrán dejado allí a la vez que el paquete? No reparó en él antes, al salir de casa. La sensación de bienestar que le ha dejado el café con Jonas se extingue con la misma rapidez que una cerilla al mojarse.

Los muñecos trol son del segundo libro de Miranda, *Tarjeta de visita*, que va sobre un asesino en serie que los deja colgados de los árboles.

Después de matar a sus víctimas.

«Elliot.»

Rodea la casa a la carrera, entra en el jardín y va directa al despacho de Elliot. No lo ve a través de las puertas de cristal, pero tira de ellas de todos modos. No está allí. Se queda en el umbral,

confundida. No es propio de él irse dejando el despacho sin cerrar, no con ese equipo tan caro. La taza que le ha traído antes está tirada de lado en el suelo. Emilia atraviesa a toda velocidad el trecho de césped hasta la casa y se pelea con la llave para abrir la puerta plegable.

—¡Elliot! —grita—. ¡Elliot!

Pero no hay respuesta.

9

—Mira —le dice Celia, señalando el tragaluz abierto en el pasillo—. Estoy segura de que el criminal entró por aquí.

Levanto la mirada. Es un tragaluz grande; una persona más o menos delgada podría colarse por él y no está tampoco demasiado alto para saltar al suelo. Pero esa persona tendría que estar razonablemente en forma y ser ágil. ¿Conocía a la víctima o fue un asesinato oportunista? Pienso en las demás víctimas. Todas fueron asesinadas cuando estaban solas en casa, por lo general de madrugada, y el asesino había entrado en el edificio a través de un tragaluz o de una ventana. La única víctima con la que nunca llegamos a comprender cómo había entrado fue Jennifer Radcliffe, la segunda. No hubo ninguna puerta ni ventana abierta o rota. Eso nos dejó perplejos, pero fue muy al principio del caso, cuando todavía no sabíamos a ciencia cierta que nos enfrentábamos a un asesino en serie.

Nos volvemos al oír unos pasos pesados en las escaleras. Saunders está subiéndolas con dificultad, resoplando.

—Vengo de hablar con la mujer del estudio de abajo, Lorraine Butterworth, que fue quien dio la alarma. Anoche estaba fuera, pero dice que la víctima es Trisha Banks, de treinta y nueve años. Soltera, sin hijos. Trabajaba en Poundland. —Consulta la libreta—. Al parecer era tranquila y reservada, y solo llevaba seis meses viviendo en esta dirección. Antes había estado en Londres. Lorraine se dio cuenta de que algo iba mal cuando fue a entregarle un paquete esta mañana y se encontró con que la puerta estaba entornada. La empujó y la vio tumbada en la cama. Salió corriendo de la habitación y se puso en contacto con la policía.

—Genial. ¿Puede ir puerta a puerta y averiguar si algún vecino vio u oyó algo, o si la conocían? ¿Dónde está Lorraine ahora?

—Está abajo. Michelle…, la agente Doyle, la está consolando.

—Bien.

Me gusta Doyle. Cumple con su trabajo sin alharacas y mantendrá a Saunders a raya, por más que este tenga un rango superior. Son casi las cinco y media y ya está oscureciendo. Observo a Saunders retirarse hasta

que desaparece en el vestíbulo lúgubre.

Trisha Banks yace en la cama, su cuerpo está cubierto de sombras y solo veo las plantas de sus pies, blancas como el talco. La habitación es fría y húmeda, y el papel se está despegando de las paredes. Haré que Doyle y Saunders informen a sus familiares más cercanos. Es la tarea que más detesto.

Al bajar por las escaleras veo a los forenses y a Ray, el fotógrafo de la policía. Se detienen para dejarme pasar antes de entrar en la casa como una piña.

Me quedo en el umbral, observando a Saunders, de espaldas a mí, que habla con un grupo de vecinos que quieren saber qué ha pasado. Me vuelvo, enciendo un cigarrillo y le doy unas caladas antes de apagarlo de nuevo contra la pared de ladrillo. Una gaviota sobrevuela la superficie del mar.

Luego regreso a la casa, que huele a humedad y a muerte, para hablar con Lorraine Butterworth.

10

—Suena terrorífico, joder. ¿Y qué pasó entonces? —Louise la mira con fijeza, los ojos de color avellana muy abiertos, la mano cerrada en torno a la copa de vino.

—Fue terrible, no sabía qué hacer. Pensé de verdad que… —Emilia sacude la cabeza—. En realidad, no sé lo que pensé. Que iba a encontrarme con Elliot en alguna parte de la casa, acuchillado como en mi libro. El caso es que lo llamé al móvil y gracias a Dios atendió la llamada de inmediato. Había salido un momento a poner gasolina porque sabía que hoy tenía un desplazamiento largo. El alivio que sentí al oír su voz… Mierda, es que no te lo puedes imaginar. Se enfadó consigo mismo por no haber cerrado con llave.

—Joder —repite Louise, y bebe otro trago de vino. Están sentadas en un restaurante de Richmond que les encanta; es tan *kitsch*, con su papel flocado de terciopelo, sus sillas acolchadas de terciopelo rosa y los enormes candelabros que cuelgan de su techo alto… Louise dice que la hace sentir glamurosa, y siempre acaba añadiendo la coletilla: «Y sabe Dios que necesito un poco de glamur en mi vida».

—Me puse como loca —dice Emilia, jugando con el tallo de su copa de vino—, sobre todo cuando vi su taza favorita volcada en el suelo. Dice que debió de darle un golpe al salir. Gracias a Dios que no se rompió.

—Pensaste que era una señal de violencia. —Louise se inclina hacia Emilia con los codos sobre la mesa—. Yo hubiera pensado lo mismo. Así que ya van dos cosas: la gaviota del cuello roto y el muñeco trol.

—Lo que más me altera es que esté pasando en la casa. Quiero decir que… —Emilia se recuesta contra la silla y lanza un suspiro profundo—. Quien esté haciendo esto sabe dónde vivo.

—Pero es inofensivo. Pequeñas molestias, en realidad. ¿Qué ha dicho Elliot?

—Lo mismo que tú. Creo que saber que iba a verte esta noche

impidió que ayer perdiera la cabeza. Pero hoy, al salir de casa..., me ha preocupado un poco lo que pudiera encontrar.

—Creo que deberías hacer una denuncia. Por precaución, solo. En la comisaría de la zona, que para ti es la de Twickenham.

A Emilia se le encoge el estómago y aparta el plato de salmón sin terminar.

—¿En serio? Pero me has dicho que no crees que se trate de algo serio.

—No te dejes llevar por el pánico —le dice Louise—. Tampoco estoy diciendo que tengas que preocuparte. Es solo algún idiota que te está gastando una broma, una broma de mal gusto. Algún fan, probablemente. Pero creo que es mejor que quede registro de ello. ¿Tienes uno de esos timbres con vídeo? ¿O cámaras o algo?

Está convencida de que Louise ya le había preguntado eso. Le preocupa tanto la seguridad como a su suegro.

—Se me dan fatal ese tipo de cosas. El padre de Elliot siempre nos está diciendo que deberíamos tener más medidas de seguridad por la casa.

—¿No me dijiste que había estado en la policía?

—Hace años. Antes de que tú entraras.

—¿Por qué lo dejó? —Louise coge el cuchillo y el tenedor y continúa comiéndose el bistec.

—En realidad no lo sé —contesta Emilia mientras vuelve a llenarse la copa de vino, agradecida por poder volver a casa en taxi. Ya está comenzando a sentirse un poco mareada, pero, después del estrés de los últimos días, esa noche lo necesita—. Elliot me dijo que no lo interrogara al respecto. —Se ríe—. Ya sabes cómo soy. Una entrometida.

—Te interesas por las cosas —le dice Louise, amable.

—En todo caso, me dijo que a su padre no le gusta tocar el tema. Insinuó que tenía algo que ver con su madre.

—Hum, sí, es probable que ser policía no me ayudara en mi matrimonio. —Louise le dirige una sonrisa irónica.

—Pero creo que estuvo en el cuerpo pocos años.

Louise traga un bocado de bistec.

—¿No me dijiste que su esposa había muerto?

—Sí, hará ocho años... Ha pasado bastante tiempo. También se ha mudado para estar más cerca de nosotros.

—Los suegros en la puerta de casa. —Se ríe con amargura—. No siempre es algo bueno.

—Es mejor que los padres de Jonas. Su madre podía ser de lo más controladora, a ratos. Jonas era su pequeño príncipe. Pero el padre es un encanto. —La verdad es que los echa de menos. Después del divorcio se comprometieron a mantener el contacto, pero, a medida que Jasmine ha ido creciendo, cada vez ha tenido menos necesidad de comunicarse con ellos y, a lo sumo, ahora los ve durante las fiestas navideñas—. Pero no echo de menos que Eliza se «deje caer» por casa cada cinco minutos.

—Me recuerda a Frances.

—Sé que Frances no es demasiado agradable contigo, pero al menos se porta genial con Toby.

Louise asiente con la cabeza.

—Pues sí. Y, para ser justa con mi suegra, me costaría hacer este trabajo sin ella. Y Mike es un inútil. No es más que un niño grande.

Emilia ha visto a Mike una sola vez, cuando fue a recoger a Toby a su casa un día que Frances no estaba disponible. Pensó, con una punzada de culpa, que era agradable: cálido y amistoso, y parecía llevarse muy bien con Toby, le dejó trepar a su espalda para cargar con él hasta el coche. Pero no conoce los pros y los contras de su matrimonio y consiguiente divorcio. Louise se muestra muy reservada acerca de su pasado, dice que no le gusta removerlo. «Tenemos que centrarnos en el aquí y el ahora», afirma siempre. Y Emilia está de acuerdo. Por lo que a ella respecta, el pasado puede quedarse allí donde está.

—En fin..., tengo noticias. —Louise deja el cuchillo y el tenedor sobre el plato vacío y se limpia los labios con unos toquecitos de la servilleta. No se ha vestido para la ocasión, lleva el atuendo habitual de vaqueros y suéter extragrande, a menudo con un animal en la parte frontal. Esta vez se trata de una llama con una pajarita de tela escocesa. Emilia se ha puesto una blusa de seda y se ha ondulado el pelo—. Estaba delicioso, por cierto. Llevaba siglos sin comer un plato como es debido. —Louise siempre bromea diciendo que su dieta es espantosa, ya que suele comer mientras va corriendo de un lado al otro. Eso no la sorprende. Louise es bajita, como ella, pero está delgada como un galgo y, con ese corte *garçon*, ofrece un aspecto andrógino. Parece un chico guapo.

—Cuenta, cuenta.

—¿Te acuerdas del tipo al que estuve viendo a principios del año pasado?

—¿Aquel al que le gustabas en serio pero con el que no estabas segura?

Louise parece avergonzarse.

—Sí. A veces soy toda una idiota, pero me pareció que era demasiado pronto después de Mike. En fin, que hemos vuelto.

—Es una gran noticia. Me alegro mucho por ti. ¿Cómo se llamaba?

—Marcus. También es agente de policía, aunque trabajamos en cuerpos diferentes. Lo conocí en un día de formación. Así que... —lanza una carcajada autocrítica— eso quiere decir que no nos veremos demasiado, pero esta vez me siento más preparada. Aún no se lo he contado a Toby, así que te agradeceré que guardes el secreto.

—Por supuesto. —Emilia apura la copa de vino.

—Ah, y tengo un gato. Lo sé, lo sé, me voy a convertir en una de esas solteronas, pero Mike era alérgico, así que, ahora que ha desaparecido de mi vida, al fin puedo tener uno.

—A mis hijos les encantaría tener una mascota, pero Elliot es demasiado quisquilloso —se ríe Emilia—. Los amigos con los que compartía piso en la uni lo llamaban Don Mocho, porque siempre estaba limpiando. ¿Es una cría?

—Sí. Macho. Hamish. Es precioso. Negro, salvo por una mancha blanca en el pecho y la nariz rosa. ¡Míralo! —Le pone el móvil ante las narices para mostrarle una foto—. ¿Te gusta el collar de tela escocesa? ¿Te das cuenta de que es una especie de tema recurrente? —Se señala el suéter.

—Sí. Es muy mono —contesta ella con un dejo de envidia. Le encantaría tener un gato. Le devuelve el móvil a Louise.

Se está haciendo tarde y el restaurante se ha vaciado. Conversan un rato más y, al salir, Louise le pregunta por el libro.

—Entonces, ¿se titula *El último capítulo*?

—Ese es el título provisional, quizá lo cambiemos. ¿Quieres leer la versión terminada? Te agradecería que te la miraras, por si hay incongruencias. Como sabes, en este hay un montón de cosas sobre procedimientos policiales. Gracias por lo mucho que me has ayudado. Me has salvado la vida. Sabes lo difícil que me ha parecido. —Cuando

lo recuerda, siente el familiar remolino de temor en el fondo del estómago.

—Me alegro de haberte ayudado y me encantaría leer la versión terminada. Mándamela por e-mail, si quieres. —Louise se pone un gorro de lana negro y se abrocha el abrigo antes de dirigirse hacia la salida.

—Y vendrás a la fiesta de presentación, ¿verdad? El día diecisiete… —Le pregunta Emilia al salir a la acera resbaladiza por la lluvia.

—¿Fiesta de presentación? Pero si pensaba que *El último capítulo* se publicaba en octubre…

—Esta es por la versión de bolsillo del noveno libro, *El hombre perdido.* No pude celebrar el lanzamiento de la tapa dura por culpa del confinamiento.

—Claro —contesta Louise, y entrelaza sus brazos—. Si no tengo trabajo, allí estaré.

Se dirigen hacia el parque, que parece umbrío y ominoso. La luz de las farolas esculpe halos en la niebla. Está desierto y resulta inquietante, la oscuridad se pega a ellas como si fuera a envolverlas. Emilia se estremece y Louise se da cuenta de ello.

—¿Estás bien?

—Sí. Es solo que… no dejo de pensar. ¿Y si alguien me está acosando?

—Estás conmigo. Si alguien te molesta, arrestaré a ese capullo.

—¿Cómo sabes que es un hombre?

—O a esa capulla. Lo que sea. —Louise se echa a reír y Emilia no puede evitar sonreírle.

—Creo que ahora mismo no estás en condiciones de arrestar a nadie.

—Menos mal que Toby pasará la noche con Mike. Aunque lo echo de menos.

—Espero que te refieras a Toby.

—Sí, claro que sí. No echo de menos al cabronazo de Mike.

—Hablando de cabronazos, nunca adivinarás a quién vi ayer. —Emilia la pone al día sobre su encuentro con Jonas.

—Entonces, ¿le está poniendo los cuernos a Kristin? —pregunta horrorizada cuando ella acaba de contárselo.

—No lo creo, pero ha tenido la tentación.

—Bueno, ahí tienes tu karma.

—Es que no lo sé. Pensaba que me alegraría de que le hiciera eso, pero no. Me lleva a preguntarme para qué sirvió todo. ¿Por qué nos hizo pasar a Jasmine y a mí por todo ese dolor si no va a hacer que la cosa funcione con Kristin?

Pero Louise no le está prestando atención. Se ha detenido de repente, en el sendero a oscuras, obligando a Emilia a hacer lo mismo porque están cogidas del brazo, y su cuerpo está rígido.

Emilia tiene un escalofrío.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede? —pregunta en un susurro.

—Creo que alguien nos está siguiendo —le contesta ella, también en voz baja. La jovialidad ha desaparecido de su voz y de repente parece estar completamente sobria.

—¿Qué? —Emilia gira sobre sus talones, pero allí no hay nadie, solo la oscuridad que se extiende entre los edificios en sombras y el parque a su izquierda.

—He notado que había alguien detrás de nosotras... y entonces he visto a un hombre entrar corriendo en ese callejón. Tenemos que seguir caminando. Vamos. —Tira con firmeza del brazo de Emilia.

El corazón le late con tanta fuerza a Emilia que comienza a marearse. ¿Quién demonios las está siguiendo y por qué? ¿Será la misma persona que está detrás de la gaviota y del trol, o alguien que no guarda relación con ellos? Le dirige una mirada a Louise, pero esta mantiene una expresión seria, concentrada, con las mejillas sonrojadas. Casi tiene que correr para mantener el ritmo de su amiga. Oye unos pasos a su espalda. Louise tiene razón: alguien las está siguiendo.

Y entonces, por suerte, salen a la calle principal, donde hay gente y coches y luces, y a Emilia la inundan el alivio y el cansancio.

—Vamos —dice Louise, medio arrastrándola hacia el taxi que se ha detenido para dejar salir a una pareja joven.

Son casi las diez y media de un miércoles, pero aún hay gente dando vueltas, algo por lo que Emilia se siente agradecida de repente. Louise se pone a hablar con el chófer mientras Emilia se sube al asiento trasero e inspecciona la calle para ver quién las estaba siguiendo. Alguien aparece entre dos edificios —por donde ellas han venido—, pero gira en la dirección opuesta, hacia el puente de Richmond. Entorna los ojos para ver mejor, pero no puede y maldice

su mala visión. Antes la tenía perfecta.

El taxi se pone en marcha y las dos se desploman contra el asiento.

—Lo más probable es que no nos estuvieran siguiendo —dice Louise, volviendo la cabeza para mirar a Emilia, y la luz procedente de las farolas barre sus pómulos delicados. No suena muy convincente.

—¿Por qué vamos por aquí? Tu piso está justo ahí, ¿no? —pregunta Emilia, que se incorpora para mirar por la ventanilla.

—Prefiero dejarte en casa sana y salva antes.

—Entonces sí que piensas que nos han seguido…

Louise no contesta. En su lugar aprieta los labios, como si intentara obligarse a no revelar lo que está pensando en realidad.

Quince minutos después, el taxi aparca delante de la casa de Emilia. Elliot ya debe de estar en la cama. Le ha dejado la luz encendida, lo ve a través del montante de cristal por encima de la puerta. El resto de la casa está a oscuras.

Louise le indica al taxista que espere a que Emilia haya entrado.

—Prométeme que mañana irás a denunciar todo esto a comisaría —le dice, en un susurro urgente—. ¡Y cómprate ya mismo unas cámaras de seguridad!

11

Daisy, 2005

Daisy tenía casi once años cuando asesinaron a su madre.

Recuerda esa noche como si hubiera sido ayer, y no hace ocho años. Estaba en la cama, dormida, cuando oyó un ruido procedente del piso de abajo: el sonido de algo al romperse, un gañido, y luego silencio. Era una casa pequeña, un adosado de dos habitaciones arriba y dos abajo que daba al mar en un pueblo pintoresco de Devonshire cerca de Plymouth, y que no amortiguaba la mayoría de los sonidos, como las risitas etílicas de su madre cuando pensaba que Daisy dormía profundamente, lo que quería decir que se había presentado su novio. Su madre ignoraba que Daisy estaba al tanto del novio porque solo lo invitaba cuando ella ya estaba en la cama. Pero ella reconocía las pruebas que seguían allí a la mañana siguiente: un vaso de vino extra, los garabatos que él dibujaba en los márgenes del periódico que siempre quedaba abandonado en el brazo del sillón, el paquete de cigarrillos vacío que dejaba un olor permanente a estiércol mezclado con algo que ella no acababa de identificar.

A veces se quedaba despierta a propósito para poder ver cómo besaba a su madre en la puerta y luego se marchaba, iluminado brevemente por los destellos de la bombilla del porche, que había que cambiar. Tenía el cabello rubio, un poco levantado en la parte superior por culpa de su doble coronilla, y un cuello ancho que le recordaba a las patas de jamón que a veces preparaba su padre.

Ahora, a la majestuosa edad de dieciocho años, Daisy se pregunta si todo aquel secretismo en torno a la relación de su madre se debió a que su novio estaba casado. Sus padres se habían separado unos años antes, así que no había otro motivo para que su madre fuera tan cautelosa.

Duraron meses, aquellas citas secretas con el hombre misterioso.

Este iba a su casa al menos dos o tres veces por semana, y Daisy sabía que, cuando ella pasaba la noche del viernes y todo el sábado en casa de su padre, su madre lo aprovechaba al máximo. Había algo en aquel asunto que la inquietaba; quizá, el hecho de que su madre no estuviera siendo sincera. No como su padre y Shannon, la novia de este, que no se despegaban nunca, como un sarpullido, de una manera que hacía sonreír a Daisy, convencida de que su padre era feliz.

Cuando le preguntaba a su madre por el hombre misterioso, ella tiraba pelotas fuera, le decía que era solo un amigo, un compañero de trabajo, lo que no parecía muy convincente porque su madre trabajaba limpiando casas mientras ella estaba en la escuela.

Ahora desearía haber insistido más, haberse mostrado más enérgica, haberla obligado a que le dijera la verdad…, a que le dijera su nombre como fuera.

Porque quizá así Daisy hubiera podido salvarla.

12

A la mañana siguiente, según el consejo de Louise, Emilia se pone en contacto con la comisaría de la zona y da fe de los incidentes que han tenido lugar ante un agente que parece estar aburriéndose. Lo hace después de haber dejado a los niños en la escuela, ya que no quiere alarmarlos. El año pasado, Wilfie sufrió una serie de terrores nocturnos; sus gritos rasgaban el silencio de la noche y hacían que Emilia se incorporara de golpe en la cama, con el corazón martilleándole en el pecho y el sudor pegándose a su cuerpo. Iba a su habitación y se tumbaba a su lado, en la litera superior, y lo tranquilizaba hasta que la situación remitía. Fue una experiencia espantosa, pero sobre todo para ella, porque Wilfie no se acordaba de nada al día siguiente. Elliot dijo que su hijo había salido a ella, por esa imaginación tan vívida. Ahora parece haber dejado atrás los terrores, pero Emilia siente que la cosa pende de un hilo, le preocupa que cualquier pequeño detalle los haga regresar.

Elliot está en la cocina, con una taza de café entre las manos. Ha puesto los lirios sobre la mesa y su aroma dulce y empalagoso ha llenado la habitación. Nota que le clava la mirada mientras se pasea a lo largo de la cocina.

—¿Qué te han dicho? —le pregunta al colgar.

Ella se ha detenido delante de él, que está en la isla, sentado.

—Que les haga saber si pasa algo más, pero no podrían haber sonado menos interesados. —Suspira y deja el móvil sobre la dura superficie de piedra.

Él la observa durante unos segundos por encima de la taza.

—Lo que me preocupa es que Louise y tú pensarais anoche que os seguían. ¿No se lo has comentado?

Ella rodea la isla, extrae el taburete contiguo al suyo y se sienta.

—Quizá eso se debiera un poco a la histeria, porque estábamos hablando del tema y nos fuimos inquietando la una a la otra. Las dos estábamos un pelín entonadas.

Él frunce el ceño, es evidente que no lo ha convencido, y se arremanga el suéter de punto trenzado.

—Para ser detective, no es que Louise lo hiciera muy bien. —Suena molesto.

—¿Qué quieres decir?

—Debería haber mantenido la calma. Quizá haber confrontado al tipo.

—No estaba de servicio.

Él se encoge de hombros.

—Pensaba que los detectives siempre están de servicio. Eso es lo que solía decir mi padre.

Ella reprime la irritación.

—Louise no estaba allí como detective, sino como mi amiga. Y estábamos entonadas, como ya te he contado.

—Es solo que me preocupa. Los chicos y tú sois todo para mí.

Ella le coge la mano y se la aprieta a modo de respuesta.

—En cualquier caso, Louise sugirió que pusiéramos cámaras. Delante y atrás.

Elliot aparta la mano y se sube las gafas un poco más por el puente de la nariz.

—Justo estaba pensando en eso mientras estabas al teléfono. Me quedaría más tranquilo, teniendo en cuenta que la semana que viene estoy en Islandia. No iría, pero es un cliente importante. Le pediré consejo a papá. —Engulle el resto del café y se baja del taburete de un salto. Le da un beso en los labios, coge las tazas de ambos, las mete en el lavaplatos y, acto seguido, se dirige hacia el despacho.

Solo entonces Emilia recuerda que aún no le ha contado que ayer vio a Jonas.

Emilia agradece que el resto de la semana transcurra sin novedades y, a medida que se acerca el viernes, puede respirar tranquila de nuevo. Ahora que Elliot ha instalado las cámaras se siente más segura, pero se ha prometido mantener la puerta del porche cerrada, por si acaso. Tendrá un fin de semana ajetreado, con el partido de fútbol de Wilfie y el de *netball* de Jasmine. Le alivia que su hija parezca sentirse más feliz en estos últimos tiempos, que haga el esfuerzo de ir al centro de la ciudad con Nancy. Emilia se alegra de que ese fin de semana no le

toque estar con Jonas. Aunque no tiene tiempo que dedicar a Kristin, se siente culpable cuando recuerda la conversación que mantuvo con su exmarido y preferiría evitarla.

Anoche, tumbada en la cama, al fin le contó a Elliot que se había topado con su exmarido. Lo había estado retrasando porque es consciente de que Elliot no tiene a Jonas en alta estima. «Lo toleraré porque es el padre de tu hija —le dijo al principio de su relación—. Pero no esperes que respete a ese tipo después de lo que te hizo. Y no me hagas hablar de Kristin.»

En lo más profundo de su ser, agradeció que sus sentimientos hacia ella fueran tan fuertes que aceptara su dolor como propio. Elliot se tomaba sus votos matrimoniales con mucha seriedad. En el tema de la traición, para él las cosas eran o blancas o negras, y en más de una ocasión le había dicho que no sería capaz de perdonarla en caso de que ella lo engañara con otro. Emilia sentía lo mismo. No podría volver a pasar por eso, así que la aliviaba que él tuviera una actitud moral tan rotunda. Aquel había sido uno de los motivos por los que se había permitido enamorarse de Elliot. Sus expectativas eran muy elevadas, pero a veces eso también hacía que le costara sincerarse con él.

Los dos se tumbaron de lado para poder mirarse a la cara, con el edredón de un blanco impecable subido hasta la barbilla, dándose la mano por debajo del cubrecama. Le encantaba su dormitorio, que habían redecorado hacía poco en varios tonos de gris con un toque de violeta que adornaba la colcha a cuadros al pie de la cama. Él estiró el brazo y le pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—Es un idiota —dijo, con un rayo de luna atravesándole los pómulos—. ¿Para qué se casó de nuevo si sabía que volvería a engañarla?

—Yo tampoco lo entiendo —murmuró ella—. No quería contártelo delante de Jas. Ella lo adora. Y Kristin le cae bien…, era demasiado pequeña para recordar el momento en que me rompió el corazón. He intentado mantenerla alejada de lo que hicieron.

—Yo no podría ser tan bondadosa como tú. Mientras no vuelva a husmear a tu alrededor nunca más… —Aunque intentó decirlo en un tono ligero, Emilia notó los celos en su voz.

Ella se rio y se acurrucó con más fuerza contra él.

—Ya, seguro. Jamás pensé que pudiera compadecerme de Kristin,

pero me está pasando.

Elliot se marcha en viaje de trabajo el lunes. Detesta volar, y Emilia percibe su nerviosismo en el hecho de que está poniendo patas arriba la cocina, entrometiéndose en su camino mientras ella intenta preparar el desayuno. Poco después de conocerse, Elliot le contó que de adolescente había sufrido «una pequeña crisis», y que estuvo tomando medicación contra la ansiedad y la depresión durante algunos años después de acabar el instituto, pero que dejó de hacerlo mucho antes de conocerla. La mayor parte del tiempo, ella no habría tenido manera de saber que había sufrido problemas de salud mental, pero de vez en cuando estos se manifiestan como la veta de la madera a través de la pintura. Emilia recuerda que a Ottilie le pasó algo parecido en la escuela y tuvo que tomarse un tiempo de descanso, al igual que otras chicas de su edad. Ella lo adjudicó al hecho de que estaban en una institución en la que existía una gran presión, donde los resultados de los exámenes importaban más que el bienestar de los alumnos. Elliot había estudiado en un lugar similar, aunque se encontrara a trescientos veinte kilómetros de distancia y no fuera un internado.

Jasmine está sentada a la mesa, metiéndose cucharadas de gachas en la boca con una mano mientras envía mensajes de texto con la otra. Wilfie entra brincando en la habitación con la camisa por fuera del pantalón y sin el suéter.

—Ve a sentarte —le indica Emilia mientras le da los cereales—. Recuerda que hoy tienes educación física.

—¿Podemos comprar un perro? —pregunta el niño mientras toma su cuenco y va hacia la mesa, dejándose caer de golpe en un taburete al lado de Jasmine.

—De momento, no. —Le mete las zapatillas en la bolsa de deporte.

—¿Por qué? Todos mis amigos tienen mascotas. No es justo. No dejas de decir que compraremos una, y luego cambias de idea.

—¿Te encargarás tú de darle de comer? ¿De limpiar sus cacas? —le pregunta Emilia con suavidad, a la vez que se sirve una taza de té. De reojo ve a Elliot rebuscar en uno de los cajones de la cocina, con la cara gris.

—Sí. ¡Haré todas esas cosas! Lo prometo.

—¿Igual que con el hámster? Al final tuve que encargarme yo de todo.

—Pero entonces era muy pequeño. Solo tenía cinco años.

—Yo prefiero tener un gato —dice Jasmine sin levantar la mirada del móvil.

—Los gatos son aburridos —dice Wilfie—. Si nos compramos un perro...

—¡Por el amor de Dios, Wilf! —le espeta Elliot—. Cierra el pico. ¡Tu madre ha dicho que no!

Todos se vuelven hacia él, sorprendidos. Elliot mira a su hijo con una expresión de furia en su rostro de natural afable. Tiene el pasaporte en la mano y Emilia se da cuenta de que esa mano está temblando.

A Wilfie le tiembla a su vez la barbilla y Jasmine pone los ojos en blanco, como si estuviera muy por encima de esa escena doméstica, y acto seguido devuelve su atención al móvil.

Emilia le da unos golpecitos en el hombro al niño, para tranquilizarlo, y se dirige hacia su marido.

—Eh, ¿estás bien?

Él se pasa la mano por la mandíbula.

—Lo siento. Perdona, colega —dice mientras se acerca a Wilfie para alborotarle el cabello rizado—. Papá se ha levantado esta mañana con el pie izquierdo.

Jasmine tiene pinta de querer soltar una ocurrencia, pero Emilia sacude la cabeza a modo de advertencia y la niña baja la mirada.

—Vale, no pasa nada —dice Wilfie, pero Emilia nota un peso en el pecho al verlo tan apagado.

Le frota la espalda a Elliot.

—Todo irá bien —le dice.

—Lo sé. Se me pasará en cuanto llegue al aeropuerto —contesta en voz baja—. Estoy como un flan, eso es todo. —Elliot suele ocultarles a los niños que le da miedo volar, no quiere que lo vean así, y transmitirles su miedo.

Un pitido en el exterior los alerta de que ha llegado el taxi y él atrae a Emilia para darle un abrazo.

—Te voy a echar de menos —dice contra su cabello.

—Yo también. No es mucho tiempo. Volverás el jueves.

—Justo para la fiesta de presentación. —Se aparta—. Es que no me gusta nada tener que irme justo después de… ya sabes.

—No ha pasado nada más y tu padre no vive lejos. Y Louise está a unas calles de distancia. En el peor de los casos, puedo incluso llamar a Jonas.

Su expresión se oscurece.

—Como última opción.

—Así es, no te preocupes.

Elliot les da un abrazo a los niños, vuelve a disculparse con Wilfie y Emilia lo sigue al vestíbulo, donde coge la maleta.

—Lamento haber estado tan gruñón esta mañana.

—Eh, no te flageles. No pasa nada. Nos vemos el jueves. Llámame cuando aterrices.

Le da otro beso y lo observa desde la puerta bajar los escalones y dirigirse hacia el taxi que lo espera al final del camino de acceso.

Solo lo ve cuando el coche ya se está alejando: una corona funeraria apoyada contra la pared de ladrillo, a la izquierda de la puerta de entrada, detrás de la columna. Se asegura de que los niños no puedan verla y se agacha para mirarla. Lleva una tarjeta que dice tan solo «Mis condolencias», y se le hiela la sangre.

Miranda recibió una corona funeraria en el tercer libro de la serie, *Ninguna piedra sin remover*, como advertencia para que abandonara el caso del asesino en serie en el que trabajaba.

Pero ¿quién podría querer advertirle a ella de algo? ¿Y por qué?

13

Lorraine Butterworth es una mujer alta y delgada que exuda una energía nerviosa al no dejar quietas las manos, ya sea para pasarse un mechón de su pelo teñido de negro por detrás de la oreja como para encender sus numerosos cigarrillos. Debe de andar por los sesenta y pocos, como mínimo. La mano le tiembla cuando me pasa una taza desconchada llena de un té con demasiada leche. Está parada de espaldas al fregadero de la pequeña cocina; la ventana está abierta y la mujer le da caladas profundas a su cigarrillo. El fluorescente por encima de nuestras cabezas zumba, detrás del plástico hay una mosca muerta. La pobre mujer parece completamente traumatizada. Aún recuerdo la primera vez que vi un cadáver. Nada podría haberme preparado para ello. Me obsesionó durante varias semanas.

—¿Qué me puede contar acerca de Trisha Banks? —le pregunto, sentada a la mesa diminuta de formica—. ¿Cuánto tiempo llevaba viviendo en el piso de arriba?

—No mucho. Yo llevo seis años aquí. He visto a mucha gente ir y venir. Ella se mudó hará cinco o seis meses. Solía dedicarse a sus asuntos. Siempre tuve la sensación de que estaba huyendo de algo o de alguien. Solo salía para ir a trabajar a Poundland, volvía a casa y se quedaba arriba. Muy rara vez la vi salir por otro motivo.

—¿Alguna vez vio que entrara o saliera algún hombre? ¿Tenía novios?

—Como le he dicho al otro madero, vi de lejos a un tipo que pasaba el rato por aquí, pero no estoy segura de que fuera su novio. Jamás lo vi entrar a la casa, así que no creo que subiera a su piso, pero era un tipo alto.

Bebo un sorbo de té y me arrepiento. La leche está agria. Dejo la taza sobre la mesa.

—¿Qué quiere decir exactamente con lo de «pasar el rato»?

Lorraine le da una calada profunda al cigarrillo. Tiene las venas de las manos protuberantes, la piel fina. Exhala una nube de humo que llena

ese espacio tan pequeño. Reparo en el dibujo infantil de una casa que se aguanta sobre la nevera gracias a un imán en forma de oveja mullida.

—No lo sé, la verdad. Merodeaba por ahí afuera, supongo que diría usted. Una vez la vi hablando con él, en la calle, ahí mismo. —Dirige el cigarrillo de manera vaga hacia la parte frontal de la casa—. Pero por lo general lo veía un poco más lejos, en la acera. Como si la estuviera esperando. Una vez lo llamé, le pregunté qué quería, pero no me contestó y se limitó a alejarse hacia la playa.

Se me acelera un poco el corazón. Podría tratarse de él. Del asesino. Podría tratarse de la persona a la que hemos estado buscando durante todos estos años. Nunca ha habido ningún testigo, a excepción de aquella vez…, hace mucho. Un testigo, en el mejor de los casos, poco fiable.

—¿Qué aspecto tenía?

Ella frunce la cara y chupa con fuerza el cigarrillo.

—Corpulento. Con pinta de estar en forma. Es difícil de decir. Nunca le vi la cara, siempre llevaba una capucha.

—¿Y tenía algún rasgo distintivo? ¿Había en él algo que destacara?

Ella niega con la cabeza.

—No que yo recuerde. Vestía ropa oscura y era siempre de noche y, como le he dicho, siempre llevaba puesta la capucha del abrigo. Nunca lo vi de día.

—¿Color de pelo? ¿De los ojos?

—Ya le digo que estaba demasiado oscuro para verlo y él, demasiado lejos.

—¿Altura aproximada?

—Calculo que un metro ochenta, por lo menos. Yo mido metro setenta y cinco, y parecía más alto que yo.

Me trago la decepción. No sé qué esperaba que dijera. Quizá haya estado alejado de la escena durante dieciséis años, pero dista mucho de ser estúpido. Tenía la esperanza de que se hubiera oxidado. De que la pifiaría al fin, de que cometería un error al haber perdido la práctica.

Me pongo en pie y me guardo la libreta en el bolsillo del abrigo.

—Bueno, muchísimas gracias, Lorraine. Sé que está usted conmocionada.

Ella apaga el cigarrillo en el cenicero lleno a rebosar y enciende otro de inmediato.

—¿Estoy en peligro quedándome aquí? ¿Y si vuelve a por mí esta vez?

No podía descartarlo. A saber lo que atraía a ese hombre de sus víctimas. Estas tenían edades comprendidas entre los treinta y los cuarenta y cinco. Nunca las agredía sexualmente, solo las apuñalaba y las marcaba con aquel siniestro grabado de una mantis religiosa. Una cosa estaba clara: era un psicópata misógino.

—¿Hay algún lugar en el que pueda pasar unos días?

Ella resopla.

—Sí. Mi hija vive en Paignton. Puedo quedarme allí.

—Creo que sería una buena idea —digo, avanzando hacia el vestíbulo. Ella me sigue—. Haré que uno de los agentes se quede con usted hasta que esté preparada para irse.

Lorraine abre la puerta de su piso y salimos al vestíbulo principal. La puerta de la calle sigue abierta, la cinta policial continúa rodeando el jardín. Me gustaría largarme de aquí antes de que se lleven el cuerpo de Trisha Banks.

El viento azota los bajos de mi elegante abrigo de lana. Veo a Saunders y a Doyle en la puerta de uno de los vecinos de la acera de enfrente. Michelle Doyle está tomando notas, es una buena señal. Con suerte habrán visto algo. Estoy a punto de acercarme a ellos cuando Lorraine abre la boca de repente:

—Espere —dice—, sé que no es mucho, pero fuma. El hombre que vi. Es fumador.

—Vale. —No es gran cosa, pero quizá sea de ayuda. En todos estos años no hemos obtenido absolutamente nada más.

—Pero no son cigarrillos normales —prosigue ella—. Son de esos mentolados. Tienen un olor muy particular. Lo sé porque mi abuelo solía fumarlos, y mi padre y mi hermano.

Los cigarrillos mentolados se han prohibido hace poco porque presentaban un riesgo mayor de provocar enfermedades cardiovasculares, así que me pregunto de dónde los estará sacando. Le doy las gracias y levanto la cinta policial para pasar por debajo. Un hombre alto que fuma cigarrillos mentolados, prohibidos hace poco. Nunca habíamos tenido tanto.

Quizá sí esté cometiendo errores, al fin y al cabo.

14

Emilia tiene la mirada clavada en el móvil, se traga el pánico e intenta entender el funcionamiento de la aplicación del timbre con cámara que Elliot instaló antes de marcharse. Ha tenido que esconder la corona funeraria en el garaje, al final del jardín, para que los niños no la vieran, y a continuación se ha esforzado por actuar con normalidad hasta que los ha dejado en la escuela. No ha querido llamar a Elliot y hacer que se preocupara estando fuera de casa.

Ahora está sola en casa, parada ante la isla, en una cocina llena de ecos que de repente se le antoja demasiado grande. Uno de los pétalos de los lirios ha caído sobre la superficie de mármol. Elliot se habría lanzado a recogerlo, habría limpiado frenéticamente toda la zona con lejía por si el polen manchaba esa piedra tan cara. Pero ella lo deja donde está. Al final acaba descubriendo la manera de ver la grabación de la cámara y el corazón se le acelera cuando la pone en la pantalla. Rebobina. Han debido de dejar la corona durante la mañana, mientras ellos se preparaban. Y, en efecto, a las 7.45 aparece una figura que avanza por el camino de acceso con una corona funeraria entre las manos. Emilia se pega las gafas de lectura contra la nariz. La figura queda enfocada y Emilia puede ver que es un hombre, que pasa a agacharse para colocar la corona contra los ladrillos a la izquierda de la puerta. Ese es el motivo por el que Elliot no ha reparado en ella al salir con prisas esa mañana.

El hombre no llama al timbre, pero retrocede algunos pasos y levanta la mirada hacia las ventanas. ¿Quién es? ¿Lo conoce? Ahora, el objetivo de ojo de pez puede verle la cara. Lleva barba, tendrá quizá unos cincuenta años. Y entonces ella repara en el uniforme marrón, tan familiar. Es un repartidor, joder. Cierra la aplicación y, frustrada, lanza un suspiro. Después, se le va la vista hacia la tarjeta que ha sacado de la corona, y que descansa sobre la mesa de la cocina. La coge. El mensaje de «Mis condolencias» está escrito en tinta negra y lo más probable es que su autor haya sido el florista, siguiendo las

instrucciones de quien la haya encargado. Sostiene la tarjeta a la luz para poder ver mejor la dirección, que está escrita en una fuente pequeña en la esquina, y solo consigue identificar que se trata de una floristería local. De Twickenham. ¿Significa eso que quien la haya enviado vive allí? ¿O tan solo ha escogido a un florista que está cerca de la casa de Emilia?

Sigue con el móvil en la mano, así que marca el número del establecimiento. Le atiende una mujer con voz alegre.

—Hola —dice Emilia, tragando saliva, con la garganta seca de golpe—. Tengo aquí una corona funeraria que me han mandado esta mañana, pero no lleva nombre ni dirección, y quería comprobar quién la ha enviado.

—Oh, de acuerdo —dice la mujer, animada—. Espere un segundo, voy a mirar. —Oye un tecleo y, acto seguido—: No disponemos de ninguna dirección, ni teléfono.

Emilia respira hondo.

—Vale. ¿Qué hay de los detalles de pago?

—Bueno, la han pagado en efectivo. Un momento… —Más tecleo —. Sí, es lo único que tenemos. Alguien nos ha llamado y más tarde ha pasado por la tienda a pagar.

Se me revuelve el estómago. ¿Significa eso que es alguien del lugar?

—¿Recuerda qué aspecto tenía?

—Era un hombre, creo…, treintañero, quizá. Cabello castaño corto. Ha dicho, lo recuerdo ahora, que la encargaba en nombre de su esposa, Miranda Moody.

La habitación comienza a dar vueltas. «Pero qué coño…»

—¿Y solo tiene eso?

—Sí.

—¿Y no le ha dado su nombre?

—No, me temo que no.

—De acuerdo, gracias. —Está a punto de colgar cuando se le ocurre algo—. ¿Podría comprobar si esta tal Miranda Moody me ha mandado algo antes? Hace una semana me llegó un ramo de flores que no llevaba tarjeta.

—Déjeme que lo mire —dice la mujer con esa voz cargada de entusiasmo, que parece no concordar con la situación en la que se encuentra Emilia.

Se queda mirando el jardín. El día está gris y nublado, una neblina cuelga sobre los árboles. Desde allí puede ver la esquina del despacho de Elliot, y experimenta un acceso de ansiedad al pensar que él no está allí.

Se oye un crujido y la mujer vuelve a sonar al otro lado de la línea.

—Hola, sí. Miranda Moody encargó un ramo de lirios para usted el primero de marzo, también por teléfono. Yo no estaba aquí ese día, pero mi compañero sí. Le preguntaré si recuerda algo acerca del encargo y si vino a pagar el mismo caballero.

—Gracias, eso sería de mucha ayuda. —Le da a la mujer su nombre y número de teléfono—. ¿Sería posible que me informaran de si esta Miranda Moody hace otro encargo antes de que me lo manden? No quiero recibir nada más de esa persona.

La voz de la mujer suena más apagada:

—Oh, lo siento mucho. Por supuesto. Dejaré una nota.

Emilia cuelga y la cabeza le da vueltas. Un hombre. Enciende la tetera y sube corriendo los dos tramos de escaleras hasta su despacho, aún con el abrigo puesto. Va a coger la libreta que Jasmine le regaló por su cumpleaños y comenzará a anotar todo lo que suceda, tal y como le ha recomendado el policía con el que ha hablado. También quiere llamar a Louise para contarle ese último acontecimiento, por si acaso. Se niega a permitir que quienquiera que esté haciendo eso la aterrorice. Ya no es la ratoncita de cuando estaba casada con Jonas. Puede lidiar con esto.

Al llegar al segundo piso está jadeando ligeramente. Debería usar la bicicleta estática en la que se gastó una fortuna, pero es como una forma de tortura. Nunca le ha gustado el ejercicio pese a que ha probado suerte en su mayoría de variantes, con la esperanza cada vez de que quizá hubiera encontrado «lo suyo».

Abre el cajón del escritorio, encuentra la libreta y mira la primera página rayada con sensación de angustia. Se suponía que debía contener los planes de su primera novela independiente, aunque tampoco es que se le haya ocurrido alguna idea de momento. Ya bastante le costó pensar el argumento de *El último capítulo*. Coge un bolígrafo, se sienta al escritorio y hace una lista de todo lo que le ha sucedido hasta ahora, por pequeño que haya sido.

A mediodía, Emilia tiene la sensación de que se está volviendo loca, sola en la casa, de los nervios ante cualquier sonido extraño, ante cada estallido de esos radiadores pasados de moda, ante el crujido de los tablones del suelo. Se alegra de haber quedado para comer con Ottilie en Richmond.

El día se ha aclarado, un sol debilucho se esfuerza por asomar al otro lado de las nubes pese a la humedad que hay en el aire.

Cuando Emilia llega, Ottilie ya está sentada en una mesa exterior vestida con un abrigo largo azul celeste y cuello de piel sintética, y un sombrero peludo a juego calado sobre el cabello rubio. La saluda con la mano enguantada al verla acercarse, y entonces se pone en pie para darle un beso al aire. Cuando van a ese local casi nunca se sientan dentro; es una costumbre que se forjó durante la pandemia, supone ella, pero el caso es que prefiere estar al aire libre.

—Ya te he pedido un capuchino —le dice Ottilie al sentarse.

—¿Estás diciendo que soy predecible?

—Para nada, querida. —Su amiga le sonríe—. He estado a punto de pedirte una copa de vino, pero me he acordado de que luego tienes que ir a recoger a los niños.

Emilia se quita los guantes.

—Solo a Wilfie. Jasmine ahora vuelve a casa por su cuenta, con Nancy.

—Y bien que hace. Ya tiene quince años.

Emilia es consciente de que se pasa un poco protegiendo a Jasmine, pero es que su hija siempre ha sido una cría muy sensible, y luego estuvo el tema del divorcio, de que ella se volviera a casar con Elliot y que tuvieran un hijo tan pronto.

—Bueno —dice Ottilie, recostándose contra la silla—, por desgracia solo dispongo de una hora. Tengo que ver a una clienta nueva esta tarde en Hampton. —Ottilie montó en 2010 su propio negocio de diseño de interiores. Le iba bien, pero la pandemia representó un duro golpe y ahora tiene que trabajar más horas para arrancar de nuevo el negocio y que vuelva a funcionar—. Pero tenemos muchísimas cosas de las que hablar. Por ejemplo, sobre lo que pasó el otro fin de semana.

—¿A qué te refieres?

—Durante la cena, después de recibir la gaviota rota, me pareció

que estabas un poco con el alma en vilo, eso es todo.

—Ay, cielos. Por dónde comienzo… —Emilia está a punto de lanzarse a contárselo todo cuando llega la camarera con sus cafés, dispuesta también a tomarles la comanda. Se deciden por una quiche y una ensalada. Al marcharse la mujer, Emilia dice—: Hoy me han traído a casa una corona funeraria con una tarjeta de pésame incluida.

Ottilie se inclina hacia delante, abre mucho los ojos de color verde claro y Emilia la pone al día de todo lo que ha sucedido desde la última vez que se vieron.

—Joder —dice ella en respuesta—. Menuda campaña.

—Lo sé. —Le cuenta a su amiga la información que le ha dado la florista.

—Me parece que te has ganado un acosador, Mils. Será mejor que vayas con cuidado. —Observa a Emilia con preocupación—. ¿Lo has denunciado?

—Sí. Y se lo he contado a Louise. Mi amiga detective… —clarifica, cuando Ottilie parece quedarse en blanco—. Aún no la conoces, pero con suerte estará en la presentación del libro. Ella me dijo que instalara cámaras y uno de esos timbres con vídeo. —Emilia entrelaza los dedos alrededor de la taza caliente—. El hecho de que estén repitiendo mis argumentos me asusta un poco.

—No me sorprende. Eso es acoso. Al menos ya lo has denunciado. Hay gente que es así de rara, nada más. —Ottilie suspira y dirige una mirada al río, por el que pasa nadando una familia de cisnes. Entonces devuelve su atención a Emilia—. Les divierten este tipo de cosas.

—Me preocupa que sepan dónde vivo. Y mi apellido de casada.

—Solo usas el Rathbone en la escuela, ¿verdad? ¿Podría ser alguien relacionado con Jasmine o con Wilfie?

Emilia intenta recordar a todos los padres que conoce de los grupos de las clases de sus hijos. No se le ocurre nadie que pueda estar resentido con ella.

—No. Para nada. Parecen personas decentes. Algunas incluso se han convertido en mis amigas. —Piensa en Louise y en Marcie, la madre de Nancy, a la que conoce desde que las niñas comenzaron primero—. No me creo que pueda ser uno de ellos.

—Quizá sea un fan trastornado. Has leído *Misery*, ¿no?

—Vaya, gracias, Ottilie. De verdad sabes cómo hacer que me sienta mejor. —Emilia intenta mantener un tono ligero, pero algo

oscuro se ha posado sobre ella.

Su amiga le da unos golpecitos en la mano.

—Lo siento. Eso no ha sido útil. Lo has denunciado y has instalado cámaras y esas cosas. No hay mucho más que puedas hacer. —Suspira de nuevo y Emilia se da cuenta de que Ottilie tiene algo en la cabeza.

—¿Qué es? ¿Qué te pasa?

La camarera vuelve a aparecer con la quiche, pero, cosa extraña en ella, Emilia se da cuenta de que ha perdido el apetito. Cuando se va, Ottilie dice:

—Es Stefan. No va a funcionar.

Lo cual no la sorprende: las relaciones de Ottilie nunca duran más de un año.

—Oh, no. ¿Es por la distancia?

—En parte. Pero no es un hombre para mí. Demasiado inmaduro. —Ataca la quiche—. Has tenido suerte con Elliot, ¿sabes? Al haber encontrado a alguien con quien encajas de verdad. Yo me acerco a los cuarenta y sigo teniendo la sensación de que aún no he puesto orden en mi vida.

—Aún te faltan tres años para llegar a los cuarenta. Y eres una mujer independiente y de éxito. Yo te admiro —le contesta Emilia con sinceridad, y coge el cuchillo y el tenedor para hacer el esfuerzo de comer.

Ottilie lanza una risa burlona.

—¿Por qué habrías de admirarme? Tú lo tienes todo. Un matrimonio feliz, una carrera brillante, dos hijos maravillosos, esa casa espectacular... —Se da unos golpecitos en el vientre—. A este paso, tendré que usar a un donante de semen. Y lo haría si pudiera permitírmelo.

—Pero acuérdate de cómo estaba hace diez años. Jonas me había abandonado..., se había largado con una de mis amigas más íntimas.

—Me alegro de que no hayas dicho «con mi mejor amiga». —Le guiña un ojo y clava el tenedor en un tomate, cuyo jugo sale disparado hacia la mesa.

—Tú siempre has sido y siempre serás mi única mejor amiga —dice Emilia con seriedad mientras limpia el jugo del tomate con una servilleta—. Y, en cualquier caso, no necesitas a ningún hombre para tener una vida completa.

—Sabes que tengo problemas para confiar en la gente, gracias a mi querido padre. —Pone los ojos en blanco, burlándose de sí misma, y le sonríe mientras sacude el tenedor en el aire.

Ese tono guasón no engaña a Emilia, que recuerda lo destrozada que se quedó su amiga cuando sus padres se separaron, y que culpó a su padre de la infelicidad de su madre.

—No todos los hombres son iguales. Si me hubiera dejado hundir por lo que me hizo Jonas, jamás habría conocido a Elliot. Hablando de Jonas, creo que no tardará mucho en engañar a Kristin.

Ottilie está a punto de atragantarse con la quiche.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes? Aunque no sé por qué me sorprende.

Ella le habla de cuando se lo encontró acompañado de una joven y de la conversación que mantuvieron en la cafetería.

—¿Sabes que de hecho he sabido de Kristin esta semana? —pregunta Ottilie cuando Emilia acaba—. Por primera vez desde que te traicionó. ¿Te lo puedes creer?

—¿Qué? ¿En serio?

—Todo ha sido un poco raro. Ni siquiera sabía si debía contártelo.

A Emilia, la quiche le ha caído pesada.

—Pues claro que debías contármelo. Tú y yo nos lo contamos todo. ¿Qué quería?

—Bueno —Ottilie le dirige una mirada y Emilia es consciente de que se está planteando hasta qué punto debe ser sincera—, me dijo que estaba preocupada por ti.

—¿Preocupada por mí? ¿En qué sentido?

—Dice que has estado trabajando muy duro, peleándote con Elliot y encontrándote en secreto con Jonas. Insinuó que podía haber algo entre vosotros dos. ¿Le contó él que os encontrasteis y que luego fuisteis a tomar un café?

La cabeza le da vueltas.

—No lo sé, pero no hay nada entre Jonas y yo. Y si lo hubiera, que no lo hay, ¿cómo podría saberlo? —Sacude la cabeza—. No lo pillo. ¿Y por qué tendría Kristin que contarte todo esto, si llevas años sin hablar con ella?

—No lo sé. ¿Para ganarse mi simpatía, quizá? Ya sabes cómo puede llegar a ser. Fue una conversación extraña y..., bueno, se puso a llorar al teléfono. Dijo que me echaba de menos, que echaba de menos

nuestra amistad, y que lamentaba todo lo que ha sucedido.

—¡Es increíble! —espeta Emilia—. A mí no me ha pedido perdón ni una sola vez en todos estos años.

Ottilie deja el cuchillo y el tenedor sobre la mesa.

—Debe de saber que hay otra mujer en la película, cree que eres tú y quiere sonsacarme información. Tampoco es que yo fuera a contarle nada, espero que lo sepas.

Emilia le da unos golpecitos en el brazo.

—Pues claro. —Ottilie siempre le ha sido extremadamente leal, desde que las dos estaban en el primer año de internado y una chica mayor comenzó a meterse con Emilia.

—Sonó como si estuviera un poco borracha. También quería consejos de diseño de interiores, y me preguntó cómo había comenzado mi negocio. Seguro que al día siguiente se quería morir.

Emilia aparta el plato. No sabe lo que sentiría si Ottilie decidiera volver a ser amiga de Kristin. Sigue teniendo la traición muy clavada en su interior. Fue ella quien las reunió, a esas dos personas independientes pero que, a la vez, fueron las más importantes de su vida. Kristin y ella coincidieron en la misma clase de literatura inglesa y se hicieron amigas al compartir su amor por las bandas alternativas de guitarra, a cuyos conciertos solían ir juntas. Ottilie, a quien le costaba decidirse por algo, tal y como tiene por costumbre, viajaba a Brighton cada vez que podía para salir con ellas.

—No se lo perdonaré nunca, no te preocupes, Mils —dice Ottilie, como si le hubiera leído la mente, y se acaba el café—. ¿Quieres otro?

Emilia contesta que sí, pero la verdad es que después de aquello ya no puede concentrarse.

Lo nota nada más entrar en la casa. El frío en el aire. Se dirige a la cocina y se queda paralizada al ver las ventanas Velux, que están abiertas por completo, como tres bocas enormes. En la última novela de Miranda Moody, *El último capítulo*, el asesino de la mantis religiosa accede a los hogares de sus víctimas a través de los tragaluces. Sin embargo, la única persona que la ha leído es su editora, así que tiene la esperanza de que se trate al menos de una coincidencia.

Un tablón cruje sobre su cabeza y se le hiela la sangre.

Hay alguien en la casa.

15

Daisy, 1998

Daisy recuerda que se había levantado temprano la mañana en la que encontró a su madre muerta. Era domingo, el 15 de febrero de 1998, y seguía estando oscuro. No sabe por qué, pero una sensación de temor la inundó nada más abrir los ojos. Era como si algo se hubiera desplazado en el universo y la estuviera alertando del horror al que iba a enfrentarse en breve. Se quedó unos momentos tumbada allí, quieta, notando el latido de su corazón a través del edredón a cuadros rosa, mientras recordaba los ruidos que había oído durante la noche, las voces amortiguadas, consciente de que todo iba a cambiar en cuanto se levantara de la cama.

La primera señal de que algo iba mal fue la luz que seguía brillando en el pasillo. Su madre siempre apagaba las luces antes de irse a la cama, pero a veces se quedaba dormida delante del televisor y Daisy la oía subir las escaleras de madrugada. La segunda señal fue que la cama de su madre estuviera hecha, la sensación de que nadie la había ocupado durante la noche; la atmósfera estaba demasiado limpia, no la llenaba el sueño. Inquieta, Daisy bajó las escaleras con la esperanza de que su madre se hubiera quedado dormida de nuevo ante la tele, de que pronto oiría las voces tranquilizadoras de los presentadores de primera hora de la mañana. En su lugar, se encontró con un silencio perturbador. La luz del pasillo podía estar encendida, pero el resto de las escaleras se encontraba a oscuras.

—¿Mamá? —dijo, y su voz sonó baja—. ¿Mamá? —repitió, esta vez más fuerte.

Abrió la primera puerta de la izquierda, barrió con la mirada el salón mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra. La habitación estaba ordenada, cosa poco habitual: no había ni tazas ni platos encima de la mesa de café, ni paquetes tubulares de patatas

rodando por el suelo, ni envoltorios de galletas o periódicos ensuciando las superficies, o tirados al lado de las sillas. Para alguien que limpiaba casas ajenas, su madre no parecía demasiado preocupada por la limpieza de la suya. Las pesadas cortinas con motivos florales estaban cerradas; la televisión, apagada. Pero, tumbada de lado sobre el sofá, completamente vestida, con los ojos cerrados, estaba su madre.

Una abrumadora sensación de alivio recorrió a Daisy. Se había quedado dormida viendo la televisión, eso era todo. Al acercarse a ella tuvo la sensación de que estaba en paz, un rizo de su cabello moreno le caía sobre el ojo. Daisy tuvo la tentación de apartarlo y encajárselo detrás de la oreja, tal y como su madre hacía siempre con ella. Se subió el camisón para poder doblar las rodillas al ponerse en cuclillas y sacudió el hombro de su madre con suavidad:

—Mamá. Te has quedado dormida. Levántate.

Lo supo en cuanto la tocó. Estaba helada, tenía la piel de un extraño color blanco azulado que la hacía parecerse a su muñeco de Pierrot. Y entonces lo vio. El círculo de color rojo oscuro que había manchado la blusa rosa claro favorita de su madre.

—¡Mamá! —gritó entonces Daisy, y comenzó a sacudirla con fuerza pese a saber que sería inútil—. ¡Mamá! ¡Despierta! ¡Despierta! Por favor… Por favor… —Se puso a sollozar mientras se doblaba sobre el cuerpo frío e inmóvil de su madre. Ignora cuánto tiempo permaneció así, pero la luz diurna acabó por filtrarse en torno a las cortinas.

Solo podía llamar a una persona. Su padre, que se presentó en menos de diez minutos, la apartó del cuerpo muerto de su madre y llamó a la policía.

—Sí —lo oyó decir al teléfono, con miedo y pánico en la voz—. Es mi expareja. Se llama Jennifer Radcliffe. Está…, ah… —Oyó la emoción en su voz mientras se volvía hacia ella con los ojos enrojecidos—. No tiene pulso.

Después, todo se volvió frenético. La acogedora casa de dos habitaciones arriba y dos abajo que compartía con su madre fue invadida por unos agentes que se paseaban por ella como ratas. Una mujer de rostro bondadoso y cola de caballo que hacía frufrú intentó llevársela del salón, lejos de su madre. Recuerda que, mientras la mujer la persuadía para que saliera, armó cierto alboroto, algo muy

impropio de ella, siempre educada, sencilla, demasiado tímida incluso para levantar la mano en clase.

Pero antes lo vio. El dibujo de la cabeza de un insecto en el tobillo de su madre, que no era ningún tatuaje.

Recordó entonces, como en un repentino fogonazo, el misterioso novio de su madre, con su doble coronilla, su cuello ancho de pata de jamón y su afición a hacer garabatos en los márgenes del periódico.

Y supo —simplemente lo supo— que era el responsable de aquello. El Hombre de los Garabatos, tal y como pasaría a llamarlo, había asesinado a su madre. Y se prometió, allí mismo, a los diez años, plantada en aquel salón rodeada de policías, que no descansaría hasta dar con él.

16

Con un grito en la garganta, Emilia sale corriendo por la puerta principal y la cierra de golpe tras de sí antes de llamar a la única persona que sabe que podrá ayudarla.

—Hola —dice una voz familiar al otro extremo de la línea.

—Trevor... Lamento molestarte en el trabajo, pero... —Emilia vacila. Está parada en el camino de acceso, mirando hacia la casa. Esas ventanas no se han abierto solas—. Me preocupa que haya alguien en la casa. —Le explica lo de los tragaluces.

—Ni se te ocurra entrar. Voy ahora mismo —le ladra, y corta la llamada antes incluso de que ella pueda contestar.

Se queda con la vista puesta en las ventanas. Comienza a llover, una lluvia fina que se deposita sobre su abrigo y oscurece el camino de acceso. Se siente impotente, plantada allí, temerosa de entrar en su propio domicilio. Su hogar siempre ha sido un santuario. Fue el primer lugar que compró con Elliot tras una sucesión de pisos alquilados. Y ahora está mancillado. Mancillado por las entregas no solicitadas que aparecen junto a su puerta, por el muñeco trol colgado del árbol. Esa invasión de su espacio personal, de su vida, esa vida que tanto se esfuerza por mantener separada de sus libros. Siempre se ha negado a entrar en las redes sociales, entre otras cosas porque tiene fobia a las cuestiones técnicas, que le parecen demasiado complicadas, pero sobre todo porque es una persona celosa de su intimidad, y siempre lo ha sido. Y, ahora, sus ficciones se están fusionando con la realidad.

Mientras espera a Trevor, comprueba la aplicación de la cámara del timbre para ver si ha captado a alguien. El corazón se le acelera mientras rebobina las grabaciones de las partes delantera y trasera, pero no hay nada. ¿Podría haber entrado alguien evitando las cámaras? Mira hacia el techo, que es alto, con dos claraboyas y el tragaluz a un lado. Sería más sencillo acceder a la cocina, en la parte de atrás, cuya fachada es de solo un piso de altura, pero el criminal

tendría que haber pasado por encima del muro del vecino para que no lo vieran las cámaras.

Cuando Trevor llega y aparca el Honda Civic, la lluvia ha cesado y ha dejado tras de sí ese olor familiar a tierra cuyo nombre conoce ahora gracias a las lecciones de ciencia de Jasmine: petricor. Lo inspira y se siente de inmediato más tranquila al ver que Trevor se acerca a ella con rapidez, vestido aún con el uniforme de vigilante de seguridad, ágil y en forma a los sesenta y dos. Era joven, contaba solo veintitrés años, cuando tuvo a Elliot. Está serio, pero le dirige una sonrisa reconfortante en cuanto la ve.

—¿Estás bien? —le pregunta, dándole unos golpecitos paternales en el hombro (no es que el padre de Emilia hiciera eso de vez en cuando. Hugh Ward parece tener terror a las demostraciones de afecto físico).

Ella asiente con la cabeza.

—Gracias por venir, Trevor. No he vuelto a entrar.

—Bien. Quédate aquí. Si no he salido en diez minutos, llama a la policía.

El estómago le da un vuelco.

—¿Qué?

Él levanta las cejas tupidas.

—Estoy seguro de que no llegaremos a ese extremo. —Le coge la llave de la puerta principal y se dirige decidido hacia la casa.

Emilia se acuerda de todas las veces que dejó la puerta del porche sin llave por sentirse completamente a salvo en ese barrio. Una falsa sensación de seguridad en las zonas residenciales de la clase media. Qué tonta ha sido.

—¿Va todo bien? —Emilia se vuelve al oír la voz de Madge, la vecina de al lado, que ha salido a pasear al beagle y se ha detenido al pie de su camino de acceso. Madge tiene sesenta y tantos, se la ve saludable y robusta, con las mejillas sonrosadas, y posee numerosos chalecos acolchados de distintos colores. Ese día es rosa, y lleva una mochila impermeable azul marino colgada del hombro; tiene un aspecto ligero y primaveral—. ¿Te has quedado fuera de casa?

—No, mi suegro está dentro. Comprobando la casa para mí. —Le explica lo de las ventanas y un caleidoscopio de emociones atraviesa el rostro de la mujer—. ¿Has visto a alguien?

—No, lo siento, pero nunca se es demasiado precavido. Parece

que ha habido algunos robos por aquí últimamente. —Baja la voz y mira atemorizada por encima del hombro, como si el ladrón la estuviera escuchando—. Nosotros ni siquiera tenemos cámaras de seguridad. Si te soy sincera, la casa es demasiado grande para Philip y para mí, ahora que los niños han abandonado el nido, pero... —Suspira y consulta el reloj—. Será mejor que me vaya. He quedado con mi hija para tomar un café.

Se despide de Emilia con la mano mientras baja por la colina, y Emilia siente una punzada de anhelo por aquello que nunca llegará a pasar. No recuerda la última vez que quedó con su madre. Cuesta tentarla para que abandone las profundidades de la casa independiente de imitación Tudor que tiene en el centro de Inglaterra.

Ha perdido la sensibilidad en los dedos de los pies y patea el suelo. ¿Qué estará haciendo Trevor? La casa es grande, desde luego, pero está tardando siglos. Mira el reloj. ¿Y si el intruso le ha hecho daño? Está considerando llamar al 999 cuando su suegro aparece por la puerta y le hace señas para que se acerque.

—Todo está bien. He mirado en todas las habitaciones, detrás de cada puerta, en los armarios. No hay nadie. —Casi parece un agente oficial, allí parado, recordándole al policía que una vez fue. Le está tan agradecida que tiene ganas de abrazarlo.

—Muchas gracias. Es que no entiendo por qué estaban los tragaluces abiertos. El de mi despacho, ¿también lo estaba?

—No, cuando he entrado estaban todos cerrados, pero creo que eso sucede de forma automática con la lluvia. Quizá los haya abierto un conmutador fastidiado. ¿Los tienes con temporizador?

—Eso es lo extraño. Llevamos meses sin abrirlos.

Trevor se aparta. Ella pasa entre él y la bicicleta de Elliot, cuyo manillar casi se le clava en las costillas; entra al vestíbulo y se dirige hacia la cocina. Su suegro la sigue. Le pide a Alexa que encienda las luces.

—La tienes bien entrenada —dice Trevor riéndose, y cruza los brazos. Ha ganado un poco de peso, le sienta bien. Emilia vuelve a preguntarse si no habrá conocido a alguien.

—Échale la culpa a tu hijo. A mí me encanta utilizar los interruptores de la luz, pero él lo tiene todo conectado a Alexa, incluso la radio. —Enciende la tetera. Trevor saca de la isla de la cocina uno de los taburetes altos de madera y se sienta. Ahora que el escaso sol

vespertino que queda se encuentra en la parte delantera de la casa, una tonalidad azulada ha inundado la cocina—. Tengo que recoger a Wilfie en un rato, pero podemos tomarnos un café rápido. ¿Qué te apetece?

—Un té sería genial, gracias.

—Lamento haber hecho que perdieras el tiempo. —Se vuelve hacia él mientras la tetera comienza a hervir ruidosamente—. ¿Qué excusa has dado para salir del trabajo con tanta urgencia?

—Oh, solo que tenía que irme por culpa de una emergencia familiar. No pasa nada, era un día tranquilo. Elliot me ha contado que habéis puesto cámaras delante y detrás. Eso es tranquilizador. Y no me has hecho perder el tiempo. Más vale prevenir que curar, Emilia. —Frunce el ceño y ella se da cuenta de que continúa preocupado por los tragaluces abiertos. Ella también, pero no sabe qué más puede hacer. Trevor le ha asegurado que no hay nadie en la casa y las cámaras no han mostrado a nadie que entrara en ella.

Trevor coge el pétalo de lirio que descansa sobre la encimera desde esta mañana y lo hace rodar entre los dedos, con lo que se mancha el pulgar de amarillo.

—Es evidente que la persona que te está mandando estas cosas es un cobarde, y que no quiere revelar su rostro —prosigue—. Es como uno de esos troles que se esconden detrás de sus teclados para escribir *tuts* injuriosos en internet.

—Se llaman «tuits», Trevor. —Emilia se ríe. Él sabe cómo se llaman en realidad y ella sospecha que solo está intentando relajar el ambiente.

—Ah, tuits, *tuts*, lo que sea...

Emilia le prepara un té cargado, con un chorrito de leche y dos cucharadas de azúcar, tal y como le gusta, y se sienta con él a la isla. Conversan un poco más acerca de su trabajo, del viaje de negocios de Elliot a Islandia, de Wilfie y su reciente amor por los coches clásicos, que a Trevor siempre le han fascinado.

Media hora más tarde, Trevor se ha ido y ella está parada al otro lado de la verja de la escuela, esperando a Wilfie. Se descubre examinando a los demás padres, preguntándose si alguno de ellos podría estar detrás de lo que está pasando. Sospecha de todo el mundo. Incluso de Frances, la suegra de Louise, que sale a toda velocidad de la escuela aferrada a la mano de Toby, que se revuelve

para escapar. Debe de haberse metido en problemas otra vez. Emilia sabe por Louise que su hijo puede ser travieso, que le cuesta prestar atención y a veces molesta en clase. Frances la saluda asintiendo con la cabeza. Es una mujer grande, de pies largos protegidos por zapatos cómodos de caminar, y es brusca, un tanto ruda, pero el amor que siente hacia su nieto la hace brillar. No obstante, Emilia es consciente de los motivos que la llevan a chinchar a Louise. Frances es una mujer a la que no le gusta oír la palabra «no».

Wilfie sale tan fresco detrás de ellos con la camisa por fuera y el pelo de punta, muy parecido al de Elliot. Ella se lo alborota cuando se le acerca, y él intenta esquivarla.

—Demasiado tarde —dice Emilia, riéndose.

Él sonríe, le brillan los ojos castaños, y le entrega la mochila.

—Por favor, mamá —insiste cuando ella se niega a aceptarla—. Pesa mucho.

Ella pone los ojos en blanco, haciendo como que está irritada, y se la pasa por el hombro. Durante el trayecto de diez minutos a pie hasta casa, él le cuenta su día, lo que ha comido, a quién han regañado por hablar en clase (a Toby, era inevitable) y que no le gusta su nueva profesora de arte.

Emilia intenta concentrarse en lo que le está diciendo Wilfie, pero solo puede pensar en lo que podría estar esperándolos cuando regresen a casa.

17

—Gracias a Dios vino tu padre y no había nadie en la casa —le cuenta a Elliot en voz baja al teléfono esa misma tarde. Jasmine y Wilfie están viendo *Ghosts* por décima vez, y ella acaba de meter un pollo con ajo y hierbas en el horno. De los dos, Elliot es el que adora cocinar.

Ha comenzado a llover de nuevo y se oye un tamborileo sobre los tragaluces. A Emilia no le gusta la idea de pasar la noche sola en casa. Menos mal de las cámaras.

—Entonces, ¿los tres tragaluces estaban abiertos? —Elliot parece conmocionado—. Pero papá no ha encontrado a nadie...

—A nadie. También he comprobado la aplicación, y no he visto nada en las cámaras.

—No me gusta pensar que esto esté pasando en casa cuando no estoy allí. ¿Puedes llamar a alguien para que vaya a pasar la noche con vosotros?

—No pasa nada. —Emilia no quería contarle lo de los tragaluces, pero le preocupaba que Trevor pudiera llamarlo para decírselo.

—¿Crees que podría ser obra de otro escritor? —pregunta él. Ella se lo imagina sentado al borde de una cama inmaculada en algún hotel minimalista de Reikiavik. Le gustaría que Elliot estuviera aquí, con ella. O quizá estar allí, con él—. Un enemigo que te hayas creado, por ejemplo.

Emilia no tiene la costumbre de ir creándose enemigos y todos los escritores a los que ha conocido, principalmente en festivales u otros eventos, se han mostrado encantadores con ella, y la han apoyado. No se imagina a ninguno de ellos haciendo algo así. Porque esto —se da cuenta con una punzada de temor— es obra de algún sociópata. Sospecha que ni siquiera conoce al responsable, que se trata solo de alguien que ha leído sus libros y se ha obsesionado un poco.

—Lo he denunciado al mismo policía con el que hablé antes, el agente Clayton.

—¿Y qué piensa hacer al respecto?

—No lo sé..., no me lo ha dicho. ¿Qué puede hacer? Esa es la cuestión... —Respira hondo. Se da cuenta de que ha comenzado a elevar el tono de voz y no quiere ponerse histérica. Repara en que Jasmine se ha vuelto a mirarla desde el sofá, donde está sentada. Emilia baja la voz y se aleja—. Ha dicho que hemos hecho lo correcto al instalar las cámaras, pero que no hay mucho que ellos puedan hacer.

Al otro extremo de la línea, Elliot produce un sonido de frustración.

—Podría matar a la persona que está haciendo esto.

—Son solo tonterías —dice ella, intentando tranquilizarlo. A sí misma también.

—¿No puedes pedirle ayuda a Louise? Sin duda contar con una amiga en la pasma debe tener sus ventajas.

—Ella está en la Unidad de Delitos Graves, se encarga de los homicidios, no de este tipo de cosas.

—Pero quizá conozca a alguien que te pueda ayudar...

Emilia les echa un vistazo a los niños. Wilfie está viendo la tele y Jasmine está apoyada en el brazo del sofá, con las rodillas pegadas al pecho, absorta en el móvil, pero ella sabe que su hija tiene oído de murciélago. De repente la inunda el ansia por protegerlos.

—La llamo y se lo pregunto. Tienes razón, alguna ventaja ha de haber.

Y Emilia haría lo que fuera por mantener a salvo a su familia.

Emilia ha acostado a Wilfie y está hablando con Jasmine en la cocina sobre Jake, el chico que le gusta a Nancy, cuando llaman a la puerta. Se le acelera el corazón y le indica a su hija que no se mueva.

—¿Por qué estás tan rara? —le pregunta Jasmine, con las dos manos en torno a la taza de chocolate caliente. Lleva puesto un pijama que le va ligeramente grande y unos calcetines gruesos y mullidos, que hacen que Emilia se acuerde de cuando su hija era una niña pequeña.

—No estoy rara —contesta, y le dirige lo que espera que sea una sonrisa tranquilizadora, aunque breve.

—Pareces enfadada.

Emilia abre la puerta doble de cristal y se acerca a la mirilla con

el corazón a punto de salírsele por la boca. Exhala aliviada al ver el pelo rubio y el abrigo con cuello de piel de Ottilie.

Al abrir la puerta la golpea el aire frío y húmedo.

—¿Qué haces aquí?

Su amiga le encaja una botella de vino y pasa rozando la bicicleta de Elliot al ir a colgar el abrigo del perchero al pie de las escaleras.

—Siempre me olvido de lo enorme que es este vestíbulo —dice—. Para responder a tu pregunta, sí, me ha llamado Elliot. Estaba preocupado. Así que voy a pasar la noche aquí. No. —Levanta la mano —. Ni se te ocurra intentar detenerme.

Emilia no se atrevería a hacerlo. Y la tranquiliza que Ottilie esté allí. Si las cosas se hicieran a su manera, la casa estaría repleta de gente, vida y risas cada noche de la semana. Elliot es más reservado, prefiere que estén los cuatro solos.

—Hola, tía Ottilie —dice Jasmine con voz cantarina al entrar en el vestíbulo con la taza de chocolate aún en las manos—. ¿Qué haces aquí?

—Shhh... —Emilia las conduce hacia la cocina y cierra las puertas para no despertar a Wilfie. Abre la botella de vino y coge dos copas.

—Me apetecía dormir fuera de casa —le contesta Ottilie a Jasmine, y acepta la copa que le ofrece Emilia.

Jasmine pone los ojos en blanco.

—Sé que está pasando algo —dice, dirigiéndose esta vez a su madre.

—No es nada. —Emilia toma un sorbo de vino para esconder la mentira—. Es solo que me han estado gastando unas bromas, nada más.

—¿Como cuáles?

—Oh, tonterías. He recibido unos lirios sin ninguna nota, una gaviota...

—¿Una gaviota? —chilla su hija.

—De cerámica —aclara Emilia al reparar en la expresión horrorizada de su hija. Y no menciona los tragaluces, ni el muñeco trol, ni la corona.

—Pero ese no es el motivo por el que estoy aquí, cariño —dice Ottilie con un gesto de la mano—. Tu padre está fuera y hemos pensado que podíamos organizar una noche de chicas.

La incredulidad queda grabada en la cara perfecta de su hija. Junto a la ceja hay una marca diminuta, resultado de la varicela que pilló a los cuatro años, pero por lo demás su rostro no presenta ningún defecto, y sí una piel que Emilia solo podría tener en sueños. Ella lleva sufriendo con las manchas de origen hormonal desde la adolescencia.

—Entonces me voy a la cama —dice Jasmine—. No quiero volver a escuchar vuestros recuerdos del internado por millonésima vez.

—Serás grosera... —dice Emilia en broma, y la atrae para darle un beso. Jasmine huele a chocolate y a champú de manzana—. Buenas noches. Te quiero.

—Buenas noches, querida —le dice Ottilie mientras Jasmine sale de la cocina y cierra la puerta de manera ostentosa.

Emilia se alegra de que la puerta sea de vidrio, porque así puede controlar el vestíbulo y ver a Jasmine subir las escaleras. Ha comprobado el tragaluz del altillo diez veces desde que llegó a casa, y está firmemente cerrado. Incluso ha considerado la posibilidad de pasarle algún tipo de cuerda o atadura alrededor del pestillo, para impedir que entre alguien, pero para eso necesitaría la escalera, que está en el garaje.

—Bueno —dice Ottilie mientras se dirige hacia los sofás blandos que hay en el extremo familiar de la cocina—, ¿qué más te ha pasado desde que te vi a la hora de la comida? Elliot sonaba bastante agitado al teléfono.

—Pues no se lo he contado todo —comenta Emilia con un suspiro, y se deja caer en el otro extremo del sofá, de cara a su amiga. Entonces se le ocurre—: No le habrás mencionado la corona fúnebre, ¿verdad?

Ottilie frunce el ceño.

—Sí. Pensaba que ya lo habrías hecho tú.

Emilia recoge los pies bajo el cuerpo. No le extraña que Elliot se haya puesto como loco y haya insistido en que Ottilie fuera a la casa.

—Iba a contárselo, pero no quería que se preocupara estando fuera. Tampoco pensaba contarle lo de los tragaluces.

—Lo siento, no lo sabía. En todo caso, estoy aquí y, en cuanto encuentre al mierdecilla que está haciendo esto, voy a..., voy a... —Juega con el tallo de la copa de vino.

—¿Vas a qué?

—Voy a decirle lo que pienso. —Las dos estallan en carcajadas.

Era lo que solía decirles la profesora a cargo de su dormitorio—. En fin... —Ottilie se aparta el pelo de la cara. Se ha pintado las uñas de un rosa brillante—. Lo más probable es que sea un friki que se ha enamorado de ti y quiere llamar tu atención.

—¿Un enamorado? ¡Si soy una madre de dos niños, de mediana edad y con sobrepeso!

—¡Tú no tienes sobrepeso! No seas ridícula. Tienes una gran figura. Y ni siquiera has cumplido los cuarenta. Lo siento, pero la mediana edad está sin duda más allá de los cincuenta, ¡quizá incluso en los cincuenta y cinco, hoy en día!

—Si tú lo dices...

—Lo digo. Así que ya lo sabes. Dios... —Ottilie sacude la cabeza mientras examina a Emilia.

—¿Qué? Me estás poniendo nerviosa...

—¡Tú! Jonas y Kristin te hicieron daño de verdad, ¿eh?

—¿A qué te refieres?

—Eres espectacular, bondadosa..., y, sin embargo, no lo sé, tienes la autoestima tan baja...

Emilia siente el escozor de las lágrimas en los ojos y bebe un poco de vino para esconder sus sentimientos.

—No todas podemos tener la misma superconfianza que tú —dice, intentando sonar desenfadada—. Es muy fácil tener confianza cuando mides metro setenta y cinco y te pareces a Claudia Schiffer.

—¡Ya me gustaría a mí! No me parezco a Claudia Schiffer. Y también tengo mis inseguridades, como bien sabes. Quizá cometí un error al cortar con Stefan. —Bebe un sorbo de vino—. Me encantaría tener lo que tienes tú. Descontando, obviamente, la actual situación con el rarito este.

Emilia se ríe a su pesar. Con Ottilie allí, las cosas no parecen tan ominosas. Sabe hacer que se sienta más ligera.

Su amiga suspira.

—Estoy un poco preocupada por mi negocio, para serte sincera. Por suerte, papá me ha dejado algo de dinero, pero no sé durante cuánto tiempo podré seguir sosteniéndolo.

—¿Las cosas no han mejorado aún?

—Un poco. La mujer de Hampton a la que he visto esta tarde tiene una casa inmensa y quiere que la ayude con todas las habitaciones, así que eso me sacará del apuro durante un tiempo.

Quizá me esté cansando de esto, no lo sé. —Se recuesta sobre los cojines.

—Sería una lástima que lo dejaras. Llevas casi doce años con ello. Estoy orgullosa de que hayas aguantado tanto tiempo —dice Emilia.

Ottilie no tiene muy buenos antecedentes en el apartado de aguantar haciendo las cosas. Se tomó algunos años antes de decidirse a ir a la universidad, pero acabó un solo semestre antes de darse cuenta de que no estaba hecha para una licenciatura. Siguieron infinidad de trabajos sin futuro hasta que, con veintimuchos años, decidió hacer un curso de diseño de interiores. Su amiga siempre ha pecado de impaciente. En la escuela, intimaron por haber tenido infancias similares, con padres distantes en lo físico y en lo emocional; Emilia porque su padre trabajaba para la RAF, y Ottilie, por la muerte temprana de su madre y por la decisión de su padre de mudarse a Alemania. Aunque tienen la misma edad, Emilia siempre tuvo la sensación de que Ottilie era mayor que ella. Más mundana y con más conocimientos, casi como una hermana mayor, pero también intuyó que Ottilie nunca se sentía llena, que siempre estaba en busca de algo inalcanzable que la completara.

Se van tarde a la cama —Ottilie siempre ha sido un ave nocturna— y Emilia se acaba de quedar dormida cuando la despierta una música que suena atronadora por toda la casa. Se incorpora en la cama, desorientada durante unos segundos, y acto seguido se le dispara el corazón, la adrenalina la atraviesa. ¿Qué demonios?

Es como si la canción se filtrara a través de los altavoces que Elliot ha instalado por la casa. Tenía que ser precisamente *Psycho Killer*, de los Talking Heads. Se baja de la cama pegando un salto y sale corriendo al descansillo. Jasmine y Wilfie salen de sus respectivas habitaciones con el pelo revuelto y expresiones perplejas, y los tres se quedan parados, en un estado de conmoción compartida, hasta que Ottilie baja a toda prisa las escaleras, resplandeciente con su camisón largo de seda.

—Pero qué coñ... Ups, lo siento. —Se tapa la boca con la mano y mira a Wilfie.

Emilia tiene que gritar por encima de la música para indicarle a Alexa que deje de hacerla sonar y por fortuna la casa se sume en el silencio.

—¿Por qué se ha encendido la música en mitad de la noche? —

gime Wilfie mirando a Emilia con sus enormes ojos marrones.

Ella lo abraza y le da un beso en la coronilla.

—Debe de haberse confundido. No pasa nada.

—Tal vez esté estropeado —dice Ottilie, dirigiéndole una mirada de preocupación por encima de la cabeza de Wilfie.

—¿Hay alguna manera de desconectar los altavoces? —pregunta Jasmine—. ¿Y por qué hace tanto frío?

Emilia se vuelve hacia las escaleras que conducen al altillo y se le eriza el vello de la nuca.

—Quedaos aquí —les dice a los niños.

Puede oír que Ottilie le pisa los talones mientras sube corriendo al segundo piso. Tal y como se temía, el tragaluz está completamente abierto.

Tiene ganas de echarse a llorar.

—Pero si lo he comprobado ya un montón de veces… —Siente que la sangre abandona su rostro.

Ottilie le pone la mano en el brazo para tranquilizarla.

—Tiene que haber una explicación.

Vuelven junto a los niños, que siguen en el descansillo. Hasta Jasmine parece preocupada, y le ha pasado el brazo sobre los hombros a Wilfie.

Emilia intenta alejar el pánico de su voz.

—No pasa nada. Ya está solucionado. Volved a la cama, vosotros dos.

Después de arropar a Wilfie, aún ansioso, en la litera de arriba; de tranquilizar a Jasmine y de cerrar el tragaluz del altillo, Ottilie y ella se dirigen a la cocina.

—Tus tragaluces… están conectados también a Alexa, ¿verdad? —pregunta su amiga antes de agacharse para inspeccionar el Echo blanco de la estantería de la cocina, encima del fregadero.

—Sí. Elliot lo montó todo a través de la aplicación.

Ottilie se incorpora y pone los brazos en jarra sin apartar la mirada del dispositivo.

—Hum… Me parece a mí que alguien ha pirateado vuestro Echo y le está dando instrucciones para que haga estas cosas.

Por supuesto. ¿Cómo no se le había ocurrido? Al fin y al cabo, ya lo escribió en el cuarto libro de la serie, *El que subyace.* El asesino de esa novela vive en el sótano de la casa de la familia y los aterroriza a

través de sus asistentes digitales domésticos.

—Gracias a Dios que no tenéis sótano —dice Ottilie, lúgubre, como si le hubiera leído el pensamiento.

18

Daisy,
2005

Así que Daisy tenía dieciocho años y vivía con su padre y con Shannon, su madrastra, en una ciudad muy alejada del lugar en el que había pasado los primeros diez años de su vida. Se suponía feliz, aunque había vivido casi la mitad de su existencia sin su encantadora madre. Había intentado averiguar cualquier cosa relacionada con su asesinato, pero para su sorpresa existía muy poca información. Su padre había intentado protegerla de todo aquello y había organizado las cosas para que se mudaran de su pequeño pueblo marítimo en Devon a Pocklington, en Yorkshire.

En un primer momento había sido demasiado joven para entender bien lo que le había pasado a su madre, pero, a partir de fragmentos de conversaciones en voz baja, de visitas policiales y llamadas telefónicas, supo que la habían asesinado. Y la marca del tobillo, estaba segura de ello, se la había hecho el novio secreto. Le había enseñado a su padre el periódico con los garabatos en los márgenes, le había contado sus sospechas acerca del novio misterioso de su madre. Él le había prestado atención, se había tomado en serio sus observaciones. Incluso había organizado una entrevista con una detective de expresión grave que ignoraba de manera evidente cómo dirigirse a las niñas de diez años. Ella había oído a los adultos intercambiar susurros acerca de un «asesino de serie», lo cual la llevaba a buscarlo en la pantalla siempre que veía la televisión. El ansia por encontrarlo había consumido su adolescencia.

—Ha matado a otras mujeres —admitió su padre un día, cuando ella tendría quince años y le suplicó que le contara más cosas sobre el asesino de su madre—. Otra mujer antes que tu madre y varias a continuación. La policía acabará por pillarlo.

La desconcertaba que el tipo se estuviera saliendo con la suya.

Que asesinara a la vista de todos, siempre en Devon. No fue ninguna coincidencia que escogiera la universidad de Exeter. Era consciente de que tenía que volver al suroeste; desde North Yorkshire no podría hacer nada.

El día en que la llevó en coche hasta la universidad, su padre bajó el volumen de la radio y le dijo con su voz más seria:

—Espero que no tengas la ridícula idea de intentar encontrar al hombre que crees que mató a tu madre. Déjale esas cosas a la policía, ¿me oyes, Daise? No es seguro.

—Pues claro que no —contestó ella con voz burlona.

Porque qué podía hacer, más allá de coger a veces el autobús que iba de la universidad hasta su antiguo pueblo marítimo en las afueras de Plymouth para inspeccionar las calles, las tiendas, las galerías comerciales, el paseo junto al mar en busca del Hombre de los Garabatos. Ella contaba con algo que le faltaba a la policía y al resto del mundo. Ella lo había visto. Había visto a su madre meterlo y sacarlo de la casa a escondidas. Había visto los garabatos en los periódicos que dejaba atrás. Y de acuerdo, no le había visto bien la cara, pero sí le había contado a la policía lo de su pelo en punta, causado por la doble coronilla, y su cuello de pata de jamón. Le habían contestado que intentarían descubrir la identidad del misterioso amante de su madre, cuando menos para eliminarlo de la investigación. Pero, hasta donde ella sabía, no habían logrado dar con él.

Y entonces, durante su primer semestre en la universidad, conoció a Ash y todo cambió.

19

Durante los días siguientes, Emilia no tiene más opción que intentar dejar de lado los últimos acontecimientos. Está demasiado ocupada con los preparativos para el lanzamiento de la edición en bolsillo de *El hombre perdido* y ha recibido las correcciones de *El último capítulo.* Quiere ponerse con ellas lo antes posible para poder mandárselas a Hannah antes de que pille la baja por maternidad. Se encierra en el libro, agradecida por la distracción, y le dedica muchas horas hasta acabarlo.

Elliot vuelve a casa justo dos horas antes del momento en que tienen que salir para la fiesta. Emilia ha llegado hace poco de recoger a los niños y todo está desordenado; los platos de la cena de anoche siguen amontonados en el fregadero, la mesa de la cocina está cubierta con los libros de clase de Jasmine y una cartulina a medio recortar del proyecto de lengua inglesa de Wilfie. Siente un atisbo de culpa, pero entonces recuerda lo ocupada que ha estado. Aun así, se pone a cargar el lavaplatos en cuanto oye la llave en la cerradura.

Él entra en la cocina con aspecto cansado, pero también de alivio por estar en casa. Le rodea la cintura con los brazos mientras ella se agacha hacia la bandeja del lavaplatos y deja descansar la mejilla contra el hombro de Emilia.

—No sabes cuánto me alegro de estar en casa.

Ella se vuelve para abrazarlo.

—Yo me alegro mucho de que hayas vuelto.

Toda la ansiedad que ha sentido durante los últimos días se desvanece y ella se relaja entre sus brazos, inspirando su aroma, cálido y familiar. Elliot la besa y se aparta, le pregunta dónde están los niños.

—En la sala de estar. Les he dicho que pueden venir al lanzamiento de esta noche.

Él frunce el ceño al pasear la mirada por la habitación, pero no dice nada.

—Genial. Voy a decirles hola.

Sale de la cocina y Emilia continúa cargando el lavaplatos. Cuando Elliot regresa, cinco minutos después, trae a rastras a los dos. Debe de haberles pedido que pongan orden, porque sin decir una palabra, aunque a regañadientes, los dos comienzan a guardar sus cosas. Wilfie suspira al menos cinco veces mientras recoge la cartulina. Emilia se traga la irritación; desearía que Elliot se relajara por una vez y les hablara de su viaje en lugar de obsesionarse con cualquier lío que pueda haber.

—Estad listos a las seis —les dice a sus hijos en voz alta cuando acaban y comienzan a retirarse con rapidez.

Recibe sendos gruñidos a modo de respuesta.

—Podrías haber hecho más caso a los niños —le dice a Elliot en cuanto estos salen de la habitación—. Sobre todo a Wilf, que te ha echado de menos mientras estabas fuera.

A él se le descompone la expresión.

—Lo siento… No lo he pensado. Les he traído regalos. —Mete la mano en la bolsa y saca dos alces de peluche. Los pone en alto y les hace conversar con voces ridículas hasta que ella se ríe—. Voy a dárselos.

Mientras tanto, Emilia termina de limpiar. Al volver, Elliot parece estar más relajado. La toma de la mano.

—Vamos, dediquemos cinco minutos a ponernos al día antes de salir. —Se dirigen al sofá y se sientan—. Bueno…, ¿qué más ha pasado mientras estaba fuera?

Ella cruza los tobillos y le cuenta lo de la noche en que Ottilie se quedó a dormir.

Él se pasa la mano por el cabello y se tira del nudo de la corbata como si este lo estuviera estrangulando.

—Creo que necesitamos más seguridad. ¿Has cambiado la contraseña de Alexa?

—Por supuesto. Fue lo primero que hice. Escogí una más segura.

—¿Podría alguien haberse hecho con la contraseña original?

—No lo sé. No veo cómo. La guardo con las demás, en el móvil, y los chicos no la conocen, pero… —Se encoge de hombros.

—Voy a preguntarle a papá e instalaremos unas alarmas de seguridad como es debido —dice, y estira el brazo para cogerle la mano—. Solo como medida de prevención.

La fiesta de lanzamiento del libro, limitada a su familia y amigos más cercanos, tiene lugar en una pequeña librería independiente de Richmond llamada The Shop on the Corner. No es que le guste ese tipo de actos; en realidad, detesta ser el centro de atención y sus dos bodas fueron asuntos pequeños e íntimos, si bien en el caso de Jonas se debió a que estaba embarazada. Sus amigas siempre la están animando a que haga ese tipo de presentaciones, aunque es consciente de que lo dicen porque se trata de una buena excusa para verse y tomarse algo. Le consta que Elliot no las acaba de disfrutar y que no le resulta fácil estar tan cerca de Jonas. Ha dicho en otras ocasiones que no entiende por qué ella invita a su exmarido y a Kristin, ni por qué ellos se presentan. Pero son familia de Jasmine y, por tanto, siguen formando parte de la suya. Y han pasado años desde que presentó su último libro.

—¿Has invitado a tus padres? —pregunta Elliot mientras sirve las copas de prosecco en espera de que comience a llegar la gente. Wilfie y Jasmine se han despatarrado en el único sofá de la librería, con aspecto de estar ya aburridos.

—Sí, pero quién sabe si vendrán. —Solo han acudido a una de sus fiestas de lanzamiento, la del primer libro.

Elliot le aprieta el brazo en solidaridad y se aparta al ver entrar a Hannah y Ava, la responsable de prensa. Da la sensación de que Hannah podría ponerse de parto en cualquier momento, y saluda a Emilia llevándose una mano a la espalda. Ava, que estará por la mitad de la veintena como mucho, con una cabellera morena que le llega por la cintura, se pone a arreglar los ejemplares de *El hombre perdido* que hay sobre una mesa.

La librería no tarda en llenarse. Drummond, su agente, llega acompañado de su muy glamurosa esposa. Los dos tienen sesenta y muchos, pero han sido novios desde niños y siguen pareciendo muy enamorados. Ottilie está en un rincón hablando con Rob, uno de los escritores de novela negra amigos de Emilia. Es atractivo, está soltero y se diría que disfruta de la conversación con Ottilie, que lo tiene casi clavado contra una de las estanterías. Ella está fabulosa, con un vestido escotado rojo con carmín a juego y el cabello rubio resplandeciente. Emilia piensa que ojalá ella se sintiera igual de confiada con su vestido nuevo.

Busca con la mirada a Louise, que le ha dicho que se pasaría al salir del trabajo, pero no la encuentra entre ese mar de rostros. Hay algunas personas a las que no reconoce —quizá sean los acompañantes de sus amigos—, pero al verlos el corazón le da un vuelco. ¿Y si su acosador está entre ellos? Recuerda que la dependienta de la floristería le dijo que un hombre de treinta y tantos años había ido a la tienda para hacer el encargo de la corona. Emilia la llamó ayer para preguntarle si su compañero pensaba que se podía tratar del mismo hombre que había encargado los lirios, y le dijo que sí. ¿Hay alguien que concuerde con esa descripción? Pasea la mirada por la sala y está a punto de salírsele el alma por la boca cuando una mano se cierra sobre su hombro.

Es Elliot. Apenas lo ha visto durante toda la tarde, pero sabe que ha estado con Wilfie. Nancy ha venido con Marcie, su madre, así que al menos Jasmine está ocupada.

—¿Estás bien? —le pregunta él con expresión ansiosa.

Ella asiente con la cabeza.

—Es solo que... no dejo de pensar. ¿Y si él está aquí? —Por lo que le contó la florista, asume que se trata de un hombre.

—No dejes que esto te estropee la noche... —Se interrumpe en el momento en que Kristin y Jonas entran cogidos del brazo y se dirigen directamente hacia el punto en el que Pam, la dueña de la librería, está sirviendo las bebidas.

—Sé bueno —le advierte Emilia a su marido.

—¿Cuándo no lo he sido? —contesta él con una sonrisa.

Emilia examina la sala. Pese al clima húmedo, allí hace calor, y la gente está bastante amontonada. Sobre ella flota el zumbido de una docena de conversaciones.

—Esperaba que Louise viniera para poder presentártela. Espero que lo consiga. Mierda. Mira quién acaba de llegar.

Elliot sigue su mirada con los ojos redondeados. Los recién llegados son los padres de Emilia. Su madre lleva un abrigo pesado de oveja, con los hombros oscurecidos por la lluvia, y su padre luce un aspecto rígido y militar con su chaqueta Barbour y su gorra de tweed. Emilia no se puede creer que se hayan atrevido a venir con este tiempo. Los dos se quedan parados al lado de la puerta, desconcertados, y Elliot se apresta a ir a recibirlos, pero se detiene al ver que los ha interceptado Jonas.

Se vuelve hacia Emilia con aire decepcionado. Ella cometió el error una vez de contarle lo mucho que su madre quería a su exmarido y sabe que a él le preocupa no tener el mismo grado de unión, aunque desde luego no es fácil mantener una relación íntima con ellos.

—Voy a ver cómo está Wilfie —dice Elliot—. Ve a hablar con la gente. Es tu fiesta.

Ella lo ve serpentear entre la multitud para llegar junto a su hijo, que está sentado en la zona infantil de la librería. Jasmine y Nancy son todo risitas, acurrucadas en el sofá de color crema mientras miran el móvil de la primera. Emilia se sonríe al acordarse de Ottilie y ella a la misma edad. Se alegra de que Elliot les esté echando un vistazo. Sigue sin quitarse de encima la sensación de que la persona responsable de todo lo que le ha pasado últimamente podría estar en la sala o, en el mejor de los casos, observándola desde fuera.

Emilia se dirige hacia donde están Jonas y sus padres mientras se pregunta dónde se habrá metido Kristin.

Al verla, su padre da un paso al frente con los ojos brillantes.

—Hola, cariño.

—Querida… —dice su madre, besando el aire junto a su mejilla —. ¡Qué concurrido está esto, es genial!

—Muchas gracias por venir —dice ella. Llevaba desde Navidades sin verlos.

—Me encantó el libro —dice su padre con la voz queda habitual —. Lo leí en tapa dura.

—Se lo compró —añade su madre—, pese a lo que cuesta. Le dije que no debería pagar por él, teniendo en cuenta que lo había escrito su hija. Espero que nos mandes una edición anticipada del siguiente.

Jonas se vuelve hacia ella por primera vez y enarca una ceja. Emilia intenta no sonreír.

—Estoy segura de que lo podremos organizar —contesta.

—Sabéis lo que ha hecho en el próximo, ¿no? —pregunta Jonas —. ¡Ha matado a Miranda Moody!

Su padre lanza un grito ahogado.

—¡No puede ser!

—Jonas —dice Emilia entre dientes—, no se lo estropees.

Él se lleva la mano veloz a la boca.

—Lo siento.

Su madre se quita el abrigo y lo dobla sobre el hombro.

—Bueno, yo nunca los he leído. No me gustan las novelas de crímenes. Ya hay bastantes cosas deprimentes en las noticias de por sí. No sé por qué no puedes escribir algo un poco más inspirador, querida. Algo gracioso.

—Quizá se deba a que Em no tiene sentido del humor —bromea Jonas, y ella le clava el codo en el costado.

—Algo de humor tuve que tener para casarme contigo —contraataca.

—Auch. —Jonas se ríe y un mechón de pelo rubio le cae sobre el ojo.

Su madre aprieta los labios en señal de desaprobación hacia su ligereza, como si prefiriera que estuvieran peleándose y criticándose el uno al otro.

—¿Dónde está tu actual esposa, Jonas? —le pregunta con gelidez, como si él se hubiera casado una docena de veces.

Jonas inclina la cabeza hacia el lugar en el que Kristin está conversando con Marcie, muy cerca de Ottilie y Rob, y Emilia se da cuenta de que Kristin le va lanzando miradas a su amiga de tanto en tanto. Se pregunta si hará el intento de hablar con ella.

Devuelve la atención a sus padres y a Jonas.

—Vuestros nietos están al fondo de la tienda, con Elliot, por si queréis saludarlos. —La irrita su desapego como abuelos. Casi nunca le preguntan por Wilfie o Jasmine.

—Pues claro que sí. Vamos, Hugh —dice su madre, cogiendo a su padre del brazo para guiarlo a través del gentío.

Emilia exhala aliviada cuando se marchan.

—Están igual que siempre —dice Jonas riéndose—. Me sorprende que me hayan dirigido la palabra.

—Te tenían cariño. Siempre has sabido hacer reír a mi madre.

—Pues ya no —dice él, y se mete las manos en los bolsillos de la chaqueta de lana—. Por lo que veo, Elliot también me está evitando.

—Le cuesta. Es un poco embarazoso.

—Los únicos que deberíamos sentirnos incómodos somos nosotros, y no es el caso, ¿verdad? Todo es agua pasada.

Ese es el problema con su ex. Quiere que todo acabe debajo de la alfombra y que su comportamiento no tenga consecuencias. Que todo el mundo se olvide y pase página. Pero hay gente que tiene memoria y

a su madre le encanta aferrarse al rencor. Necesita pocos motivos para tenerle aversión a alguien.

—Ya sabes cómo es mi madre. Se pirra por cualquier excusa para sentirse agraviada. Se quedó destrozada cuando nos separamos. Tú eras el hijo que no tuvo nunca.

A Jonas se le ruborizan las mejillas y bebe un trago de prosecco.

—En fin, lo más importante: ¿estás disfrutando de la velada?

—La verdad es que sí. —«Pese a que mi acosador pueda estar en esta misma sala», piensa, pero no se lo dice a Jonas. Aún no le ha contado nada, y desde luego que no quiere comenzar a hacerlo en ese momento.

—Pareces sorprendida.

—Ya sabes que no me va este tipo de cosas.

Él le dirige una sonrisa cómplice.

—Lo sé, pero Em, es todo un logro. Estoy orgulloso de ti, espero que lo sepas. Recuerdo lo mucho que deseabas todo esto. Cuando decías que tu sueño era convertirte en novelista. Y lo has hecho realidad. —Se miran a los ojos y la habitación parece encogerse un poco mientras ella retrocede en el tiempo hasta su primer encuentro y lo que sintió hacia él. Cuando las cosas iban bien.

Ella baja la mirada.

—Gracias, Jonas. Significa mucho para mí.

Se sonríen con timidez mientras Ottilie se acerca a ellos.

—Cuánto tiempo sin verte —le dice a Jonas.

—Hola, Ottilie —contesta él, retorciendo la copa entre los dedos.

Emilia se pone en tensión de inmediato al recordar que le ha contado a Ottilie que Jonas estuvo ligando con una compañera de trabajo. «Por favor, no digas nada», le indica en silencio.

—Bueno, ¿cómo te va todo, Pichatiesa? —le pregunta Ottilie.

Emilia se encoge de dolor al oír el viejo apodo que solía utilizar con él. Jonas abre un poco más los ojos azules, pero ignora la pulla.

—Todo bien, ¿y tú?

—Es un detalle que tu esposa y tú hayáis venido esta noche. —Ottilie abre la boca para decir algo más, pero Emilia le lanza una mirada admonitoria y ella la cierra de nuevo.

Acto seguido, Kristin decide que es el momento de unirse a la charla y a ella se le encoge el corazón.

—La vieja banda reunida de nuevo —dice Ottilie con acidez.

—Es un placer verte. —Kristin le dirige una sonrisa cálida, casi necesitada, y Emilia no puede olvidar lo que Ottilie le contó acerca de la llamada telefónica.

Su amiga no contesta y se limita a darle un sorbo a su bebida.

Kristin se aclara la garganta, Emilia se da cuenta de que está nerviosa.

—Quería comentarte que lamento lo de la otra noche —comienza a decir, y dirige su atención a Emilia—. Llamé a Ottilie por teléfono. Fue una estupidez, estaba borracha. Solo quería algunos consejos sobre diseño de interiores y…, bueno… Es-estoy segura de que te lo habrá contado.

—Así es —contesta Emilia, intentando inyectar algo de frialdad a su tono. No le funciona; se le da fatal la confrontación. Es otro de los motivos por los que adora escribir narrativa: sobre la página puede mostrarse audaz y atrevida de una manera que en la vida real le está negada.

—Lo siento —le dice Kristin a Emilia. Y esta se pregunta por qué le está pidiendo perdón: por la llamada a Ottilie o por lo que le hizo hace más de una década. Pero no tiene demasiado tiempo para averiguarlo porque, antes de que pueda contestar, aparece Ava y se la lleva con rapidez para presentarle a un periodista.

La siguiente hora es un remolino de discursos, de charlas sobre la industria del libro y de conversaciones con algunos escritores amigos. No ve a Kristin por ningún lado y se pregunta si no se habrá ido a casa. Espera que Ottilie no le haya dicho nada controvertido a ninguno de los dos.

Está a punto de ir a hablar con Marcie cuando entrevé algo en la cristalera. Hay un rostro pegado al vidrio, sus rasgos distorsionados por las luces y la condensación. Se le sube el corazón a la garganta. Es su acosador, lo sabe. Se abre paso a empujones entre el gentío, desesperada, pero tarda sus buenos cinco minutos en llegar a la puerta después de intentar librarse primero de Marcie y luego de Hannah.

Llega al fin a la entrada con una sensación de angustia, consciente de que lo más probable es que quien estuviera allí ya se haya marchado. O peor aún: quizá se ha colado y se ha mezclado con la multitud. Tira de la puerta con violencia y deja entrar una ráfaga de aire frío. La luz de la librería proyecta un brillo rectangular de color ámbar sobre el pavimento mojado e ilumina a dos personas que

parecen estar manteniendo una discusión acalorada. Las dos se quedan en silencio al reparar en Emilia, y la más alta, una mujer con un vestido muy corto, inclina el paraguas para alejarlo de su cara. Emilia se sorprende al ver que es Kristin, con un cigarrillo en la mano. Ella pensaba que lo había dejado hacía mucho tiempo. La otra figura se vuelve para encararla. Es Louise.

—Lou. Has venido. ¿Está...? —Su mirada se pasea entre ella y Kristin—. ¿Está todo bien? —Sale a la calle.

Kristin exhala una bocanada de humo.

—Lo siento, hacía calor ahí dentro, así que he salido a fumarme un piti y me he topado con tu amiga.

Louise parece incómoda, va cambiando el peso de un pie al otro. Tiene el móvil en la mano y lleva un impermeable largo con la capucha puesta. ¿Es su cara la que ha visto en el escaparate?

—Me alegro mucho de que hayas podido venir. Entra —le dice a Louise.

—Lo siento mucho, estaba a punto de hacerlo, pero he visto que tenía un mensaje. —Le muestra el móvil en alto—. Me han llamado para que vuelva al trabajo.

—Oh, es una lástima. A Elliot le encantaría conocerte.

—Lo lamento. Tengo que salir pitando. Pero... —Se quita la capucha, sin importarle que se le moje el pelo. Parece preocupada.

—¿Qué pasa?

—Es solo que..., al llegar, antes de que Kristin saliera...

—Al parecer ha visto a alguien —interviene Kristin, que deja caer el cigarrillo y lo aplasta contra la acera con el tacón—. Un merodeador. —Se encoge de hombros, despreocupada—. En cualquier caso, ya se ha ido. Yo voy a entrar de nuevo..., hace un frío que pela. Encantada de conocerte, Louise.

Su amiga no dice nada y las dos observan a Kristin plegar el paraguas y abrir la puerta, liberando una andanada de risas y de olor a cacahuetes salados. La puerta se cierra con suavidad tras ella y sume la calle en el silencio.

Emilia se abraza a sí misma. Ahí afuera se le está encrespando el pelo.

—¿Está todo bien?

—No quería decir demasiado delante de Kristin. No sé hasta qué punto está enterada. Es una mujer rara... Parece tener algo contigo.

Emilia se acerca más a ella.

—¿Qué quieres decir?

—Nada más darse cuenta de que era amiga tuya, ha comenzado a interrogarme... En serio, creo que sería una gran policía.

—¿A interrogarte sobre qué?

—Sobre Elliot y tú. Sobre si sois felices y si alguna vez me hablas de Jonas. Ha sido muy raro. Estaba un poco borracha, creo, pero de todos modos eso no es lo que quería contarte. —Vacila, con expresión seria—. He visto a alguien, Em. Un hombre. Parado aquí, delante del escaparate, mirando hacia el interior. Lo he llamado y al ver que me acercaba ha salido corriendo.

A Emilia se le revuelve el estómago. Era él. Lo sabe. Mira hacia el final de la calle, como si esperara verlo a lo lejos, pero allí no hay nadie.

20

Emilia entrega las correcciones una semana más tarde y, tal y como había prometido, les envía el manuscrito por e-mail a Elliot, Trevor, Ottilie, Louise y Jonas, a sabiendas de que este dejará que Kristin lo lea también, aunque no tiene muy claro lo que siente al respecto. No puede olvidar lo que Louise le contó acerca de las preguntas inapropiadas de Kristin. Después de la pulla que le lanzó su madre durante la fiesta, también se lo envía a su padre. Incluso Jasmine quiere una copia.

—Tengo que saber cómo matas a Miranda —dice a la defensiva, antes incluso de que Emilia pueda preguntarle por qué quiere leerlo.

—Quizá mis libros sean demasiado oscuros para ti.

Jasmine pone los ojos en blanco.

—Voy a cumplir los dieciséis en octubre. Incluso me has dejado ver una película no recomendada para menores de dieciocho —dice, refiriéndose a *American Beauty*, que le dejaron ver una noche cuando Wilfie ya estaba acostado, y solo porque no era abiertamente violenta. Desde entonces, Jasmine no le ha permitido que lo olvidara.

—Ya veremos.

—Lo cual quiere decir que no —dice Jasmine, resoplando.

Por suerte, desde la fiesta las cosas han estado tranquilas. Con el cambio de contraseña, Alexa ha dejado de provocar incidentes, de abrir los tragaluces y hacer que la música suene al azar, pero Emilia está siempre con el alma en vilo, anticipando lo peor cada vez que regresa a casa. Se da cuenta de que apenas ha salido en toda la semana, excepto para recoger a Wilfie del colegio.

—Creo que tenemos que hacer una escapada —le dice Elliot una noche—. Sé que todo esto te está afectando. Necesitas un cambio de escenario. Una pausa.

Ella está de acuerdo, así que, durante las vacaciones de Pascua, se van en coche a Cornualles para pasar allí una semana. Y, con el paso de los días, entre los largos paseos por la playa y las vueltas que

da por esas calles sinuosas, curioseando entre las pequeñas tiendas de moda y las cafeterías, Emilia se descubre cada vez más relajada. Cuando vuelven a Londres, al encontrarse con que durante su ausencia no le han enviado ni paquetes siniestros ni flores, casi se las arregla para autoconvencerse de que quien estuviera detrás de todo aquello ha acabado por cansarse.

El viernes, Emilia está cerrando la puerta con llave para ir al centro a recoger la ropa de la tintorería cuando oye unos pasos a su espalda, procedentes del camino de acceso.

Se vuelve con rapidez, las llaves aún en la mano, el corazón latiéndole con fuerza. Hay una joven a un par de metros de distancia, al pie de los escalones.

—Lo siento mucho —dice ella—. No quería asustarla. ¿Es usted Emilia Ward?

—¿Quién quiere saberlo? —El miedo hace que por una vez reaccione de manera abrupta. Baja los escalones e inspecciona a la mujer: veintimuchos, el cabello pelirrojo y rizado, bien vestida, con unos pantalones negros y una chaqueta a cuadros.

Ha salido el sol, que se refleja en los charcos del suelo, y el cerezo ha florecido, sus pétalos espumosos cubren ya la hierba a su alrededor.

La mujer le ofrece la mano.

—Me llamo Gina Osbourne, escribo para el *Mirror*, y me preguntaba si le interesaría conceder una entrevista.

Emilia se queda mirándola, sorprendida, y no le estrecha la mano.

—Una entrevista conmigo… ¿por qué?

—Por lo que le ha estado pasando. Con esos extraños incidentes que imitan el argumento de sus libros. Por cierto que me encantan sus novelas, las he leído todas…

—Yo…, oh, bueno, gracias…, pero no estoy segura. —Emilia se siente arrinconada. El sudor se acumula en sus axilas y, de repente, el abrigo de lana que lleva le parece sofocante—. ¿Cómo se ha enterado de esto?

—Oh, una periodista no debe revelar sus fuentes. —Suelta una pequeña carcajada, que suena igual que el ladrido de un jack russell

—. Será una gran publicidad para su nuevo libro. He oído que va a matar a la protagonista.

Su incomodidad se acrecienta, se pregunta cómo ha averiguado todo eso. Ella no se lo ha contado a casi nadie. Piensa en Ava, su responsable de prensa, consciente de que la animaría a conceder la entrevista. No hay publicidad mala y todo eso.

—Creo que de todos modos ya se ha acabado. —Si lo dice en voz alta, quizá se haga realidad.

—¿Qué se ha acabado?

—El… acoso, supongo que se lo podría denominar. Aunque ni siquiera sé si ese sería el término. Han sido más bien unas molestias y, como le digo, llevan tiempo sin ocurrir.

—Ya. —Gina Osbourne parece decepcionada—. Para comenzar, el hecho de que sucedieran ya es fascinante, y daría para un gran artículo. También les puede hablar a nuestros lectores sobre su nuevo libro. —Le sonríe, levanta las cejas pálidas en una súplica silenciosa.

—No estoy segura —dice Emilia. Lo último que desea es contrariar a la persona que estuvo detrás de todo eso. Quizá le dé un motivo para que la acose de nuevo—. Tendré que consultarlo con la editorial. —Y con la policía.

—Vale. Muy bien. Le dejo mi tarjeta. Por favor, llámeme si decide hablar de esto. Como le he dicho, podría ser una gran publicidad para su nueva novela.

Emilia acepta la tarjeta, se lo agradece y se la guarda en el bolsillo. Espera a que la periodista se suba de nuevo al coche y entonces se dirige hacia el centro.

Esa noche, con Wilfie ya acostado, le cuenta sus preocupaciones a Elliot. Jasmine va a pasar la noche en casa de Nancy y están los dos solos, relajándose con una copa de vino, pendientes a medias de la película dramática que emite la televisión. Emilia se ha cambiado ya, lleva puesto el camisón de seda color marfil, pues sabe que es el favorito de Elliot, y tiene las piernas sobre su regazo. Él le acaricia la pantorrilla desnuda y hace que le cueste concentrarse.

—¿Crees que debería hablar con esa periodista?

—¿Se lo has preguntado a tu responsable de prensa?

—La he llamado esta mañana. Está de acuerdo en que sería una

buena publicidad, pero dice que solo debo hacerlo si me siento cómoda. Lo que pasa es que no sé cómo me siento. No dejo de oscilar entre una cosa y otra. Mi preocupación principal es no cabrear a la persona que esté detrás de esto.

—Quizá haga que pare —dice Elliot en voz baja, los ojos como chocolate líquido a la media luz—. Quizá le dé la visibilidad que quería. Que necesitaba. Quizá deberías decir que la policía ya está involucrada y eso le asuste... Estoy seguro de que leerá cualquier cosa que salga en la prensa.

Emilia bebe un trago largo de su Chardonnay. La semana pasada, Louise la llamó para decirle que iba a darle el contacto de un colega que trabaja con casos de acoso: el detective Anthony Haddock. Este fue a verla a casa el día anterior y se quedó sentado pacientemente a la mesa de la cocina mientras ella se lo contaba todo. Haddock es más bien joven —más joven que ella, en cualquier caso— y tiene el cabello castaño claro, un rostro pecoso y juvenil, y unas muñecas muy finas. No parece un detective, ni lo bastante fuerte para proteger a nadie. Tampoco dio la sensación de que estuviera particularmente preocupado y le dijo que había hecho lo correcto al instalar cámaras y alarmas, pero que lo avisara de inmediato si pasaba algo nuevo. Emilia lo ha llamado antes, para pedirle consejo acerca de la entrevista, y Haddock no ha creído que pueda hacerle daño.

—Es cierto —le dice en este momento a Elliot mientras hace girar el vino en la copa—. Diré cualquier cosa con la que pueda asustarle.

Él se inclina hacia delante y le da un beso suave en los labios.

—Vamos, acostémonos temprano. —Le da la mano y la conduce fuera de la habitación.

A ella le sorprende que haya dejado las copas de vino en la mesa de centro, pero le pide a Alexa que apague las luces.

Ya se han quitado la ropa el uno al otro y se están dejando caer sobre la cama cuando el móvil de Elliot se ilumina.

—Ignóralo —murmura ella, pero él se incorpora.

Un rayo de luz de luna procedente de la persiana de listones cae sobre su cuerpo y destaca sus hombros musculosos.

—No puedo. Es la Ringcam, alertando de que hay alguien en el camino de acceso.

El deseo que Emilia había sentido hasta unos instantes antes se evapora y un sudor frío brota por todo su cuerpo. Ella también se

incorpora, con el corazón disparado. Elliot mira concentrado la pantalla del móvil. La ventana de su dormitorio da al jardín trasero. Elliot se baja de la cama con un salto, desnudo; coge la bata de detrás de la puerta y se la pone mientras atraviesa veloz la habitación.

—Quédate aquí. Voy a la habitación de Jasmine a mirar por la ventana.

Ella se queda mirando su espalda en retirada, demasiado asustada para moverse. Quizá solo haya sido un gato del vecindario, o algún animal salvaje, se dice esperanzada, pero el corazón le late con tanta fuerza que teme que le vaya a dar un paro cardiaco. Respira hondo algunas veces, pero, al ver que Elliot no vuelve, ya no lo soporta más. Recoge el camisón del suelo, allí donde lo habían dejado caer, se lo pone y sale poco a poco del dormitorio; asoma la cabeza por el de Wilfie, que por suerte está profundamente dormido, y se dirige hacia el de su hija.

Elliot está parado frente a la ventana, con la persiana subida. La habitación está a oscuras y las sombras cubren su rostro.

—¿Hay alguien? —le pregunta en un susurro mientras se le acerca por la espalda.

—No estoy seguro. Creo que sí.

A ella se le seca la boca.

—¿Llamo a la policía?

—Espera un momento… —Él baja la vista hacia el móvil, y vuelve a mirar por la ventana—. Mira, ¿lo ves? Allí…

Ella se pone delante de su marido, con las piernas temblorosas, para ver mejor.

—No lo sé, yo… —Y en ese momento el corazón le martillea con más fuerza aún. Algo más abajo, en la calle, hay una figura vestida de negro. Está parada debajo de un árbol y mira hacia su casa, pero se encuentra demasiado lejos para que Emilia pueda identificarla con claridad—. Ay, Dios, El… ¿Quién es?

—No lo sé —contesta en un susurro—. Creo que debe de haber entrado en el camino de acceso, pero es casi como si hubiera sabido dónde estaba la cámara, porque la ha evitado de modo que solo se le viera el hombro.

—¿Crees que puede vernos?

—Eso espero —contesta él—. Estoy tentado de bajar y plantarle cara yo mismo.

Elliot se apresta a ponerse en marcha, pero ella lo sujeta por el brazo.

—No, El. Podría ser peligroso. —Se siente aliviada al ver que la figura se vuelve y se aleja por la calle hasta desaparecer a la vuelta de una esquina.

—Se ha ido. —Elliot exhala y la atrae hacia sí. Emilia hunde la cara en su pecho—. Déjame que mire el móvil de nuevo —le pide, apartando el brazo, y comienza a desplazarse por la pantalla—. Mira, ahí… —Le muestra la grabación llena de grano. Está oscuro y llueve, lo cual hace que la imagen esté borrosa, pero Emilia ve con claridad la figura que se aleja por el camino de acceso y se queda parada en la calle, las manos en los bolsillos, mirando hacia la casa. Sea quien sea, lleva un abrigo oscuro con capucha—. No le veo la cara. Solo la espalda y el hombro.

—¿Y si retrocedes un poco más, hasta el momento en que se ha acercado? —pregunta Emilia—. Así deberíamos poder verle la cara.

—Bueno, eso es lo extraño —dice Elliot, frunciendo el ceño sin dejar de mirar la pantalla—. No hay registro del momento en que entra por el camino de acceso. Solo de cuando se va. Ya lo he rebobinado. Así que no sé cómo ha entrado… —levanta la mirada y a ella se le hiela la sangre al reparar en su expresión preocupada— ni cuándo.

21

Me paso el día siguiente encerrada en el despacho de la comisaría, repasando todo lo que sé sobre los asesinatos de la mantis religiosa y comprobando las notas que tomé después de su último golpe —que sepamos—, en febrero de 2005. Por entonces yo aún estaba en el caso. Belinda Aberdale apareció en su dormitorio, en un barrio residencial de Plymouth, parecido a aquel en el que acaban de asesinar a Trisha Banks. Su marido y sus hijos se habían ido de vacaciones y ella se había quedado en casa, pero iba a reunirse con ellos al día siguiente. Nunca tuvo la oportunidad de hacerlo. Como con las demás, a Belinda la acuchillaron, la ataron y le grabaron la señal del insecto en el tobillo.

La primera víctima, Catherine Othis, fue asesinada exactamente de la misma manera en noviembre de 1997. Ha desaparecido durante casi dieciséis años. ¿Dónde ha estado? Lorraine Butterworth me dijo que no pudo verle la cara para conocer su edad, pero me imagino que debe de estar entre los cuarenta y los sesenta. Supongo que la edad mínima que debía de tener en 1997 era de veintipocos, así que su edad mínima en la actualidad sería de cuarenta y tantos. Pero también podría haber estado en la treintena o cuarentena por entonces, lo cual lo convertiría ahora en un quincuagenario o sexagenario.

¿Qué sabemos de él? Repaso las notas que tomé, pensando en voz alta. Primero acecha a sus víctimas, las observa, averigua dónde viven, con quién y cuándo están solas. Entonces accede a su domicilio, sobre todo por los tragaluces, aunque a veces entra rompiendo una ventana. Está en forma, es ágil e inteligente. Y conoce las lagunas, ha estudiado la manera de que no lo capturen, no deja pruebas tras de sí. El grabado del insecto es una manera de jugar con nosotros... y una señal de su desprecio hacia las mujeres, a las que quizá culpa de la dirección que ha tomado su vida.

Si se ha pasado los últimos dieciséis años en la cárcel, habrá sido por otro motivo, no por asesinato. No, es demasiado listo, demasiado retorcido, demasiado psicópata para que lo detengan por asesinato. Le gustan los cigarrillos mentolados —Dios sabe por qué; yo los probé hace años y me

supieron a pis— y es alto.

Me interrumpen unos golpes en la puerta.

—¡Adelante! —grito, con un dejo de irritación en la voz.

Saunders abre la puerta y se queda ahí parado, tocándose las puntas del pelo, cosa que hace bastante a menudo, según me he dado cuenta.

—Lamento molestarla, pero quería hablarle de las visitas puerta a puerta que Doyle y yo llevamos a cabo anoche.

Le señalo la fea silla marrón que tengo delante del escritorio y él se sienta, aferrado a un vaso de café para llevar. Tiene un bolígrafo tras la oreja. Reparo en la marca de su cuello. Parece un chupetón y me pregunto, distraída, quién se lo habrá hecho. Él deja el vaso sobre el escritorio y se arremanga la camisa.

—Adelante —le digo.

—Vale. Sí. Bien, algunos vecinos nos contaron que habían visto a un hombre merodeando frente al piso de Trisha Banks. Llevaba ropa y sombrero oscuros. Siempre se quedaba entre las sombras, fumando y observando la casa. Alto, corpulento.

—Nada nuevo, pues.

—La mayor parte de los testigos admitió que no le dio demasiada importancia. La calle Hanham es un poco..., bueno, está en una parte no muy saludable de la ciudad. Alguien dijo que pensaba que Trisha Banks se prostituía.

Frunzo el ceño.

—¿Y por qué iba a pensar eso?

—Porque habían visto a algunos hombres subir a su apartamento.

—Lorraine no mencionó nada parecido.

—Según los vecinos, no parece que Lorraine pasara mucho tiempo allí. Su hermana ha estado enferma y se ha quedado con ella a menudo.

—Vale.

—Pero una vecina dijo que Lorraine tiene un hermano y que estaba segura de haberlo visto por la zona la semana pasada o así.

Me pongo a recordar la conversación con Lorraine. ¿Me mencionó a ese hermano?

Saunders se acerca unos centímetros, los ojos brillantes por el entusiasmo.

—Y he estado indagando sobre el hermano de Lorraine. Martin Butterworth acaba de salir de la cárcel. Lo enchironaron por robo a mano armada.

—¿Cuánto tiempo pasó dentro?

—Bueno, esa es la cuestión. Ha pasado allí dieciséis años. Lo metieron en la trena en abril de 2005. Poco después del asesinato de Belinda Aberdale.

Siento un subidón de adrenalina. Dieciséis años. Y entonces lo recuerdo. Lorraine sí me dijo que tenía un hermano cuando mencionó lo de los cigarrillos mentolados. Me contó que su padre y su hermano solían fumarlos.

—Tenemos que entrevistarlo —digo, poniéndome en pie de un salto —. Ahora mismo.

22

Emilia apenas ha pegado ojo durante la noche. Cada vez que oía el más ligero ruido, se despertaba con un sudor frío. Elliot, por el contrario, se quedó frito y estuvo roncando suavemente. Ella acabó por colarse en la habitación de Wilfie y se metió bajo la colcha de dinosaurios de la litera de abajo mientras él dormía tranquilo en la de arriba. Ni siquiera así logró quedarse dormida. La casa nunca le había parecido tan grande, ni tan solitaria, y, cuando la luz del día comenzó a colarse alrededor de los listones de la persiana estilo Nueva Inglaterra del dormitorio de Wilfie, Emilia se sintió más aliviada que nunca de que la noche hubiera llegado a su fin.

—Acabarás volviéndote loca si continúas así —le dice Elliot cuando ella se lo cuenta durante el desayuno.

Wilfie ya ha desaparecido en la sala de estar, donde está jugando al Minecraft en red con sus amigos. La noche anterior llovió, pero ha salido el sol y su luz se proyecta sobre el parqué y calienta un lado de la cara de Emilia a través de los cristales de la puerta plegable. Parece un día fresco y primaveral, de los que a ella le gustan. En otras circunstancias estaría planeando una excursión o un paseo por Bushy Park, pero en cambio está sentada allí, con el estómago revuelto por la ansiedad.

—Estás completamente a salvo —continúa Elliot, que abre el periódico que tiene al lado mientras engulle una cucharada de muesli —. Ahora tenemos una alarma, cámaras… La policía sabe lo que está pasando. —Le coge la mano por debajo de la mesa—. No me gusta verte así.

Sabe que Elliot se siente impotente, que se encuentra en su salsa cuando puede arreglar las cosas, ayudar de alguna manera, por pequeña que sea. Entiende lo frustrante que debe de resultar este asunto para él, porque no puede hacer nada para detenerlo o para que ella se sienta mejor, pese a todas las cámaras y toda la seguridad. Si acaso, esas medidas están consiguiendo que se sienta peor. De no

haber contado con esa aplicación en el móvil, habría seguido felizmente ajena al hecho de que alguien había estado merodeando por su jardín durante la noche. Pero no, no debe pensar de esa manera. Es mejor estar preparada. Al pensar en la persona que estaba fuera la noche pasada se le eriza la piel de los brazos. ¿Cuánto tiempo pasó allí? ¿Les estuvo observando entre las sombras del jardín mientras se abrazaban en el sofá, ella con un camisón fino y las piernas sobre el regazo de su marido? Tienen que conseguir unas persianas para esa puerta. Llamará a algunos sitios. También tiene que mantenerse ocupada.

Aparta la tostada. Desde que comenzó todo esto, su apetito tan saludable ha disminuido. Ya ha perdido casi dos kilos: debería estar contentísima, pero detesta esa sensación constante de náuseas en la boca del estómago.

—Es la idea de que alguien nos estuvo acechando ahí fuera… —murmura.

Elliot retira la mano y sigue comiendo. Traga.

—Lo sé. Creo que deberías decírselo al detective ese, comosellame…

—Haddock.

—Sí. Cuéntaselo. Podríamos pasarle la grabación. Sé que no se ve demasiado bien, pero quizá disponga de algún sistema especial que pille algo que a nosotros se nos ha pasado. —Se encoge de hombros—. No lo sé. Vale la pena intentarlo.

—Es buena idea. —Se pregunta si debe expresar o no sus peores miedos.

—¿Qué pasa?

—Me preocupa que entre en la casa. Que me haga daño a mí o, peor aún, a los niños.

Él suaviza la expresión.

—No creo que llegue a pasar eso. Tuvo la oportunidad de hacerlo cuando yo estaba fuera. Y soy consciente de que nos la lio con los tragaluces, pero no entró. Y ahora tenemos las alarmas. Si alguien intenta entrar, las alarmas avisarán al equipo de seguridad, que a su vez llamará a la policía. —Coge el cuenco vacío y el plato de Emilia, y se los lleva al fregadero. Emilia observa los músculos de sus hombros, que se marcan a través del suéter ceñido mientras él tira la tostada sin tocar a la basura orgánica. Está en forma, es fuerte. Llegará hasta el

fin del mundo para protegerla, ella lo sabe. Ese conocimiento le da fuerza. Él la mira, parado al lado de la isla—: Quien esté haciendo esto disfruta burlándose de ti, confundiéndote. No se lo permitas.

¿De verdad le preocupa tan poco el tema o lo está minimizando para que ella no esté tan ansiosa? Emilia siempre ha pensado que su superpoder consistía en leer a la gente, saber de qué humor está, cómo responder a cada cual en función de su personalidad, pero, incluso desde el principio de su relación, le viene costando leer a Elliot.

—Voy a vestirme —dice, empujando la silla hacia atrás. Sale de la habitación, consciente de que Elliot mantiene la vista clavada en ella.

Acaba de ducharse y ponerse unos vaqueros y un suéter cuando recibe la llamada. No reconoce el número y se pregunta si no será Gina Osbourne de nuevo. La periodista le dejó otro mensaje preguntando por la entrevista, pero Emilia no le ha devuelto la llamada.

—¿Hablo con Emilia Rathbone? —pregunta la mujer con un acento muy pijo, casi como si fuera simulado—. ¿La madre de Jasmine Perry?

Lo primero que piensa es que la llaman de la escuela, pero entonces recuerda que es sábado y se pone en tensión.

—Al habla.

—Lamento informarla de que su hija se ha visto involucrada en un accidente grave y se encuentra en este momento en el hospital de West Middlesex.

El horror inunda a Emilia.

—¿Qué? ¿Cómo? —Jasmine ha pasado la noche en casa de Nancy.

—Me temo que en este momento no dispongo de todos los detalles, señora Rathbone. Pero, por favor, venga al hospital lo antes posible.

—¿Dónde…, en qué ala?

—Se lo indicarán en la recepción cuando llegue.

La llamada se corta y Emilia se queda en medio de su habitación, paralizada durante unos segundos, oyendo el martilleo del pulso en los oídos. Acto seguido baja corriendo las escaleras y llama a Elliot.

—¿Qué pasa? —Él sale disparado al vestíbulo.

—Es Jas. Me acaban de llamar del hospital. Ha tenido algún tipo de accidente... Ay, Dios..., ¡no puedo respirar! —Se dobla sobre sí misma, jadeando, y Elliot le pone las manos en la espalda.

—Tranquila. Vamos al hospital ahora mismo. ¡Wilf! —lo llama. El niño abandona el salón con el mando de la PS5 en la mano—. Súbete al coche, colega. Tu hermana ha tenido un accidente.

Wilfie sigue en pijama, pero hace lo que se le ha pedido. Su carita se frunce bajo la preocupación mientras deja el mando sobre el banco del pasillo y comienza a ponerse las zapatillas y una chaqueta.

Elliot ayuda a Emilia a ponerse el abrigo y los conduce a los dos hacia el coche.

—Bien. Llama a la madre de Nancy, comosellame...

—Marcie.

—Llama a Marcie y averigua lo que ha pasado.

Ella se pone el cinturón de seguridad y coge el móvil del regazo mientras no deja de rezar en silencio: «Por favor, Dios, que esté bien. Por favor, haz que esté bien». Le tiembla la mano mientras la desplaza por la pantalla en busca del número de Marcie. Elliot pone la marcha atrás y sale del camino de acceso para dirigirse hacia el hospital.

Marcie atiende con voz alegre:

—Hola, Em, ¿qué tal están las niñas? Espero que no te hayan tenido despierta hasta las tantas con su cotorreo.

Una oleada de confusión inunda a Emilia.

—¿Qué quieres decir?

—Nancy y Jas... ¿Ha pasado algo? —Su voz suena alarmada ahora.

—Jas me dijo que pasaría la noche en tu casa. Me acaban de llamar del hospital para decirme que ha tenido un accidente.

—¿Cómo? Aquí no han pasado la noche. Nancy me dijo que iba a quedarse contigo. ¿No están allí?

—Lo siento, pero no. Yo... —Sube el tono de voz, llevada por la histeria—. Entonces, ¿no están contigo?

—No. Ay. Dios. Si Jasmine está en el hospital, ¿Nancy está con ella?

—No lo sé. No entiendo qué está pasando.

—Voy a probar con el móvil de Nancy. Te llamo en un minuto.

Marcie cuelga y Emilia respira hondo, intentando reprimir el pánico.

—¿Dónde han estado toda la noche? —gime—. ¿Y cómo ha acabado Jas en el hospital?

Elliot sujeta el volante con más fuerza.

—No te preocupes por eso ahora. Lo más probable es que Nancy también esté en el hospital. Solo tenemos que confiar en que Jas se encuentre bien.

Emilia sigue respirando hondo para no hiperventilar.

—¿Jas está bien? —pregunta Wilfie de repente, con voz temerosa, desde el asiento de atrás.

—Eso espero, cariño —contesta Emilia, débilmente.

—Estoy seguro de que sí, Wilfie. No te preocupes —dice Elliot, intentando sonar tranquilizador. Y añade para Emilia—: ¿Por qué no llamas al hospital y consigues algo más de información? —Toma la curva hacia Isleworth demasiado rápido y a Emilia casi se le cae el móvil de las manos temblorosas. Marca el número que aparece en su historial de llamadas, pero está desconectado.

—Qué raro.

—¿El qué?

—He intentado contactar con el número desde el que me han llamado antes, pero no hay conexión. —Busca en Google el número del hospital y, después de que se la pasen de una persona a otra, logra hablar con alguien de Ingresos.

—Lo siento —le dice la mujer al teléfono—, pero no tenemos ninguna admisión bajo el nombre de Jasmine Perry.

Emilia se siente como si le hubieran echado encima un cubo de agua fría.

—Pero me han llamado esta mañana, hará diez minutos o así, diciendo que mi hija había tenido un accidente, así que entiendo que habrá ingresado por Urgencias…

Sigue un silencio al otro lado de la línea, apenas el sonido de un teclado y de un teléfono que suena en segundo plano.

—No —dice la mujer, al ponerse de nuevo—. Aquí no hay ninguna Jasmine Perry. Lo siento, pero ha habido algún tipo de error.

Emilia cuelga y maldice, frustrada.

—¿Qué te han dicho? —pregunta Elliot.

—¿Qué pasa? —pregunta Wilfie desde el asiento de atrás.

—No lo sé. No lo entiendo. Jasmine no está ingresada. Me cago en la puta, ¿dónde está? —Le da a la aplicación de Find My Friends,

pero no encuentra la localización de Jasmine, lo que significa que debe de tener el móvil apagado. Todos los horrores de lo que puede haberle ocurrido a su única hija pasan fugaces por su mente.

Elliot aparca el coche en la doble línea amarilla y se gira sobre el asiento para situarse frente a ella.

—Cálmate, estás asustando a Wilf. En el hospital, ¿están completamente seguros de que no han ingresado a Jasmine?

Emilia asiente con la cabeza; el pánico es una carga tan pesada sobre su pecho que casi no puede respirar.

—Entonces me parece que ha sido una llamada falsa. —Hay alivio en la cara de Elliot.

Pero a Emilia la cabeza le da vueltas.

—Pero, si ha sido una llamada falsa, ¿dónde está Jasmine? Porque no está con Nancy, como me dijo. Ay, Dios, Elliot... —Apenas se atreve a decirlo—: ¿Y si quien está detrás de todo esto le ha hecho algo a Jasmine?

23

Esto. Todo esto constituye su peor miedo. El peor de todos. Siempre ha mantenido a Jasmine a raya, plenamente consciente de ser más paranoica que muchos otros padres por el hecho de escribir sobre cosas tan horrendas. Tiene los ojos muy abiertos para detectar a los tipos raros que acechan entre la gente. Al fin y al cabo, los ha imaginado en sus novelas de suspense: el pedófilo que se esconde detrás de un profesor respetable, el psicópata que merodea por los parques infantiles, los hombres que simulan ser adolescentes en la red para crear vínculos y violar.

Desde que sus hijos tuvieron una edad razonable, ella ha sido siempre sincera con ellos acerca de esos peligros. Jasmine no es del tipo de chicas que mentirían y correrían riesgos. Cuando Emilia la sermonea para que no hable con extraños en internet, ella pone los ojos en blanco y dice, exasperada: «¿Crees que soy estúpida? ¡Ya sé que podría ser un cuarentón pervertido!». Sin embargo, le ha hecho creer que iba a pasar la noche en casa de Nancy. Una historia, le parece obvio ahora, que han pergeñado las dos para ocultar sus verdaderas intenciones, fueran las que fuesen. Y todo eso habría sido ya bastante grave, pero luego ha llegado la llamada. Porque alguien estaba al tanto de sus intenciones, y ha querido que ella lo supiera.

Está al borde de la histeria, que borbotea en su interior, y ha de hacer acopio de todas sus fuerzas para no perder la cabeza, pues sabe que eso no ayudará a su hija. Nunca había experimentado un pánico ciego y candente como este.

Emilia está ahora en casa de Jonas, la casa que solía ser la suya, donde Jasmine dio sus primeros pasos y dijo sus primeras palabras. Ha llamado a su exmarido desde el coche para contárselo todo, y Elliot la ha dejado allí.

—Ya me llevo a Wilfie —le dijo Elliot sin bajar del coche—. Por si Jas vuelve a casa. Pero avísame en cuanto sepas algo, ¿vale?

Ella asintió con la cabeza, llorosa. Y, al abrirle la puerta, Kristin

la estrechó entre sus brazos sin decir nada. Emilia se quedó demasiado sorprendida para rechazarla.

Kristin está sentada en estos momentos a la mesita de la cocina, con rostro cetrino, mientras Jonas camina arriba y abajo. Marcie y Frank, los padres de Nancy, están con ellos, parados junto al fregadero. Marcie llora en silencio y Frank le ha pasado los brazos, fuertes y musculosos, por los hombros.

—He llamado a todas sus amigas —dice él—. Nadie parece tener la menor idea de dónde están.

Emilia es consciente de que no habría tardado mucho en llamar al pequeño grupo de amigas estudiosas de Jasmine, a quien le cuesta mostrarse expansiva y hacer amistades. Es algo sobre lo que han hablado mucho.

—¿Deberíamos llamar a la policía? —pregunta Emilia, pese a que no es lo que desea, porque entonces el asunto se volverá real. Y ella no quiere que lo sea, quiere que sea producto de su imaginación. El argumento de uno de sus libros. Según sus amigas, las chicas fueron a la escuela el día anterior y salieron a las tres y media de la tarde, la hora normal. Pero ya es mediodía, así que llevan casi veinte horas desaparecidas.

—¿No se limitarán a decir que es evidente que están juntas? —pregunta Frank.

—Han estado fuera toda la noche —gime Marcie—. No es normal en ellas.

—Estoy de acuerdo —dice Emilia, intentando sonar enérgica, aunque le tiembla la mano cuando saca el móvil—. Tengo una amiga en el cuerpo. Voy a llamarla.

Se dirige al pequeño vestíbulo mientras marca el número de Louise y le entran ganas de llorar de alivio cuando su amiga atiende de inmediato.

—Hola, encanto —dice Louise, animada.

—Lou... —Emilia traga saliva. Tiene la garganta seca, rasposa, hinchada por las lágrimas no derramadas aún—. ¿Dónde estás?

—En casa. ¿Por qué? ¿Qué sucede?

—Es Jasmine. Ha desaparecido. —Y se lanza a contarle todo lo que ha sucedido.

—Bien. De acuerdo. Parece que simplemente se han ido juntas a algún lado, así que intenta no dejarte llevar por el pánico. ¿Dónde

estás ahora? ¿Estás en casa?

—No, estoy en casa de Jonas, en Twickenham.

—Vale. ¿Está Elliot contigo?

—No, solo estamos Jonas, Kristin, los padres de Nancy y yo.

—Bien. Vale. Voy para allá. ¿Cuál es la dirección?

Emilia se la recita y Louise le dice que llegará lo antes posible. Emilia agradece que viva tan cerca e intenta luchar contra el sentimiento de culpa por haberle pedido un favor a una amiga tan ocupada en pleno fin de semana.

—¿Y qué podrá hacer? —pregunta Jonas cuando Emilia se reúne con el resto en la cocina.

—Es agente de la policía metropolitana de Londres. No se me ocurre nadie mejor, ¿y a ti?

Nadie habla. El único sonido que se oye es algún que otro sollozo por parte de Marcie.

Al fin, al cabo de una media hora que ha parecido durar años, suena el timbre y Kristin se pone en pie de un salto para ir a abrir, con Emilia pisándole los talones. Louise va vestida de civil, con unos vaqueros y un suéter con un perro dibujado en la parte delantera. Su pelo corto y moreno parece recién lavado, sigue húmedo. No lleva maquillaje. Kristin se adelanta.

—Hola de nuevo —le dice.

Louise asiente con la cabeza, secamente, y entra al vestíbulo. La atmósfera de tensión que Emilia captó entre ellas el día del lanzamiento del libro sigue ahí, pero no le queda espacio en el cerebro para pensar en eso ahora. Lo único que le importa es encontrar a Jasmine.

—Esta es la detective Louise Greene —dice Emilia al volver a la cocina, y observa impresionada la manera en que su amiga entra en modo detective.

—Bien —dice Louise, parada junto al fregadero, dirigiéndose a todos los presentes, que se agolpan a su alrededor como alumnos ávidos de aprender—. Me temo que solo puedo estar aquí como amiga y en calidad de asesora, pero de camino he llamado a mi colega de la comisaría de la zona y le he dado los detalles del caso y esta dirección. En cualquier momento mandarán a un agente. Mientras tanto, ¿a alguien se le ocurre por qué iban a mentir Jasmine y Nancy? Obviamente se han ido juntas a alguna parte.

—Me da miedo que las hayan secuestrado. —Emilia lo suelta antes de poder detenerse. No ha podido más que expresarlo en voz alta, ese miedo tan arraigado. Pero Marcie y Frank parecen horrorizarse.

—Vamos a intentar no ponernos melodramáticos… —comienza a decir Kristin.

Pero Louise la interrumpe; se dirige con voz calma a Emilia:

—Tienes que recordar que los secuestros son una rareza cada vez más excepcional. El hecho de que las dos chicas hayan mentido me lleva a pensar que se han escapado juntas a algún sitio. ¿Adónde podrían haber ido?

Emilia no logra pensar. Se siente inerte por el pánico y la ansiedad, como el ciervo que se adentra hasta la mitad de la autopista y no sabe qué hacer, salvo clavar la mirada en los coches que se acercan a él.

Marcie vuelve la cara llorosa hacia Louise.

—He estado llamando a sus amigas. Nadie las ha visto desde que salieron ayer de clase. Nancy ha comenzado a salir con un chico…

Emilia endereza la espalda. Recuerda que Jasmine se lo había contado y eso la sorprendió, porque las dos amigas son tímidas y se sienten excluidas de toda esa escena festiva. Ella le había dicho a su hija que ya tendría tiempo para salir de fiesta, emborracharse y besuquearse con los chicos. Ella no hizo nada de eso hasta que entró en la universidad y conoció a Jonas, sobre todo porque venía de un internado exclusivamente femenino.

—¿Cómo se llama? —ladra Louise, y exuda poder incluso con ese suéter decorado con un labradoodle.

Marcie se seca una lágrima de la mejilla.

—Jake Radley. Está en su mismo curso, creo, y se junta con el grupo de los chavales populares. Me sorprendió que Nance me contara que ella le gustaba. —Reprime un sollozo—. No porque no sea guapa. Es mi niña… —Frank abraza a su esposa con más fuerza.

Emilia sabe a la perfección a qué se refiere Marcie. Ha oído hablar de Jake Radley, uno de los chicos más populares del curso de Jasmine, pero no cayó en que se trataba del mismo Jake cuando su hija le contó que Nancy tenía novio. No es el tipo de chico que se interesaría por Nancy, Jasmine o las chicas de su grupo de alumnas frikis y aplicadas.

En ese momento llaman al timbre y Louise corre a abrir. Jonas se acerca a Emilia y le coge la mano.

—Todo irá bien —dice, pero ella repara en el miedo que hay en sus ojos azules y siente en ese instante que un vínculo los une a causa de ese pánico compartido. Al otro lado de la habitación, Kristin se aclara la garganta y Jonas deja caer la mano de Emilia.

Louise regresa con una policía joven de uniforme, que lleva el cabello con mechas de color caramelo recogido en una cola de caballo baja y prudente.

—Esta es la agente Bryan —dice—. ¿Podéis repetirle todo lo que me habéis contado a mí?

Emilia y Marcie se turnan para ponerla al corriente. Una mueca atraviesa sus finos rasgos cuando Emilia le habla de la llamada falsa del hospital. Les pide la dirección de Jake y sale dando grandes zancadas de la cocina mientras habla por el móvil. Regresa después de colgar y se para al lado de Louise.

—Vamos a llegar al fondo de este asunto —dice, y Emilia piensa que es imposible que la mujer comprenda cómo se sienten. No parece tener más de veinticinco años—. Por favor, intenten no preocuparse. Bien, ¿había algún acontecimiento este fin de semana al que las chicas quisieran ir? ¿Una fiesta, quizá? ¿O un concierto?

Emilia se siente confusa.

Al cabo de unos segundos, Kristin anuncia:

—En realidad, sí. Jasmine quería ir a ver a esa banda al O_2... ¿Os acordáis? —Comienza a desplazarse por el móvil—. Estoy segura de que era este fin de semana. Recuerdo que lo dijo. Sí, una banda llamada Total Whiplash. Algo así. Un momento..., aquí está. Tonal Whiplash, no Total. Y, según esto, tocaron anoche. —Le da un toquecito triunfal a la pantalla del teléfono con una uña muy larga.

Emilia lo recuerda ahora también. Hace unos meses, Jasmine le preguntó si podía ir con Nancy, pero ella contestó que no: pensó que eran demasiado pequeñas para ir sin un adulto.

—¿Te contó que yo no la dejé ir?

Kristin asiente con la cabeza.

—Sí. Pero nosotros... —se mueve de lado para colocarse al lado de Jonas, y por tanto entre él y Emilia— estuvimos de acuerdo en que era demasiado pequeña.

Marcie se adelanta, con una expresión esperanzada en la cara.

—¡Sí! El año pasado, Nancy me preguntó si podía ir. Yo también le contesté que no. Además, era caro.

—Quizá el tal Jake Radley les consiguió las entradas —añade Frank, cruzando los brazos fornidos sobre el pecho.

—Pero se agotaron casi de inmediato —dice Emilia, frunciendo el ceño.

—¿Creéis que pudieron estar allí anoche? Pero ¿dónde han estado desde entonces? —Marcie se restriega el rímel bajo los ojos.

—Más vale que Nancy no se haya quedado en casa del tal Jake —dice Frank—. Solo tiene quince años. Esperad a que le ponga las manos encima a ese cabrón.

Louise le lanza una mirada admonitoria.

—Aún no sabemos nada. Pero yo…

Los interrumpe el zumbido del móvil de la agente Bryan, que lo abre de golpe.

—Sí —dice al auricular—. Ya… De acuerdo, genial. Gracias. —Cierra el teléfono—. Mi colega ha hablado con los padres de Jake y le han confirmado que fue al concierto de anoche. Pero ya está en casa. Uno de nuestros agentes se está desplazando hasta allí para hablar con ellos. Quizá Jake pueda arrojar algo de luz sobre dónde han estado.

Emilia traga saliva. «Por favor, que haya estado en el concierto», reza en silencio. No le importa que Nancy y Jasmine hayan podido pasar la noche en casa de Jake siempre y cuando estén a salvo. Es mejor que la otra alternativa. No puede dejar de pensar en la llamada falsa. ¿Quién la hizo? ¿Y le habrá hecho esa persona algo a Jasmine y a Nancy? Le suena el móvil. Ve que es el número de Elliot y se apresura a contestar.

—Está aquí. Es Jasmine —dice él, alborozado—. Acaba de entrar por la puerta.

—Gracias a Dios. —Su cuerpo entero se relaja por el alivio y al levantar la mirada ve los rostros esperanzados de Marcie y de Frank—. ¿Y Nancy?

24

Daisy,
2005

Se encontraba a mitad de su primer semestre en la universidad de Exeter, estudiando historia, cuando conoció a Ash.

Daisy estaba haciendo cola en la biblioteca, observándose los pies, calzados con sus Dr. Martens favoritas, e intentando no pasear la mirada entre los demás estudiantes, que pasaban el rato con sus respectivas camarillas. A Daisy no le gustaba acercarse demasiado a la gente. Era mejor así; de ese modo, protegía su frágil corazón. Como resultado, aún no se había besado con nadie, pero no pasaba nada. Era feliz entregándose por completo a la vida universitaria. Y quedaba con algunas personas, amistades superficiales.

No pudo señalar con exactitud lo que llevó a que Ash destacara sobre el resto de los estudiantes que había aquel día en la biblioteca. Quizá se debiera a que su alma herida reconoció a un igual. Ash era guay sin proponérselo, con su cabello teñido de negro, largo por un lado y rapado al cero por el otro, el abrigo negro que le llegaba por las pantorrillas y las botas de motero también negras; lejos del resto, estaba hojeando un libro sobre la *nouvelle vague* francesa. Daisy se quedó embelesada, quiso averiguar más de inmediato. Sus miradas se encontraron y, por primera vez en su vida, su estómago realizó una serie de ejercicios gimnásticos que la llevaron a sentirse mareada y excitada a la vez. Pero no hablaron. Aquel día no. Después de aquello, cada vez que coincidían por el campus se saludaban con una sonrisa tímida, una inclinación de cabeza, a veces con un «hola» ronco.

Irónicamente, se pusieron a hablar durante una de esas fiestas que ella por lo general intentaba evitar. Su compañera de piso la había arrastrado hasta allí. Ash estaba en una esquina, con una bebida de color azul entre las manos, mirando a su alrededor con expresión neutra. Al entrar Daisy, sus ojos se encontraron y se aguantaron la

mirada durante lo que les pareció una eternidad, hasta que alguien pasó por el medio y rompió el hechizo. Ella vio horrorizada que una chica bonita, con falda corta y una camisa transparente que revelaba un sujetador de encaje, se acercaba a Ash con un cigarrillo en una mano y un vaso de plástico en la otra. No oyó lo que decían pero, para su deleite, Ash se deshizo de la chica y se dirigió hacia donde estaba ella.

—Odio las fiestas. ¿Quieres salir de aquí?

Ella no pudo más que asentir con la cabeza, el corazón disparado por la excitación, mientras la canción de White Stripes no dejaba de sonar en sus oídos.

Se pasaron toda la noche hablando en la habitación de Daisy, revelando poco a poco más y más cosas de sí mismos mientras fluía la cerveza barata. Ella se sorprendió cuando Ash le contó que había sufrido una crisis en su adolescencia, y que había pasado una corta etapa en un psiquiátrico. Daisy se cuidó de no mencionar el asesinato de su madre. Una vez, cuando estaba en primaria, había cometido el error de contárselo a algunas de sus amigas, y las miradas de horror y de compasión que intercambiaron le quitaron las ganas de volver a hablar de eso con nadie. Tenía la sensación de estar manchada por la mala suerte, y de que esta podía ser contagiosa.

Eran almas gemelas, Daisy y Ash. Ash y Daisy. Después de aquella fiesta se volvieron inseparables.

Pero, por encima de todo, su encuentro fue cosa del destino.

Porque, de no haberse producido, ella nunca habría encontrado al Hombre de los Garabatos.

25

Según Elliot, Jasmine y Nancy habían entrado en la casa hechas unos zorros, contritas y preparadas para recibir una buena reprimenda.

—Lamento que os haya hecho perder todo este tiempo —les dice Emilia a Louise y a la agente Bryan mientras salen en fila de la casa de Jonas, aunque es consciente de que no ha sonado muy arrepentida. Está demasiado emocionada por el hecho de que su preciosa hija se encuentre en casa, allí donde debe estar. Es lo único que le importa en este momento. Se siente eufórica de alivio. Podría enfrentarse al mundo entero.

La agente Bryan contesta que se alegra de que las hayan encontrado sanas y salvas, y se apresura a regresar a su coche, pero Louise se detiene en el jardín delantero y el sol se refleja en el rojo de su corto cabello moreno.

—No ha sido ninguna molestia —dice—. Me alegro de haber podido ayudar, y estoy contentísima de que se encuentren bien. Pero dile a esa hija tuya que no vuelva a hacer nada parecido o tendré que ponerme severa con ella. —Le guiña el ojo y le da un abrazo antes de meterse en su pequeño Fiat 500 rojo.

Emilia la despide con la mano y se vuelve hacia los demás, que están parados en una zona de la acera iluminada por el sol, frente a la casa de Jonas y Kristin. Esta ha cogido de la mano a su marido con gesto posesivo.

—No me puedo creer que hayan hecho esto —dice, temblando ligeramente. Pese al sol, corre un aire fresco y ella nunca parece llevar ropa que la abrigue lo suficiente—. ¿En qué estaban pensando? Debían de saber que las pillarían.

—Eso es lo que quiero averiguar yo —dice Marcy con la barbilla enhiesta, en gesto de determinación, las lágrimas olvidadas ya. Se vuelve hacia Emilia—. ¿Podemos ir a tu casa?

Emilia no está enfadada con las chicas, aún no. Se siente demasiado aliviada por saber que están en casa, que su acosador no

las ha secuestrado.

—Por supuesto. Elliot les está preparando algo de comer y las vigilará hasta que volvamos. —Se vuelve hacia Jonas y Kristin—. Tal vez deberíais venir también. Para mostrar un frente unido.

El rostro de Jonas se ensombrece.

—¿Elliot estará de acuerdo?

—Pues claro —miente ella. A Elliot no le gustará en lo más mínimo, pero así es la vida.

Jonas mete la mano en el bolsillo de los vaqueros para coger las llaves del coche. Kristin da un paso al frente, pero él sacude la cabeza mirándola.

—Creo que será mejor que te quedes aquí, cariño.

A ella se le descompone la expresión. Emilia se da cuenta de que está furiosa por dentro, pero no quiere montar una escena delante de Marcie y de Frank.

—De acuerdo —dice, con los labios blancos—. Es vuestra hija. Lo que vosotros creáis que es mejor. —Da media vuelta sobre sus botas de tacón y regresa a la casa antes de que Jonas tenga tiempo de contestar.

Él mira a Emilia levantando una ceja, pero no dice nada.

Avanzan en convoy hacia la casa de Emilia. Cuando entran apresuradamente en ella, Jasmine y Nancy están sentadas a la isla de la cocina; se las ve pequeñas, con los dedos entrelazados alrededor de las tazas de chocolate caliente.

—Me llevo a Wilfie al parque —anuncia Elliot con tacto, dirigiendo al niño para alejarlo de allí. Pese a sus sentimientos hacia Jonas, se muestra educado y le estrecha la mano antes de salir de la habitación, lo que alivia a Emilia.

—¿Le va a echar la bronca a Jas? —oye que pregunta su hijo, esperanzado, mientras sigue a su padre hacia el vestíbulo.

—Gracias a Dios —grita Marcie, abrazando a Nancy—. Estábamos tan preocupadas...

Jasmine levanta la mirada con timidez al reparar en sus padres y se baja del taburete, corre a abrazarse a ellos.

—Lo siento —dice, y rompe a llorar mientras los dos la acogen en un abrazo grupal.

Emilia no la soltaría nunca. «Gracias, gracias, gracias», piensa, inspirando el aroma familiar de su hija, ahora mezclado con algo sucio

y terroso.

Jonas es el primero en soltarla.

—¿En qué estabas pensando? —le pregunta con firmeza, pero también con suavidad.

—Sí —coincide Emilia—. ¿Qué demonios ha pasado? Estábamos locos de preocupación. ¿Dónde estabais?

Jasmine se limpia la nariz con el dorso de la mano y resopla ruidosamente.

—Lo sentimos mucho. —Deja colgar la cabeza y el cabello rubio oscuro le cae sobre la cara—. De verdad queríamos ir a ese concierto y os lo pregunté a los dos el año pasado y me dijisteis que no. Y entonces... —Mira nerviosa a Nancy.

Nancy, una chica delgada con labios redondos y rosas, el cabello castaño oscuro y rizado, y unos grandes ojos azules, está temblando de manera visible y Emilia se sorprende otra vez al ver lo jóvenes que son en realidad. Se encuentran en esa edad intermedia en la que ya no son niñas, pero tampoco son adultas del todo.

—Vamos a sentarnos —dice Emilia, y los conduce a todos hacia el extremo familiar de la cocina—. Traeos el chocolate caliente, chicas. Tenéis aspecto de estar heladas.

Jasmine se sienta con solemnidad entre Jonas y Emilia en uno de los sofás, y Nancy y sus padres son como una imagen especular en el otro.

—¿Dónde habéis dormido? —pregunta Emilia mientras le frota la espalda a su hija, como si aún no lograra creerse que está allí. Lleva una sudadera con capucha y unos vaqueros que debió de llevarse consigo el día anterior al colegio en una bolsa.

—Nos quedamos en casa de Meghan, aunque no es que hayamos dormido mucho. Hacía demasiado frío en el suelo.

Emilia no ha oído hablar nunca de Meghan, pero no quiere preguntar por ella en este momento. Mira a Jasmine a la cara. Tiene los ojos alicaídos. Nunca pensó que su hija fuera a mentirle de esa manera. No es el tipo de chica que hace las cosas a escondidas. Ella siempre ha creído que mantienen una relación muy abierta. En su día, por supuesto, Emilia ocultó cosas a sus padres, pero porque se mostraban distantes en sus emociones, así que se ha esforzado mucho en mostrarse accesible ante Jasmine. En hacer que se sintiera querida, no juzgada, y que pudiera contárselo todo.

—¿Cómo conseguisteis las entradas? —pregunta Marcie, el rostro redondo contraído por la ansiedad.

—Nos las dio Jake. Dijo que las había recibido por correo con instrucciones estrictas de que nos las diera a Jas y a mí —contesta Nancy en voz baja, tamborileando con los dedos sobre el lateral de la taza. Una mancha de tierra le atraviesa el pómulo.

A Emilia se le revuelve el estómago.

—¿Cómo? ¿Quién se las dio a él? —Esto le resulta familiar. Demasiado familiar. La habitación se inclina y tiene que sujetarse del brazo del sofá.

—No lo sabe —contesta Nancy, mirando la taza—. Dijo solo que alguien se las había mandado por correo con una carta anónima. Y que quien la escribió le dijo que tenía que dárnoslas a nosotras.

Esto no puede estar sucediendo. Alguien que envía de manera anónima entradas para un concierto al amigo de dos chicas adolescentes. Unas chicas adolescentes que luego desaparecen. Está sacado directamente de su novela. Pero no de una novela del pasado, sino de la más reciente, *El último capítulo*. Una novela que se publicará dentro de unos meses.

Una novela que ha enviado a un grupo pequeño y selecto de personas.

26

Jonas se ha quedado rondando por la cocina después de que el resto de la gente se marchara. Elliot sigue en el parque con Wilfie, y Jasmine se está dando un baño. Emilia le ha preparado a Jonas una taza de café y están sentados los dos juntos a la mesa. Él pasea la mirada por la cocina, por los tragaluces y los armarios pintados de azul, con la isla de gran tamaño y los suelos de parqué claro.

—¡Vaya! Esto es espectacular, Em. Has hecho un gran trabajo. Está todo mucho más ordenado que nuestra casa cuando estábamos casados. —Sonríe para demostrarle que bromea. Es la primera vez que ve la cocina desde que la renovaron. Por lo general, cuando pasa a recoger a Jasmine, se queda en el vestíbulo.

—Gracias. —Ella le devuelve la sonrisa, aunque ha de hacer un esfuerzo. Su mente ha estado disparada desde que se dio cuenta de que la carta y las entradas que mandaron para Jasmine y Nancy coincidían con el argumento de su libro pendiente de publicación, y que todo este asunto ha sido orquestado por alguien a quien ella conoce. La idea es mucho peor que si se tratara de un desconocido. Emilia ha confiado en todos ellos, incluida Kristin, quien, pese a sus diferencias y al extraño comportamiento que ha tenido últimamente con Ottilie y con Louise, es una gran madrastra para Jasmine.

—¿Estás bien? —le pregunta él con el ceño fruncido—. Apenas has abierto la boca desde que se han ido Nancy y sus padres. ¿Estoy abusando de tu hospitalidad? Puedes decírmelo. —Su tono es burlón.

—Creo que solo estoy un poco conmocionada —dice, y toma un sorbo de café mientras le dirige una mirada furtiva. Jonas le hizo daño en el pasado, pero... ¿haría algo tan enfermizo, tan retorcido? No le cabe en la cabeza, sobre todo porque su hija está involucrada. Sin embargo, tampoco le cabe en la cabeza que algún otro de sus conocidos pueda ser capaz de estar haciendo todo eso—. ¿Has..., hum, has podido leer el nuevo libro, por casualidad? —Intenta mantener un tono ligero.

—Solo el principio —contesta él—. Es bueno. Bastante oscuro, con todo el tema de la mantis religiosa.

—Entonces no habrás llegado a la parte en la que las dos chicas desaparecen después del concierto. A las que atraen con una carta... Tal y como ha sucedido con Jas...

Él abre mucho los ojos, horrorizado.

—¡No!

—Tengo que contarte algo. —El café se corta en su estómago y recuerda que no ha comido nada desde el desayuno, aunque tenga ganas de vomitar—. Esperaba que todo esto se desvaneciera, pero en realidad está escalando. Y dura desde hace siglos. Dios, Jonas, alguien está jugando con mi mente, joder. —Y le cuenta todo lo que ha sucedido hasta el momento: la amenaza de bomba, las flores, el trol, la corona fúnebre, los tragaluces que se abrieron solos, el hombre que las siguió a Louise y a ella..., hasta llegar a la persona que estuvo merodeando por la casa la noche anterior. Cuando acaba, él la mira boquiabierto—. Y, puesto que todas esas cosas habían salido de libros anteriores, pensaba que podía tratarse de cualquiera. Pero ahora, con esto, que procede del manuscrito sin publicar, bueno, tiene que ser alguien a quien conozco.

—Espero que no hayas pensado que yo haría algo así —dice él con rapidez. A la defensiva.

—No, pues claro que no.

—¿A quién se lo has mandado?

Ella intenta recordar. Al principio, nunca es mucha gente.

—Tengo algunos lectores por anticipado, incluyendo a mi amiga Louise...

—¿La detective de esta mañana?

—Sí. Y Ottilie. Elliot, obviamente tú, Trevor, el padre de Elliot. Mis padres..., al menos esta vez, después del comentario susceptible que hizo mi madre durante la fiesta.

—Vale. ¿A quién más? Yo se lo pasé a Kristin, espero que no te importe.

—No, claro que no. Contaba con que lo harías. Jasmine también quiere leerlo.

—¿Y la llamada falsa? Dios... —Exhala poco a poco.

—La llamada no aparece en el libro, pero lo demás sí. Tengo que ver la carta que recibió Jake. Es evidente que la mandó la misma

persona que hizo la llamada falsa.

—No me puedo creer que alguien te llamara simulando ser del hospital. Hay que estar enfermo. —Se pone en pie—. Tengo que volver a casa, Kristin se habrá cabreado conmigo. ¿Estarás bien? Puedo quedarme si quieres, hasta que regrese Elliot.

—Es probable que no sea una gran idea.

Él sonríe y se mete las manos en los bolsillos de los vaqueros. Con el cabello rubio y las zapatillas Adidas, se parece al estudiante universitario al que conoció tantos años atrás.

—Nunca me lo voy a ganar, ¿verdad?

Ella se ríe.

—¿Es que lo has intentado alguna vez? —Lo acompaña hasta la puerta—. Pero da igual. Tampoco es que de pronto vayamos a comenzar a quedar los cuatro amigablemente para irnos por ahí.

—Es cierto.

Emilia abre la puerta que da al porche.

—¿Cómo van las cosas, a todo esto? No habrás…, bueno, ya sabes.

Él niega con la cabeza.

—No, no lo he hecho. He sido un buen chico, te lo prometo. Me he mantenido alejado de Connie.

«De modo que se llama así…»

—Me alegro. Y los divorcios salen caros, ya lo sabes.

—Sí, joder, vaya si lo sé. —Se ríe y se agacha para darle un beso breve en la mejilla—. Despídeme de Jas y dile que está castigada sin salir.

—Oh, desde luego que lo está.

Emilia lo observa bajar por el camino de acceso hasta su coche, que está aparcado detrás del de ella. A continuación, se queda parada en el porche, al lado de la fea bici de Elliot, y llama al detective Haddock.

Una hora más tarde, Jasmine está sentada en el sofá, pálida; huele al gel de baño White Company de Emilia. Lleva puestos unos vaqueros limpios de cintura alta y una sudadera con capucha roja. Aparenta menos edad sin el maquillaje que suele ponerse en los ojos, y el cabello le cuelga en tirabuzones sobre los hombros. Está descalza, con

los pies cruzados, y se hurga en las uñas en vez de mirar a su madre.

—Me alegro de que estés sana y salva, pero sigo conmocionada porque me hayas mentido —le dice Emilia.

—Lo siento de verdad —murmura ella, los ojos brillantes por las lágrimas—. Solo queríamos formar parte del grupo de chicos populares por una vez.

—Lo comprendo. De verdad —dice Emilia, con suavidad—. Pero eso no puede implicar que nos mientas a tu padre y a mí. Si nos lo hubieras explicado, podríamos haber llegado a algún tipo de acuerdo...

—¿Como qué? —resopla Jasmine—. ¡No me habríais dejado ir!

—Quizá podríamos haberos acompañado. Quedarnos por los alrededores, para asegurarnos de que estabais bien.

—Nunca mencionasteis eso en aquel momento.

Emilia se traga la sensación de culpa.

—Lo sé. Y lo siento. No debería haberte dicho que no sin escucharte antes. Pero, por favor, la próxima vez explícame cómo te sientes y tu padre y yo haremos todo lo que esté en nuestras manos para hacerlo posible. No vuelvas a mentirnos.

—Lo siento —murmura ella, mordiéndose el pellejo de la uña.

—Y las entradas... —la presiona—. ¿Seguro que Jake las recibió por correo? ¿De un anónimo?

Ella asiente con la cabeza.

—Jake y sus colegas no se dieron cuenta de que no sabíais dónde estábamos... —Su voz se va apagando.

—Tengo que ver esa nota. ¿Se la puedes pedir?

—Sí. —Jasmine se tira de la manga de la sudadera y se queda mirando a su madre durante unos instantes—. Sé que aquí está pasando algo extraño y que Elliot y tú estáis intentando que no me entere.

Emilia se pone en pie.

—No es nada. En serio.

Jasmine se levanta de un salto, su expresión se ha oscurecido.

—¡Siempre me estás pidiendo que sea sincera contigo, pero tú no lo eres conmigo!

Emilia suspira.

—De acuerdo, pero no quiero que te preocupes más de la cuenta. Y también, ve con cuidado..., y, lo más importante, a partir de ahora

di la verdad. Me lo tienes que prometer, ¿vale? Y no se lo cuentes a Wilfie, porque lo único que conseguirás será asustarlo.

—Te lo prometo —dice Jasmine en voz baja. Se sienta de nuevo y Emilia se lo cuenta todo.

Emilia está vaciando el lavaplatos, intentando mantenerse distraída, cuando Elliot y Wilfie vuelven del parque, las mejillas sonrosadas y el pelo alborotado por el viento.

—¡Le he parado un gol a papá! —grita Wilfie, emocionado, con la pelota mugrienta aún entre las manos.

Elliot sonríe.

—Sí, lo has hecho genial, colega.

Wilfie le da un puñetazo al aire y sale corriendo de la habitación, con el balón bajo el brazo. Elliot se ríe.

—Dios, estoy hecho polvo. ¿Sabías que nuestro hijo de ocho años me da cien vueltas?

Emilia intenta contestar con una sonrisa, pero no lo consigue. Siente que está a punto de echarse a llorar.

—¿Qué pasa? —Elliot se acerca y tira de ella para estrecharla entre sus brazos. Huele a aire fresco y sus manos están frías cuando le aparta el pelo de la cara—. Jas está en casa, sana y salva. No ha pasado nada.

—Lo sé, y estoy muy aliviada. Es solo que…

—¿Qué? —pregunta él con suavidad.

Ella le cuenta lo de la carta y las entradas que le mandaron a Jake por correo.

—Son todo cosas que pasan en mi libro.

Él frunce el ceño.

—¿Qué libro? No recuerdo ese argumento.

Ella se aparta para poder mirarlo a la cara.

—Esa es la cuestión. Es de mi nueva novela. La que aún no se ha publicado.

A Elliot le cambia la expresión.

—¿Cómo?

—¿Has comenzado a leerla?

—No, aún no. Tenía esa entrega en el trabajo. Pensaba comenzarla esta noche.

—Le he contado a Jas la verdad —espeta ella—. Quiero que sea sincera con nosotros y he pensado que le debía lo mismo. Me preocupa que pueda estar en peligro.

Emilia desea que su marido, el que siempre ve el vaso medio lleno, la tranquilice, como es habitual en él. Pero no lo hace. Su boca es una línea sombría, y ella se da cuenta de que no se ha afeitado esa mañana.

Tiene que contarle lo que sucede en el libro.

—Lamento revelártelo cuando aún no lo has leído, pero, en *El último capítulo*, secuestran a la sobrina de Miranda y la hacen pasar por un infierno hasta que la rescatan, justo al final. Como resultado, Miranda acaba descubriendo al asesino en serie, pero la mata antes de que el compañero de Miranda lo atrape.

Él no dice nada, se queda mirándola, y Emilia puede ver la ansiedad grabada en su rostro.

Ella se vuelve y sigue vaciando el lavaplatos.

—He decidido que voy a hablar con Gina Osbourne, la periodista.

—¿Por qué?

—Porque quizá sea la manera de detener a quien esté detrás de todo esto.

—O —dice Elliot con gesto lúgubre— podrías estar dándole exactamente lo que quiere.

27

Martin Butterworth es un gigantón con el pelo y los ojos del color del agua de fregar sucia y una palidez poco saludable que se debe a los años que ha pasado a la sombra. Saunders mide casi metro ochenta y tres, pero ese hombre debe de sacarle al menos unos siete centímetros. Su cabeza roza la parte superior del umbral y sus hombros anchos ocupan todo el espacio. No suelo asustarme con facilidad, pero de repente me alegro de haber traído a Saunders conmigo. Y me doy cuenta, en caso de que este sea nuestro hombre, de lo aterrador que habrá sido para las víctimas enfrentarse a tamaña bestia.

—¿Sí? —Se queda mirándonos, su mirada pasa de Saunders a mí y regresa a Saunders.

Le muestro mi identificación y nos presento.

—¿Podemos hablar un momento?

Pone mala cara y retrocede hacia un vestíbulo mugriento.

—Miren, solo llevo unas pocas semanas fuera del talego. Me he mantenido alejado de cualquier lío. Sigo con la condicional.

—No tardaremos mucho. Solo tenemos que hacerle unas preguntas y sin duda es mejor hacerlo aquí que en la comisaría.

Nos mira en silencio, es evidente que aspira a ponernos nerviosos, pero ya me he cruzado con otros individuos de esta calaña. Es un bruto y un matón, pero… ¿es un asesino? Eso está por verse.

Martin se vuelve y se aleja por el pasillo con paso enfadado. Nos lo tomamos como una invitación y lo seguimos hasta una pequeña habitación escasamente amueblada, con un sofá de cuero rasgado y un sillón. Él se desploma sobre el sillón y nosotros ocupamos el sofá. Es una distribución muy parecida a la de la casa de su hermana Lorraine, a pocas calles de distancia. No nos ofrece té ni café, y yo tampoco se lo aceptaría. Noto la moqueta pegajosa bajo los zapatos.

Enciende un cigarrillo sin preguntarnos si nos importa, ni siquiera si queremos uno. Me siento decepcionada al ver que son cigarrillos normales, no de los mentolados.

—Bueno, ¿qué quieren? —Se recuesta contra el sillón y deja escapar una nube de humo.

—¿Suele fumar otro tipo de tabaco? —le pregunto.

Se saca el cigarrillo de la boca y lo contempla.

—¿A qué se refiere? ¿Como una marca diferente?

—Como los mentolados —pregunta Saunders.

Él niega con la cabeza.

—No. Mi padre sí, pero murió hace tiempo.

Me pregunto si está mintiendo. Lorraine sin duda dijo que los fumaban su padre y su hermano, pero no es suficiente ni de lejos para continuar con eso de momento.

—Tenemos entendido que su hermana Lorraine vive en la calle Hanham... —digo.

Él asiente con la cabeza.

—¿La ha visitado desde que salió de la cárcel?

Martin Butterworth frunce el ceño.

—Sí, solo una vez.

—¿Y cuándo fue eso?

Se incorpora sobre el asiento, con los ojos entornados. El cigarrillo arde en su mano, la ceniza cae sobre la moqueta marrón.

—Hum, no lo sé, es probable que nada más salir. Hará unas tres semanas. Pero no fue bien. Es una zorra criticona.

Lo paso por alto.

—¿Y conoció a su vecina del piso de arriba, Trisha Banks?

Le da una calada al cigarrillo y tira algo más de ceniza sobre la moqueta.

—No, no puedo decir que la conociera.

Me vuelvo hacia Saunders, que observa a Martin Butterworth en silencio, pero veo que su mente está al ralentí. Y entonces él usa el truco más viejo del manual. Se aclara la garganta y pregunta si puede ir al servicio.

Martin parece receloso.

—Está en el piso de arriba.

En cuanto Saunders sale de la habitación, digo:

—¿Vive solo en esta casa, Martin?

—No, con un colega.

—¿Me puede dar su nombre?

—Shane Long, pero ha salido. A trabajar.

Lo anoto.

—¿Y usted tiene trabajo en estos momentos?

—A los exconvictos nos cuesta un poco encontrar trabajo —contesta él incorporándose ligeramente para apagar el cigarrillo en un periódico viejo.

—Hay organizaciones que ayudan…

—Ya me conozco todo eso —me interrumpe con frialdad—. ¿Dónde está el otro madero? Lleva mucho rato en el lavabo. —Al ponerse en pie, está a punto de llenar la pequeña habitación. Yo controlo los nervios y continúo sentada.

—Estoy segura de que volverá en un minuto.

—He de seguir con lo mío. No tengo nada más que decir.

Me pongo en pie también, de modo que lo encaro.

—¿Sabe que una mujer fue asesinada el lunes en el estudio encima del de su hermana?

Su rostro se contrae y aprieta los dientes.

—No, no lo sabía. No he hablado con mi hermana desde que la vi. Sabe que fui a la cárcel por robo a mano armada, ¿verdad? No por asesinato… —Cruza los brazos sobre su mole considerable y levanta la barbilla. Entorna los ojos del color del lodo, desafiándome.

—Lo sé, pero ¿puedo preguntarle dónde estuvo el lunes?

—Aquí. Todo el día. Y toda la noche.

—¿Hay alguien que pueda confirmarlo? ¿Shane estaba con usted?

—Shane estuvo en el trabajo durante todo el día y pasó la noche en casa de su novia.

Así que no tiene coartada. Necesitamos algo más, por supuesto. Será interesante saber lo que encuentran los forenses y los patólogos. Ya tenemos su ADN en el sistema, de la condena por robo a mano armada.

—Gracias por su tiempo —le digo; él parece sorprenderse, como si hubiera esperado a que lo detuviera aquí y ahora. Oigo a Saunders bajar a toda prisa las escaleras y dirigirse al vestíbulo. Se me eriza el vello de la nuca al pensar que Martin está a mi espalda. Hay algo oscuro e inquietante en él.

—Te has tomado tu tiempo, colega —dice Martin con voz ronca cuando Saunders se reúne con nosotros.

—Lo siento —dice él—. Cené un kebab chungo.

Intento no sonreír mientras Martin nos apura para que salgamos y cierra la puerta sin despedirse.

—¿Y bien? —pregunto de camino hacia mi Audi.

—He podido husmear un poco. Una de las habitaciones estaba bastante ordenada y la otra era un auténtico caos. No sé si se trata de la de Martin, pero hay un escritorio pegado a un rincón sobre el cual... —Mira por encima del hombro, como si Martin pudiera estar siguiéndonos, y se saca el móvil del bolsillo—. He tomado una foto. Pero mire...

Nos hemos detenido al lado del coche. Hace demasiado frío para quedarse parados en la acera. El viento de febrero azota mi pelo y mi abrigo. No le cojo el móvil hasta que nos subimos al vehículo.

La foto muestra un escritorio desordenado, pero entre toda la parafernalia hay una navaja... y una fotografía de una mujer con los ojos rayados.

28

Elliot le ha comprado a Emilia la alarma personal de una compañía que les ha recomendado Trevor y le ha indicado que debe llevarla consigo en todo momento.

—Tenla a mano constantemente —le dijo ayer, al entregársela, lo que le provocó un escalofrío.

Y el hecho de que Elliot se haya visto obligado a admitir que hay motivos para la preocupación vuelve a remarcar la seriedad de este asunto. Emilia nota el peso de la alarma, que tira del dobladillo de su chaqueta vaquera, mientras se dirige a la cafetería de Kingston en la que se ha citado con Gina Osbourne. Es el primer martes después de la llamada falsa, un espectacular día de finales de primavera, con un cielo tan claro que parece una hoja de cristal del color de los nomeolvides. Según la Agencia Meteorológica, la semana que viene se espera una ola de calor.

Emilia respira hondo, disfruta del aroma de los jacintos recién florecidos mientras avanza por la calle residencial llena de casas de los años treinta en la que ha aparcado el coche. La alivia haber salido de casa. Elliot ha estado de malas pulgas desde el sábado. Se niega a ir al despacho, solo quiere teletrabajar. Cada vez que ella sale, quiere saber adónde va y a quién piensa ver. Es como estar casada con un marido posesivo y Elliot nunca había sido así. Solo suele verlo irritable o estresado cuando se preocupa por alguna de las cosas que le provocan ansiedad: volar, realizar presentaciones o tener que pasar una temporada demasiado larga fuera de casa. Emilia es consciente de que todo esto le está afectando tanto como a ella, porque desea protegerla. Desea protegerlos a todos.

Al enterarse de lo de la carta, quiso salir directa hacia la casa de Jake Radley y exigirle que se la enseñara, arrancársela de las manos y leerla detenidamente en busca de pistas sobre la persona que está detrás de todo esto, la persona que podría estar intentando arruinar esa vida por la que ella se siente tan agradecida, pero Jasmine le dijo

que no lo hiciera; le sugirió en su lugar que ella podía llamarlo y explicárselo.

—No quiero que piense que ha hecho algo malo —le dijo a Emilia en un tono muy poco acorde a sus quince años y que le permitió entrever a la mujer joven en la que se estaba convirtiendo—. Le pediré que traiga la carta al cole.

Anoche, al volver del colegio, Jasmine le contó que Jake la había tirado a la basura.

Lo primero que Emilia hizo el día anterior fue llamar a Lara, su editora sustituta mientras Hannah está de baja por maternidad; le contó los sucesos del fin de semana y que estos aparecen en el manuscrito sin publicar.

—Por favor, ¿puedes darme los nombres de todas las personas que lo hayan leído hasta el momento? —le pidió—. Es importante de verdad.

Lara pareció sorprenderse, pero se avino a compilar una lista. Igual que su agente.

Más tarde, cuando recibió las dos listas, se tranquilizó al ver que había muy pocos nombres en ellas. Solo los de Hannah y Lara en la de la editorial, y el de Drummond en la de la agencia.

—Estaba esperando a que pasara por todas las correcciones antes de enviárselo a los editores internacionales —le explicó este.

Desde entonces, Emilia se ha puesto en contacto con todos los amigos y familiares a los que les mandó el manuscrito para preguntarles si se lo enviaron a alguien más. Louise no le contestó, así que le ha dejado un mensaje en el móvil. Elliot habló con su padre, quien le aseguró que no le había pasado el libro a nadie más. Ottilie, Kristin, Jonas y sus padres le dijeron lo mismo. Se ha pasado la noche dando vueltas en la cama, repasando todas las posibilidades en la cabeza y acabando siempre en el mismo lugar. Tiene que ser alguien que ella conozca.

Ya casi ha llegado a la cafetería cuando ve a una figura familiar salir de un edificio de estilo victoriano de tres plantas. El corte de pelo pixie, el suéter con varios animales —ovejas, quizá— al frente, los vaqueros boyfriend con dobladillo. Lleva la cabeza baja y atraviesa con rapidez el jardín delantero con una mochila a la espalda. Está a punto de chocar con Emilia al cruzar la verja.

—¿Lou?

Louise levanta la cabeza, aturullada, y se aparta el flequillo de la cara.

—Oh, hola. ¿Qué estás…, qué estás haciendo aquí? —Tiene ojeras.

—He quedado en Hodges —contesta Emilia, señalando en la dirección de la cafetería que hay al final de una pequeña fila de tiendas—. ¿Y tú?

—Yo… —Se vuelve hacia el edificio y mira a Emilia de nuevo—. Bueno, en realidad vivo aquí. En el apartamento del sótano.

Emilia se queda atónita.

—¿Cuándo te has mudado? —Nunca ha estado en el piso de Louise en Richmond, pese a saber que se encuentra a pocas calles de su propia casa. Cuando Wilfie queda para jugar con Toby, lo hace siempre en la casa de Frances, en Teddington.

—Hace muy poco. Me encantaba Richmond, pero ya sabes… —Arrastra los pies—. Me subieron el alquiler y decidí mudarme.

—Oh, bueno, está muy bien.

—En fin, más vale que me vaya. Ya llego tarde.

—Sí, yo también. Voy a ver a una periodista.

Louise abre mucho los ojos.

—¿En serio?

—Sí. —Se apresura a ponerla al día sobre la carta anónima y las entradas que recibió Jake—. Te llamé para contártelo y para preguntarte si le habías pasado el manuscrito a alguien más, pero no contestaste.

Louise se da una palmada en la frente. Parece palidecer. Emilia sospecha que su amiga ha estado trabajando demasiado duro.

—Lo siento, quería devolverte la llamada. Han sido unos días de locos. Creo que es una buena idea que hables con la prensa de esto. Con suerte, será la manera de exponer a quien esté detrás. También deberías ir a la radio. Cuanta más gente lo sepa, mejor.

—Eso es lo que estoy comenzando a pensar. ¿La policía llegó a rastrear la llamada falsa?

Ella niega con la cabeza.

—No, lo siento, era un número falso. No es tan sencillo como hacen ver en la televisión.

Emilia se mete las manos en los bolsillos, roza la alarma con los dedos. La saca para mostrársela a Louise.

—Elliot me ha dado esto. Está muy asustado. Tiene que ser alguien que conozco, Lou.

—Mierda… No sé qué decir. Es terrible.

—Nunca le mostraste el libro a nadie más, ¿verdad?

—No. Por supuesto que no. Jamás haría eso sin tu consentimiento. —Louise vacila, con la mano en la verja, como si no quisiera dejar a Emilia—. Lo siento mucho, pero de verdad que tengo que irme. Llego tarde al trabajo. Pero tenemos que hablar de esto debidamente. Yo te llamo, ¿vale?

Emilia le echa un vistazo a sus vaqueros y suéter. Parece un vestuario un tanto informal para ir a trabajar.

—Claro. —Ninguna de las dos se mueve—. Estoy asustada, para serte sincera —espeta—. Intento hacerme la valiente delante de Elliot, pero el libro, la historia…, todo el tema del asesino en serie de la mantis religiosa, es oscuro.

—Lo sé.

—He escrito que al final mata a Miranda. Y qué pasa si…

—Detente. Em, no puedes pensar de esa manera. Dios… —Le coge la mano—. Lamento mucho que estés pasando por esto. De verdad.

—No es culpa tuya.

—Ya lo sé, pero… —La interrumpe el zumbido del móvil. Se lo saca del bolsillo trasero de los vaqueros—. Mierda, es el jefe. Lo siento, de verdad que tengo que irme. —Le da un abrazo—. Te prometo que te llamo luego.

Con una pesadez en el pecho, Emilia la observa bajar por la calle hasta su pequeño Fiat, con el móvil pegado a la oreja.

Gina Osbourne la está esperando sentada a una mesa esquinera, con el pie tamborileando impaciente contra el suelo mientras se desplaza por la pantalla del móvil. Levanta la mirada cuando Emilia entra en la cafetería.

—Lo siento mucho —dice, sacando una silla—. Me he encontrado a una amiga.

—No se preocupe. —Gina ya tiene el bolígrafo a mano y una taza de café a medio beber frente a ella, con una marca de carmín rosa en el borde—. ¿Qué le pido?

—Un *latte* de caramelo sería fabuloso. Gracias.

Gina se pone en pie para hacer la comanda en el mostrador y Emilia se quita la chaqueta. La alarma golpea ruidosamente contra la silla. Ya está harta de esa maldita cosa.

Gina regresa con el café, se lo da a Emilia y acto seguido vuelve a sentarse.

—Bueno, cuéntemelo todo. Desde el principio —dice, haciendo clic en el bolígrafo y sacando una libreta de la nada.

Emilia respira hondo y comienza a soltarlo todo: los lirios, la amenaza de bomba, que un hombre sospechoso las siguiera aquella noche con Louise, la gaviota, el muñeco trol, la corona fúnebre, los tragaluces abiertos y el pirateo de Alexa, pero decide no mencionar a Jasmine, ni las entradas de concierto misteriosas, ni la llamada falsa. Prefiere dejar a su hija fuera del periódico. Cuando acaba, Gina se recuesta contra la silla, boquiabierta.

—Vaya —dice—. Es mucho. ¿Y todas esas cosas pasaban en sus novelas?

—Todas en un momento u otro, al margen del primer ramo que me mandaron. Los lirios. No recuerdo que la inspectora Miranda Moody, mi protagonista, recibiera un ramo de lirios, pero puede que sí. El resto procede en su mayor parte de los libros del principio, los primeros cuatro.

Gina se pega el bolígrafo contra la mejilla.

—¿Puede decirme cómo se titulará la nueva novela y así también hablamos un poco de ella?

—*El último capítulo.*

—¿Y de qué trata?

—Es sobre un asesino en serie que tatúa a sus víctimas femeninas. —Le cuenta un poco el argumento, pero sin hacerle *spoiler* —. También es una especie de *thriller* de venganza.

—Suena espeluznante.

Emilia se ríe.

—Bueno, eso espero.

Gina la examina y añade:

—La verdad es que tiene usted una mente muy oscura. ¿Hay algo que sea autobiográfico?

Emilia se queda fuera de juego durante unos segundos. Bebe un sorbo de su *latte* antes de contestar.

—Bueno, no, la verdad es que no. —Nota que el rubor le sube por el cuello—. Mi personaje, Miranda, es muy diferente a mí. Tiene más edad que yo y es más fuerte. Dice todo lo que piensa.

Se tranquiliza al ver que Gina aparta la mirada para seguir tomando notas en la libreta.

Va camino de casa en el coche cuando recibe una llamada de Jasmine.

—Mamá, me estoy estresando. No encuentro el equipo de educación física. Pensaba que lo tenía en la taquilla, pero creo que me lo he dejado en casa de papá. —Su hija solo tiene educación física cada dos semanas.

—¿Lo necesitas para hoy?

—No, para mañana. Por favor, ¿puedes ir a buscarlo?

—Tu padre estará en el trabajo.

—Debería estar Kristin. Por favor. Me castigarán a la hora de la comida si me lo olvido. —Emilia nota la ansiedad en la voz de su hija.

—De acuerdo. Me pasaré por allí para ver si Kristin está en casa. —Ver a Kristin es lo último que desea, pero no quiere que Jasmine se estrese con este tema, teniendo en cuenta todo lo que está pasando.

—Gracias, mamá —dice ella, con voz aliviada—. Tengo que irme. Adiós.

El Mini de Kristin está aparcado delante de la casa y Emilia se detiene detrás de él. Tiene la esperanza de que Kristin localice el equipo de educación física con rapidez para poder seguir su camino. La calle está en silencio y, al salir del coche, oye el arrullo de una paloma torcaz a lo lejos. Avanza por el camino frontal, tan familiar para ella, y llama a la puerta.

Kristin la abre al segundo golpe. Está tan glamurosa como siempre, con un par de vaqueros ceñidos como una segunda piel y una camiseta escotada con el cuello en uve de color rosa claro. Entorna los ojos azules al ver que se trata de Emilia.

—Lamento presentarme de esta manera —dice Emilia antes de explicarle lo del equipo de gimnasia de Jasmine.

—Entra mientras voy a buscarlo.

Emilia la sigue por el vestíbulo hasta la cocina. Sobre la mesa hay una caja de plástico transparente con materiales de arte, y un cúter Stanley descansa encima de una cartulina enorme. Kristin debe de

darse cuenta de que Emilia lo está mirando, pues se acerca y comienza a recoger.

—Solo estaba…, hum, haciendo una tarjeta para el cumpleaños de una amiga.

Emilia sonríe educadamente.

—¿Te apetece una taza de té?

—No, estoy bien, pero gracias.

—Vale, pues dame un segundo. Solo quiero comprobar que no lo haya puesto a lavar. —Se agacha y se pone a rebuscar en un tubo de plástico lleno de ropa—. Aquí no está. Voy a mirar en su dormitorio.

Sale de la habitación y Emilia se sienta a la mesa. Aparta el cúter hacia un lado, preguntándose si Kristin habrá leído ya *El último capítulo.* Recuerda lo que le contó Louise, las preguntas que le hizo Kristin acerca de Jonas durante la presentación del libro. Primero Ottilie y luego Louise. ¿A qué está jugando Kristin? Fue muy inapropiado por su parte interrogar a Louise sin conocerla de antes. ¿De verdad sospecha que Jonas y ella están teniendo una aventura?

Y entonces su mirada se posa en la caja de plástico y se le detiene el corazón.

Pegado contra el borde, con el pelo falso de color amarillo esparciéndose como la mantequilla, la mira el rostro familiar de un muñeco trol.

29

Daisy, 2005

Daisy siempre había creído con firmeza en el destino, en el hecho de que la gente entra y sale de tu vida por una razón. Y aquella Navidad se le hizo evidente el motivo por el que había acabado en la misma universidad que Ash.

Fue irónico que, cuando ya había dejado de buscar al Hombre de los Garabatos, cuando ya se había... no olvidado exactamente, eso no iba a pasar jamás, pero sí distraído del asunto gracias a su enamoramiento, él apareciera delante de ella como un espejismo, como un regalo.

—Te echaré mucho de menos —le dijo Ash aquel día trascendental, en el consejo estudiantil—. Pero ¿vendrás a visitarme después de Navidad? No está lejos de aquí. Podrías venir, y luego mis padres nos traerán de vuelta al comienzo del semestre.

—Por supuesto. —Se moría de ganas de pasar más tiempo en compañía de Ash. Tenían tantas cosas en común...: la música, el cine, el arte. En su compañía, Daisy se sentía más feliz que nunca.

—Mis padres te adorarán, Daise.

—Creo que mi padre también estará encantado contigo. Con suerte, la próxima vez te podrás quedar conmigo y conocerlo.

Ash la atrajo hacia sí y le pasó un brazo enfundado en cuero por los hombros.

—Me gustaría mucho.

El sonido de un coche que aparcaba en el exterior hizo que Ash se acercara a la ventana que daba al aparcamiento.

—¡Mierda! ¡Han llegado pronto! ¿Quieres conocerlos ahora? Sé que los verás cuando vengas a quedarte, pero...

—Pues claro —contestó ella, y se levantó del sofá maltrecho en el que habían estado apoltronados.

Cogió el abrigo y la pesada bolsa de deporte de Ash, y salieron para ver a un hombre de mediana edad y a una mujer más joven que salían de un espectacular Jaguar antiguo, como el que conducía el inspector Morse.

La mujer era rubia y bonita, de pómulos marcados y ojos brillantes. Parecía mucho más joven que el padre de Ash, que era rubio, ancho de hombros y de mejillas rubicundas, como si disfrutara pasando el tiempo al aire libre, a ser posible en compañía de un labrador grande y de un rifle de caza. Ellos también le sonrieron, se presentaron como Donald y Stef, le estrecharon la mano y le dijeron lo mucho que Ash les había hablado de ella. Y, mientras tanto, el golpeteo del reconocimiento reverberaba en su interior. ¿Dónde había visto a ese hombre antes?

Siguieron hablando y anunciando cosas y haciéndose gestos mientras Donald guardaba la bolsa de Ash en el maletero y Stef se mantenía junto a la puerta del copiloto. Hacía frío, y la mujer llevaba una bufanda ceñida al cuello hasta la altura de la nariz.

—Bueno, ha sido un placer conocerte —dijo Stef con calidez. Debía de ser muy joven cuando tuvo a Ash—. Tengo muchas ganas de que vengas a pasar unos días con nosotros.

—Sí —dijo Donald con una amplia sonrisa, sacudiéndole la mano de arriba abajo—. Espero que pases una gran Navidad.

Y Daisy no dejó de notar un ambiente surrealista a su alrededor mientras intentaba aferrarse a unos recuerdos que se desvanecían como nubes de humo en el aire.

Ash le dio un abrazo breve, casi indiferente, y se subió al asiento de atrás.

Y, al ver a Donald dirigirse hacia el lado del conductor, inclinándose ligeramente hacia la izquierda, el impacto de un recuerdo tan vívido la dejó aturdida.

La doble coronilla, el cuello ancho como una pata de jamón. Alto. Rubio.

La parte de atrás de su cabeza le resultó tan familiar que de repente supo con exactitud dónde lo había visto antes.

Era el novio secreto de su madre.

Y era su asesino.

30

El muñeco trol del pelo amarillo. El que se encontró colgando ominoso de su árbol. El que ella descolgó y tiró. ¿Cómo ha acabado en la cocina de Kristin? Emilia no puede apartar los ojos de él. El pánico la deja paralizada hasta que oye los pasos de Kristin en las escaleras. Entonces se levanta de la silla, llevada por una oleada de energía nerviosa.

Kristin entra en la cocina con expresión triunfal:

—Lo he encontrado. Estaba hecho una bola debajo de su cama. Me temo que habrá que lavarlo. —Le da la bolsa con cordón y su sonrisa se desvanece—. ¿Estás bien? Te has quedado pálida.

Emilia coge la bolsa.

—Lo..., hum, lo estoy pasando mal últimamente. ¿Te ha contado Jonas lo sucedido?

La inquietud atraviesa los rasgos de Kristin.

—Sí. Lamento que estés pasando por todo esto. Suena aterrador.

—¿Has leído ya la novela nueva?

—La acabé hace unos días. La disfruté de verdad. —Cruza los brazos sobre el pecho.

Emilia le señala el muñeco trol aplastado contra el lateral de la caja de plástico.

—¿De dónde lo has sacado?

—¿Ese muñeco? No lo sé. Toda la porquería acaba en esa caja. Debe de ser de cuando Jas era pequeña.

Emilia la mira entornando los ojos.

—Ese muñeco, o uno igual, apareció el mes pasado colgado de un árbol del jardín delantero de casa.

Kristin se pone rígida.

—¿Y crees que yo lo puse allí?

—No sé qué pensar.

Kristin retrocede un paso.

—Es evidente que me consideras capaz de hacerlo. Se te nota en

la cara. —Al comprobar que Emilia no dice nada, Kristin suelta una carcajada seca y sarcástica—. Ah, ya veo. Puesto que te robé a tu marido, no tengo moral y soy capaz de cualquier cosa. ¿Es eso? Sería capaz de poner en peligro a mi hijastra, a la que quiero, por cierto. También de acosarte y de obsesionarme contigo. ¿Es eso lo que quieres oír? Pues lo siento, Emilia, pero no me importas tanto como para meterme en esos líos solo para asustarte.

La rabia reprimida y el resentimiento crecen en el interior de Emilia. Se cuelga del hombro la bolsa con el equipo de educación física.

—Si te importo tan poco, tal y como dices, ¿por qué llamas a Ottilie para preguntarle por mí? ¿Por qué importunaste a Louise en la fiesta de presentación del libro si no la conocías de antes? Me dijo que le habías preguntado por Jonas y por mí. ¿De verdad crees que me lo estoy tirando a tus espaldas? ¿A espaldas de Elliot?

La mirada crítica de Kristin recorre el cuerpo de Emilia, el vestido de punto que revela sus bultos y protuberancias.

—No, no creo que tengas una aventura con mi marido.

Emilia es consciente de que tiene que irse antes de decir algo de lo que se vaya a arrepentir. Ofendida, sale de la cocina y entra al vestíbulo. Nota a Kristin detrás de ella.

—¡Espera! —La voz de la mujer suena desesperada y ella se detiene con la mano en el pomo de la puerta.

Gira sobre sus talones.

—¿Qué?

—Lo siento —dice Kristin—. Sé que nunca hemos hablado de ello. Intenté llamarte muchísimas veces después de que pasara. Para explicártelo. Pero nunca quisiste hablar conmigo.

—¿Me puedes culpar por ello?

—Por supuesto que no. Mi disculpa puede carecer de sentido ahora, tantos años después. Pero lamento lo que pasó. Ojalá hubiera sido sincera contigo desde el principio. Jonas iba a contarte lo nuestro y entonces..., entonces te quedaste embarazada.

La verdad es como una bofetada en la cara.

—Vosotros..., pasó antes..., antes... —No logra obligarse a decirlo.

Kristin baja la cabeza, pero no antes de que Emilia repare en el centelleo cruel de sus ojos, y se da cuenta de que quiere sentirse poderosa, tener algo que la sitúe por encima de ella. Kristin sabe que a

Jonas se le va la mirada con otras mujeres y quiere dejarle claro que ha ganado. Que ella va a ganar siempre. Que Jonas la escogió.

—Él iba a dejarte. En 2006. Iba a dejarte y tú te quedaste embarazada.

A Emilia se le hace un nudo en el estómago al recordar la boda apresurada en el registro civil con Ottilie y Dan, el mejor amigo de Jonas, como testigos, y los padres de él como invitados. El vestido ceñido sobre su vientre en esa fase del embarazo en la que no parecía que pudiera estar encinta, sino que simplemente había ganado demasiado peso. Ni siquiera les contó a sus padres que estaba embarazada hasta más tarde.

—Podrías haber conseguido a quien quisieras —dice Emilia con tristeza—. ¿Por qué él?

Kristin hace girar alrededor del dedo el anillo de casada hecho de platino.

—No lo puedo explicar. Lo amaba. Sigo amándolo. Una no puede elegir de quién se enamora. En cualquier caso, ahora eres feliz con Elliot, ¿no?

—Pues claro que sí. —Kristin aún no lo ha entendido—. Esto no tiene nada que ver con Jonas. No albergo ningún sentimiento hacia él. Tiene que ver contigo. Con lo que hiciste. Destruiste nuestra amistad.

Son muchísimas las palabras no expresadas que cuelgan silenciosas entre ambas. Cosas que Emilia jamás será capaz de decir, como lo mucho que echa de menos su amistad, sus salidas nocturnas de chicas, sentadas hasta las tres de la mañana con Ottilie y Kristin hablando de todo, riéndose hasta que les dolía la barriga. Se traga el nudo en la garganta.

—Tengo que irme —dice con voz pastosa.

—Te prometo que no estoy detrás de esta «campaña de terror», o lo que sea que está pasando. No tengo ningún motivo para ello.

Emilia la mira a la cara fijamente, intentando averiguar si le está diciendo la verdad. El lado competitivo de Kristin siempre acaba por revelarse. Si de verdad piensa que ella tiene una aventura con Jonas, a saber de lo que será capaz. Su antigua amiga tiene un corazón de acero. Siempre ha sido así. Es solo que Emilia nunca quiso darse cuenta de ello.

Sin decir nada más, se va y cierra la puerta con firmeza tras de sí.

Cuando abandona su calle, después de girar una esquina, aparca

debajo de un roble de gran tamaño y llama al detective jefe Haddock con las manos temblorosas.

—No sé si quiere decir algo —le dice en cuanto este atiende el teléfono—, pero Kristin Perry, la esposa de mi exmarido, tiene un muñeco trol igual que el que encontré en mi árbol. He pensado que debía usted saberlo.

31

El jueves por la mañana, mientras Emilia está parada junto al fregadero de la cocina, metiéndose una cucharada de muesli en la boca, el móvil le zumba con un mensaje de Gina Osbourne.

«La pieza ha salido en el periódico de hoy.»

Emilia deja el cuenco y se pone a examinar la página web del diario. En efecto, ahí está. Se le hace extraño leerlo en negro sobre blanco, como si fuera algo que le ha pasado a otra persona. Aún está leyendo cuando Elliot irrumpe en la cocina con cara de furia.

—¿Qué pasa? —Se pregunta si también habrá visto el artículo del *Mirror* y está molesto por algún motivo, pese a que ella le contó que había hablado con Gina.

—Me han robado la bici, hostia puta.

Ella se queda mirándolo, sorprendida.

—¿Qué? —El desayuno se le corta en el estómago—. ¿Del porche?

—Sí. ¿Cerraste con llave la puerta principal anoche?

—Por supuesto. Ahora lo hago siempre.

—¿Estás segura? No hay señales de que hayan forzado nada.

—¿Has mirado la aplicación?

—Desde luego. —Le pone el móvil debajo de la nariz—. Parece que se la han llevado de madrugada. Aún está oscuro.

Ella mira horrorizada la grabación con grano, que muestra a alguien vestido con ropa oscura de la cabeza a los pies avanzando por el camino de acceso, pasando entre los dos coches aparcados, abriendo sin ningún tipo de pudor la puerta delantera, cogiendo la bici y subiéndose a ella para llevársela.

—Pero... —No se puede creer lo que está viendo. Lo fácil que parece...—. ¿Qué hay de la alarma? ¿Por qué no ha sonado? Y la puerta... Estoy segura de que la cerré con llave.

Él se pasa la mano por la barbilla sin afeitar.

—No lo sé. No lo entiendo. Es como si hubieran desactivado la

alarma, o algo así. Tendré que preguntárselo a mi padre. Pero Em... —Le dirige una mirada recelosa—. No parece que el porche estuviera cerrado con llave.

Ella lo cerró. Sabe que lo hizo. Nunca se olvidaría de hacerlo, no después de todo lo que ha pasado. Intenta mantener el pánico a raya y le pide a Elliot que vuelva a pasarle la grabación; esta vez mira la pantalla con más detenimiento, tratando de ver algo.

—Ahí —dice, dejando en pausa la grabación mientras la adrenalina se le dispara—. El gorro..., ese distintivo. Lo reconozco.

—¿Sí?

—Sí. Es una marca escandinava. He... —Se le hiela la sangre—. He visto a un conocido con una gorra igual que esa.

—¿A quién? —pregunta Elliot con tono urgente.

Siente náuseas. Podría ser una coincidencia y cuesta mucho decirlo..., la persona parece más alta, pero es de complexión delgada. Resulta imposible verle la cara con claridad. Lleva la cabeza baja en todo momento, el cabello oculto por la gorra.

—Louise —dice.

Después de llamar a Louise cinco veces, Emilia le deja un mensaje frustrado:

—Llámame, por favor. Es muy importante.

—Debería llamar a la policía —dice Elliot, enfadado, caminando arriba y abajo por la cocina.

—Louise es la policía.

—Y, sin embargo, piensas que me ha robado la bicicleta.

Ella exhala, frustrada.

—No estoy diciendo que haya sido ella, ¿vale? Digo que tiene una gorra igual. Como muchas otras personas, supongo. Esa persona parece ser más alta que Louise, así que quizá me equivoque. Es..., es difícil decirlo con exactitud. Tenemos que concederle el beneficio de la duda antes de ir a denunciarla a la policía. Si es ella, quizá la necesitaba por algún motivo y no quiso despertarnos. —El argumento le suena débil incluso a ella, pero no pueden asumir que se trate de Louise basándose en la marca de un gorro.

—Tienes razón, podría haber sido cualquiera. Y si vas y te olvidas de cerrar la puerta con llave... —Elliot deja la insinuación flotando en

el aire.

Él vuelve al despacho del jardín después de haberle prometido que no denunciará el robo hasta que no reciban respuesta de Louise, y Emilia intenta mantenerse ocupada limpiando los baños, escocida aún por la acusación de que olvidó cerrar la puerta con llave. Recuerda haberlo hecho.

Mucho más tarde, después de recoger a los niños en la escuela, mientras Elliot prepara la cena, se da cuenta de que Louise le ha dejado un mensaje de voz en el móvil. La llamada tuvo lugar a las tres y media de la tarde, cuando ella iba camino de recoger a Jasmine con el coche, ya que no quiere que su hija coja el autobús para volver a casa.

Se aleja de la cacofonía de la cocina y se dirige al salón para escucharlo.

—Lo siento, colega —dice Louise con la voz agitada—. Ha sido un día de locos. He logrado escaparme un rato a casa. Pero tengo que hablar contigo. Para explicártelo todo. Y preferiría hacerlo cara a cara. ¿Puedes venir esta noche a mi casa? Es el apartamento número cuatro en Sunnyside Road. Toby está en casa de su padre, así que podremos charlar tranquilamente. Lo... —Emilia se queda consternada al oír el temblor en la voz de su amiga—. Lo siento mucho. No quería que nada de esto llegara tan lejos. Ven lo antes posible. Y Em... —resuella—. Lo siento de verdad.

El mensaje llega a su fin y Emilia se queda mirando el móvil, alarmada. ¿Qué ha querido decir Louise? ¿Qué es lo que siente? ¿Lo de la bicicleta? Se le acelera el corazón. ¿Anda Louise metida en algo turbio? Intenta devolverle la llamada, pero el móvil suena hasta que se corta.

—Maldita sea —murmura para sí.

—¿Estás bien? —Levanta la mirada y ve a Elliot parado en el umbral—. ¿Era Louise?

Ella asiente con la cabeza, la mente desbocada.

—Un mensaje. Ha sido extraño. Quiere que vaya a su casa.

Elliot rezuma desaprobación.

—¿Cómo? ¿Ahora? ¿Por qué? ¿No puede esperar? La cena estará lista pronto.

—No vive lejos y no tardaré mucho. Tengo que hablar con ella. Tengo que averiguar lo que está pasando.

Él parece dudar.

—No creo que debas ir.

—No pasará nada. Tengo la alarma. —Se dirige al vestíbulo y coge la chaqueta vaquera—. No debería tardar mucho. Guárdame un poco de pescado. —Le coge la cara entre las manos y le da otro beso, pero él sigue mirándola de manera peculiar mientras ella se apresura a salir por la puerta del porche.

Tarda veinte minutos en llegar a casa de Louise con el coche. Logra encontrar sitio para aparcar en la calle casi desierta y atraviesa el jardín comunitario. El piso de Louise se encuentra en el sótano, hay que bajar unos escalones con una barandilla de hierro. Sigue habiendo luz, pero el sol está detrás del edificio y la parte delantera del apartamento de Louise está a la sombra. Una bandera ucraniana cuelga de la ventana del piso superior, pero en la calle reina un silencio casi inquietante.

Baja los escalones y, al hacerlo, ve la ventana que da a la cocina de Louise. Parece vacía, solo hay una planta marchita en medio de una mesa de pino, pero al llegar al pequeño patio del fondo ve que la puerta de la casa de su amiga está ligeramente entornada. Golpea en la madera, pero al no recibir respuesta abre la puerta y llama a Louise. Su voz resuena en el vestíbulo vacío. Ve las zapatillas Air Nike de su amiga junto a la puerta. Ella no se las quita nunca, así que debe de estar en casa. Emilia asoma la cabeza hacia la cocina, sintiéndose como una intrusa, pero no está allí. Recorre el pasillo hacia el salón.

—¿Louise? —la llama de nuevo mientras empuja la puerta del salón. Entonces lanza un grito ahogado. Su amiga está tirada bocabajo en el suelo, y tiene el cabello apelmazado por la sangre—. ¡Ay, Dios mío! ¡Louise! —Se acerca a ella con rapidez, se pone en cuclillas y le toca el hombro—. ¿Lou? —El tacto duro y frío del miedo se pega a ella—. Lou... —repite, esta vez más débilmente, con un sollozo en la garganta porque sabe que ya es demasiado tarde, por mucho que pegue los dedos al cuello de su amiga en busca de un pulso.

Le da la vuelta, dispuesta a practicarle el masaje cardiorrespiratorio, a hacerle el boca a boca, lo que sea con tal de ayudarla. Pero la piel de Louise está demasiado pálida; sus labios, demasiado azules; su cuerpo, frío de manera antinatural. Lleva puesto

el suéter de la llama y, al verlo, Emilia se pone a llorar con más fuerza. Esto no puede estar sucediendo.

Llama a una ambulancia y se queda sentada al lado del cuerpo de su amiga, esperando a que llegue. Le coge la mano y le habla, pese a que sabe que es inútil.

—Lamento no haber recibido tu llamada en el momento. Lo siento mucho, Louise. Aguanta, la ambulancia está de camino.

Su mente es un zumbido. Lo primero que ha pensado al encontrar a Louise ha sido que tenía que ayudar a su amiga. Pero ahora, como una rendija de luz solar que se esfuerza en atravesar las nubes, su mente se abre paso a través de la conmoción. Antes de darle la vuelta a Louise ha reparado en el tajo de la coronilla, en la sangre que ha apelmazado su cabello moreno. De haberse caído y golpeado la cabeza estaría tumbada de espaldas, ¿no? Pero estaba bocabajo, como si la hubieran atacado por detrás.

Emilia baja la mirada hacia la cara pálida de su amiga y le aparta el pelo de la frente con suavidad. Es como una figura de cera, ya no se parece a Louise, y otro sollozo escapa de sus labios. Hay una manchita de sangre en la llama blanca. Quizá no debería haberla movido. Si alguien le ha hecho eso a Louise, la policía tendrá que buscar pruebas. Suelta con cuidado las manos de su amiga y se pone en pie, reprimiendo la histeria. Con solo estar allí ya podría haber contaminado la escena del crimen. Lo sabe por todas las veces que ha escrito algo parecido en sus libros. Tendrá que acordarse de contarle a la policía la posición en la que estaba el cuerpo de Louise cuando lo encontró.

La recorre un escalofrío y se le pone la piel de gallina. Se siente como si se encontrara dentro de una pesadilla e intentara despertarse. «Esto no puede estar sucediendo.» Se acuerda del pequeño Toby y se le rompe de nuevo el corazón.

Y entonces mira los pies descalzos de Louise y el horror la inunda al ver que tiene algo en el tobillo. No puede ser...

Se agacha para verlo mejor, pero no hay confusión posible. En su tobillo hay una marca tosca con la forma de la cabeza de un insecto.

32

Por una vez, albergo la esperanza de salir temprano. Tengo que ir a visitar a mi padre y ver qué tal lo lleva, ahora que al fin lo hemos convencido de que lo mejor para mi madre —y para él mismo— es que ella ingrese en una residencia. Estoy recogiendo las cosas y apagando el ordenador cuando Saunders irrumpe en el despacho sin llamar a la puerta.

Abro la boca para decirle lo que pienso, pero me detengo al ver la expresión de su cara, esa mezcla de excitación y horror que reconozco de cuando cree haber encontrado una pista en un caso que parecía irresoluble.

—Acaban de llamar. Parece que hay otra víctima. El asesino de la mantis religiosa ha golpeado de nuevo.

Lo miro, conmocionada. Me doy cuenta de que me he quedado con la boca abierta y la cierro. Ha pasado más de un año desde el asesinato de Trisha Banks y, pese a todos nuestros esfuerzos, no hemos sido capaces de adjudicarle los crímenes a Martin Butterworth a pesar de que siga siendo el sospechoso principal y lo hayamos estado vigilando como halcones.

—¿Dónde? —le pregunto, poniéndome el abrigo.

—Bueno, eso es lo raro —contesta él—. Está fuera de nuestra jurisdicción, pero nos han llamado por la similitud del caso con otros anteriores. —Recita una dirección. Tardaremos tres horas en llegar hasta allí, quizá más. Y ya son las seis de la tarde. Pero tenemos que ir, no hay duda al respecto.

—Pues en marcha —digo, y ya estoy sacando el móvil para llamar a mi hermana y pedirle que vaya en mi lugar a visitar a papá, y para avisar a Kim, mi novia, de que pasaré unos días fuera de casa.

Ya es tarde cuando llegamos a la calle, estrecha y silenciosa. Identificamos la casa de inmediato, por el barullo que hay frente a ella. Han colocado la cinta policial alrededor del pequeño jardín delantero y el agente de uniforme que está de guardia la levanta para que podamos acceder. Estoy agotada y pasar tanto rato en el coche con Saunders me ha provocado

dolor de cabeza, pero intento que se disipe mientras bajo los escalones que conducen al piso del sótano.

—Por aquí —dice otro agente que viste de paisano, calvo, con las mejillas extraordinariamente sonrosadas. Se presenta como el sargento de detectives Shawn Watkins, de la policía metropolitana de Londres.

En el salón hay una mujer tirada sobre la moqueta. Más o menos joven, treinta y tantos como mucho. Delgada, alrededor del metro cincuenta y siete, con el pelo corto y moreno.

—¿Cómo la han asesinado? —le pregunto al sargento Watkins. Me vuelvo para ver a Saunders abandonar apresuradamente la habitación con la mano sobre la boca y frunzo el ceño. No es propio de él. Devuelvo la atención a Watkins.

—Parece que le han dado un golpe en la cabeza —contesta él—. Así que no es el modus operandi habitual de las cuchilladas. No la habríamos llamado, pero entonces vimos esto… —Señala hacia el tobillo de la mujer.

Me agacho para verlo mejor. Parece ser el dibujo de una cabeza de insecto. Pero no es igual que los otros: este no lo han grabado, sino que lo han dibujado con lo que parece ser un bolígrafo.

No puede ser nuestro hombre. Sin embargo, quien lo haya hecho conoce los grabados de la mantis religiosa y esa es una información que solo tiene la policía.

—Disculpe, ¿es usted la inspectora Janine Murray? —Se me acerca otro agente. Joven, con el pelo castaño claro y la cara pecosa.

—Sí.

—Soy el detective Anthony Haddock. He venido nada más enterarme.

El dolor de cabeza está empeorando y yo me esfuerzo por encontrarle un sentido a lo que está pasando.

—Ajá.

—La víctima es una de los nuestros.

Vuelvo a mirar a la mujer en el suelo. Tiene los ojos cerrados, la cara inmóvil, y si su cuerpo no hubiera comenzado a mostrar señales de rigor mortis parecería que solo está dormida. Lleva puesto un suéter con una llama.

—¿Es una agente de policía?

Él asiente con la cabeza.

—Ya. —Mi mente se dispara en un intento por unir las piezas del puzle. ¿Conocía a Martin Butterworth? Quizá fuera la agente que lo detuvo hace diecisiete años por robo a mano armada. Pero no, es imposible. La

mujer tendrá unos treinta y cinco, lo que significa que habría sido demasiado joven—. ¿Cómo se llama?

—Era la detective Louise Greene. Y la cuestión es… —El detective Haddock da un saltito para cambiar el peso del cuerpo de un pie al otro—. Aún no conocemos con seguridad todos los detalles, pero la mujer que la ha encontrado es una amiga de la fallecida: Emilia Ward, la escritora de novelas negras.

Segunda parte

33

Emilia Ward. He leído algunos de sus libros. Siempre me ha impresionado lo rigurosa que es la parte de los procedimientos policiales en sus historias. Ahora sé el porqué, dado que era amiga de una detective de la policía metropolitana.

—¿Dónde está Ward ahora?

El detective Haddock se aparta un mechón de pelo de los ojos. Su piel tiene un brillo grasiento.

—Le he tomado declaración y he dejado que se fuera a casa. Estaba un poco alterada, como se imaginará.

—¿Ha dejado que se fuera ella sola en coche? ¿Después de encontrar muerta a su amiga? —Niego con la cabeza ante su falta de sensibilidad.

—Me ofrecí a llevarla, pero dijo que estaba bien —se lamenta él.

Menudo inútil.

—Lo más probable es que esté en estado de shock.

Él se mira los pies como un escolar al que le han llamado la atención, que es lo que parece con esa camisa de manga corta y la mancha de tinta del bolsillo. Estoy a punto de ir en busca de su superior cuando me pregunta si podemos hablar fuera. Asiento con la cabeza y lo sigo hacia el jardín delantero. Enciendo un cigarrillo de inmediato. Le ofrezco el paquete a Haddock y él coge otro mientras rodeamos el edificio hacia la parte trasera de este, donde hay más tranquilidad.

—¿Y bien? —comienzo.

La luz de una ventana superior se refleja en sus pupilas.

—La cuestión es que he estado en contacto con Emilia estas últimas semanas porque alguien la ha estado acosando.

Frunzo el ceño.

—Acosando.

—Repitiendo todos los argumentos de sus bestsellers para asustarla.

Presto atención mientras me habla de muñecos trol colgados de los árboles, del cuello roto de una gaviota de cerámica, de hijas desaparecidas en conciertos y de llamadas falsas.

Exhalo una nube de humo que se desvanece en el aire cálido de la noche.

—Bien. ¿Qué tiene eso que ver con la detective Louise Greene?

—No lo sé. Pero me ha contado que la detective Greene le dejó un mensaje en el móvil esta tarde pidiéndole que viniera a verla. Lo he escuchado. Louise sonaba alterada. Contrita y, bueno, culpable.

—¿Ha deducido todo eso de un mensaje de voz?

—Sí. Puede escucharlo usted misma.

Tengo que hablar con Emilia Ward lo antes posible.

Apago el cigarrillo contra la pared de ladrillo.

—¿Sabe a qué hora murió Louise?

—No al ciento por ciento, pero le dejó el mensaje a Emilia Ward a las tres y media de la tarde. Emilia la ha encontrado a las cinco y dieciocho.

Bueno, es una ventana bastante pequeña, eso debería facilitar la labor de la policía.

—¿Cree Emilia que la muerte de Louise también está sacada de uno de sus libros? —Pienso en el dibujo en el tobillo de la detective y en lo mucho que se parece al caso de la mantis religiosa en el que llevo años trabajando.

Él mueve el cuerpo para quedar de cara a mí.

—Bueno, esa es la cuestión. Dice que el dibujo del tobillo de Louise procede de su nuevo libro. Pero aún no está publicado.

Me lo quedo mirando, sorprendida. Es posible que los dibujos no se hayan hecho de la misma manera, pero sin duda se parecen demasiado para que sea solo una coincidencia. Una cabeza de insecto similar, en la misma zona en la que el asesino en serie marca a sus víctimas. Tengo que hablar lo antes posible con Emilia Ward para averiguar qué demonios está pasando.

34

Emilia solo llama a Elliot cuando está en el coche, de camino a casa. Le envió un mensaje de texto mientras esperaba a que llegara la policía para tomarle declaración, y después llamó al detective Haddock para ponerlo al corriente, intentando no llorar hasta que no terminara de contárselo todo. Luego tuvo que aguardar a que él llegara para que pudiera escuchar el mensaje de Louise en su móvil.

—Tú concéntrate en volver a casa sana y salva —le dice Elliot al teléfono con suavidad—. Te veo en nada.

Emilia se siente como si sus extremidades estuvieran hechas de plomo y tiene un sabor metálico al fondo de la garganta.

—Dios, lo siento muchísimo —le susurra Elliot contra el cabello cuando ella entra tambaleándose en la casa pasadas las diez de la noche. La abraza mientras ella llora contra su pecho. Su hija se pasea ansiosa detrás de su padrastro, mordiéndose las uñas. Por suerte, Wilfie está en la cama, así que aún no ha de darle la noticia. Piensa en el pobre Toby, que quizá ignore aún lo sucedido, dichoso él, y se pone a llorar con más fuerza.

—¿Qué pasa? ¿Qué le ha pasado a Louise? —Jasmine está pálida. Apenas conocía a Louise, pero Emilia se da cuenta de lo mucho que esto ha afectado a su hija.

Se aparta de Elliot para abrazar a Jasmine.

—Aún no lo sé, cariño —contesta para no asustarla—. La encontré tirada en el suelo.

—¿Está muerta?

—Me temo que sí —dice, y le falla la voz. No menciona que puede haberse tratado de un asesinato, sino que comenta que quizá haya sido un accidente. Pero eso no parece apaciguar a Jasmine, que acaba yéndose a la cama con gesto fatigado.

—Ten, una copa de vino. Podría ayudar —dice Elliot cuando se quedan solos en uno de los sofás de la cocina.

—¿No sería mejor un coñac? ¿O un whisky?

—Bueno, no hay nada de eso, así que tendrá que valer el vino —contesta él.

Emilia constata que él también se ha servido una copa y que le tiembla la mano al beber de ella. Aún no le ha contado lo del dibujo en el tobillo de Louise, ni que uno de los personajes del libro —también una agente de policía que trabaja con Miranda Moody— muere de manera parecida mientras busca al asesino de la mantis religiosa. Aunque no hace falta que le cuente eso último. Él ya ha leído la novela. En cuanto le menciona lo del dibujo, lo entiende.

Elliot le pone una mano sobre el muslo, como si intentara encontrar un punto de apoyo a la vez que reconfortarla.

—No me puedo creer que esté muerta —repite ella, secándose las lágrimas con el dorso de la mano—. No puedo dejar de pensar en Toby, crecerá sin su madre.

—No lo hagas. —El rostro de Elliot se oscurece—. No puedes pensar en eso. Te volverás loca. No ha sido por tu culpa.

—Pero ¿y si lo es? —gime ella, y se incorpora para dejar la copa de vino sobre la mesa, con lo que desaloja la mano que Elliot tenía sobre su regazo—. Fui yo la que escribió esas novelas estúpidas. ¡Básicamente he escrito su muerte!

—Para. No lo has hecho.

—Pero lo hice. —Esconde la cabeza entre las manos y lanza un gemido—. Sabes que el libro trata sobre una detective que busca a un asesino en serie que dibuja la cabeza de una mantis religiosa en los tobillos de sus víctimas ya fallecidas para marcarlas como propias. ¡Y Louise tenía eso, Elliot! ¡Tenía la marca en el tobillo!

Él entorna los ojos y se aferra a la copa.

—¡Maldita sea! Esto es ridículo. ¿Qué va a hacer la policía al respecto? —No hace falta que lo diga: ella sabe que está pensando en el final del libro. La ayudante de Miranda Moody muere igual que Louise. Y a continuación asesinan a Miranda.

—Crees que es por mi culpa, ¿verdad?

—Pues claro que no. Esto es cosa de algún chalado que...

—¡Un chalado al que tengo que conocer! —grita ella, y se pone en pie de un salto.

—Tranquilízate —dice él entre dientes, para su sorpresa—. Lo siento, pero ¿quieres alterar a los niños? Estás fuera de control. Y no puedes, Em. No puedes perder la cabeza. —Él también se pone en pie

y la coge por los brazos, con fuerza—. Tienes que dejar de culparte a ti misma. Esto no ha sido culpa tuya. Eres una escritora, eso es todo. No eres Dios, joder.

Ella baja la cabeza. Tiene razón, claro que sí. Esto no ha sido por su culpa. Y, sin embargo, siente que esa culpa le desgarra las entrañas. Junto con el miedo a ser la siguiente.

No consigue dormir. No puede pensar más que en el cuerpo muerto de Louise tirado sobre la moqueta de su salón, el rostro inerte, la piel fría, la herida en la parte trasera de la cabeza. Por mucho que haya escrito sobre ellos, nunca había visto un cadáver en la vida real. Repasa mentalmente, una y otra vez, el último mensaje de voz que le mandó su amiga. ¿Qué quiso decir? ¿Por qué repitió que lo sentía? ¿Por qué se llevó la bicicleta de Elliot, si en efecto fue ella quien se la llevó?

Se levanta de la cama, llevada por la desesperación. Aunque le ha costado un poco, Elliot se ha quedado profundamente dormido. Los dos han permanecido acostados, haciendo ver que dormían, hasta que ella ha acabado oyendo sus ronquidos suaves. Sale del dormitorio sin hacer ruido y se queda en el rellano, paralizada por la indecisión. Por lo general, cuando no puede dormir, se va a la cocina, se prepara una bebida con leche y ve alguna de esas series para sentirse bien que a Elliot no le gustan, como *Emily en París* o *Selling Sunset*. Pero ahora solo logra pensar que esa cocina enorme está vacía y rodeada de cristal. Se sentiría como un animal acorralado, preguntándose quién puede estar acechándola en el jardín, observándola sin que ella pueda verlo. La muerte de Louise le ha demostrado que quien esté detrás de esto ha estado jugando con ella para desembocar en el asesinato. No le hizo daño a Jasmine, solo orquestó su desaparición para asustar a Emilia, como el león que se burla de su presa hasta que entra a matar.

Emilia suspira. No puede quedarse parada en el rellano a oscuras. Pero tampoco puede ir al piso de abajo. En su lugar, decide dirigirse a su despacho, en el altillo. Desde que cambiaron las contraseñas de Alexa, los tragaluces han dejado de abrirse, así que al menos sabe que no tendrá que enfrentarse a eso. Sube la escalera empinada y, al llegar a lo alto, respira entrecortadamente. La pena es una presión sobre el pecho que amenaza con asfixiarla. Al sentarse al escritorio, con la

puerta bien cerrada a su espalda, ya está jadeando. No obstante, el desorden que la rodea la tranquiliza de inmediato; las baratijas hogareñas en los estantes, sus queridas ediciones de bolsillo de autores a los que admira y a los que recurre en busca de inspiración cuando se queda atascada, un montón de galeradas sin corregir que le han enviado para que escriba una frase promocional.

Con mano poco firme, abre el cajón frontal del escritorio. En él se encuentra su libreta. Usa una nueva con cada novela que escribe. Esa la usó en *El último capítulo*: tiene un Moomin en la tapa, con una luna llena y un cielo negro como la tinta de fondo. Hojea sus páginas, recordando las notas que tomó antes de comenzar a escribir. Notas sobre el nuevo caso de Miranda Moody. Un asesino en serie al que le gusta tatuar a sus víctimas con la cara de un insecto. Y luego, como trasfondo, la historia de Daisy y la búsqueda del asesino de su madre, el Hombre de los Garabatos; su convicción de que se trata del padre de Ash, su amante, lo que culmina con Miranda acuchillada. Las lágrimas se estrellan contra las páginas del cuaderno cuando recuerda lo que hizo. Y lo que Louise hizo. Y ahora ella está muerta. ¿Cómo podría no ser culpa suya?

Nunca debería haber escrito el libro porque la historia, y todo el tema del asesino de la mantis religiosa, no surgió de su cabeza.

35

Emilia está dormida en el sofá de su elegante salón, con una suave manta de cachemira para no pasar frío, cuando la despiertan unos golpes en la puerta. Se incorpora de sopetón, con el corazón latiéndole aceleradamente. Elliot se ha llevado a los chicos a la escuela esa mañana para que ella pudiera descansar un poco. Se ha pasado toda la noche despierta, encorvada sobre el escritorio, y solo se ha arrastrado de vuelta a la cama, al lado de Elliot, al salir el sol. Se ha levantado con Jasmine y Wilfie, les ha preparado las fiambreras para la comida sintiéndose como un zombi, y se ha ido a dormir al sofá cuando se han marchado todos de casa.

Mira el reloj que hay en la cocina. Apenas pasan unos minutos de las nueve y media.

Vuelven a llamar a la puerta y a continuación suena el timbre. Elliot debe de haberse ido directo al despacho del jardín para dejarla en paz. Coge el móvil y consulta la aplicación. Una mujer a la que no reconoce está parada en el umbral. Lleva un traje negro con camisa verde, y una media melena pulcra y canosa. Elliot también debería haber oído el timbre, pero quizá esté en medio de una llamada. A regañadientes, se pone en pie y se ajusta la bata para ir a abrir.

La mujer está parada al final de los escalones, con la mirada puesta en la casa y el ceño fruncido en gesto de irritación. Tiene unos penetrantes ojos azules, que se pegan a Emilia en cuanto esta abre la puerta.

—¿Es usted Emilia Ward?

Ella asiente con la cabeza, medio escondida detrás de la puerta para que desde la calle no se vea que sigue en bata.

La mujer le muestra una identificación.

—Soy la inspectora Janine Murray, de la policía de Devon y Cornualles. ¿Puedo entrar, por favor?

Un remolino se apodera de la cabeza de Emilia, que piensa de inmediato en Elliot y en los niños.

—¿De qué se trata?

—Estoy investigando la muerte de una amiga suya, la detective Louise Greene.

—¿Puedo ver de nuevo su identificación, por favor? —No quiere arriesgarse en lo más mínimo. No después de la llamada falsa del hospital. ¿Y si no se trata de una detective de verdad? Pero las credenciales parecen reales, y se las devuelve—. ¿Puedo hacerle una pregunta? Dice usted que es de la policía de Devon y Cornualles. Pero ¿por qué? Louise trabajaba para la policía metropolitana de Londres.

—Así es. Llevamos varios años investigando a un asesino en serie en Plymouth y sus alrededores. Tenemos razones para pensar que la muerte de Louise puede estar relacionada con ese caso.

Un asesino en serie... Igual que en su libro. Un escalofrío le recorre la espalda y no logra moverse.

—¿Puedo entrar?

—Sí..., por supuesto. —Emilia retrocede para que la inspectora pueda entrar y a continuación la guía hacia la cocina—. Disculpe que aún no esté vestida. He pasado una mala noche. ¿Quiere un té o un café?

—Un café estaría muy bien, gracias. —Janine Murray se sienta a la mesa y saca una libreta.

Emilia usa la lujosa máquina de café de Elliot para preparar dos capuchinos, uno para ella y otro para la inspectora Murray. La presencia de la mujer la está poniendo nerviosa. No tiene un rostro amigable y sus ojos azules son fríos y acerados, como si pudieran verle el alma y exponer todos sus secretos.

Le lleva el capuchino y se sienta con ella a la mesa. El sol que entra por las puertas plegables blanquea la zona en la que están. Al lado de esa mujer pulcra y compuesta, Emilia se siente más desastrosa, como si se le estuvieran rompiendo las costuras.

—Lamento lo de Louise Greene. A decir de todos, era una detective muy respetada.

Emilia solo puede asentir con la cabeza. No tiene ni idea de cuánto respetaban a Louise sus colegas. Lo único que sabe es que ha perdido a una buena amiga, alguien en quien sentía que podía confiar. Y, por encima de eso, Toby ha perdido a su madre. Se le encoge el corazón de nuevo.

La inspectora Murray debe de entenderlo, porque añade con

suavidad:

—Soy consciente de que ayer perdió a una buena amiga. Entiendo que fue usted quien la encontró.

—Sí. —Emilia sopla sobre el café y bebe un sorbo.

—No me puedo ni imaginar lo que habrá significado para usted —dice, mirándola fijamente—. El detective Haddock me ha puesto al día de todo lo que está sucediendo últimamente. Y he escuchado el mensaje de voz que le dejó Louise. Lo que me preocupa, Emilia, es que la muerte de Louise se parece mucho a un caso en el que llevo tiempo trabajando. La diferencia es que la señal de la cabeza del insecto en el tobillo de las víctimas se grabó en la carne, no fue un dibujo como con Louise.

Emilia endereza la espalda, sus sentidos entran de repente en alerta máxima.

—No lo entiendo. ¿Dice usted que cree que el mismo asesino en serie es responsable de la muerte de Louise?

La inspectora Murray vacila, pero no contesta a la pregunta.

—Al criminal que he estado investigando se lo conoce como el asesino de la mantis religiosa, o al menos así lo llamamos en el cuerpo.

«El asesino de la mantis religiosa.» A Emilia se le revuelve el estómago.

—Las muertes se han ido haciendo públicas a lo largo de los años, por supuesto, pero nunca hemos revelado ante la prensa el detalle de la cabeza de insecto, ni el apodo que le dimos. Si busca en internet al asesino de la mantis religiosa no le aparecerá nada. Así que me resultó interesante cuando descubrí que ha escrito un libro sobre un asesino en serie que lleva el mismo nombre.

Una nueva oleada de náuseas recorre a Emilia.

—Pero… me lo he inventado y el libro ni siquiera ha aparecido aún. Y el mío…, mi asesino solo dibuja al insecto. —Han comenzado a temblarle las piernas y se pregunta si la inspectora se habrá dado cuenta de que está mintiéndole.

—Vale. Pero ¿existe la posibilidad de que alguien le hablara de los asesinatos de la mantis religiosa? —Hace una pausa—. ¿Louise, quizá?

Emilia ha de llevarse las manos a las piernas para que estas dejen de sacudirse.

—Louise nunca me habló de los casos en los que trabajaba y estaba en la policía metropolitana de Londres, así que no habría participado en el caso de la mantis religiosa, ¿no?

La inspectora Murray niega con la cabeza.

—No, pero podría haber oído hablar de él.

«Mierda. ¿Cómo puede estar pasando esto?» Emilia hunde las uñas en el vellón de la bata. Tiene que mantener la calma. Traga saliva, sin saber qué responder. No puede contarle la verdad.

—No..., no estoy segura. Tendré que pensarlo. Todo esto me tiene conmocionada —murmura.

—De acuerdo. Pero, por favor, si se acuerda de algo, llámeme. —La inspectora Murray se guarda la libreta en el bolsillo interior de la chaqueta. Le da a Emilia una tarjeta con su nombre y su número.

Emilia se pone en pie, pero siente las piernas débiles. No ve el momento de que la inspectora salga de su casa.

Mientras le cierra la puerta a la inspectora, Emilia siente que le da vueltas la cabeza. Ojalá hubiera contestado a la llamada de Louise. Y ahora está completamente sola, midiendo sus pasos en la oscuridad, y no sabe qué hacer. Cómo actuar.

Se pone a gritar en el silencio del vestíbulo, le da una patada al panel de madera de la puerta del salón y se hace daño en el pie. «Estúpida, estúpida, estúpida.»

Tiene que calmarse, tiene que recuperar el control.

—Ay, Louise —dice con un suspiro.

¿En qué andaba metida? ¿A cuento de qué le dejó aquel mensaje en el buzón de voz? ¿Por qué le dijo que lo sentía? ¿Quizá por saber desde el principio que el asesino de la mantis religiosa era real?

Se está vistiendo con lo primero que ha encontrado cuando recibe la llamada del detective Haddock. No se sorprende. El hombre intentó entrevistarla detenidamente la noche anterior, pero ella estaba conmocionada después de encontrar el cuerpo de Louise. De hecho, sigue así.

—No hará falta que le remarque lo seria que se ha puesto la cosa —le dice él con voz sombría. Ella se sienta al borde de la cama, a

medio vestir—. ¿Quiere venir a la comisaría? Si lo prefiere, puedo ir yo a visitarla.

Ella contesta que irá a verlo. Necesita salir de casa.

Una vez en comisaría, el detective la conduce hacia una habitación en la que hace mucho calor. Se sientan y Haddock, que rezuma sudor, vuelve a decirle lo mucho que lamenta lo de Louise. Examina la libreta que le regaló Jasmine, la de las mariposas en la tapa, en la que Emilia ha anotado todo lo sucedido durante los últimos meses. Es consciente de que ya le contó algunas de esas cosas la noche anterior, pero necesita que él la comprenda. Han asesinado a Louise y la culpa es de su libro. El dibujo del tobillo... Se le revuelve el estómago al pensar que alguien cercano a ella podría haberlo hecho.

—Mi novela y la muerte de Louise..., está todo relacionado. Tiene que estarlo. Es solo..., es solo que no entiendo cómo.

—¿Y el muñeco que encontró entre las cosas de Kristin Perry? —pregunta el detective Haddock mientras mira la lista que ha compilado con todas las personas que han leído el manuscrito—. ¿Cree que ella podría estar detrás de esto?

—En caso de que me hubiera preguntado hace unos meses si alguna de las personas de esta lista podría ser responsable de todo lo que me ha pasado últimamente, me habría costado creerlo —contesta ella y bebe un sorbo de agua, que le sabe a hierro—. Pero ahora no lo sé. No puedo explicar cómo llegó el muñeco trol a sus manos, pero no me la imagino como asesina. ¿Y por qué querría matar a Louise?

Él levanta la mirada de la lista.

—Es posible que quien la ha estado acosando no sea la misma persona que ha matado a Louise. Debemos tener la mente abierta. Deje que yo me encargue. —Su rostro se vuelve aún más solemne—. Y no pretendo asustarla, Emilia, pero por favor, extreme las precauciones.

No es necesario que se lo diga. Emilia es plenamente consciente del peligro en el que se encuentran ella y su familia.

Al salir de la sala de interrogatorios se pone a pensar otra vez en la muerte de Louise y el argumento de *El último capítulo*, las dos cosas que siguen dando vueltas en su cabeza. ¿Cómo es posible que haya un criminal de verdad apodado como el asesino de la mantis religiosa? Louise debió de saberlo. Se siente como si cada vez estuviera enredándose más en una tela de araña, incapaz de salir de ella

arrastrándose. Piensa en la reacción de Elliot, en la de su editora. En la de su agente. ¿Qué pensarían? Les ha mentido. A todos.

Y ahora la verdad ha regresado para vengarse de ella. Para matarla.

36

Mientras camina a paso rápido de vuelta al coche, Emilia se ve en el escaparate de una tienda y retrocede ante lo horrible de su aspecto, con el cabello descuidadamente recogido en un moño. Tiene que volver a casa, ducharse y tranquilizarse. Pero solo logra pensar en el cadáver de Louise, en su cabeza ensangrentada, en el dibujo del tobillo, en el hecho de que el asesino de la mantis religiosa sea real y en el papel que ha jugado ella en todo ese asunto. En el último mensaje de voz de Louise y lo que podría significar. En la visita de la inspectora Murray. En las similitudes con un caso de la vida real. No puede respirar. No... puede... Se detiene y apoya el brazo en la pared de una tienda.

—¿Emilia?

Levanta la mirada al oír esa voz familiar. Es Kristin, que presenta un aspecto muy veraniego con un vestido largo y vaporoso, y unas sandalias de gladiador. ¿La está siguiendo?

—¿Estás bien?

Emilia respira hondo de nuevo, intentando reprimir las náuseas.

—Estoy bien. Es... —Endereza la espalda, aún apoyada contra el muro. Se pregunta si la policía habrá llamado a Kristin para preguntarle por el muñeco trol. Sospecha que no—. ¿Te has enterado de lo de Louise?

Kristin frunce el ceño.

—¿Louise? ¿Qué Louise?

Parece perpleja de verdad, pero Emilia sabe que Kristin ha sido siempre una mentirosa consumada.

—Mi amiga Louise. La detective. La que vino el fin de semana pasado para ayudarnos cuando desapareció Jasmine.

—Ah, sí. —Kristin sigue con el ceño fruncido.

Lleva una bolsa de paja al hombro de la que sobresale una barra de pan. «Con que no tomabas carbohidratos...», piensa Emilia, molesta al ver que puede albergar ideas maliciosas sobre Kristin incluso en

esas circunstancias.

—¿Qué le pasa?

—Está muerta. La han asesinado.

Emilia observa con detenimiento la reacción de Kristin, que retrocede mientras se lleva las manos a la boca.

—Ay, Dios mío. Es terrible. ¿Cómo? Quiero decir, ¿por qué? Dios, lo siento mucho.

—No sé el porqué. La encontré con una herida en la cabeza.

—Ay, Dios mío —repite ella—. Debió de ser traumático para ti. —Parece conmocionada de verdad, pero actuó de la misma manera hace años, cuando Emilia le contó que Jonas y ella iban a separarse..., antes de que ella descubriera que Kristin era el motivo de esa separación. Kristin traga saliva y una expresión que Emilia no puede descifrar atraviesa su rostro—. ¿Cuándo fue eso?

—Ayer.

—¿Está relacionado con algún caso en el que estuviera trabajando?

Emilia abre la boca para hablarle del dibujo en el tobillo de Louise, pero se lo piensa mejor. Si el detective Haddock tiene planeado interrogarla, no quiere concederle ninguna ventaja.

—No lo sé. Mira... Tengo que irme... —Se aleja tambaleándose y se dirige tan rápido como puede hacia el coche. Mira una vez por encima del hombro y descubre que Kristin se ha quedado observándola.

Se siente aliviada después de aparcar en el camino de acceso, pero, al recordar lo que podría estar esperándola, el corazón le da un vuelco. Está tan cansada que apenas puede pensar con normalidad y necesita mantenerse alerta, vigilante, ahora más que nunca. Se acerca a la puerta de entrada agitada, aterrorizada ante lo que pueda encontrar. Pero no hay ningún regalo siniestro esperándola al final de los escalones y respira hondo antes de abrir la puerta y entrar al porche. Oye voces procedentes del salón. Retrocede, sorprendida, al ver a sus padres sentados en el sofá que hay debajo de la ventana en mirador, con Lloyd, su golden retriever, tumbado a sus pies, la cabeza sobre la manta con la que ella se había tapado antes. Elliot está sentado frente a ellos, en un sillón de respaldo alto y color azul marino que no

deberían haber comprado: es bonito pero incómodo.

—Aquí la tenemos —dice él, intentando sonar alegre, aunque le sale una sonrisa torcida. Su marido no aceptaría de buen grado que los padres de ella se presentaran sin avisar. El nudo de ansiedad en su estómago no deja de crecer.

—Hola, cariño —dice su madre secamente, con las manos en el regazo de su vestido floral.

Su padre se pone en pie y le da un abrazo. Está tan sorprendida que no puede más que quedarse clavada durante unos segundos, como un maniquí, los brazos colgando inertes a los lados, antes de devolverle el abrazo. Él la conduce hacia el sofá para que se siente entre ambos, como si fuera una niña. Emilia se agacha para acariciar a Lloyd, maravillada de su buen aspecto. Debe de acercarse a los trece años.

—Hugh y Annabel han venido a quedarse unos días. Para hacerte compañía —dice Elliot con el mismo rictus por sonrisa—. ¿No es maravilloso por su parte?

Tendrá que prepararles la habitación de invitados. Nadie ha dormido en ella desde que Ottilie fue a pasar la noche, hace algunas semanas.

—Claro —asiente ella, con la sensación de haberse colado en una obra teatral sin saber bien el papel que le toca interpretar.

Percibe la tensión que emana de Elliot, que se pone en pie y da una palmada, como un mal actor.

—De acuerdo, bueno, será mejor que siga con lo mío. Nos vemos más tarde. —Luego hace un saludo extraño, que ella no le había visto en todo el tiempo que llevan juntos, y sale de la habitación.

—Vuelvo ahora mismo —les dice ella a sus padres, y sigue a Elliot por el pasillo en dirección a la cocina. Cierra la puerta tras de sí —. ¿Qué demonios...?

Él cruza los brazos sobre el pecho.

—Se han presentado sin decir nada, ¡y con el puto perro!

—¿Qué? Es inaudito. Mis padres no son de los que se presentan sin avisar. No han pasado una sola noche con nosotros desde que Wilfie era un bebé.

Él se encoge de hombros.

—Son tus padres. Tengo que irme a trabajar, tengo una entrega —dice abruptamente, y sale de la casa por el cuarto de servicio.

Cuando Emilia regresa al salón, su madre está parada ante el hogar, mirando las fotos enmarcadas.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —les pregunta sin rodeos.

—Qué bonito —contesta su madre, y deja una foto de su boda.

Su padre se levanta del sofá y se alisa los pantalones. Tiene buen aspecto, piensa Emilia. Exmilitar, siempre viste con elegancia, se mantiene delgado y lleva un bigote pulcro y pequeño más oscuro que su cabello. Sigue en forma a los sesenta y cinco. De pequeña siempre le dio un poco de miedo. Imponía, con su metro ochenta y siete y el uniforme de la RAF. Iban de un lado para el otro y ese fue el motivo por el que la mandaron tan pequeña al internado y por el que nunca ha sentido una intimidad verdadera con ellos. Pero Emilia duda que fuera cosa del internado: sus otras amigas, al margen quizá de Ottilie, no tuvieron el mismo problema. Ella sospecha que se debió más bien a que su madre nunca fue especialmente maternal y su padre cree en la flema y el estoicismo.

—Leí lo de tu acosador en el periódico. ¿Por qué no nos lo dijiste? —pregunta su padre, cruzando los brazos sobre su ancho pecho—. No lo mencionaste el día de la presentación del libro, tuve que leerlo en el periódico de ayer. Te llamé de inmediato, al móvil, pero no contestaste.

Emilia recuerda haber escuchado el mensaje, pero no tuvo ocasión de devolverle la llamada antes de encontrar el cuerpo de Louise.

—Lo siento. Han sido unos días… espantosos. No tengo ni idea de quién está haciendo esto y… —titubea. Su padre la mira, expectante —. Y no os lo conté porque…, bueno, porque no quería que os preocuparais —miente. No se lo contó porque apenas los ve y no le pareció el tipo de conversación que pudiera mantener en una fiesta o por teléfono.

—Bueno, pues estamos preocupados —dice su madre, que se pone en pie y se acaricia distraídamente el cabello teñido de color castaño rojizo—. Esta mañana he intentado hablar contigo varias veces, pero no has cogido el teléfono.

—Hoy no he visto ninguna llamada perdida de tu número en el móvil.

Ella descarta la posibilidad con un movimiento de la mano.

—Ya sabes que yo solo te llamo al fijo.

A diferencia de su padre, su madre se niega a abrazar la tecnología moderna.

—Bueno, entonces difícilmente puedes esperar que te conteste. —¿Por qué vuelve a convertirse en una adolescente quisquillosa cada vez que está en su presencia?

—¿Te importa que nos quedemos? —pregunta su padre, que se ha detenido al lado de su madre, junto al hogar, en una postura ancha, los brazos a la espalda.

Ella se ablanda. En realidad, será un alivio tenerlos en casa. Por los pares de ojos extra y todo eso. Y ellos no pueden evitar ser como son. Al menos están allí, demostrando su preocupación, deseosos de ayudar de alguna manera. Y asistieron a la fiesta de presentación del libro. Emilia es consciente de que están intentando mejorar.

—Será maravilloso teneros aquí —contesta.

Quieren que se lo cuente todo, por supuesto, en detalle. Emilia está harta de repetirlo, y se encuentra tan cansada que solo desea irse a dormir. Pero en su lugar los lleva a la cocina y se sientan en los sofás de lino que miran hacia el jardín.

—Esta habitación te ha quedado de maravilla —observa su madre, aceptando la taza de té con un gesto de gratitud—. Una cocina diáfana. Eso no existía en mi época.

Emilia le ha dado a Lloyd un cuenco con agua y ha abierto las puertas plegables para que pueda salir al jardín. El perro se ha dejado caer sobre el parqué y la brisa ligera que llega de fuera dibuja ondas en el vello de su lomo. Desde allí, Emilia ve el lateral del despacho de Elliot. El sol está en la parte de atrás, alto en el firmamento. No hay una sola nube a la vista. Su madre se abanica con la mano.

—Bueno —dice su padre, que está sentado al borde del sofá, al lado de su madre, preparado para ponerse en pie de un salto en un santiamén si es necesario. Ella se lo imagina con un palo bajo el brazo, igual que el capitán de *Ghosts.* Cada vez que Jasmine y Wilfie ven la serie, se ríen y dicen que es igual que el abuelo Hugh—. Comienza por el principio.

Y ella lo hace, sin omitir nada. A ellos se les desorbitan los ojos por la sorpresa, y su madre suelta un grito ahogado de vez en cuando, sobre todo cuando llega a la parte en la que encuentra el cuerpo de

Louise.

—Y aquí estamos —acaba Emilia, con un suspiro—. Sin haber avanzado nada a la hora de averiguar quién está haciendo todo esto. Pero las cosas han cambiado, ¿os dais cuenta? Esto ya no son molestias, ha habido un asesinato. —Se traga un sollozo, pero su madre se da cuenta y se levanta del sofá para ir a sentarse a su lado.

Le da unos golpecitos torpes en la rodilla.

—Esto es espantoso, cariño. ¿Qué está haciendo la policía al respecto?

—Hacen lo que pueden. Pero, ahora que ha habido un asesinato, tendrán que dar un paso más.

—Yo pienso lo mismo. ¿Cómo han podido permitir que se llegara a este punto?

Ella suspira.

—Quien esté haciendo esto es listo, mamá. Sabe mantenerse oculto. Pero ha cometido una estupidez: ha comenzado a usar cosas de mi novela sin publicar. Sé que ya os lo he preguntado, pero ¿estáis seguros de que no habéis compartido el manuscrito con nadie más? ¿Algún amigo? ¿Algún amigo de un amigo?

Su madre niega con la cabeza, insiste en que no lo ha perdido de vista.

—Ya te he dicho que nunca haríamos eso. —Resopla—. Y me asombra que hayas dejado que lo lean sin estar acabado del todo.

—¿Acabado del todo?

—Sí. —Aprieta los labios, en gesto de desaprobación—. Está plagado de errores gramaticales. He encontrado un montón. He tomado notas.

A Emilia se le encoge el corazón.

—Mamá, es muy amable de tu parte, pero para eso están la editora y las correctoras...

—Bueno, más vale prevenir que curar. —Se pone a rebuscar en el bolso de mano, que tenía junto a los pies, y saca tres hojas de papel rayado tamaño A4—. Podemos repasarlas juntas ahora, si quieres.

—Hum... No, te lo agradezco, pero ya las miraré más tarde. —Coge las notas de su madre y las deja sobre la superficie de cristal de la mesa de café. No se atreve a volver a mirar el libro. No en ese momento. Cada vez que piensa en ello, se le hace un nudo en el estómago.

Su madre se pone en pie, se alisa el vestido y sale de la cocina para «visitar el tocador».

—He disfrutado el libro —dice entonces su padre, todavía en el borde del asiento, mientras deja la taza de café sobre la mesa. Emilia repara en el temblor de su mano—. Es un argumento muy poco habitual. ¿En qué…, hum, en qué te inspiraste?

—¿Para qué parte? —Intenta que no se le altere la voz.

—La del Hombre de los Garabatos y toda la parte de, hum, la muchacha. Daisy.

Emilia se mueve, nerviosa.

—No lo sé. Es solo…, bueno, me salió así, supongo, y lo dejé crecer a partir de ahí. —La mentira se queda alojada en su garganta.

—Ya veo. —Él hace chasquear la lengua contra la boca—. Debe de ser difícil que se te ocurran nuevos casos que Miranda pueda resolver. ¿Es la razón por la que has puesto fin a la serie?

—Simplemente quería escribir algo diferente.

Está a punto de contárselo todo, está a punto de abrirse a ese hombre estoico que, le consta, está acostumbrado a guardar secretos, y que con toda probabilidad guardaría también el suyo.

Sin embargo, su padre está muy orgulloso de que ella haya podido hacer realidad su sueño cuando él no pudo. Su madre le ha contado que, después de jubilarse, intentó publicar una novela sobre la vida en la RAF, pero no encontró ninguna editorial interesada. Se sentiría tan decepcionado…, haría añicos ese acercamiento vacilante con la misma rapidez con que se rompe un espejo. Su padre solo comenzó a fijarse en ella cuando se convirtió en una escritora de bestsellers.

Pero ahora desearía no haber escrito nunca ese estúpido libro.

Porque no puede tratarse de una coincidencia: Louise le dio la idea de *El último capítulo*. Y, si no lo hubiera hecho, quizá aún estaría viva.

37

Da la sensación de que Louise intentó dar toda la personalidad posible a su apartamento, tan apagado, ocultando el color marrón gastado de los sofás de cuero con mantas de colores y cojines alegres que muestran a animales de caras regordetas. Sobre la repisa de la chimenea hay una bonita fotografía en blanco y negro en la que puede verse a Louise con un bebé de cabello dorado sobre el regazo. Debe de ser Toby, su hijo, y me duele el alma por él. Los demás retratos que hay desperdigados por el salón me permiten deducir que ahora tendrá ocho o nueve años. Al lado de las fotos hay un perro de barro que parece hecho por un niño, y el dibujo bordado y enmarcado de una gallina. Lo cojo y lo toco, preguntándome si lo hizo ella misma.

Me alejo de las fotografías. No puedo pensar en esta familia: es algo demasiado emotivo y necesito concentrarme en mi trabajo. Saunders ha llamado esta mañana para decir que estaba enfermo, al parecer por una intoxicación alimentaria, y se ha quedado encerrado en el hotel. Se supone que hemos de regresar a Devon esta noche, pero tengo la tentación de quedarme por aquí algunos días más.

Aún se ve una mancha de sangre de color bermejo en la moqueta, en mitad de la habitación. Según el sargento Watkins, no hay señales de que forzaran la entrada. ¿Quién era esta mujer y por qué se convirtió en objetivo del asesino? No soy capaz de discernir si esto está relacionado con los demás asesinatos o si se trata de algo casual, copiado del libro de Emilia Ward. La señal de Louise está dibujada, no grabada en la carne.

*Saludo a Watkins asintiendo con la cabeza y me dirijo al dormitorio de la víctima. No me atrevo a mirar en la habitación contigua, consciente de que debe de ser la de su hijo cuando no está con el padre. La de Louise está ordenada; la colcha, limpia. Hay pocos muebles, como en el salón: un armario, un estante pequeño lleno de libros de bolsillo y varios cojines con motivos alegres sobre la cama. En la mesita de noche hay un documento de algún tipo impreso en papel A4. Lo cojo y leo la primera página, donde aparece en letras grandes el título «*El último capítulo *de Emilia Ward».*

No parece que Louise tuviera tiempo de leerlo antes de morir, ya que las páginas están limpias, sin esquinas dobladas ni marcas de dedos.

Lo dejo, atravieso el estrecho corredor y regreso al salón.

—Y bien, ¿qué le parece? —Watkins está examinando la sala con los brazos en jarra. De momento estamos solo nosotros dos. La mayor parte del trabajo se ha realizado durante la noche. Él lleva puesta una chaqueta de tweed con parches de terciopelo en los codos que le hace parecer un profesor universitario. Se pasa una mano por la calva—. ¿Ha sido obra de su tipo?

—No estoy segura. A las demás víctimas las acuchillaron. Casi siempre estaban tumbadas en la cama. Y las asesinaron de madrugada, no por la tarde, siempre en la zona de Devon, sobre todo en Plymouth, a excepción de una víctima a la que mataron en un pueblo a unos cuatro kilómetros de la ciudad. Pero, como con las demás, aquí no hay señales de agresión sexual.

—Aunque no lo sabremos de manera definitiva hasta que llegue el informe del patólogo —afirma él.

Aprieto los labios para no soltar un «evidentemente» y en su lugar profiero un gruñido. No he trabajado nunca con el sargento Watkins, pero ya me estoy dando cuenta de que es uno de esos hombres a los que les gusta pensar que saben más que las mujeres, por mucho que yo lleve al menos diez años más que él haciendo este trabajo y tenga un rango superior.

—He visto unos documentos en la mesita de noche de Louise —le digo —. ¿Le importa si me los llevo? Quizá haya algo de interés.

Me gustaría saber cómo es posible que Emilia Ward haya escrito una historia tan parecida al caso en el que he estado trabajando durante los últimos diecisiete años. Tengo que leer ese libro para ver qué más contiene.

—Adelante —contesta Watkins antes de dirigirse hacia la pequeña cocina que hay en la parte frontal del apartamento para hablar con el policía de uniforme que acaba de llegar.

Yo vuelvo al dormitorio de Louise; cojo el manuscrito con cuidado, asegurándome de no traspapelar ninguna página, y me voy sin despedirme de Watkins, con la esperanza de que entre todas estas palabras haya alguna pista sobre el asesino de la mantis religiosa.

38

Los padres de Emilia se quedan a pasar el fin de semana y, a su pesar, ella se descubre disfrutando de su compañía. Hay algo tranquilizador en la naturaleza resuelta de ambos, en la flema de su padre y en la cháchara de su madre sobre el club Rotary. Desde que su padre abandonó la RAF, Emilia ha considerado que llevaban una vida muy provinciana y rutinaria, pero en ese momento la cambiaría por la suya sin pestañear. Ay, tener de nuevo una existencia normal, sin miedos, ansiedades, ni la intranquilidad que la acompaña constantemente. Emilia ha perdido peso y tiene la sensación de haber envejecido una década, algo que su madre ha comentado más de una vez desde que está en la casa.

Cada vez que cierra los ojos ve el cadáver de Louise, su piel demasiado pálida, sus pantorrillas esbeltas a través de los vaqueros rotos y la marca en el tobillo, así que se esfuerza por quedarse hasta tarde con su padre, hablando de sus novelas o de los tiempos de este en la RAF. Jamás se había sentido tan unida a él. Wilfie está encantado de que haya un perro en la casa y se pasa la mayor parte del fin de semana jugando con Lloyd en el jardín hasta que este, agotado, se deja caer sobre la hierba y Emilia tiene que recordarle a su hijo que el perro ya tiene una edad.

El sábado, Elliot le pide a Trevor, su padre, que se encargue de que alguien vaya a cambiar las cerraduras; murmura que toda prudencia es poca ahora que Louise ha muerto. Por no mencionar la preocupación por la bicicleta robada. Emilia aún no está segura de que fuera cosa de Louise, y no la vio en su piso. Elliot supervisa el trabajo, se queda en el vestíbulo con los brazos cruzados mientras un tipo con el mono sucio y manchas oscuras bajo las axilas taladra para poner la nueva cerradura. Cuando acaba, Elliot se retira a su despacho, declarando que está hasta arriba de trabajo, y sale solo para comer. Pero el domingo les prepara un asado enorme, y parece encontrarse en su elemento mientras recibe los cumplidos de los padres de Emilia,

pese a que ella no puede evitar darle algunos consejos para que el budín de Yorkshire le salga más crujiente.

—Es de mala educación que Elliot se pase todo el fin de semana trabajando —le dice Jasmine mientras la ayuda a descargar el lavaplatos—. Yo no he salido porque los abuelos estaban aquí.

—No se ha pasado todo el fin de semana trabajando, solo ayer porque tenía una entrega. Y tú no has salido porque quiero tenerte vigilada —le recuerda Emilia, con astucia—. Y baja la voz. No quiero que te oigan. —Mueve la cabeza en la dirección de sus padres, que están sentados con Wilfie en el extremo familiar de la cocina.

Jasmine chasquea la lengua.

—No puedes mantenerme vigilada para siempre.

—Puedo hacerlo hasta que descubra quién está haciendo esto.

Aún no le ha contado a su hija que Louise fue asesinada. Por un lado, quiere prepararla para lo que pueda encontrarse en el mundo exterior, pero por el otro no quiere asustarla. Piensa en la visita que recibió el viernes, la de la inspectora Janine Murray. Se pregunta si habrán interrogado a Kristin e intenta imaginársela yendo a casa de Louise, llamando a su puerta y, una vez dentro, cogiendo algo pesado para golpearla en la parte posterior de la cabeza. ¿De verdad haría Kristin algo así? Y, en caso afirmativo, ¿por qué? Se acuerda de las dos en el exterior de la librería, el día de la fiesta de presentación del libro. No puede liberarse de la molesta sensación de que interrumpió una especie de discusión acalorada: su lenguaje corporal le pareció raro, como si esa noche no fuera la primera vez que se veían. Louise le contó que Kristin la había interrogado para obtener información sobre Jonas, pero no puede dejar de preguntarse si no hubo algo más. ¿Era eso lo que Louise quería contarle el día que murió? ¿Algo relacionado con Kristin?

Ha vuelto a escuchar el mensaje de voz de Louise una y otra y otra vez con la esperanza de encontrar alguna pista que se le hubiera escapado antes, pero sobre todo para oír su voz, el ligero acento norteño con el que pronunciaba algunas palabras. Aún no puede creer que no volverá a hablar con ella.

—Tierra llamando a madre. —La voz de Jasmine la devuelve al presente—. ¿Estás bien? —La hermosa cara de su hija aparece fruncida bajo la ansiedad.

—Estoy bien, cariño. Solo estaba pensando. —La atrae hacia sí, la

abraza con fuerza y le da un beso en la coronilla, hasta que Jasmine se revuelve y se aleja. Nunca le ha gustado que la abrazaran.

—Todo irá bien —le dice su hija con solemnidad, y eso le parte el corazón. No quiere que tenga que preocuparse por ella y por este asunto. Ahora que por fin está haciendo nuevas amistades, Emilia ha tenido que cortarle las alas para mantenerla a salvo—. Pronto encontrarán a la persona que ha estado haciendo esto. Lo sé.

—Sí —coincide Emilia, con la esperanza de mostrarse más convencida de lo que ella misma se siente.

El calor se acaba la mañana en que sus padres se marchan y Emilia intenta no tomárselo como un presagio mientras les dice adiós con la mano bajo la lluvia. Y, aunque no han conversado sobre ningún tema profundo ni cargado de significado, se siente agradecida por su visita y se promete que en el futuro se esforzará más por ir a verlos a Guildford.

Al volver a casa, después de dejar a Wilfie y a Jasmine en la escuela, se encuentra a Elliot sentado a la isla de la cocina.

Emilia se lleva la palma de la mano al pecho.

—Me has asustado. Pensaba que estabas en el despacho.

Él, que no se ha afeitado esa mañana, se pasa una mano por la barba incipiente.

—He venido a preparar un té.

Ella frunce el ceño. La tetera no está puesta. Se aparta de la cara el cabello, que se le ha mojado durante la carrera entre el coche y la casa, y se sitúa a su espalda para hacerle un masaje en los hombros, que están rígidos por la tensión. Él se sacude sus manos y se baja del taburete de un salto para ir a encender la tetera. Emilia se siente herida, pero intenta reprimirlo. Por lo general, Elliot es un hombre cariñoso, que siempre la coge de la mano cuando salen a pasear —para vergüenza de Jasmine—, y, sin embargo, en ese momento ha huido de ella como de la peste.

—¿Estás bien? Sé que, después de lo de Louise y de todo lo que ha pasado, que mis padres vinieran a pasar el fin de semana, así sin avisar ni nada, no ha sido ideal… —Él parece distraído, como si estuviera preocupado por algo, y a ella le da un vuelco el corazón—. ¿Qué es? ¿Qué ha sucedido?

—Nada.

Ella atraviesa la cocina para pasarle un brazo por la cintura.

—Supongo que estoy ansioso —admite Elliot—. El asesinato de Louise me ha dejado hecho polvo. Cuando me dijiste que la marca del tobillo estaba sacada de tu libro... —Emilia siente el estremecimiento que le recorre—. Eso lo vuelve todo mucho más cercano. —Se aparta para quedar frente a ella; la mantiene a medio metro de distancia, los ojos oscuros y decididos—. Y quiero que sepas que haría lo que fuera, lo que fuera, para protegeros a ti y a los niños.

—Ya lo sé. Pero tenemos que confiar en la policía.

—Como si nos hubieran ayudado antes.

—Pero ahora es diferente. Ya no es un caso de acoso, sino de asesinato.

Él la suelta y se quedan en silencio, mirando la tetera hervir. Cuando se apaga con un clic, Elliot prepara té para los dos.

—Bueno, ¿cómo fue que se te ocurrió esa historia? Me dijiste que la detective que vino a casa, comosellame...

—Janine Murray.

—Sí, esa. ¿Te dijo que se parecía a un caso de la vida real?

Emilia coge la taza y va a detenerse junto a las puertas plegables, para mirar el jardín. Está lloviendo con tanta fuerza que las gotas salpican hacia arriba y comienzan a formarse charcos en las baldosas de arenisca.

—La verdad es que no estaba al tanto de ello cuando comencé a escribir —contesta con sinceridad, pero se le revuelve el estómago al pensar en el resto—. Fue solo una coincidencia.

Él rodea la taza con las manos.

—Entonces, ¿nunca habías oído hablar del caso?

—¡No! —Al menos eso no es mentira. Se vuelve hacia él—. ¿Tú sí?

—Pues claro que no. Pero, si la prensa no tuvo acceso a los detalles del caso...

Ella vacila. Necesita contárselo. Es algo que lleva días corroyéndola por dentro, desde la visita de la inspectora Murray. De hecho, le viene pasando desde mucho antes, pero sabe que Elliot no reaccionará bien cuando se entere de que le ha mentido. Él siempre ha sido muy sincero con ella, incluso en todo lo relativo a sus imperfecciones. Su novia anterior le puso los cuernos y eso lo

destrozó. Y, puesto que ella también había pasado por la experiencia de un marido infiel, fue refrescante que Elliot quisiera que todo saliera a la luz.

Pero ¿cómo podría contarle esto? Él la admira, y a ella le encanta la manera en que la ve. Es consciente de que la tiene un poco en un pedestal y quiere seguir siendo la persona que encuentra reflejada en sus ojos.

Elliot la observa, expectante, como si le hubiera leído la mente y estuviera esperando a que lo confesara todo. Pero ella no lo hace. En su lugar, da media vuelta y se dirige al fregadero, para tirar el resto del té por el desagüe. Necesita alejarse de él para que no pueda ver la culpa en su rostro.

—Será mejor que me marche. Me voy a acercar a High Street Kensington para ver a Ottilie. Volveré para recoger a los niños. No quiero que Jasmine coja el autobús para volver a casa, ¿vale? —Puede ver el reflejo de Elliot en el espejo que hay encima de la mesa. Sus labios apretados dibujan una línea fina y reprobadora, sus ojos la miran con dureza. La conoce demasiado bien. Sabe que le está ocultando algo. Emilia abandona la habitación con rapidez, antes de que él pueda contestar y ella tenga que admitirlo todo: la verdad acerca de su libro, sobre Daisy y Ash, y todo este entuerto lamentable.

39

Pese a que odia el metro, decide que es la manera más rápida y segura de llegar a High Street Kensington. Si la están siguiendo, si el suyo es el próximo nombre en la lista del asesino, piensa rodearse de gente, de testigos, y el metro está lleno de ellos. Hasta que la policía no haya atrapado a quien esté detrás de todo esto, va a asegurarse de no estar sola en ninguna parte. Dicho lo cual, durante el descenso por la colina, las calles están tranquilas, probablemente por culpa de la lluvia, y más de una vez tiene la sensación inquietante y espinosa en la nuca de que hay alguien a su espalda. Lleva la alarma personal en el bolsillo del impermeable y está preparada para usarla solo con que alguien la mire. Vuelve a acordarse de Louise y de la noche en que estuvo segura de que las seguía un hombre. ¿Quién sería? ¿Fue él quien mató a Louise? ¿Se trataba sin duda de un hombre? Podría haber sido Kristin, que es alta. Pero ¿es también una asesina? ¿Y alguien de su editorial? Hannah no, tiene una confianza absoluta en ella, pero sí alguien que haya podido leer el libro. O algún amigo o colega que haya llegado a él por casualidad. ¿Alguna persona en la periferia de su vida?

El metro está abarrotado y huele a aire estancado y a humo. Pese a su bravuconería, se pone nerviosa cada vez que alguien se le acerca demasiado. Y, en las escaleras mecánicas, se asegura de cogerse con fuerza al pasamanos. No haría falta más que un empujón... «Para», se dice a sí misma, severa. No puede pensar eso. De todos modos, se siente aliviada al abandonar la estación y salir a la calle. Se sube la capucha del impermeable para ocultarse.

Cuando Emilia llega, Ottilie está parada frente a su cafetería favorita, de espaldas a ella. Se ha recogido el cabello largo y rubio en una cola de caballo alta y lleva un chubasquero con un estampado de leopardo. Tiene el móvil pegado a la oreja y sujeta un paraguas transparente sobre la cabeza; parece un paraguas de niño. Al acercarse, Emilia puede oír su conversación.

—No, Trev. No lo haré. He dicho que no lo haré, ¿verdad?... No

pasa nada. Ella... —Gira sobre sus talones al oír a Emilia tras ella y una sonrisa brota en su cara—. Sí, Mils está aquí, así que... Sí. Hasta luego.

Pone fin a la llamada y estrecha a Emilia entre sus brazos. Los radios del paraguas se le enredan en el pelo.

—Ay, Mils, lamento mucho lo de tu amiga. Dios, te han hecho pasar un mal rato, ¿eh?

—¿Ese era Trevor? —pregunta ella al apartarse, mientras intenta desenredarse el pelo.

Ottilie se mira la mano en la que tiene el móvil y frunce el ceño, como si se sorprendiera de encontrarlo allí.

—¿Qué?

—Si era el padre de Elliot...

—Ah, sí, sí que era él.

—¿Desde cuándo conversas por teléfono con Trevor? —Emilia se ríe para esconder su estupor. Se quita la capucha y mantiene abierta la puerta de la cafetería mientras espera a que Ottilie acabe de sacudir el paraguas.

—Oh, Trev y yo charlamos de vez en cuando. —Al pasar a su lado, deja un aroma familiar a perfume Tom Ford—. ¿Dónde se ha metido la ola de calor? Es que en serio, este país... —Luego se vuelve hacia Emilia y su expresión se descompone—. Dios, lo siento, aquí estoy yo, divagando... No me puedo ni imaginar lo que has vivido.

—No, por favor, es agradable mantener una conversación normal.

Las llevan a su mesa, en una esquina, al lado de una ventana con manchas de lluvia. El lugar está concurrido y Ottilie pone cara de desaprobación.

—La verdad, preferiría sentarme fuera. Tendríamos que habernos visto la semana pasada, cuando hacía calor. Pero yo estaba en Alemania, visitando a papá.

Emilia no piensa permitir que su amiga cambie de tema.

—Así que Trevor... —comienza a decir mientras un camarero de aspecto huraño les da el menú para a continuación desaparecer entre el gentío al lado de la barra.

—Hum... —Ottilie examina el menú.

—Me sorprende que os llaméis. Trevor es..., bueno, es el padre de Elliot.

Ottilie levanta la mirada, sorprendida.

—¿Y? Siempre nos hemos llevado bien. Me ha llamado solo porque resulta, y es una curiosidad, que mi padre y él trabajaron juntos.

—¿En serio? ¿Cuándo?

—Oh, en los años noventa.

—Ya. —Recuerda a Charles de cuando ella pasaba las fiestas con Ottilie. Un hombre alto y atractivo con una mata de grueso pelo rubio, pero lleva años sin verlo—. ¿Y de qué habláis? —No se imagina a su suegro y a su mejor amiga manteniendo charlas agradables, aunque siempre ha captado que Trevor aprecia a Ottilie.

—De esto y aquello. —Clava los ojos verdes en Emilia—. ¿Por qué estás actuando de manera tan extraña? —Se ríe—. No es que me esté tirando al tipo.

—No, ya lo sé. Es solo que… —Se encoge de hombros. ¿Por qué le ha molestado? Ella no puede decidir de quién son o dejan de ser amigos—. Supongo que es porque se trata de Trevor. Quiero decir que es el padre de Elliot, mi suegro. Y me ha dado la impresión de que estabais hablando de mí.

Ottilie levanta la mirada.

—Solo me ha preguntado por Louise, eso es todo, y si estabas bien. —Estira el brazo y le coge la mano—. Está preocupado por ti. Todos lo estamos. Dios, Mils… —Traga saliva y Emilia advierte que su amiga está pensando en Louise.

Le escuecen los ojos pero no quiere llorar, no allí, en público.

Se aclara la garganta e intenta mantener las emociones bajo control.

—Venga, pidamos.

Eligen la tostada de masa madre con salmón y, cuando el camarero malhumorado se lleva sus menús, Emilia dice:

—Es una lástima que no llegaras a conocer a Louise. Creo que te habría caído bien. Aún no termino de creérmelo. No dejo de olvidarlo y me dispongo a llamarla… —Ay, ojalá pudiera llamarla. Tiene tantas preguntas a las que solo Louise podría responder…

Ottilie le pone una mano sobre el brazo.

—Mils, todo esto es algo muy jodido.

La ansiedad se arremolina en su interior.

—Lo sé. Escucha… —Hace una pausa mientras el camarero les sirve las bebidas y se va sin decir nada—. Hay algo que no le he

contado a nadie y no puedo seguir callándomelo. Tiene que ver con la novela que aún no se ha publicado.

—Que es genial, por cierto —la interrumpe Ottilie antes de beber un trago de su gin fizz a través de la pajita y dejar el vaso sobre la mesa—. Lo acabé la semana pasada y quería contártelo desde entonces.

—Gracias. Bueno, resulta que el argumento sigue de manera muy directa el caso de un asesino en serie de Devon que lleva años actuando. Él también marca a sus víctimas con la cabeza de una mantis religiosa, aunque al parecer se las graba en la piel. Se diría que es un auténtico psicópata.

Ottilie se queda boquiabierta de horror.

—Lo sé —prosigue Emilia—, es muy lúgubre de verdad. Pero cuando lo escribí no sabía que la novela se parecía tanto a un caso real y que seguía abierto.

—Bueno, claro —murmura Ottilie—. ¿Cómo podrías haberlo sabido?

Emilia se remueve en el asiento, pasa un dedo por su refresco de flor de saúco.

—Ya, la cuestión es que la historia... —No sabe si se atreverá a decirlo. Siente que es una persona terrible, una escritora terrible—. Ay, Dios, Ottilie, aquel momento fue una pesadilla. Estaba el covid, y los confinamientos, y Jasmine tenía problemas de salud mental, y Elliot y yo no nos poníamos de acuerdo sobre la mejor manera de lidiar con todo eso, así que no estábamos bien, y yo sabía que quería acabar la serie de una vez por todas, pero estaba en blanco. No se me ocurría qué escribir, y un día, el pasado mes de marzo, me estaba lamentando por ello delante de Louise en el parque de Marble Hill, durante una de nuestras caminatas energéticas del confinamiento, y..., y... —Ottilie asiente con la cabeza para animarla a seguir—. Y le pregunté si ella tenía alguna historia, la verdad es que era broma, pero contestó que tenía una idea para un libro que siempre había querido escribir, que sabía que nunca acabaría haciéndolo, y que si me apetecía yo podía usar su argumento.

Ottilie abre mucho los ojos, pero guarda silencio.

Emilia prosigue, desconsolada.

—Así que me contó una historia que me pareció brillante sobre una chica que buscaba al hombre que según ella había asesinado a su

madre, y que le había dejado en el tobillo una marca, la cabeza de un insecto. Y ni en un millón de años se me hubiera ocurrido que podía parecerse a un caso real que permanecía abierto. Hizo que sonara como que la idea era suya. Como que era ficticia. Y yo se lo agradecí tanto... —Parpadea para contener las lágrimas.

Ottilie frunce el ceño.

—¿Y qué? Te dio una idea y tú la aceptaste. Seguro que a otros escritores les han pasado cosas parecidas. Tampoco es que se la robaras. Ella te la dio de manera voluntaria.

Emilia no se atreve a admitir el resto. Esto ya es bastante grave. Detesta haberse convertido en ese tipo de persona cuando su instinto natural la lleva a mostrarse abierta y ser sincera, pero desde el mes de marzo anterior se ha transformado en alguien que guarda secretos y dice verdades a medias. Tiene la tentación de contárselo todo a Ottilie, de dejar que se derrame de su boca como un vómito de palabras hasta que no le quede nada dentro. Traga saliva con dificultad y toma otro trago de su bebida, deseando haber pedido también un gin fizz.

—Lo que no entiendo es el porqué. ¿Por qué Louise me contó la historia de un caso de la vida real? Y... —deja el vaso sobre la mesa— ¿es ese el motivo por el que la han asesinado y a mí me están acosando de esta manera? ¿Porque alguien sabe que me ha hablado de ese asesino en serie? Lo más probable es que haya sido el mismo asesino de la mantis religiosa, y que la haya matado para acallarla. No dejo de repasarlo todo en la cabeza, no dejo de escuchar el último mensaje que me envió y de preguntarme qué pudo significar. Quería contarme algo importante. No dejó de decir que lo lamentaba. Y que iba a explicármelo todo. Y ha de ser algo relacionado con el libro y la historia que me dio. ¿Sabía quién estaba detrás de todo el asunto? ¿Intentó advertirme de quién era el asesino de verdad?

—Pero entonces, ¿por qué no ha intentado matarte a ti también?

Un escalofrío recorre a Emilia.

—Eso es lo que me tiene aterrorizada. Que creo que la siguiente víctima seré yo.

40

Daisy,
2005

Daisy no pudo relajarse aquella Navidad. Echaba de menos a Ash con cada fibra de su ser, pero, por encima de todo, no lograba dejar de pensar en Donald. El hombre consumía cada momento que pasaba despierta y luego ella soñaba con la mañana en que encontró a su madre muerta: la limpieza estéril del salón, el olor persistente a cigarrillos mezclado con el aroma metálico de la sangre.

No se atrevió a contarle a nadie su sospecha de que Donald era el Hombre de los Garabatos, en especial a su padre. Antes necesitaba algún tipo de prueba, y estaba decidida a conseguirla cuando fuera a pasar unos días con Ash.

Nevaba sobre Yorkshire la mañana en que viajó a Devon. Camino de la estación, su padre se mostró preocupado por ella:

—Avísame si hay algún problema. He mirado el tiempo y en el sur es más suave. Tienes que hacer que Ash venga a vernos la próxima vez.

A continuación, Shannon y él la despidieron con la mano mientras el tren salía de la estación. Daisy sintió una punzada de amor hacia ellos al verlos ahí parados, abrazándose, con la nieve cayendo sobre sus hombros y sus gorros de lana. A su padre le habría dado un ataque en caso de saber que se dirigía a la casa de un asesino en potencia.

El viaje fue largo y lento por culpa de la nieve. Solo después de Birmingham el trayecto se volvió más sencillo y los campos nevados comenzaron a volverse verdes.

Tuvo que cambiar de tren en Plymouth para llegar al pueblecito en el que la esperaban Ash y Donald. No era el mismo pueblo en el que ella había pasado los primeros diez años de vida junto a su madre, pero tampoco estaba lejos, a unos tres kilómetros de distancia.

Donald les sonrió con calidez cuando ella se lanzó en brazos de Ash.

Y entonces recordó el motivo por el que estaba allí. Por mucho que adorara a Ash —aunque sus sentimientos se encontraban en conflicto en aquel momento—, tenía que concentrarse en su padre.

El hombre insistió en llevarle la bolsa y lo siguieron fuera de la estación mientras se dirigían al aparcamiento trasero. La visión de su pelo levantado hizo que a Daisy se le revolviera el estómago. Habían pasado ocho años y lucía mechones blancos en la melena de color rubio pajizo, pero estaba segura de que era él, y no la engañaban ni su amabilidad ni su naturaleza alegre.

Tardaron poco en llegar con el coche al viejo caserón al lado del mar. Al girar por una vía rural y entrar en un amplio camino de acceso hecho de guijarros, Daisy se dio cuenta de que era la única casa en varios kilómetros a la redonda.

—Vaya, qué lejos de todo está esto —dijo al bajar del coche, azotada por el fuerte viento con olor a agua salada, que le tiraba del cabello y del dobladillo del abrigo como un crío ansioso.

—Nos encanta este lugar —dijo Ash mientras la conducía hacia el hermoso porche delantero, con su tejado blanco puntiagudo—. Está aislado, tal y como nos gusta.

Debería haber sonado romántico, pero, con Donald unos metros por detrás de ella, el comentario hizo que tuviera un escalofrío. Había planeado enfrentarse a él, pero ¿cómo podría hacerlo en aquel lugar en mitad de ninguna parte, rodeada de prados y senderos y acantilados escarpados y el mar, que lanzaba su espuma por los aires de tal modo que ella podía saborear la sal en los labios? Enfrentarse a un asesino en un lugar como aquel no habría sido inteligente.

Ash la condujo hasta la casa, que parecía inmensa y llena de meandros, pero que resultaba familiar y acogedora, con una cocina de estilo rústico que daba a los acantilados y al mar de más allá. Stef estaba parada delante de una cocina Aga, con el cabello enroscado alrededor de su atractivo rostro. Al verlos, se limpió las manos en el delantal y abrazó a Daisy dentro de una nube de perfume Chanel y masa de bizcocho.

—Acabo de meter una tarta Victoria en el horno —dijo, sonriéndoles—. Ash, ¿por qué no le enseñas la casa a Daisy?

—Con mucho gusto. —Ash le guiñó un ojo y le cogió la mano.

Dios, le encantaba aquella casa tan cálida y acogedora, con las luces en las ventanas, el enorme árbol de Navidad en el vestíbulo y la guirnalda decorada con bonitos lazos de tela escocesa que envolvía el pasamanos.

Y ella estaba a punto de lanzar una bomba que haría saltar todo aquello por los aires.

Durante los días siguientes pensó que quizá se había equivocado, deseó que fuera así. Quizá fuera una coincidencia que aquel hombre tuviera el pelo rubio y una doble coronilla. Al fin y al cabo, no podía haber una única persona en todo Devon que respondiera a esa descripción. Y nunca le había visto la cara al asesino. Lo cierto es que Donald parecía agradable. Jovial y cariñoso, no dejaba de preguntarles cómo estaban para asegurarse de que se sintieran cómodos y felices. Costaba creer que Ash hubiera sufrido una crisis mental durante la adolescencia con una familia como aquella.

El día antes de volver a casa ya había logrado convencerse a sí misma de que se había equivocado de hombre. Por supuesto que no se trataba del padre de Ash. Se estaba autosaboteando. Esa era la cuestión. Y estuvo a punto de tener éxito con aquel engaño.

Hasta que vio el periódico del domingo sobre el brazo de aquel sillón.

Y los garabatos en sus márgenes.

41

Emilia no puede dejar de pensar en la conversación que ha mantenido con Ottilie. Está emparedada entre dos hombres muy grandes en el concurrido vagón de metro, y se da cuenta de que otro hombre que está de pie, cogido del pasamanos superior, la observa. Tendrá su edad, quizá algo menos, con el cabello castaño claro y de punta, vestido de manera informal, con vaqueros holgados y una chaqueta Harrington beige. Sabe que la observa porque, cada vez que ella levanta la mirada de la página de Wikipedia que está fingiendo leer en el móvil, sus ojos se encuentran y él aparta la vista.

Cuando el tren se detiene en Richmond, Emilia se apresura a salir al aire libre. Sigue lloviendo, pero ahora se trata de un sirimiri cálido y ligero, y después de atravesar el centro, mientras sube la colina en dirección a casa, comienza a sudar. Se detiene en la cima y se quita el impermeable, le da igual si se moja. Luego mira el reloj: dispone de media hora antes de recoger a Wilfie y a Jasmine. Ir a por su hija supone un viaje de cuarenta y cinco minutos en coche, pero conduciría a lo largo de todo el Reino Unido si eso le permitiera asegurarse de que los dos llegan a casa sanos y salvos.

Las calles cercanas a su casa están vacías y se pone en movimiento de nuevo.

Entonces oye pasos a su espalda.

Resiste el impulso de volver la mirada y continúa su ascensión por la colina, acelerando el paso pese a la punzada que siente en el costado. Los pasos suenan más cerca. Es físicamente imposible que vaya más deprisa a menos que eche a correr, y ya no tiene un acceso sencillo a la alarma personal porque se ha quitado el abrigo. Se dice a sí misma que tiene que relajarse, pero ve en la cabeza fogonazos del cadáver de Louise y el miedo la atenaza. No hay más que hablar. Echa a correr, y el esfuerzo hace que el dolor en el costado se intensifique. Pero no puede detenerse: le va la vida en ello, y esa certeza la inunda repentinamente. ¿Es su imaginación o la persona que la sigue también

se ha puesto a correr? Gira la esquina de su calle, y al ver su casa siente una sensación de alivio y no se detiene hasta llegar al camino de acceso. El hombre que la estaba observando en el metro pasa caminando frente a ella. Lleva las manos embutidas en los bolsillos y no la mira; cruza la calle y dobla la esquina. ¿Ha sido una coincidencia que tomara este camino y se encontrara tan cerca de ella? Hace algunas inspiraciones profundas, esperando a que su ritmo cardiaco recupere la normalidad, y está a punto de entrar en casa cuando oye que la llaman por su nombre.

Se vuelve en la dirección de la voz y ve a Jonas salir de su coche, que está aparcado algunos metros más allá. Se le cae el alma a los pies mientras él se acerca.

—¿Qué haces aquí?

Parece cansado, su cabello alborotado necesita un corte y tiene ojeras.

—Se han llevado a Kristin a la comisaría para interrogarla —contesta él.

—¿Qué?

Su expresión se oscurece.

—No te hagas la sorprendida, teniendo en cuenta que has sido tú la que le ha dicho a la policía que crees que fue ella quien mató a tu amiga Louise... Sé que quieres vengarte de Kristin —dice, pasándose una mano por la cara con poca energía—, pero pensaba que ya habíamos superado todo esto. Ha pasado más de una década.

La rabia estalla en su interior.

—¿De verdad crees que sería tan mezquina? Los tres llevamos muchos años manteniendo el equilibrio. Vi que Kristin tenía el muñeco trol y se lo dije a la policía. No comenté nada de que hubiera asesinado a Louise.

—¿Por qué tendría ella que acosarte y perseguirte? ¿Por qué? Fingiendo que Jasmine había desaparecido sabía que me haría daño a mí también, así que ¿por qué lo haría?

—No lo sé —espeta ella, encolerizada—. Quizá porque piensa que estás teniendo una aventura.

Él palidece.

—Pero no es cierto. ¿Qué le has contado?

—Yo no le he contado nada. Ella se lo comentó a Ottilie, y a Louise la noche de la presentación del libro. No es estúpida, Jonas.

Sabe que pasa algo y me preocupa que piense que es conmigo.

—Pero no tengo ninguna aventura. Y de acuerdo, me sentí atraído por Connie, tuve la tentación de liarme con ella, pero no lo hice. La cagué una vez y no pienso hacerlo de nuevo.

Ella se queda mirándolo, preguntándose si le estará mintiendo. Parece sincero, pero Emilia dejó de confiar en Jonas hace mucho tiempo.

—Mira, tengo que irme. He de recoger a los niños.

Jonas se desinfla delante de sus ojos, como si se hubiera quedado sin energía para luchar, y de repente parece más viejo.

—¿Puedo pasar a ver a Jasmine en algún momento? Supongo que vas a decir que no quieres que venga a mi casa este fin de semana si estás tan segura de que Kristin está detrás de esto, aunque ya sabes lo que pienso. Pero desde luego no pensarás que yo podría hacerle daño a nuestra hija...

Ella siente una punzada de culpa.

—Pues claro que no —contesta en voz baja. Tiene ganas de echarse a llorar. Detesta esta situación. Detesta desconfiar de sus allegados. Solo quiere que detengan al responsable para que las cosas vuelvan a ser como antes. Recuerda a Louise, riéndose. Después de su muerte, desde luego, nada volverá a ser como antes—. ¿Por qué no te pasas este fin de semana?

—¿Qué hay de Elliot? Sé que no me quiere en la casa.

—Es mi casa también. Hablaré con él. No pasará nada.

Jonas asiente con la cabeza y le dirige una expresión triste. Después gira sobre sus tobillos y regresa al coche sin despedirse. Tiene los hombros hundidos y de repente Emilia se compadece del hombre al que amó en su día. Pero no: tiene que ser dura.

Al recogerlo de la escuela, Emilia se encuentra con que Wilfie está sombrío.

—Hoy Toby no ha venido —le dice apenado mientras se dirigen hacia el coche.

Ella quiere pedirle que se apure, o llegarán tarde a recoger a Jasmine, pero se da cuenta de que el niño está alterado.

—Vamos a correr hasta el coche y me lo cuentas todo —dice, intentando sonar jovial, pero él sigue arrastrando los pies. Al final

tiene que cogerlo de la mano y casi tirar de él. Pone el motor en marcha nada más oír el clic de su cinturón de seguridad.

—La maestra nos ha hablado en clase de la mamá de Toby —dice Wilfie desde el asiento de atrás mientras Emilia conduce—. Ha dicho que la han matado porque era detective. —Le tiembla el labio inferior —. Ya no quiero ser detective.

—Oh, cariño… —Ella se traga el nudo que tiene en la garganta—. La mamá de Toby fue una detective muy valiente y muy buena, pero ese trabajo tiene sus riesgos. —Se pregunta hasta dónde le habrán contado en la escuela.

—Toby tiene que estar muy triste.

Emilia parpadea para contener las lágrimas. La idea se le hace insoportable. La culpa y la pena amenazan con aplastarla.

—Así es. La quería mucho… —Una lágrima rueda por su mejilla y se la limpia. Tiene que ser fuerte delante de Wilfie. Le pide que le cuente algo gracioso que haya pasado durante el día para distraerlo y muy pronto el niño se está riendo al recordar un chiste tonto que Freddie, su mejor amigo, le ha contado mientras hacían cola a la hora de comer.

Se tranquiliza al llegar frente a la escuela de Jasmine antes de que suene el timbre de salida. Es consciente de que a su hija le da vergüenza verla con su hermano pequeño a la puerta de la escuela, que preferiría coger el autobús escolar para volver a casa con Nancy, pero Emilia no podrá relajarse hasta que Jasmine no esté sana y salva en el coche. Desde su desaparición —aunque transcurrieran unas pocas horas entre el momento en que se dieron cuenta de que no estaba y cuando apareció en la puerta—, Emilia ha pasado más miedo que nunca. Fue peor incluso que cuando encontró muerta a Louise.

Jasmine sale de la escuela con Nancy y un muchacho atractivo al que ella identifica como Jake. Los tres montan un pequeño corrillo, con las cabezas inclinadas entre sí, hasta que Jasmine lo rompe, pone los ojos en blanco mirando en su dirección y se vuelve para despedirse con la mano de sus amigos.

—¿No podríais al menos esperarme a la vuelta de la esquina? —dice entre dientes al llegar junto a ellos—. No es precisamente guay que vean que tu madre viene a recogerte.

—No será así siempre —contesta Emilia con calma, y baja la voz para que Wilfie no pueda oírla—. Ya sabes por qué tengo que hacer

esto de momento.

Jasmine no dice nada; se adelanta un poco camino del coche, la espalda encorvada. Al entrar, le dice:

—Jake ha encontrado la nota, mamá. Estaba arrugada, debajo de su cama. Y… —se mete la mano en el bolsillo de la chaqueta con un destello de emoción en la mirada— la ha traído y bueno, aquí está. —Se la da.

Emilia está fascinada.

—Vaya. Eso es genial.

Desdobla la nota. No es muy grande, una hoja A5 escrita a mano, en cursiva y con un estilo un tanto lioso. La coloca sobre el volante, con el motor en marcha. Jasmine se pone a manosear la radio y Wilfie comenta desde el asiento trasero que tiene hambre. La nota dice:

Para Jake.

Aquí encontrarás que te adjunto tres entradas para ver a Tonal Whiplash el fin de semana que viene. Puedes quedarte con la tercera, o venderla si así lo deseas, en caso de que ya tengas una, siempre y cuando les des las otras dos a tu novia Nancy Bradshaw y a su amiga Jasmine Perry. Es una sorpresa para ellas, y sé que se emocionarán mucho al recibirlas. Confío en que cuidarás de ellas durante el concierto y las mantendrás a salvo.

Saludos cordiales,

M

—Raro, ¿eh? —dice Jasmine, recostándose contra el asiento. Ha puesto Kiss FM y una melodía metálica y bailable llena el coche, alterando de inmediato los crispados nervios de Emilia—. Quien la mandó quería que Jake nos cuidara. No creo que quisiera amenazarnos, ni hacernos daño. Pero ¿por qué lo hizo?

Emilia sigue examinando la carta, el arabesco en la parte superior de la M y de la N, la curva de la C. Está escrita con una pluma estilográfica y en cursiva. Su mente se acelera y se le hiela la sangre. La M de la firma debe de ser por Miranda Moody. Se acuerda de la llamada telefónica, la voz pija y entrecortada. Y, respecto a la carta, solo conoce a una persona con una letra tan florida como esta.

Y esa persona es Ottilie, su mejor amiga.

42

Cuando llegan a casa, Elliot está preparando la cena. Los informa animado de que está haciendo un guiso, pero Emilia a duras penas asimila lo que le dice. Deja caer el bolso en el vestíbulo y sube a la carrera los dos tramos de escaleras que la separan de su despacho. Ya dentro, cierra la puerta y se sienta al escritorio, el corazón bombeando miedo y agotamiento. «Ottilie no. No puede ser ella. Es como de la familia. No, no, no, no, no.»

Rebusca en el escritorio para dar con las tarjetas de cumpleaños. Suele conservarlas un año, más si son de Elliot o de los niños. Recuerda vagamente que las metió en algún cajón. Los va sacando uno tras otro y los vacía en el suelo, frenética, sin que le importe el desorden. Y entonces las encuentra, las pequeñas dentro de las de mayor tamaño. Le tiemblan las manos cuando da con la de Ottilie, que en su cubierta tiene un flamenco que lleva chistera y zapatos de baile, y por dentro una letra manuscrita preciosa. Se saca la carta del bolsillo y la coloca al lado de la tarjeta. La letra es muy parecida. ¿De veras escribió Ottilie la nota? ¿Podría estar detrás de esta..., de esta campaña de terror? ¿Podría haber matado ella a Louise? Pero ¿por qué? Le palpita la cabeza. ¿Por qué le haría Ottilie esto a ella?

Ottilie siempre le está diciendo la suerte que tiene por haberse casado con Elliot, y la envidia que siente por sus hijos y su carrera. «Has conseguido tanto, y yo no he conseguido nada... Ni siquiera puedo hacer que mis relaciones duren más de cinco minutos.» ¿Podría ser todo cosa de unos celos a la vieja usanza? Pero se niega a creerlo. Ottilie es maravillosa. Todo el mundo lo piensa. No tiene motivos para estar celosa. Y no es una persona cruel ni vengativa. No es una asesina.

La interrumpe el sonido de unos pasos en las escaleras y Wilfie irrumpe en la habitación.

—Papá dice que la cena está lista —anuncia entre jadeos, y desaparece.

Emilia coge la tarjeta de cumpleaños de Ottilie y la nota, y se las mete en el bolsillo de la falda. Tiene que preguntárselo.

Elliot está sirviendo los platos cuando ella entra en la cocina. Levanta la mirada y la sonrisa se le congela en el rostro al ver su expresión.

—¿Estás bien?

Ella intenta parecer animada por el bien de los niños.

—Claro. Es solo que ha sido un día ajetreado.

—Has quedado con Ottilie para comer, ¿no? ¿Ha ido bien?

Emilia saca una silla y se sienta. Apenas ha probado bocado con Ottilie y tampoco ahora tiene hambre. Daría lo que fuera por recuperar su antiguo apetito.

—Sí, todo bien.

—Solo bien —se burla él antes de sentarse y servirse un montón de espinacas—. Venga, chicos, a comer. —Se vuelve hacia ella—. Es genial que tengas algo de tiempo libre antes de que te devuelvan las correcciones.

Ella también lo agradece, porque ahora mismo no podría concentrarse en nada.

Se dedica a jugar con la cacerola de pollo en el plato mientras Wilfie habla sobre la escuela. Jasmine también permanece callada, y de vez en cuando Emilia percibe que su hija le dirige miradas inquisitivas. Intenta recuperar la compostura. Más que nadie, Jasmine es muy sensible a las atmósferas tensas, y debe de estar experimentando miedo e incertidumbre por culpa de todo esto. Emilia se concentra en sonreír pese a que le duelen los músculos; asiente con la cabeza, alentadora, cada vez que uno de sus hijos —sus preciosos, preciosos hijos— dice algo. Y lo único que puede pensar es en que Ottilie estuvo allí durante el viaje de Elliot. Estuvo allí, en la casa, con ellos. Podría haber sido quien hizo que Alexa se saliera de control. La música comenzó a sonar la noche en que ella durmió allí. *Psycho Killer*. Una canción muy adecuada, dado todo lo que ha sucedido. Lo único que la tranquiliza en medio de esa tormenta de emociones es que, a juzgar por la nota que acompañó las entradas para el concierto, la persona que la escribió quiso que Jake cuidara de Nancy y Jasmine. Y eso significa que, si Ottilie es la responsable, no quiere hacerles daño, gracias a Dios. Emilia es su objetivo. Y la pobre Louise, que consiguió descubrir algo, pero fue asesinada antes de que pudiera

contarle a Emilia de qué se trataba. ¿Llegó a enterarse Ottilie, de algún modo, de lo que había averiguado Louise? Pero, hasta donde ella sabe, las dos no han coincidido nunca. ¿Y fue ella quien le tendió una trampa a Kristin, consciente de que Emilia ya la odiaba y estaría encantada de dirigir un dedo acusador contra su antigua amiga? Pero ¿cuándo? No tiene sentido..., y, sin embargo, la letra...

—¿Em? —La voz de Elliot la devuelve al presente—. ¿Te encuentras bien? Pareces estar en la luna y apenas has tocado la comida.

Vuelve en sí y se da cuenta de que Jasmine y Wilfie se han levantado de la mesa y se han apoltronado en el sofá a ver la tele; sus platos están vacíos y colocados con pulcritud en el lavaplatos. Su marido los tiene bien entrenados. Elliot la mira con expresión ansiosa. Su plato también está vacío.

—¿No te ha gustado? —Le coge la mano y baja la voz para que los niños no lo oigan—. Me tienes preocupado, Em. Me preocupa que todo esto te supere.

—He encontrado muerta a una de mis amigas. Pues claro que me está superando.

Él le aprieta la mano en señal de apoyo y una sombra le atraviesa la cara.

—No me puedo ni imaginar lo que habrá sido eso. Lo siento mucho. Lamento que esto te esté pasando a ti, porque no te lo mereces. —Se le quiebra la voz y ella levanta la mirada hacia él, sorprendida.

—No es culpa tuya.

—Yo solo quiero protegeros. A todos. Y no poder detener esto hace que me sienta un inútil.

Ella se lleva su mano a la boca y se la besa.

—No podría superar todo esto sin ti, Elliot.

A él le brillan los ojos, marrones y cálidos.

—No me pienso ir a ninguna parte.

Se quedan sentados un rato así, cogidos de la mano, y entonces él se ríe.

—No te vas a comer eso, ¿verdad que no?

—Lo siento. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—Mientras no pierdas mucho peso... —Recoge el plato de ella y el suyo y los lleva hasta la isla, donde tira los restos de comida a la

basura con el mentón rígido y una expresión indescifrable.

Ella se le acerca por detrás y le rodea la cintura con los brazos mientras pega la mejilla a su espalda.

—Ojalá todo esto desapareciera —dice en un susurro, y la calidez de su cuerpo la ancla al suelo, hace que sienta un mayor control sobre las cosas. No puede contarle lo de Ottilie. Aún no. Antes tiene que hablar con ella.

Él deja los platos y se vuelve, la abraza de modo que la cara de Emilia quede pegada a su pecho.

—Creo que ahora, con el asesinato de Louise, la policía se lo tomará con más seriedad. Todo acabará pronto. —La aleja un poco para poder mirarla a los ojos—. Casi me olvido, pero después de que te fueras a buscar a los niños ha vuelto a aparecer la policía esa. Comosellame... Mayor, pelo canoso. Podría ser una sosias de tu inspectora Moody. Yo estaba hablando por teléfono y no he podido abrirle la puerta, pero la he visto en la aplicación de la Ringcam.

—La inspectora Janine Murray. Así que sigue por aquí...

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué tendría que haberse ido?

Ella se aparta y enciende la tetera.

—Oh, es solo que no pertenece a la policía de la zona. Es de la comisaría de Devon y Cornualles, ¿recuerdas? Estoy segura de que te lo conté. Pensé que se marcharía el sábado, después de haber hablado conmigo, eso es todo.

Él parece intranquilo.

—No me suena que mencionaras de dónde era. ¿Por qué crees que quiere volver a hablar contigo?

—Quizá haya descubierto algo.

—¿Piensas que será sobre el asesino en serie? Me pregunto por qué iba a asesinar a Louise en Kingston cuando suele atacar a mujeres en la zona de Plymouth. —Su expresión es de recelo—. ¿Y estás segura de que no sabías nada al respecto?

Ella vacila. ¿Debería contárselo? No podrá ocultárselo para siempre.

Él la observa, expectante. Tiene que decirle algo. Levanta la mirada hacia él mientras delibera, temerosa de la decepción que sabe que verá en su cara cuando se lo confiese. Pero ¿qué otra opción le queda? Se muerde el labio.

—¿Em?

Ella suspira y se aleja de él.

—Vale, mira, es una larga historia…

—Bueno, no tenemos que ir a ningún lado. —Elliot coge una manzana del cuenco de la fruta, junto a la tetera, y le da un mordisco con una expresión que dice «venga, te escucho».

—Lamento no haberte contado la verdad antes —comienza a decir Emilia, y a continuación se lo cuenta todo.

Casi todo.

La tensión entre ambos es casi palpable. Sin decir nada, Elliot tira la manzana que apenas ha probado al cubo de la basura. Luego apoya la espalda contra la encimera con los ojos brillantes.

—Bueno, a ver si lo he entendido. Louise te dio la idea para el asesino este de la mantis religiosa, ¿y luego tú te inventaste la historia?

—Sí —miente ella. No puede contarle que la verdad es incluso peor.

—¿Y resulta que era un asesino en serie de la vida real? —Su expresión se oscurece—. ¿Cómo supo Louise del caso?

—No estoy segura —contesta ella, con sinceridad—. Quizá por su trabajo, no lo sé.

Él entorna los ojos para examinarla y ella nota que se sonroja.

—Y ahora la han asesinado con la misma marca en el tobillo…

Ella asiente con la cabeza, afligida.

—Me cago en la puta. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Me enteré hace poco.

Él se pasa una mano por el pelo en un gesto de frustración.

—La…, la verdad es que no sé qué decirte ahora mismo. Es algo importantísimo, ¿y me lo cuentas ahora?

—Elliot… —Emilia parpadea para contener las lágrimas.

Se da cuenta de que su marido está intentando reprimir la rabia.

—No puedo hablar contigo ahora mismo.

—Pero…

Él sale enfadado de la habitación antes de que ella pueda añadir nada más.

Emilia se va temprano a la cama, deja a Elliot taciturno frente a un partido de fútbol. Le envía un mensaje de texto a Ottilie preguntándole si pueden verse al día siguiente. No es una conversación que quiera mantener por teléfono.

«¿Ya? Veo que no te cansas de mí», contesta su amiga de inmediato, con el emoticono del guiño. Los tres puntos muestran que está escribiendo otro mensaje. Muy pronto añade: «Claro. Ya me acerco yo a Richmond. ¿En el café de siempre a las 11?».

Emilia le contesta con un pulgar hacia arriba. No se atreve a escribir nada más. Sus emociones oscilan entre la furia y la tristeza.

Cuando Elliot va a acostarse, ella finge estar dormida. Su voz, cuando habla al fin, hace añicos el silencio y resuena en el dormitorio.

—Sé que en realidad estás despierta.

—¿Qué quieres que diga? —contesta ella con suavidad, de espaldas a él.

—Ya sabes que odio las mentiras.

Ella se vuelve hacia él y se apoya sobre su codo.

—Ahora puedes sentirte decepcionado. Ahora ya sabes que soy un fraude.

—Em... —Su voz es suave, pero está demasiado oscuro para que pueda leer su expresión—. Jamás podrías decepcionarme y no eres ningún fraude.

A ella se le llenan los ojos de lágrimas, pero no dice nada. De repente siente una tristeza total y absoluta.

Él estira el brazo y le seca una lágrima con cuidado.

—No quiero que tengas la sensación de que no puedes contarme las cosas porque vaya a juzgarte de algún modo.

Ella asiente con la cabeza, sin saber bien si le cree.

—¿Y qué hay de la otra parte de la historia, la de Daisy y su novio, Ash? ¿También te la contó Louise? ¿O esa es tuya?

Emilia no quiere mentirle de nuevo, así que ignora la pregunta.

—Lo del asesino en serie que marca a sus víctimas ya se había hecho antes. No he sido la primera en escribir algo así.

—Sí, pero esto es muy específico, ¿no? —dice Elliot, y suspira—. Es extraño que Louise te contara esa historia en particular, ¿no crees?

«Sí, sí, sí», desea gritar. Es lo único en lo que logra pensar. ¿Por qué le contó Louise esa historia si era real? ¿Qué hubo detrás de la decisión de su amiga para hacer eso?

—Estábamos compartiendo algunas ideas. Lo más probable es que la tuviera en algún lugar del subconsciente. —Emilia sabe que no está siendo del todo sincera y es como si él pudiera olerlo—. En fin —dice, y rueda sobre sí para apartarse de Elliot—, se está haciendo tarde.

Él se acerca para abrazarla desde atrás.

—¿Estás segura de que no hay nada más que quieras contarme? —Siente la calidez de su aliento en la oreja.

Piensa en Ottilie y en la carta. Se lo contará mañana, después de verla. Y se asegurará de no quedarse a solas con ella. Por primera vez teme a su amiga y tiene la sensación de que, pese a que han estado juntas desde pequeñas, no la conoce en absoluto.

—Estoy segura —miente—. Buenas noches.

43

Daisy, 2005

Fue él. Su instinto estaba en lo cierto. ¿Por qué había intentado combatirlo? Pero sabía el motivo. Ash. ¿Cómo podrían seguir juntos sabiendo eso?

Después de ver los garabatos en los márgenes del periódico, Daisy no pudo ordenar sus pensamientos y se quedó sentada a la mesa de la cocina, confundida, mientras Ash y Stef hacían cosas a su alrededor. Tuvo que fingir que le dolía la cabeza para que dejaran de preguntarle por qué estaba tan callada, lo que provocó que Stef se pusiera a rebuscar en los armarios hasta que encontró algo de paracetamol y luego siguiera preocupándose por ella.

Tenía que sacar el tema a colación con Donald. Tenía que quedarse a solas con él, lejos de Ash y de Stef, para poder confrontarlo. El fin de semana había llegado casi a su fin y los dos debían volver a la universidad al día siguiente..., se le estaba acabando el tiempo. Pero era difícil, porque Ash apenas la dejaba sola. Y, en las raras ocasiones en que se separaban, Donald siempre estaba con su esposa. Parecían estar unidos y aún muy enamorados. ¿Podía aquel hombre no solo ser el responsable de la muerte de su madre, sino un asesino en serie? Su padre le había hablado de las demás mujeres a las que había matado después de su madre. Daisy había investigado sobre los asesinos en serie en la biblioteca del barrio y se había quedado conmocionada al descubrir que algunos eran encantadores, atractivos incluso, como aquel criminal norteamericano sobre el que había estado leyendo, Ted Bundy. «¿Eso es Donald? —se preguntaba—. ¿La versión inglesa de Bundy?» Se estremeció allí mismo, sentada a la mesa, pese al calor que desprendía la cocina Aga.

—¿Te encuentras bien, Daise? —le preguntó Ash, mirándola con preocupación.

Vio a Donald por la ventana de la cocina. Estaba al final del jardín, fumando un cigarrillo, encorvado contra el viento, y el humo ascendía hacia el cielo encapotado. Era su oportunidad para hablar con él a solas.

Echó la silla hacia atrás y esta rascó las baldosas de terracota, lo cual hizo que Stef levantara la mirada mientras metía cucharadas de la mezcla para el pastel en dos contenedores circulares.

—Solo necesito un poco de aire fresco —dijo Daisy, incapaz de soportarlo durante más tiempo. Una parte de su ser deseaba volver corriendo a la seguridad de la casa de su padre, para no volver la mirada nunca más. Ojalá no hubiera acudido nunca a Exeter. Pero la otra parte era consciente de que debía aprovechar aquella oportunidad mientras fuera posible. Llevaba años soñando con encontrarse cara a cara con el asesino de su madre. Que estuviera allí, ocho años después del crimen, era cosa del destino.

—Hace mucho viento fuera —dijo Ash, poniéndose en pie—. Voy contigo.

—¡No! —contestó ella con una excesiva dureza—. Lo siento, pero necesito un poco..., un poco de tiempo para mí. —Se apresuró a salir al vestíbulo, cogió el abrigo, se puso las botas de agua y casi salió corriendo por la puerta.

Se detuvo en el sendero bordeado por arbustos con el corazón disparado y la garganta seca. Pensó que aquel sería un lugar idílico en verano, aunque sabía que jamás tendría la oportunidad de comprobarlo. Al estar segura de que el padre de Ash era el Hombre de los Garabatos, tendría que poner fin a su relación.

Dobló la esquina y se quedó observando a Donald un rato mientras este fumaba envuelto en su abrigo de lana. Tenía el pelo algo más ralo en la parte posterior de la cabeza desde la última vez que lo había visto, pero la doble coronilla era inconfundible. Por encima de todo, los garabatos no dejaban margen para el error. Él había grabado un dibujo en el tobillo de su madre después de asesinarla. ¿Había hecho lo mismo con sus demás víctimas? ¿Cómo podía habérselo ocultado a su familia durante todos esos años?

Estaba alojada en la casa de un asesino y era consciente de que tenía que andarse con cuidado. En cuanto volviera a la universidad, iría directa a la policía.

Vaciló, asustada de repente. Al final del jardín había una

pendiente pronunciada, con una verja poco sólida que los protegía del borde del acantilado. No haría falta más que un empujón y ella estaría muerta. Donald debió de intuir que estaba a su espalda, porque se volvió.

—Hola, Daisy —dijo animadamente. Apagó el cigarrillo contra el tronco de un árbol y se acercó a ella. Su aliento formó una nube frente a él mientras avanzaba con pesadez sobre la hierba, los pantalones embutidos en unas botas que le llegaban por las rodillas—. ¿Estás bien?

—Es… —Ella retrocedió hacia la casa, tocó los ladrillos ásperos con las yemas de los dedos como si eso fuera a afianzarla—. Es extraño, pero creo que te he reconocido.

Él se rio.

—¿Me has reconocido? ¿A qué te refieres?

—Creo que eras amigo de mi madre. —«Y creo que tú la mataste, gilipollas», añadió en silencio, para sí.

Su expresión cálida y abierta desapareció de golpe, su mirada se endureció.

—¿Quién era tu madre?

—Jennifer Radcliffe. —Vio que apretaba los dientes y que un músculo cerca de la mandíbula sufría un espasmo.

Y entonces su boca se torció hacia abajo y sacudió la cabeza.

—No, lo siento, ese nombre no me suena.

Pues claro que iba a negarlo, pero ella estaba segura de haber visto un destello de reconocimiento en su rostro cuando le mencionó el nombre de su madre. Él se metió las manos en los bolsillos del abrigo y volvió a sonreírle con gesto afable.

—En fin, será mejor que entremos. El viento está ganando fuerza.

—Fue hace cerca de ocho años. —Soltó Daisy a la desesperada—. Mi madre no me lo quiso presentar. Yo lo llamaba su novio secreto. Hacía garabatos en los márgenes del periódico. Se parecía a ti.

—Bueno, te puedo asegurar que no era yo. Soy un hombre felizmente casado.

—Alguien la asesinó.

—Lo siento mucho, Daisy, de verdad que sí, pero no conocí a tu madre.

En ese momento hubo una ráfaga de viento y, al protegerse de ella, Donald se inclinó hacia la chica. Tenía ocho años más, pero

seguía siendo un hombre fuerte, estaba en forma. Era su palabra contra la de Daisy. ¿Cómo podría probarlo?

Él se acercó más y ella se encogió contra la pared con el corazón acelerado.

—Daisy —le dijo con tristeza—, ¿le has contado algo de esto a Ash?

Ella negó con la cabeza mientras olía el humo en su aliento.

—Bien. Lo mejor será que no lo hagas. Supongo que hay mucha gente que dibuja garabatos en los márgenes del periódico. —Su mirada era compasiva—. Seguro que ya te habrás dado cuenta, pero Ash es una persona frágil y, si le dices algo de esto, bueno… —Levantó los hombros—. No necesito que vayas lanzando acusaciones y alterando a mi familia.

Ella se quedó clavada, sin saber qué decir. Donald hablaba con suavidad, como si estuviera comentando algo tan anodino como el clima, pero Daisy detectó la amenaza que contenía su voz. Se había acercado aún más a ella y se sintió incómoda, clavada de aquella manera contra la pared de la casa.

—¿Sabe Ash lo del asesinato de tu madre?

Daisy negó con la cabeza.

—No. Solo sabe que murió cuando yo era pequeña.

—Lo siento. Pero, por favor, créeme cuando te digo que no la conocí. —Se apartó de ella y Daisy lo observó entrar de nuevo en la casa.

44

Emilia se detiene un momento y observa a Ottilie desde lejos. Está sentada junto a la pared con vistas al río con una camiseta blanca y una falda larga y estampada. Lleva el largo pelo rubio recogido en una cola de caballo y unas gafas de sol de montura negra levantadas sobre la cabeza, y ha girado la cara hacia el sol. Casi treinta años de amistad se están diluyendo, de modo que lo único que les queda es este momento. Ottilie ha sido una constante en su vida desde que tenían once años. Fue su familia cuando Emilia echaba en falta a la suya. Fue su camarada cuando Kristin la traicionó. En todos esos momentos, sintió que Ottilie le guardaba las espaldas. Tiene que abordar el tema con cuidado porque, si acusa a Ottilie y está equivocada, lo estropeará todo.

Las orillas del río están llenas de gente, familias o empleados que han salido a comer. Se acerca a su amiga con la boca seca.

—Ay, hola —dice Ottilie, levantando la vista hacia ella y protegiéndose los ojos con su mano elegante—. Te he pedido una Coca-Cola Light. ¿Quieres entrar a la cafetería o te parece bien que nos quedemos aquí? —Le da la lata a Emilia, que la acepta y se sienta. Está helada y burbujea cuando la abre. Tiene que beber algo antes de poder hablar y toma un trago largo. Ottilie la observa con una sonrisa —. Si bebes tan deprisa vas a eructar. ¿Aquí o en la cafetería? —le recuerda su pregunta.

Emilia sacude la cabeza. No podría comer en este momento.

—Aquí está bien.

—Qué día tan abrasador. —Ottilie vuelve a girar la cara hacia el sol—. Bueno —dice con los ojos cerrados—, ¿para qué querías verme?

Emilia siente que una náusea le crece en la garganta. Deja la lata de Coca-Cola a su lado, en el suelo. ¿Cómo demonios va a abordar esto? No sabe por dónde comenzar.

Ottilie debe de intuir sus titubeos, porque se vuelve a mirarla.

—¿Qué sucede, Mils?

Ella tiene que soltarlo antes de asfixiarse con sus propias palabras.

—¿Recuerdas que te conté lo de que Jasmine había desaparecido y la llamada falsa y la nota con las entradas que le mandaron al novio de Nancy?

—Sí. —Ottilie frunce el ceño y se baja las gafas de sol.

Emilia se pregunta si lo ha hecho adrede para que ella no pueda verle los ojos. Mete la mano en el bolso y le da la carta.

—Esta es la nota.

Ottilie la lee en silencio.

—¿Te dice algo? —pregunta Emilia.

—Bueno..., que parece que quien la escribió no pretendía que Jasmine y su amiga sufrieran ningún daño. Está diseñada para asustarte. —Le devuelve el papel a Emilia.

—¿Nada más?

—La letra es bonita. Alguien que hizo un curso de caligrafía... —Se le quiebra la voz, como si se hubiera dado cuenta de repente—. Mierda..., ¿este es el tema? ¿Crees que la escribí yo?

—La letra se parece mucho a la tuya, pero no puedo... —Las lágrimas llenan su voz—. No quiero creer que tú la escribieras.

—¡Pues claro que no la escribí! Joder, Mils, ¿hace cuánto que nos conocemos? —Vuelve a subirse las gafas de sol—. ¿De verdad crees que sería capaz de hacer esto?

Emilia niega con la cabeza.

—No. Pero la letra...

—¿No crees que si fuera lo bastante retorcida para estar detrás de esto habría intentado al menos disimular mi letra? Déjame volver a verla. —Le coge la carta. Guarda silencio unos instantes, mientras la examina, y a continuación—: Mira. Yo no escribo la E así. Sí, la M y la N son parecidas, pero eso es todo. Dios. —Le devuelve la carta estampándola contra su mano, los ojos de color verde brillantes.

Emilia baja la vista hacia la nota, las palabras se mezclan. No se ha traído la tarjeta de cumpleaños y no puede compararlas, pero conoce a Ottilie lo suficiente para saber que su amiga está conmocionada y cabreada de verdad.

Ottilie suaviza la expresión.

—Me duele que hayas pensado que fui yo, pero sé lo espantoso y mierdoso que esto está siendo para ti. Lo único que puedo decirte es

que no se trata de mi letra. —Se incorpora, con expresión seria—. Te lo juro, Mils, sobre la tumba de mi madre: nunca escribí esa carta. Nunca haría nada que pudiera hacerte daño. Eres mi mejor amiga. Eres una de mis personas favoritas en el mundo entero y detesto verte así, desconfiando de todos. —Levanta la mano cuando Emilia se dispone a hablar—. Conozco y entiendo los motivos, pero no puedes pensar de verdad que he sido yo. ¿O sí? —Tiene los ojos brillantes por las lágrimas.

—Lo siento mucho —dice Emilia, y la abraza—. Pues claro que te creo.

Se siente como si tuviera los ojos vendados, como si fuera una niña que juega a ponerle la cola al burro, solo que ella le está adjudicando la culpa a sus amigos al azar, sin tener nada concreto.

45

Al volver a casa, Emilia va directa al despacho y saca las tarjetas de felicitación. En cuanto puso la vista en la última que le mandó Ottilie y comprobó lo parecida que era su letra, ya no miró las demás. Pero ahora, al examinarla con mayor detenimiento, repara en lo que le ha dicho su amiga acerca de la E. La letra es parecida, pero no idéntica. Se apresuró a sacar una conclusión sin pensarla debidamente y ahora se quiere morir.

Ojea el resto de las tarjetas hasta que llega a la última, justo al final, la de mayor tamaño, la que contiene el resto de las tarjetas pequeñas. La abre y se le acelera el corazón. Es la misma caligrafía bonita que la de Ottilie, pero con algunas pequeñas diferencias. Como esa E que parece un número 3 del revés. Le tiembla la mano al sacar la carta del bolso para compararla con ella. Es la misma letra: no le cabe la menor duda. La de Ottilie era parecida, pero aquí la coincidencia es perfecta, con un estilo más desordenado y apresurado que el de su amiga.

Y esa letra es la de Louise.

Emilia se levanta del escritorio y baja corriendo las escaleras. Tiene que hablar otra vez con la inspectora Janine Murray. Está rebuscando en el cajón de la cocina, intentando encontrar la tarjeta de visita que le dio el viernes, cuando siente una presencia a su espalda. Gira sobre los talones, con el corazón latiéndole con fuerza, pero se trata solo de Elliot, que está parado allí, observándola con una expresión inescrutable en la cara.

—¿Estás bien? ¿Qué sucede?

—¿Has visto la tarjeta que la inspectora Murray me dejó con sus datos? —pregunta ella—. Pensaba que la había puesto aquí.

—Estás desordenando todo el cajón —dice él, acercándose—. Prepáranos un té que ya la busco yo.

Ella se aparta para ir a poner la tetera; intenta mantener la calma, pero en su interior está gritando. Louise. Es la letra de Louise. ¿Por qué habría hecho su amiga todo esto?

—Aquí está. —Elliot le da la tarjeta—. ¿Por qué tienes que hablar con ella? ¿Has descubierto algo?

Emilia le cuenta lo de la carta y la tarjeta de felicitación que le mandó Louise.

—Así que ahora pienso que debió de ser Louise la que estuvo detrás de todo esto —dice, señalando la carta y la tarjeta que ha dejado sobre la isla de la cocina.

Él las coge y las estudia.

—No me puedo creer que fuera Louise. Ella…, ella te ayudó, ¿no? Con la desaparición de Jas… ¿Por qué iba a hacerlo de otro modo?

—No lo sé —gime Emilia—. Ya no sé nada. —Tiene las mejillas sonrojadas y el sudor se acumula bajo sus axilas—. De todos modos, voy a mostrarle esto a la inspectora Murray —dice, decidida—. ¿No te parece?

Él se encoge de hombros.

—Claro, pero no creo que demuestre nada. Podrían haberle copiado la letra para que pareciera que Louise te la mandó.

Bajo la sensación de que no dejan de moverse en círculos, ella observa a Elliot servir un poleo menta para los dos.

—Ten, se supone que es refrescante. Será mejor que vuelva al trabajo.

—¿Has comprobado las cámaras recientemente?

—Sí. Llevamos semanas sin que pase nada. No desde que vimos al hombre… o mujer merodeando fuera. Además de la persona que me robó la bici, claro. ¿Se lo has contado a la inspectora Murray?

—Aún no, pero lo haré.

—Compruebo las cámaras a diario, sobre todo desde lo de Louise. Por favor, no te preocupes. Estamos a salvo en esta casa. Tenemos cámaras, alarmas, de todo. Nadie puede entrar aquí sin que nos enteremos.

Pero alguien entró. Para robar la bici. Emilia parpadea en un intento por olvidar el recuerdo de cuando encontró a Louise muerta en su apartamento. Un lugar en el que su amiga debería haber estado a salvo.

Elliot se le acerca con la taza de Superpapá en la mano y le da un

beso en la coronilla.

—Siento no poder hacer más para que te sientas a salvo.

—Elliot…

Él le dirige una sonrisa triste y sale de la cocina.

Janine Murray no tarda en llegar ni veinte minutos.

—Me alojo en un hotel de Kingston —dice a modo de explicación nada más pisar la casa, y se pone a pasear la mirada de esa manera que pone ligeramente de los nervios a Emilia—. No vuelvo a Devon hasta dentro de una semana.

Lleva una chaqueta elegante y una blusa con un lazo suelto alrededor del cuello. Emilia se pregunta si no tendrá calor. No es que lo parezca. La mujer transmite un aura de tranquilidad por mucho que huela a humo, algo que ha intentado esconder con perfume.

La inspectora Murray se sienta a la mesa de superficie de roble y pone la chaqueta sobre el respaldo de la silla contigua mientras Emilia le trae el vaso de agua que le ha pedido. Después se pone a rebuscar en un bolso de mano de gran tamaño y saca una pila de papeles sujeta con dos gomas elásticas.

—De hecho, me alegro de que me haya llamado, porque de todos modos tenía pensado venir a verla hoy o mañana. Saunders, mi compañero, ha pillado un virus o algo, así que me está ayudando tanto como una tetera de chocolate. —Suspira y quita las gomas—. Tengo aquí su manuscrito.

Emilia se sienta en la silla de enfrente.

—¿De dónde lo ha sacado?

—Estaba al lado de la cama de Louise Greene.

Emilia traga saliva, afligida.

—Se lo mandé por correo, para que lo leyera. Debió de imprimirlo.

—La historia es buena, y se lee con interés. Asumo que Louise, siendo agente de policía, le habló del asesino de la mantis religiosa…

Emilia asiente con la cabeza, sin la confianza en sí misma para hablar.

—Eso pensaba. Ojalá lo hubiera admitido la última vez que estuve aquí. Me habría ahorrado tiempo.

Ella se sonroja de golpe.

—Lo siento.

La inspectora Murray prosigue:

—Solo Dios sabe cómo es posible que Louise supiera tanto sobre el caso cuando nunca trabajó en él. Pero entonces comencé a reflexionar sobre el resto, y me interesé por la subtrama del personaje de Daisy.

A Emilia comienza a sudarle la espalda.

—¿Y cómo es eso?

—Porque cree que su madre fue asesinada por el asesino en serie. Pero lo que de verdad quiero saber es cómo supo usted el nombre de una de las víctimas reales.

—No sé a qué se refiere —dice Emilia, con un nudo en el estómago. No se puede creer que le esté pasando esto a ella. Esta pesadilla lamentable comenzó con esa estúpida historia.

—Bueno… —La inspectora Murray se sube las gafas por el puente de la nariz—. ¿Cómo pudo saber que entre las víctimas del asesino había una Jennifer Radcliffe?

Emilia traga saliva.

—Es…, es solo un nombre inventado.

—Hum… —La mujer se golpea el bolígrafo contra los dientes—. Entonces le parecerá interesante saber que Jennifer Radcliffe era también el nombre de la madre de Louise Greene, ¿no? Y que su nombre completo era en realidad Daisy Louise Greene, siendo Greene el apellido paterno. Debió de quitarse el Daisy en algún momento. Tal vez cuando se mudó de Devon a Yorkshire. O cuando se unió a la policía. Me pregunto si…

Pero Emilia ya no puede seguir escuchando. La cocina da vueltas y tiene que salir corriendo porque está a punto de vomitar.

46

Me bebo el agua a tragos cortos, paciente, mientras espero a que Emilia regrese. La he tenido sentada ahí delante, poniéndose cada vez más pálida, hasta que le he dado el golpe sorpresa. Supongo que se ha ido a vomitar al baño. Quizá sea el mismo virus que tiene doblado al pobre y bueno de Saunders.

Me golpeo los dientes con el bolígrafo, evaluando cuál debe ser mi próximo movimiento. Hay algo muy perturbador en este libro, por Louise y, sobre todo, por la manera en la que Emilia Ward acabó escribiendo esta historia. ¿Por qué una autora competente y exitosa, con nueve novelas en su haber, iba a robar una idea ajena? Y asumo que es lo que ha sucedido aquí, porque la historia de Daisy en El último capítulo *se parece demasiado al pasado de Louise. La madre de ambas se llamaba Jennifer Radcliffe y las dos murieron a manos del asesino de la mantis religiosa. Venga, no es ninguna coincidencia. No sé cómo encaja todo esto, pero por primera vez en mucho tiempo tengo la sensación de que la identidad del asesino se encuentra al alcance de mi mano.*

Levanto la mirada al oír unos pasos procedentes del jardín. Un hombre acaba de salir de uno de esos lujosos despachos domésticos que brotaron con el confinamiento. Es atractivo, de hombros anchos, con el cabello moreno y ondulado, apenas una pizca de color gris en las sienes. Parece que hace pesas, pues la camisa de lino se ciñe sobre sus brazos musculados. Lo observo pasear la mirada por el jardín y me pregunto qué estará buscando. Levanta los brazos y desplaza algo cerca de la valla. Quizá sea una de esas cámaras ocultas. No le culpo por haberlas instalado. Lo que le ha estado ocurriendo a Emilia Ward, y ahora esta cuestión con Louise, son cosas bastante inquietantes.

Él levanta la vista y me ve, una desconocida sentada a su mesa. Acto seguido, acelera el paso y atraviesa el jardín hacia mí, dejando sus huellas en la hierba aún húmeda. Las puertas plegables ya están abiertas y entra en la cocina con expresión abierta y amistosa.

—Hola, usted debe de ser la inspectora Murray. Emilia me ha dicho

que iba a llamarla. Yo soy Elliot, su marido. —Estira el brazo por encima de la mesa para estrecharme la mano.

—Encantada de conocerle —le digo, cordial—. Lamento todo lo que le ha estado sucediendo a su esposa.

Él hunde los hombros y su expresión se tuerce.

—Gracias. Ha sido horrendo. —Su mirada se posa entonces en el manuscrito que tengo delante—. ¿Es el último libro de Em?

—Sí, lo encontré en la mesita de noche de Louise Greene. Aunque no estoy segura de que ella lo leyera entero.

—Suele ocuparse de repasar las cuestiones de procedimientos policiales para mi esposa.

Asiento con la cabeza, sin comprometerme. Su lenguaje corporal resulta interesante. La expresión de su cara es abierta, pero la manera en que está parado, con los brazos cruzados y el mentón erguido, tiene algo de defensiva. No quiero contarle nada más hasta que no haya hablado con Emilia.

—Aquí la tenemos —dice él, cariñoso, cuando ella vuelve a entrar en la cocina con paso un poco inestable y la piel brillante.

Ella le dirige una sonrisa pálida y él le pasa el brazo sobre los hombros de manera casi posesiva. Me doy cuenta de que es uno de esos hombres muy viriles, que ven a sus esposas como alguien a quien deben cuidar y mantener. No es algo malo, supongo, aunque a mí no me dicen nada. Espero que Julian, mi ex, y Kim, mi actual novia, me tengan por una persona dura e independiente. Pero es que Emilia es muy pequeña, apenas le llega por los hombros. Me imagino que muchos hombres se postularían para protegerla. Es como Goldie Hawn de joven. Emilia se aparta de él y se sienta de nuevo. No parece que Elliot quiera marcharse, porque se coge de la silla de su esposa.

—Puedes irte, El. Estamos hablando de cosas aburridas.

Bueno, esto es interesante. Es evidente que Emilia no quiere que su marido escuche la conversación.

—Vale, guay. Pues... Bueno, os veo luego. —Elliot suena inseguro y su sonrisa se ha vuelto vacilante. Luego se despide de mí y vuelve a salir al jardín.

Cuando nos quedamos solas, Emilia lanza un largo suspiro.

—¿Se encuentra bien?

Ella asiente con la cabeza y bebe un poco de agua.

—Creo que hoy no he comido suficiente. Voy a prepararme un

bocadillo. ¿Quiere uno?

Declino la oferta, le digo que ya he comido y la observo rebuscar con desgana en la isla de la cocina para sacar condimentos y una rebanada de pan. Me doy cuenta de que quiere mantenerse ocupada. La isla queda a mi espalda, así que giro la silla para tenerla de frente.

—Venga, cuénteme cómo es que acabó escribiendo sobre Louise y su madre asesinada.

Emilia deja lo que está haciendo y me dirige una mirada de desaprobación.

—No sabía que estaba escribiendo sobre Louise.

—Entonces, ¿de dónde sacó la historia?

Ella sigue poniéndole mantequilla al pan con tanta fuerza que acaba por romperlo.

—Tiene que entender lo difícil que es que se te sigan ocurriendo ese tipo de argumentos —dice—. Y llevo casi diez años escribiendo sobre mi detective, Miranda Moody. Supongo que había perdido la inspiración, pero tenía que acabar el libro por contrato. Me pasé meses delante de la página en blanco... —Se detiene y se lleva una mano al pecho—. Fue terrible. Se lo conté a Louise y ella me contestó que había escrito una historia corta, casi como un diario, sobre una chica cuya madre es asesinada por un asesino en serie, que ella no quería editarla y que sería perfecta para uno de los casos de Miranda. Me dijo que no tenía tiempo para hacer un libro entero y que había escrito aquello por diversión. Y entonces... me lo ofreció.

—¿Le dio la historia ya escrita? —le pregunto, incrédula.

Emilia parece querer echarse a llorar. Se ha sonrojado.

—Sí. Bueno, solo las partes de Daisy. No bastaban para llenar una novela, pero sí eran suficientes para una historia secundaria. Todo ese tema de la chica que sospecha que el padre de su novio mató a su madre y es un asesino en serie me gustó y me pareció interesante. Y me prometió que no había dejado leer la historia a nadie. Insistió en ello.

—Y usted la creyó...

—Sí. Dijo que se había limitado a escribirla. El resto, toda la investigación de Miranda Moody, lo añadí yo, pero basándome en las partes del asesino de la mantis religiosa que aparecía en la historia de Daisy.

Hojeo las páginas.

—Entonces, todo lo relacionado con la muerte de Miranda, su sobrina

desaparecida y el asesinato de su colega, que sucede de manera muy similar a la manera en que murió Louise, ¿es suyo?

Ella asiente con la cabeza.

—Sí. Pero, evidentemente, la idea me vino después de leer la historia de Louise sobre Ash y Daisy, y la búsqueda por parte de esta del asesino de su madre. El apodo de la mantis religiosa fue idea de Louise y, en cuanto tuve eso y las partes de Daisy, el resto se me ocurrió solo. Sé que no es especialmente ético, pero a Louise no le importó. Como le he dicho, no quería esa historia. Y yo no llegué a saber, y no lo hubiera imaginado ni en un millón de años, que fuera cierta, que Daisy fuera en realidad Louise y que tratara sobre su madre y un asesino de la mantis religiosa real. Pensé que se lo había inventado.

Me doy cuenta de que está diciendo la verdad. Emilia se dirige a la mesa con el bocadillo y yo giro en la silla para seguir de cara a ella.

—Me pregunto por qué Louise quiso que escribiera esta historia —le digo, y dejo el bolígrafo sobre la mesa.

Ella frunce el ceño, saca una silla y se sienta. Se pone a jugar con el bocadillo, pero no se lo come.

—No lo sé. Pensé que intentaba ayudarme. Pero ahora da la sensación de que tuvo un motivo diferente.

—En su libro, la marca se realiza de otra forma.

—Por todas las notas que me pasó Louise sobre Daisy me pareció que se trataba de un dibujo, así que hice que el asesino marcara a las demás víctimas de igual manera. El…, el asesino de su madre, ¿llegaron a atraparlo alguna vez? Es evidente que en el libro sí.

—No. Si Louise pensaba de verdad que el padre de un novio de su pasado había asesinado a su madre, aquello no se probó nunca. El final ficticio que se le ocurrió quizá responda a la manera en que ella deseaba que hubieran salido las cosas. En cómo deberían haber salido. ¿Le mencionó Louise alguna vez a un hombre llamado Martin Butterworth?

Emilia sacude la cabeza.

—No que yo recuerde. ¿Quién es?

—Es solo una persona que quizá esté implicada. En febrero del año pasado, después de una interrupción de dieciséis años, los crímenes se reanudaron. ¿Cuándo le dio Louise esta información?

—La primavera pasada. En marzo. Comencé a escribir el libro poco después, creo que en mayo.

—Es interesante que le diera la historia justo después de que el

asesino actuara de nuevo tras una pausa de dieciséis años.

Emilia guarda silencio, me observa expectante, como si yo dispusiera de todas las respuestas.

Una brisa suave atraviesa las puertas plegables y yo pongo la mano sobre el manuscrito para evitar que alguna página salga volando.

—Hemos estado vigilando a Martin Butterworth desde el asesinato de Trisha Banks, el año pasado. Tenemos a un testigo que afirma que lo vio cerca de su casa antes del crimen y ella vivía en el estudio de encima del de la hermana de Butterworth. Hay otros detalles, pero en estos momentos no contamos con las pruebas suficientes para obtener una condena. Desde entonces no ha habido más asesinatos. Hasta el de Louise.

—¿Cree que este Martin Butterworth la mató?

—No lo sé. La marca es diferente. Pero tiene un hijo que ahora andará por los treinta y muchos. Hablaré con él para averiguar si puede ser nuestro Ash.

Emilia le da un mordisco al bocadillo y se queda masticando en silencio. No parece que lo disfrute demasiado. Después de tragarse la comida, dice:

—La he llamado porque quería enseñarle algo. —Se levanta de la mesa y se dirige a la isla de la cocina, de donde regresa con una felicitación de cumpleaños y una nota. Me vuelve a contar lo de la desaparición de su hija—. Creo que Louise escribió la nota. La letra es la misma.

Cojo la tarjeta y la carta, y las examino. Bueno, esto es interesante.

—Y, si estuvo detrás de la nota, es probable que fuera la responsable del resto de las cosas horribles que me han estado pasando. Pero ¿por qué? —se pregunta, y noto el dolor que hay detrás de sus grandes ojos azules.

—No lo sé —contesto—. Pero pienso averiguarlo.

47

Emilia se alegra de ver cómo se aleja la inspectora Murray. Está empapada en sudor y aún no ha logrado quitarse la náusea de encima. Es peor de lo que había pensado. ¿Cómo puede publicar el libro ahora? Tendrá que contarle la verdad a su editora; decirle que, sin que ella lo supiera, ha escrito sobre un crimen de la vida real, un caso sin resolver. Y que algunas partes del libro ni siquiera las escribió ella, sino la hija de una de las víctimas. Gime entre las manos. La inunda una sensación de humillación y vuelve a sentir ganas de vomitar. ¿Cómo podrá contárselo? Nunca más volverán a confiar en ella. *El último capítulo,* en estos momentos, se encuentra en manos del editor de mesa. El libro ya está casi listo. El mes que viene mandarán a la prensa los ejemplares de anticipo. Ay, Dios. No puede respirar. Se deja caer sobre el primer escalón. ¿Por qué le mintió Louise? ¿Por qué simuló que se trataba de una historia ficticia? ¿Es que no se dio cuenta de los problemas que iba a causarle? ¿Era eso lo que quería contarle la noche en que murió? Se disculpó en el mensaje de voz. ¿Lamentaba todo lo que le había hecho pasar? ¿O estaba intentando advertirle de algo?

Porque, si Louise estuvo detrás de todo, si intentó asustarla repitiendo sus argumentos, ¿cuáles fueron sus motivos? Y, en ese caso, ¿quién la asesinó?

Emilia está planeando el paso que debe dar a continuación cuando Elliot llega del jardín acompañado de un aroma a hierba recién cortada.

—He hecho una pequeña limpieza del jardín —dice mientras se quita los zapatos en la puerta y los deja bien puestos sobre el felpudo. Tiene una hoja en la oreja—. De repente lo he visto a través de los ojos de la inspectora Murray.

—Seguro que tenías cosas mejores que hacer a la hora de la

comida. —Y añade al ver que él tuerce la expresión—: Pero te lo agradezco.

Elliot va al fregadero a lavarse las manos. Tiene manchas de sudor bajo los brazos de la camiseta.

—¿Qué tal te ha ido con la inspectora? —Emilia se da cuenta de que intenta sonar indiferente.

Ese sería el momento de contarle el resto, de admitirlo todo, pero no puede. Aún no. No tiene fuerzas para volver a pasar por ello. Es consciente de que tendrá que admitir delante de él que Louise escribió parte del libro, pero ¿cómo iba ella a saber que los capítulos de Daisy eran reales y estaban basados en el pasado de su amiga? También tendrá que decírselo a la editorial. Va a decepcionar a todo el mundo. Lo más probable es que tengan que comerse el libro, si no lo revisan rigurosamente. Le da un pequeño beso en la mejilla.

—Te lo cuento luego. Ahora tengo que salir.

Elliot cierra el grifo y se queda ahí parado, con las manos mojadas colgando sobre el fregadero.

—¿Qué? ¿Adónde? Deberías ir con cuidado, pero no paras de dar vueltas por ahí.

—Llevo la alarma —contesta ella, pasándole un trapo de cocina. Él lo atrapa y se seca las manos, lo dobla y lo cuelga de un gancho—. Y desde la muerte de Louise no ha pasado nada, ¿verdad?

—Fue hace solo cinco días.

—Pero si Louise fue la que hizo todo esto, y parece probable, a juzgar por la carta, entonces se ha acabado el acoso.

Él suspira y Emilia es consciente de que está pensando lo mismo que ella: que el asesino de Louise sigue ahí fuera.

—Em, de verdad que tienes que ir con más cuidado. Solo hasta que todo esto se haya solucionado. —Le coge la mano—. No falta mucho, espero.

Ella tira de la mano para alejarse. Necesita espacio, aire.

—No puedo quedarme aquí para siempre. De todos modos, tengo que recoger a los niños. —Quiere llamar a la periodista Gina Osbourne y preguntarle de nuevo quién se puso en contacto con ella para contarle los incidentes. Cree saber la respuesta, pero necesita estar segura.

—Tú misma.

—Iré con cuidado, te lo prometo.

Emilia coge el bolso y la chaqueta, va hasta la puerta y le da una doble vuelta de llave después de cerrarla tras de sí. Luego se queda parada en el camino de acceso, sin saber adónde ir. No quiere estar completamente sola. Se sube al coche y se dirige al parque de Richmond. Se detiene en el aparcamiento, junto a una fila de vehículos. Hay gente suficiente para que se sienta a salvo y piensa ceñirse a los senderos principales.

Gina contesta al primer timbrazo.

—¡Emilia! —exclama, al parecer feliz de oírla. Es evidente que espera que le dé una nueva historia.

—Hola —dice ella mientras camina hacia la plantación Isabella. Solía ir allí cuando Jasmine y Wilfie eran pequeños y se maravillaban con las plantas exóticas—. Espero que no te importe que te llame de improviso, pero quería saber quién te dio el chivatazo sobre mi caso. La primera vez que te dirigiste a mí.

—Ya te he dicho que no puedo revelar mis fuentes.

—¿Fue a través de un contacto policial?

—Bueno… —Vacila—. Sí.

—Y ese contacto policial, ¿ha sido asesinado hace poco?

—¿Puedo ir a verte?

Ella tiene que reprimir la irritación.

—¿Puedes limitarte a contestarme, por favor? Es muy importante. ¿Fue la detective Louise Greene quien te lo contó? Ya sabes que ha muerto, así que no es que sea una falta de ética que me lo reveles ahora.

Sigue un silencio al otro lado de la línea.

—Vale, sí. Fue la detective Greene. Pero puedo…

—Es todo lo que quería saber. Gracias. —Corta antes de que Gina pueda añadir algo más y se detiene al lado del pequeño riachuelo, dándose golpecitos con el móvil contra el mentón.

Así que Louise quiso dar publicidad a todo lo que le estaba ocurriendo… ¿Por qué? ¿Para que todo el mundo leyera la novela? Y no solo la novela de Emilia, sino su propia historia…

Solo hay una razón por la que Louise querría hacer eso. Su propósito era, sin duda, desenmascarar a alguien.

48

Intenta llamar a Drummond, su agente, para pedirle consejo sobre la posibilidad de retirar el libro, pero le salta el buzón de voz. Entonces, Emilia recuerda que está de vacaciones en Japón, con su familia. Espera no haberlo llamado en lo que para él sea la mitad de la noche. Cuelga sin dejar ningún mensaje.

Sigue a una pareja joven y su hija pequeña; cada uno sujeta una de las manos regordetas de la niña mientras la madre va señalando los nombres de los diferentes tipos de azalea y rododendro junto a los que pasan. Emilia se queda impresionada. Nunca ha sido una entusiasta de la jardinería. Siente una punzada de nostalgia por los tiempos en que Jasmine, y más tarde Wilfie, tuvieron esa edad. Cuando podía mantenerlos a salvo, cuando los tenía siempre a la vista.

No sabe qué hacer a continuación. Quizá podría llamar a su editora y contárselo todo. Al fin y al cabo, ¿cómo podría publicar el libro, ahora que sabe la verdad? Pero no puede afrontar algo así. Preferiría primero hablar con Drummond y pedirle consejo. Quizá, solo cambiando el nombre del asesino y alterando un poco la historia secundaria de Daisy, para que no se parezca a la de Louise, el libro podría publicarse. Eso no tiene que ser el final de su carrera, como temió en un principio. No si logra manejarlo con cuidado.

Que Emilia admitiera que no se le ocurría ninguna historia para el último libro de Miranda Moody debió de ponerle las cosas muy fáciles a Louise. Ella misma le sirvió la oportunidad en bandeja. Louise debió de esperar que alguien reconociera al asesino de la mantis religiosa —el asesino de su madre— a partir de la historia. Sobre todo si esta recibía la publicidad necesaria, como así ha sido. La historia ha aparecido en todos los medios nacionales y tanto la BBC Two como Times Radio han invitado a Emilia. ¡Ay, cuánto le gustaría poder hablar con Louise sobre el tema! Enfadarse con ella, incluso; sobre todo por el papel que jugó para hacer que todos creyeran que Jasmine había desaparecido.

La llamada falsa… No es de extrañar que Louise estuviera tan ansiosa por desempeñar el rol del héroe. Supo exactamente dónde estaban Jasmine y Nancy en todo momento. ¿Y el muñeco trol? ¿Lo plantó ella en la cocina de Kristin cuando estuvo allí para quitarse cualquier sospecha de encima? Kristin asumiría que se trataba de uno de los juguetes viejos de Jasmine y probablemente no pensaría más en ello. Emilia siente una punzada de culpabilidad al recordar que la ha acusado.

Está tan ocupada pensando en Louise que, al doblar una esquina, no se da cuenta de que todo el mundo ha desaparecido, y de que ya no está detrás de la familia con la niña pequeña. Se le acelera el corazón al constatar que está sola.

Oye unos pasos en el sendero, a su espalda, y acelera el ritmo para unirse con rapidez a un grupo de gente que se ha detenido junto al lago, pero no se siente segura hasta que ve su coche. Mientras se acerca al vehículo, saca las llaves del bolso y las sujeta entre los dedos, preparada para abrir. Ya casi está junto al Nissan cuando percibe que hay alguien a su espalda, tan cerca que hasta puede notar su aliento en la nuca. Gira sobre los talones y se queda cara a cara con un hombre en la treintena: el cabello de punta, la mirada dura. Ella echa un vistazo por encima de sus hombros. Hay gente alrededor. Si intenta hacerle daño, gritará.

—Lo siento, no quería sobresaltarla —dice él en voz baja.

—¿Me ha estado siguiendo? —Se da cuenta de que es el mismo hombre del otro día en el metro: el que la siguió cuando subía la colina camino de casa.

Ella se sorprende al verlo asentir con la cabeza.

—Me llamo Marcus Saunders. Soy agente de policía. Trabajo con la inspectora Janine Murray.

Ella retrocede un paso, para quedar más cerca del coche. ¿Le estará mintiendo? No logra saberlo. ¿Por qué habría de seguirla, si es un agente de policía? Él se saca la identificación del bolsillo interior de la chaqueta Harrington y se la muestra.

—Le pido perdón por toda esta historia tan de película de espías. Quería hablar con usted sobre Louise, pero no de manera oficial. Verá… —Se guarda la credencial de la policía en el bolsillo—. Soy… Quiero decir que era… —Se aclara la garganta y se le sonrojan las mejillas.

—Un momento. —De repente, su cabeza hace clic y Emilia recuerda la conversación que mantuvo con Louise durante su última salida nocturna, en la que ella le habló de un novio. Un colega. Antes no recordaba su nombre, pero ahora está segura de que era Marcus—. ¿Eras el novio de Louise?

Él asiente una sola vez con la cabeza.

—Fui yo quien le contó lo de Trisha Banks, la última víctima del asesino de la mantis religiosa. Por lo general, ninguno de los dos comentábamos nuestros casos. Queríamos que el trabajo no se entrometiera en nuestra relación, pero el asesino había vuelto a actuar después de dieciséis años y yo no dejaba de darle vueltas. Cuando se lo conté, Louise se puso pálida. Murmuró algo como que había tenido la esperanza de que todo se hubiera acabado. No se explayó, aunque yo insistí en que lo hiciera. —Un destello de culpa atraviesa su rostro —. Hasta que hablé con mi jefe, hace unos días, ignoraba que su madre hubiera sido una de las víctimas. Creo que Louise ni siquiera sabía, hasta que se lo conté, que le habíamos dado el apodo de «el asesino de la mantis religiosa».

—¿Y esto sucedió el pasado mes de febrero?

—Sí. Calculo que ella le contó la historia después. Lo siento mucho, pero fui yo quien puso todo esto en marcha.

Emilia siente el sudor en la mano con la que sostiene las llaves.

—¿La inspectora Murray lo sabe?

Él niega con la cabeza.

—He hecho como que me pasaba toda la semana encerrado en el hotel, con un virus estomacal. Al ver el cuerpo de Louise…, al no poder contarle a nadie lo que ella significaba para mí…

—¿Por qué no puedes contárselo a nadie?

Él se embute las manos en los bolsillos.

—A la jefa no le gustará enterarse de que hablé del tema, y no es solo por eso. Ahora que Louise está muerta, podrían apartarme del caso, que es de nivel alto. Solo quería que usted supiera, pese a todo lo que ha pasado, y la jefa me ha puesto al día de ello, que Louise la tenía en alta estima, ¿sabe? Hablaba muy bien de usted.

A Emilia se le hace un nudo en la garganta.

—¿Te contó algo de lo mío? ¿Que un acosador estaba imitando algunos de los argumentos de mis novelas?

—No, ¿por qué?

—Creo que ella fue la responsable. Creo que me contó la historia para intentar revelar al criminal.

—¿Entonces cree que conocía el nombre del asesino? En tal caso, ¿por qué no se lo contó a la policía? —Frunce el ceño—. Me parece una manera muy enrevesada de hacer las cosas.

—No lo sé. ¿La habría creído la policía si se basaba en una corazonada? ¿Si se basaba en el vistazo fugaz de la coronilla de aquel hombre cuando ella era pequeña?

Saunders deja caer los hombros.

—No. Habrían necesitado algo más. Más pruebas.

—Quizá ese fuera el motivo por el que decidió hacerse agente de policía —reflexiona ella—. Debió de pensar que el asesino de su madre se había salido con la suya y quiso evitar que le pasara lo mismo a otras personas.

—Era una policía notable —dice él—. Estaba estudiando para el examen de sargento.

Emilia suspira.

—Menudo embrollo. Ojalá hubiera sido sincera conmigo. Ojalá me hubiera contado lo que quería hacer. Quizá podría, no sé, haberla ayudado. En cambio, todo fue tan turbio... También podría habértelo confesado a ti. Quizá podrías haber investigado sus sospechas y descubrir más cosas acerca del hombre al que consideraba el asesino de su madre.

—Ella no habría querido ponerme en una situación embarazosa —contesta él mientras pisa la hierba aplastada por la lluvia con la puntera de la zapatilla de deporte—. Aunque... —levanta la mirada y entorna los ojos— estuve por aquí algunas veces, este mismo año, para visitarla, y me pidió que fuera a una floristería, que pagara por un ramo y que diera una dirección que pienso ahora que debía de ser la suya.

Emilia se queda boquiabierta.

—¡Entonces fuiste tú!

Saunders asiente con la cabeza, como asqueado.

—¿Y uno de los envíos fue una corona funeraria?

Él lanza un gemido.

—Sí. Mierda. Lo siento. No me di cuenta de lo que estaba haciendo. Louise debía de estar desesperada para involucrarme.

Emilia lo evalúa. Entiende que no quiera pensar mal de la mujer

a la que amaba. Ella tampoco quiere hacerlo, pero es evidente que Louise los usó a los dos.

—Se puso en contacto con una periodista para contarle lo que me estaba pasando. Me di cuenta de que ella era la responsable al ver que su letra aparecía en la nota que dirigió a uno de los amigos de mi hija. —La informa sobre la desaparición de Jasmine y Nancy.

Cuando acaba de hablar, él muestra una expresión decaída y esconde las manos aún más en los bolsillos de la chaqueta.

—Pero eso sigue sin explicar quién la asesinó. Y estoy en deuda con Louise, quiero averiguar quién asesinó a su madre. Y quién la mató a ella.

—¿Crees que el asesino de la mantis religiosa mató también a Louise?

Un músculo palpita en su mandíbula.

—No lo sé. Es una posibilidad, aunque la marca del insecto se realizara de manera diferente. —Comienza a retroceder—. En fin, ya le he hecho perder demasiado tiempo. Lamento haberla asustado. No quería pasar por su casa y que todo se volviera oficial. Gracias por haberme escuchado.

Saunders da media vuelta y se va antes de que ella pueda decir nada más. Emilia lo ve alejarse cargada de emociones encontradas, mientras intenta darle un sentido a todo. Al sentarse al volante, vuelve a pensar en las razones de Louise para contarle su historia. Quizá esperaba incitar al asesino, sabiendo que él o alguno de sus conocidos leerían *El último capítulo* y reconocerían la historia. Pero ¿y entonces qué? ¿Y por qué ahora? ¿Porque había vuelto a matar después de dieciséis años? ¿O había otro motivo?

Se echa con fuerza contra el asiento y exhala, frustrada.

«¿Qué me estoy perdiendo?»

Pone el motor en marcha, con la cabeza dándole vueltas.

Y entonces cae en ello.

El artículo del periódico… Este trató sobre las cosas que le habían pasado y que estaban sacadas de las novelas anteriores, no de *El último capítulo*. Louise murió antes de poder recrear el último libro. Debía de tenerlo planeado, a fin de obtener más publicidad. Pero había sido lo bastante lista para no comenzar por ahí, porque entonces ella habría sabido de manera evidente que el responsable se encontraba entre sus conocidos. La historia con Jasmine sí que pretendió emular la

subtrama de las adolescentes desaparecidas en *El último capítulo*, pero Emilia no la había mencionado al hablar con Gina.

Ningún medio había comentado *El último capítulo*, ni su argumento, más allá de una línea final en la que se anunciaba que durante el año iba a publicar una novela nueva. Louise se puso en contacto con Gina Osbourne demasiado pronto. Tendría que haber esperado a orquestar más tramas de *El último capítulo*.

Así que, si el asesino de la mantis religiosa había ido a por Louise, ¿cómo pudo saber que el nuevo libro de Emilia trataba sobre él? A menos que fuera alguien que ya había leído *El último capítulo*. Y las únicas personas que lo habían leído pertenecían a su círculo más íntimo.

Cuando las piezas encajan al fin, una oleada de horror la inunda.

El asesino de la mantis religiosa es alguien a quien ella conoce.

49

Saunders permanece extrañamente callado durante el trayecto de vuelta a Devon y me pregunto si aún se sentirá indispuesto.

—Entonces, ¿se está planteando la posibilidad de que el hijo de Martin Butterworth sea el Ash del libro? —pregunta cuando acabo de ponerlo al día sobre Louise Greene y Emilia Ward.

—Eso es lo que vamos a averiguar. Al parecer, en la actualidad Anthony Butterworth vive en Torquay, donde regenta una casa para huéspedes. Anthony y Ash. Los dos nombres comienzan por A. Quizá fuera algo intencionado —reflexiono mientras giramos hacia una calle secundaria.

Aparco marcha atrás entre dos coches, agradecida por tener solo un Audi A3. Al salir de Londres llovía, pero aquí hace un sol de justicia, que se refleja en los capós de los coches. No hay nubes en el cielo, solo una bandada de gaviotas que chillan amenazadoras sobre nuestras cabezas mientras se lanzan en picado sobre un bocadillo a medio comer que alguien ha dejado encima de una de las mesas de jardín del pub vecino. Me quito el impermeable y lo tiro sobre el asiento trasero. Saunders se deja la chaqueta puesta.

—Está aquí a la vuelta, sobre el paseo marítimo, según Google Maps —dice él, mirando el móvil, lo que hace que un ciclista esté a punto de llevárselo por delante.

—¡Eh, colega, vigila! —le grita el hombre por encima del hombro.

—Él tendría que vigilar a quién le dice estas cosas —murmura Saunders, en tono amenazante.

Sin duda le pasa algo. Quizá siga encontrándose mal, pero esto no es propio de él. Por lo general no logro que se calle. De hecho, siento una punzada de nostalgia por el viejo Saunders, algo que nunca creí que llegase a experimentar.

La casa de huéspedes de Anthony Butterworth es un edificio de estilo victoriano azul claro que da a la bahía, con los marcos de las ventanas pintados de negro y una puerta blanca, que está abierta cuando llegamos.

Saunders me mira, se encoge de hombros y la cruza para entrar al vestíbulo. La moqueta, con su remolino de colores rojo y dorado, es tan chillona que podría dejarnos sordos en un karaoke, y Saunders vuelve a parecer indispuesto.

—Vaya, menudo asalto a los sentidos —comenta—. Imagínese entrar aquí con resaca...

Lo interrumpe la puerta interior que se abre para revelar a un hombre con pinta de estar un poco estresado. Diría que es unos años mayor que Saunders, quizá esté sobre la mitad de la treintena, con el cabello en retirada y unos penetrantes ojos azules. Aún es guapo, pero me imagino que debió de ser muy atractivo en su juventud. ¿Será nuestro Ash?

—¿Buscan a alguien? —pregunta—. ¿O están aquí para registrarse?

Le explico quiénes somos y le enseñamos las credenciales. Él parece resignado, como si las visitas policiales fueran una costumbre. Nos guía a través de un comedor vacío hasta un salón acogedor. Un gato persa blanco está hecho un ovillo en el rincón de un sofá de lino azul marino, y ha dejado algunos pelos sobre el cojín más cercano. Nos sentamos a su lado y el hombre ocupa el sillón de enfrente.

—Bueno, ¿qué puedo hacer por ustedes?

Lo examino. Es alto como su padre, pero ahí se acaba el parecido.

—Solo quería confirmar que es usted el hijo de Martin Butterworth —comienzo a decir.

Una sombra atraviesa su rostro.

—Llevo años sin verlo. Perdimos el contacto cuando mi madre se divorció de él.

—¿Cuándo fue eso?

Se tira del dobladillo del polo Fred Perry.

—Ah, hace tiempo. Después de que lo mandaran a la cárcel. Yo tendría diecinueve años.

Saco la libreta del bolsillo y hago girar las páginas, intento descifrar mi propia letra.

—Sé que es una pregunta extraña, pero... ¿conoció a una Daisy Greene en la universidad?

Él abre la boca para contestar, pero nos interrumpe la mujer que entra en la habitación. Es menuda, con el cabello rubio y largo, de sonrisa amplia. Anthony nos la presenta como Sharon, su esposa, y ella nos pregunta si nos apetece una taza de té. Cuando le decimos que no, comenta:

—Bueno, no les molesto más.

—No. Por favor, quédate —dice Anthony, con un dejo de desesperación en la voz.

Ella coloca un puf de cuero al lado de su sillón y se sienta. Parece sentirse un poco fuera de lugar y yo le dirijo una sonrisa para tranquilizarla.

—Bueno —paso a recordarle la pregunta—, ¿la conocía?

Anthony sacude la cabeza, el ceño fruncido.

—No lo creo. ¿Por qué?

—Entonces, ¿no salió usted con nadie llamado así?

—No, para nada. Y tampoco fui a la universidad. ¿Qué tiene eso que ver con mi padre?

Miro a Sharon, que tiene pinta de querer preguntarle algo a Anthony, pero esperará educadamente a que nos marchemos.

—Solo para recalcarlo, usted no tiene ninguna relación con su padre...

—Ya le he dicho que no. —Su rostro agradable se oscurece—. Es un misógino y un maltratador.

Sharon le pone la mano sobre el brazo para tranquilizarlo.

—Solía pegar a la madre de Ant —dice en voz baja—. Y a Ant cuando era pequeño.

Anthony deja caer la cabeza y yo siento una oleada de rabia hacia su padre.

—Lo siento —digo, reprimiendo mis emociones. Es algo que suelo oír demasiado a menudo—. ¿Cree que él sería capaz de cometer un asesinato? —le pregunto.

De reojo veo que Saunders se coloca al borde del asiento, con los codos sobre los muslos.

—No me sorprendería. Es un psicópata, frío y duro. —Coge la mano de su esposa—. Para serle sincero, fue un alivio que lo mandaran a la cárcel. Significó que mi madre pudo escapar al fin de él.

—Gracias por su tiempo —le digo. Me pongo en pie y le entrego una tarjeta. ¿Me habrá mentido acerca de Daisy? Es difícil decirlo, pero le pediré a alguien del equipo que compruebe si es cierto que no fue a la universidad—. Si recuerda algo que nos pueda ser de utilidad, cualquier cosa, por pequeña que sea, llámeme.

Saunders se pone en pie también y estira las piernas.

Anthony nos acompaña hasta la puerta y yo intento no sentirme


decepcionada.

50

Emilia no puede dejar de pensar en el asesino de la mantis religiosa mientras se dirige a la escuela para recoger a Wilfie. La vieja inquietud vuelve a aparecer acompañada de nuevas emociones. El horror de pensar que podría conocer a un asesino en serie. El terror de que pueda decidir que ella debe ser su siguiente víctima. Pensaba decirle a Jasmine que cogiera el autobús de vuelta a casa después del partido de *netball*, pero la llama y le deja un mensaje diciéndole que pasará a buscarla.

Tiene que sincerarse con Elliot y contarle todo. Ha llegado el momento. Y, si él la ama, y ella cree que es así, entenderá el motivo por el que usó la historia de Louise. Tiene que dejar de intentar parecer perfecta delante de él; dejar de preocuparse por la posibilidad de que la fachada se venga abajo y él la abandone, igual que Jonas. Se lo contará esta noche.

Está esperando cerca de la verja de la escuela a que salga Wilfie cuando ve a Frances, parada sola a la sombra de un árbol. Pese al sol, lleva puesto un anorak marrón y los habituales zapatos especiales de cuero calado del mismo color. Le recuerda a la gobernanta de su vieja escuela. Aunque le envió a Toby una tarjeta hecha por Wilfie, no ha visto a Frances desde la muerte de Louise.

—Hola —le dice, acercándose con cierta timidez. Siempre se ha sentido intimidada por su personalidad arisca. Comprende que Louise no se llevara bien con ella, porque ambas eran mujeres fuertes y cabezotas—. Wilfie se alegrará de que Toby haya vuelto. Espero que estéis bien, dadas las circunstancias.

Frances le dirige una sonrisa rígida.

—Sí, en este momento es mejor que esté en la escuela, con sus amigos. Es una buena distracción. —Se coloca bien el bolso de gran tamaño sobre el hombro. Da la sensación de que no piensa decir nada más y Emilia se queda allí, sin saber muy bien qué hacer, hasta que la mujer añade de repente—: No creo que Louise hiciera lo correcto al

trasladar a Toby en aquel momento. El niño era feliz en la escuela de Kingston, pero ella movió algunos hilos para traerlo aquí, pese a que ni ella, ni yo, ni su padre vivimos en la zona. Aun así, debo reconocer que Toby es feliz aquí. Y sé que tiene en mucha estima a tu hijo.

—Wilfie también le tiene mucha estima. —Y, entonces, las palabras de Frances calan en ella—. Pensaba que Louise había vivido por aquí hasta hace poco…

Frances niega con la cabeza.

—No, siempre ha vivido en Kingston. Allí vivía con mi hijo y, después del divorcio, allí alquiló un piso. El piso… —Se aclara la garganta—. Bueno, el piso donde murió.

A Emilia se le revuelve el estómago al recordar su última visita al lugar, y el cuerpo postrado de Louise.

—No lo sabía —dice—. Cuando la conocí me dijo que se acababa de mudar a Richmond y que por eso había apuntado a Toby aquí. Y más tarde, unos días antes de su muerte, la vi en Kingston y me dijo que llevaba poco tiempo allí.

Frances cruza los brazos sobre su amplio busto y la evalúa con el ceño fruncido.

—A mí me contó que había apuntado a Toby en esta escuela porque ya te conocía.

Emilia se queda atónita.

—¿Qué? No, no nos conocíamos antes de que Toby entrara en la escuela. Hablamos por primera vez en el café que organizaron una mañana para los padres de segundo curso.

—No puede ser cierto. Recuerdo con claridad cuando nos habló de ti a Mike y a mí. Fue uno de los motivos por los que Mike aceptó el cambio de escuela… Tampoco es que tuviera mucha elección cuando a Louise se le metía una cosa en la cabeza, pero bueno. Lo sabía todo sobre ti. Sobre Wilfie y tu marido. Tus amigos. Incluso sobre Trevor, tu suegro. Dijo que lo conocía de cuando estuvo en la policía.

Pese al calor del sol veraniego, un escalofrío recorre a Emilia.

—¿Estás segura?

—Por supuesto. Tengo una memoria de elefante. Sé que no debería hablar mal de los muertos, y en muchos sentidos le tenía cariño a Louise, pero podía ser… obsesiva. Y siempre tuve la sensación, si me permites el atrevimiento, pues sé que era tu amiga, de que estaba obsesionada contigo.

Emilia se queda sin palabras.

Frances sacude la cabeza para apartarse los rizos canosos de la cara.

—En cualquier caso, sé que no siempre nos llevamos bien, pero lamento lo de Louise. Perder a su mamá ha sido devastador para Toby. Fue una buena madre.

Lo dice sin emoción, y Emilia abre la boca para decir algo más, pero en ese momento los niños salen a la carrera del colegio, cada uno con un girasol en la mano, diciendo que lo plantaron ellos y que ahora tienen que trasplantarlo al jardín, aunque dejarlo en manos de Emilia será una manera infalible de que se muera. Se le hace un nudo en la garganta al ver que Toby, con el rostro iluminado, le muestra orgulloso la flor a Frances. La mujer se agacha para ponerse a su altura y Emilia se asombra al constatar el cambio que se opera en ella. Su rostro, que hace unos instantes parecía tan severo y cerrado, luce ahora accesible, cálido, dulce. Es evidente que adora a su nieto. Frances se incorpora y se lleva al niño sin despedirse.

—¿Podemos plantarlo al volver a casa? —pregunta Wilfie mientras se dirigen al coche.

—Claro, hombrecito —contesta ella, pero su cabeza sigue meditando sobre lo que le ha contado la mujer.

Louise la convirtió en su objetivo adrede.

Pero ¿por qué? ¿Solo para que Emilia pudiera escribir su historia o hubo algo más? Frances le ha contado que Louise conocía a Trevor. Sin embargo, este dejó el cuerpo de policía hace años, sin duda antes de que Louise entrara en él. Así que ¿cómo podrían haber coincidido?

A la vuelta se encuentra la casa vacía. Wilfie sale corriendo al jardín para enseñarle el girasol a su padre, y acto seguido vuelve a entrar por las puertas plegables y deja manchas de barro en la cocina con un gesto de decepción grabado en su rostro aún infantil. El girasol parece decaer también, como si pudiera percibir su humor. El niño le ofrece la pequeña maceta marrón.

—Papá no está en el despacho.

—¿Estás seguro? No me ha dicho que fuera a salir.

Él se encoge de hombros y se quita los zapatos antes de encender el televisor. Ella se refugia en la cocina, sin dejar de pensar en lo que le ha contado Frances. Se pone a recordar la conversación que mantuvo con Louise aquella última noche, en el restaurante. ¿Llegó a

mencionar a Elliot o a Trevor? Sí, sí que lo hizo. Ahora que lo piensa, siempre pareció interesarse por él. Emilia pensó que se debía a que había estado en el cuerpo, pero ¿y si no fuera esa la única razón?

Tiene que reprimir una oleada de náuseas al darse cuenta de que Louise la había elegido como objetivo. No solo para que Emilia pudiera escribir su historia —ya había trasladado a Toby, antes también de enterarse de que el asesino de la mantis religiosa había atacado de nuevo—, sino por otra razón.

Ay, Dios. Se le ocurre una idea espantosa.

Le dice a Wilfie que se va al despacho y sube a la carrera las escaleras hasta el altillo, donde enciende el ordenador y abre el archivo de *El último capítulo*. Se desplaza por él hasta llegar a las partes de Daisy y Ash, busca pistas desde una nueva perspectiva. Cosas en las que no había reparado antes, cuando las pasó al ordenador. La universidad de Exeter. Allí se conocieron Ash y Daisy. Elliot fue a la universidad de Exeter.

Y ese cuello como una pata de jamón y el cabello rubio con una doble coronilla. ¿Se parecía a Trevor? No está segura: lleva años perdiendo el pelo poco a poco y el que le queda lo tiene casi rapado y canoso.

Un párrafo sobre Daisy la asalta y lo lee con horror creciente.

> Se pasaron toda la noche hablando en la habitación de Daisy, revelando poco a poco más y más cosas de sí mismos mientras fluía la cerveza barata. Ella se sorprendió cuando Ash le contó que había sufrido una crisis en su adolescencia.

Coincidía. Todo coincidía. Elliot se crio junto al mar. Estudió en Exeter y sufrió una crisis de ansiedad tan grave que perdió algunos años de su adolescencia.

A Emilia se le hiela la sangre.

Durante todo este tiempo lo ha tenido delante de las narices y no lo ha visto nunca.

Elliot es Ash.

«De modo que Trevor, su padre, debe de ser… —a duras penas se atreve a pensarlo— el asesino.»

51

Numerosas preguntas atraviesan veloces la cabeza de Emilia. ¿Sabe Elliot que es Ash? Nunca ha comentado que pudiera haber conocido a Louise en la universidad, pero por entonces ella se llamaba Daisy. Sin embargo, debe de haberse reconocido en la descripción de *El último capítulo.* ¿No es así? Quizá no. Aún no le ha contado que fue Louise la que escribió esa parte de la historia. No obstante, su comportamiento de un tiempo a esta parte, su irritabilidad, los interrogatorios para saber de dónde había salido la idea del asesino de la mantis religiosa, el hecho de que no se sintiera satisfecho cuando ella le contó que se trataba de una coincidencia... Todo ello pudo deberse a que lo sabía. A que ya lo sabía. Quizá aún no había comprendido que la Daisy del libro, a quien conoció en la universidad, era su amiga Louise. Al fin y al cabo, no se habían visto nunca.

Se acuerda del día de la desaparición de Jasmine, cuando llamó a Louise. Ella le preguntó más de una vez con quién estaba. ¿Fue porque no quería encontrarse con Elliot? De haber coincidido, él la habría reconocido. Y la noche de la fiesta de presentación del libro, cuando vio a Louise en el exterior de la librería, ¿por qué se marchó con tanta prisa? ¿Fue porque se dio cuenta de que Elliot estaba allí? Quizá había asumido que se quedaría en casa, cuidando de Wilfie.

¿Y qué hay de Trevor? Siempre lee sus novelas, a veces le señala algún error que a ella se le haya podido pasar por alto. Sin duda habría reconocido la historia, en caso de que tratara sobre él.

Apaga el ordenador. Le tiembla todo el cuerpo y se siente como si estuviera a punto de vomitar. ¿Mató Trevor a Louise para silenciarla al darse cuenta de lo que estaba pasando? Pero ¿cómo podría haber sabido que Daisy era Louise? Nunca coincidió con Louise, ¿o sí? Ay, Dios. Se coge del borde del escritorio para ponerse en pie, pero le fallan las rodillas. Tiene que tranquilizarse. Wilfie está abajo y ella tiene que salir en diez minutos para ir a recoger a Jasmine.

Como no confía en sus piernas, baja casi abrazándose a la pared.

Wilfie sigue allí donde lo dejó, delante de Bob Esponja. De tanto en tanto, el niño suelta una carcajada. Ella parpadea para contener las lágrimas. Esto lo destrozará. Destruirá su familia. Su abuelo podría ser un asesino en serie, él es...

Emilia da un salto al oír la puerta de entrada cerrándose con fuerza y el tintineo de las llaves al caer en el bote del vestíbulo. Elliot entra en la cocina silbando una canción de Oasis.

—Ey, ¿qué tal? —Se detiene al verla—. Tienes un aspecto terrible. ¿Va todo bien?

Está a punto de contestar cuando oye otra voz, igual de familiar, por detrás de su marido. Elliot se hace a un lado para mostrar a Trevor, que se queda parado con expresión avergonzada y el brazo en cabestrillo.

—Papá ha tenido un accidente en el trabajo. He ido a recogerlo y lo he traído para que se quede unos días. No te parece mal, ¿verdad?

Emilia tarda unos segundos en contestar, se queda mirando a Trevor conmocionada.

Su suegro levanta el brazo herido y enarca una ceja greñuda.

—Idiota de mí. Me caí cuando perseguía a un ladrón. —Se le está formando un morado en el pómulo. ¿Le está diciendo la verdad o es el resultado de algún ataque que ha cometido? Él borra la sonrisa de su rostro—. ¿Estás bien, Em?

Elliot la mira también con el ceño fruncido.

Haciendo un gran esfuerzo, Emilia se concentra en mantener la compostura. No puede dejar que sepa que algo va mal hasta que haya hablado con Elliot.

—Sí, por supuesto. Claro que puedes quedarte, Trevor. —Difícilmente podría decirle que no—. Tengo que ir a buscar a Jas. Trevor, siéntate y El te preparará un té.

El hombre le sonríe, indeciso, y va a sentarse al lado de Wilfie en el sofá.

Elliot se vuelve hacia la tetera, la enciende y baja la voz:

—Te parece bien que se quede, ¿verdad? Sé que es un poco repentino, pero han mencionado la posibilidad de que tenga una conmoción cerebral.

—Me llevo a Wilf para recoger a Jas. Así podrás..., hum..., ayudar a tu padre.

Él abre mucho los ojos.

—No es necesario.

—No pasa nada.

Él entorna los ojos.

—¿De qué va todo esto?

—De nada. Wilf —lo llama. Su hijo se levanta a regañadientes del sofá y va arrastrando los pies hasta la puerta. Elliot observa perplejo a Emilia conducir al niño hasta el vestíbulo para ponerle los zapatos.

—Vale. Bueno, nos vemos dentro de un rato. Conduce con cuidado.

De camino a casa, Jasmine, emocionada, le obsequia con las historias del partido de *netball*, en el que ha marcado tres goles. Huele a sudor y a desodorante en espray.

Emilia se siente aliviada cuando su hija enciende la radio —en Radio 1 está sonando una canción bailable— y se queda sentada a su lado con los ojos cerrados. Wilfie está en el asiento de atrás, jugueteando con un coche de Lego que ha cogido al salir. Emilia necesita hasta del último gramo de sus fuerzas para actuar con normalidad.

No sabe qué hacer a continuación. Tiene que hablar con Elliot, pero le va a costar ahora que Trevor está en la casa. Podría llamar a la inspectora Murray, pero delatar a su suegro sin hablar antes con Elliot quizá signifique el final de su matrimonio.

Aparca en el camino de acceso abrumada por el temor y la indecisión. No quiere entrar en la casa y enfrentarse a la realidad. Son las seis de la tarde y aún hace calor. Oye conversaciones y un tintineo de vasos procedentes del jardín de un vecino, lo que es señal de una velada veraniega de viernes noche. Ha pasado más de una semana desde que se topó con el cadáver de su amiga.

—¿Vas a salir o piensas quedarte ahí sentada durante toda la noche? —Jasmine ya se ha bajado del coche; con la falda pantalón, sus piernas adolescentes se ven suaves y morenas, bien torneadas. Su hermosa hija, su preciosa hija, está a punto de residir en el mismo espacio que un asesino en serie. Se vuelve y respira hondo, armándose de valor.

—¿Mami? —Wilfie ya está en la puerta.

—Ya voy —contesta ella. Como si tuviera el cuerpo hecho de

plomo, sale del coche, abre la puerta y sigue a sus hijos hacia el interior de la casa.

Jasmine tira la bolsa en el vestíbulo y sube corriendo las escaleras mientras dice que va a meterse en la ducha. En circunstancias normales, Emilia recogería la bolsa para evitar el enojo de Elliot, pero no le quedan fuerzas. Jasmine tiene casi dieciséis años: debería hacerlo ella misma.

Cuando entra en la cocina, Elliot está aliñando una ensalada. Wilfie se desploma delante del televisor, al lado de Trevor. Las puertas plegables están abiertas, dejan pasar una brisa muy necesaria.

—¿Qué sucede? —le pregunta Elliot en voz baja, al quedarse solos en el extremo que ocupa la cocina—. ¿Ha pasado algo?

—Sí, joder, ha pasado algo —espeta ella, entre dientes—. Creo que voy a volverme loca si no lo comento contigo.

Él irradia ansiedad. Casi nunca le ha hablado de esa manera. Emilia lanza una mirada hacia donde Trevor y Wilfie permanecen sentados.

—Es sobre tu padre —dice, articulando con la boca. Tiene que repetírselo después de que Elliot se le acerque, haciendo tacita con la mano sobre su oreja.

—¿Qué le pasa? —pregunta él, articulando también.

—¿Podemos hablar en la otra habitación?

Elliot se vuelve hacia Trevor y Wilfie, que permanecen ajenos a ellos y se ríen de algo que han visto en la televisión.

A continuación, la sigue hasta el salón pijo.

—¿Qué está pasando? —pregunta en cuanto ella cierra la puerta tras él.

Ay, Dios, ¿por dónde debe comenzar? No puede soltar de golpe que cree que su padre es un asesino.

—Siéntate —le pide, y él se deja caer en el sillón con expresión perpleja. Ella se sienta en el sillón de enfrente—. Aún no he sido del todo sincera contigo.

Él tuerce el gesto de inmediato.

—¿A qué te refieres?

—La historia de Daisy y Ash, en mi libro. También es la de Louise. —Le explica que su amiga le dio ese «relato»—. Durante su visita, la inspectora Murray me contó que es una historia real. Que el verdadero nombre de Louise era Daisy. Y que... —traga saliva, incapaz

de mirarlo a los ojos— y que trata su pasado real, incluido el asesinato de su madre.

Infinidad de emociones pasan fugaces por el rostro de su marido.

—Es broma...

Ella parpadea para no llorar.

—¿Te parece que puedo estar bromeando? Es un puto embrollo. Y no tenía la menor idea de que todo esto era real. Louise me dijo que se lo había inventado y que podía usarlo porque ella no tenía tiempo para escribir una novela.

—Pero ¿por qué hizo eso?

—Creo que fue un intento de contarle al mundo quién mató, según ella, a su madre; un intento que no salió bien.

—Entonces, ¿el asesino de su madre se llama Donald? —Una nube de confusión atraviesa la cara de Elliot.

—No. Creo que es un nombre inventado. Igual que el de Ash. —Le cuenta la conversación que ha mantenido con Frances a la salida de la escuela—. Me convirtió en su objetivo por una razón y ahora me pregunto cuál pudo ser. ¿Es porque tú eres Ash? ¿Y podría ser tu padre el Hombre de los Garabatos?

Él se queda mirándola, boquiabierto.

—¿Cr-crees que mi padre es ese asesino en serie?

—Ya no sé qué creer. —Se pone en pie y comienza a pasearse por la habitación, que sigue oliendo ligeramente a limpiador Lloyd—. Nunca hemos hablado de tus tiempos en la universidad, pero sé que fuiste a Exeter.

—Sí. Lengua inglesa.

—¿Saliste con Louise? ¿O debería decir con Daisy, tal y como se la conocía por entonces?

—Yo... —Frunce el ceño—. No lo sé. A ver, tuve bastantes novias en la uni. Nada serio. Pero no recuerdo haber salido con una Daisy... No me reconocí en tu historia, si eso es lo que quieres decir. Ahora que lo mencionas, hay algunas similitudes, supongo: me crie junto al mar y pasé por una fase un poco gótica, pero nunca tuve ninguna novia que viniera a pasar unos días en casa mientras estuve allí. De hecho, en las Navidades de 2005 ya me había ido. Me licencié el verano anterior. No creo ser Ash y estoy seguro al ciento por ciento de que mi padre no es el puto asesino de la mantis religiosa. Dios, Emilia, no me lo puedo creer.

Ella saca el móvil del bolso y busca una noticia sobre Louise en la que aparece su fotografía, aunque es de hace algunos años. Pese a todo, sigue afligiéndola que su amiga haya muerto. Le pone la pantalla a Elliot ante las narices.

—¿La reconoces? Me sorprende que nunca os haya presentado. Ella siempre estaba en contra de venir aquí, de conocerte…, de conoceros a ninguno de los dos. ¿Es ese el motivo? ¿Porque sabía que la reconocerías?

Él coge el móvil y estudia la foto. Entonces levanta la vista, la mira con unos ojos enormes y oscuros.

—Puedo decir con sinceridad que no la conozco.

Siempre le ha costado leer a Elliot. ¿Sería capaz de mentirle?

—Aquí dice que tenía treinta y cinco años. Yo tengo casi treinta y nueve, soy tres años mayor que ella —dice.

Ella le quita el móvil de la mano.

—Sí, Elliot, estoy al tanto de tu edad. No todo el mundo va a la universidad a los dieciocho.

Él se pone en pie.

—¡Pero yo sí lo hice! Esto es ridículo. Pese a todas las mentiras que tú me has contado a mí, yo no te mentiría. Si pensara que soy ese Ash te lo diría. ¿Por qué iba a mentirte?

—Para proteger a tu padre.

Él suelta una carcajada carente de alegría.

—Claro, sí, ¿por qué no? Para proteger a mi padre, el asesino en serie. —Sacude la cabeza, incrédulo—. Si de verdad pensara que mi padre estuvo detrás de todos esos asesinatos, no le dejaría estar cerca de ti y de los niños. Espero que lo sepas. —Se acerca a ella y estira el brazo, como si Emilia fuera un animal salvaje y no supiera si le va a morder—. ¿En serio? Sé que estás buscando respuestas, pero, por favor…, mi padre es un gigantón amable. No le haría daño a una mosca.

52

Emilia se pasa toda la noche dando vueltas en la cama, pensando en Trevor y en Louise. No sabe si puede creer a su marido. Quizá Louise tuviera un aspecto diferente en la universidad. Al fin y al cabo, han pasado casi veinte años. Le cree cuando dice que, si pensara que su padre es el asesino, no lo protegería; la cuestión entonces es que quizá no lo sepa. ¿Quién sería capaz de creer que alguien a quien quieres es responsable de unos crímenes tan inhumanos?

No es la primera vez que desearía poder preguntárselo a Louise.

Tiene que hablar con la inspectora Murray. Tiene la sensación de estar traicionando a su marido, pero necesita expresar sus sospechas ante alguien dotado de autoridad. Quizá podrían hacer averiguaciones sobre Trevor. Descubrir si Louise presentó alguna queja contra él. Sin duda, una cosa así debería haberse registrado. Louise le dijo a Frances que lo conocía. ¿Cómo?

—¿En qué piensas? —pregunta Trevor, y ella regresa a la realidad con una sacudida. Levanta la mirada del muesli. Toda su familia está sentada a la mesa, mirándola: debían de estar conversando mientras ella se encontraba en su propio mundo. Se da cuenta de que Elliot le lanza una mirada admonitoria desde el otro lado de la mesa.

—En los puntos argumentales del nuevo libro, nada más —miente ella.

Trevor enarca una ceja.

—Interesante. ¿Puedes contarnos ya de qué va? Me entristeció descubrir, mientras leía *El último capítulo,* que Miranda Moody fallece al final.

Ella lo mira: su expresión es inescrutable. ¿Por qué ha mencionado la muerte de Miranda? ¿Se trata de algún tipo de amenaza velada? ¿Sospecha que sabe algo?

El muesli le sabe a serrín en la boca.

—Hum, no, aún no. —Se pone en pie y lleva el cuenco al

fregadero.

Jasmine levanta la mirada del móvil. Sigue en pijama, con el pelo sin cepillar.

—Acabo de recibir un mensaje de papá —anuncia—. Dice que se pasará por aquí esta mañana.

A Elliot se le oscurece la cara, pero no dice nada. Maldita sea, Emilia olvidó decirle que Jonas podría visitarlos.

—No deberías tener el móvil en la mesa —murmura él en su lugar.

Jasmine lo ignora.

—¿Por qué viene él? —le pregunta a Emilia—. Nunca lo hace. ¿Por qué no voy yo a su casa este fin de semana?

—Voy a llamar a Jonas —dice ella, aliviada al contar con una excusa para salir de la cocina. Cuando está cerca de Trevor tiene la sensación de que no puede respirar, como si el hombre hubiera absorbido todo el oxígeno de la habitación.

Se va al estudio, una habitación acogedora en la parte de atrás de la casa, pasado el salón pijo. Allí solo hay una PlayStation y estanterías con libros infantiles y Legos. A Elliot no le gusta tener dibujos e imanes en la nevera, así que ella cuelga los dibujos de Wilfie allí, en pinzas sujetas a un cordel que serpentea siguiendo la moldura curvada de la estancia. Eso le hace pensar en las clases de la escuela primaria, y le encanta. Los niños, igual que ella, necesitan un espacio en el que poder ser desordenados.

Llama a Jonas. Suena como que le contesta con el manos libres del coche.

—Estoy de camino —dice, sin saludarla, y ella se da cuenta de que sigue enfadado.

—Lo siento mucho —espeta Emilia de golpe—. Por Kristin. Me equivoqué. No era ella.

—Ya lo sé —dice él, pero suena aliviado.

—Me disculparé con ella cuando pase a recoger a Jas mañana por la noche.

—¿Quieres decir que se puede quedar este fin de semana?

—Si os parece bien a los dos...

—Pues claro que nos parece bien. Siempre es bienvenida en casa, ya lo sabes. Dile que tenga las cosas preparadas. Tardo diez minutos. —Y cuelga.

Emilia vuelve a la cocina para avisar a su hija y ella sube las escaleras corriendo para prepararse. Wilfie está debatiendo con Elliot los beneficios de tener un perro.

—No quieres tener uno porque crees que son sucios —se lamenta el niño.

—No, colega, no es eso. Es que dan mucho trabajo.

Wilfie echa la silla hacia atrás, el labio inferior tembloroso.

—No es justo. Todos mis amigos tienen mascotas. Nosotros ni siquiera tenemos un hámster.

—Deberías dejar que Wilfie tenga una mascota, hijo —dice Trevor.

—Ya, vale, gracias, papá. Como que yo me crie rodeado de mascotas.

—Solo porque tu madre era alérgica. Está bien que los niños crezcan con mascotas.

A Emilia se le revuelve el estómago.

—Wilf, ve a vestirte —le dice desde la puerta, y su hijo sale corriendo de la habitación; pasa rozándola con cara de furia.

—Bueno —dice Trevor, que apura el café antes de ponerse en pie —. Creo que hoy me vuelvo a casa. No quiero abusar de vosotros. —Parece cansado.

Elliot se levanta también y lleva el cuenco y la taza de su padre al lavaplatos.

—No estás abusando de nadie, ¿verdad, Em?

—No. No, por supuesto que no. —La mentira se queda pegada a su garganta. ¿Fue esta la última cara que vio Louise antes de que la asesinaran? La idea le provoca náuseas.

Elliot se afana en ayudar a su padre; le pone unos cojines bajo la espalda, abre las puertas para que entre el sol y busca el canal en el que dan el fútbol para que lo vea. Acto seguido coge a Emilia del brazo y se la lleva al vestíbulo.

—Tienes que acabar con esto. Mi padre es un anciano.

—Tiene sesenta y dos años y está en mejor forma que yo.

—No es ningún asesino —insiste él entre dientes—. ¿Cómo puedes pensar eso?

—No sé qué pensar.

Los interrumpe el timbre de la puerta y la aplicación avisa que es Jonas. Elliot niega con la cabeza, molesto; vuelve a la cocina y cierra

la puerta tras de sí. Jasmine baja corriendo; viste de manera informal, con los vaqueros holgados habituales y el pelo recogido en una alegre cola de caballo. A Emilia la tranquiliza que vaya a pasar el fin de semana fuera de casa, lejos de Trevor.

—¿Lo tienes todo?

—Sí —contesta ella mientras se pasa los auriculares alrededor del cuello y se pone la mochila a la espalda.

—Genial. —Emilia abre la puerta que da al porche. Tarda unos instantes en destrabar la pesada puerta delantera y se le pasa por la cabeza, no por primera vez, lo ingenua que era al dejarla abierta; sin embargo, siente nostalgia por la persona que fue antes de que comenzara este asunto. Ahora sospecha de toda la gente que conoce.

Jonas está parado en lo alto de los escalones de la entrada, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones cortos. Ella mira por encima del hombro para asegurarse de que Jasmine no pueda oírla, y ve que su hija se aleja por el vestíbulo camino de la cocina, presumiblemente para despedirse de Elliot y de Trevor. Se vuelve hacia Jonas.

—De nuevo, lamento lo que ha pasado con Kristin.

Él la examina con los ojos entornados.

—Has perdido un montón de peso, Em. Me doy cuenta de que has pasado un mal trago, así que lo entiendo. Y soy consciente de que Kristin resultó no ser una buena amiga, pero ella nunca haría algo así.

—Lo sé —dice ella en voz muy baja.

Él frunce el ceño, preocupado.

—¿Va todo bien? ¿Has averiguado quién fue?

—Fue Louise, si lo quieres saber. Lo descubrí después de su muerte. Es una larga historia, ya te la contaré algún día.

—¿Tu amiga detective? Mierda.

—Lo sé. Yo...

Jasmine aparece en la puerta.

—Hola, papi. Nos vemos mañana, mamá. —Se agacha para darle un beso a Emilia en la mejilla.

Su hija adolescente, que ya es mucho más alta que ella. Emilia la abraza con fuerza.

—Te quiero —dice contra su pelo.

—Yo también te quiero.

Jonas le dirige una breve sonrisa ansiosa y ella ve a su hija y su

exmarido dirigirse al BMW que él ha aparcado detrás de su coche, en el camino de acceso. Justo en ese instante, Emilia piensa que ojalá pudiera coger a Wilfie e irse con ellos.

Wilfie va a pasar la noche a casa de su amigo Ben, cerca de allí, en el barrio de St. Margarets, y Emilia agradece la posibilidad de alejarse de Elliot y Trevor para llevarlo en el coche. El niño se ha animado después de la discusión con su padre acerca de las mascotas y está emocionado ante la idea de pasar la noche con su amigo y sus dos peludos cockerpoos. Después de dejarlo y charlar un poco con la madre de Ben, a la que promete recoger al niño a las dos de la tarde del día siguiente, Emilia se sube al coche y se dirige al parque de Marble Hill.

Se siente agradecida por el hecho de que sus dos hijos estén a salvo y lejos de casa. Aún no sabe si puede creer a Elliot cuando le dice que no es Ash. Quiere hacerlo. Tal y como desea creer que Trevor es inocente. Pero no puede pensar con claridad. Las sospechas y la paranoia le están obstruyendo el cerebro. Se baja del coche y se pasea por los jardines de Marble Hill House con la mente a mil por hora. ¿Qué debería hacer?

Decide llamar a Ottilie.

—Hola —le dice ella al contestar—, ¿estás bien?

—¿Sigues en Londres o te has ido en avión a alguna otra parte?

Ella se ríe.

—Haces que mi vida suene mucho más glamurosa de lo que es. Solo voy a Alemania a ver a mi padre. En cualquier caso, estoy en Londres. ¿Va todo bien?

Emilia suspira.

—La verdad es que no. Tengo muchas cosas que contarte, cosas que he descubierto. Dios..., ¿podemos vernos?

—Hoy no puedo. ¿Qué te parece mañana?

—Sí —contesta ella—. Sí, quedemos para comer.

—¿Te importaría venir al piso? —pregunta Ottilie—. Este fin de semana estoy cuidando de la gata de unos amigos que se han ido de puente y está bastante nerviosa.

—No te preocupes. Llevaré algo de picoteo.

—Fabuloso. Me lo cuentas todo entonces. Me muero de ganas. —

Le manda un beso desde el otro lado de la línea y cuelga.

Por lo general, después de hablar con Ottilie debería sentirse apaciguada, pero la duda sigue corroyéndola por dentro. Tiene que contarle a la inspectora Murray lo que sabe. Aunque esté equivocada. No puede esperar un segundo más si quiere tener la conciencia tranquila. Se detiene para llamarla, con los dedos temblorosos, y se queda a la espera. La mujer contesta casi de inmediato.

—¿Sí?

—Soy Emilia Ward. La...

—Oh, Emilia. Me alegro de que me haya llamado. —Suena como si estuviera al lado del mar—. Estaba a punto de hacerlo yo. Uno de mis colegas de la policía metropolitana me ha llamado para contarme que ha aparecido un testigo de la muerte de Louise Greene.

Se le acelera el corazón. Se detiene a la sombra de un árbol y cierra los ojos, apoyada contra el tronco. ¿Será esa la solución? ¿Habrá visto alguien a Trevor?

—Más o menos a la hora en que murió Louise vieron a alguien huyendo del lugar en bicicleta.

—¿Un hombre?

—Eso creen, sí. Llevaba una sudadera con capucha y un chándal oscuro. Y mis colegas han encontrado una bicicleta abandonada en un prado cerca del apartamento de Louise. De color verde chillón. Ahora están investigando su número de serie.

Una bicicleta de color verde chillón. «La de Elliot.»

—Creo que es de mi marido —comienza a decir.

Y, a continuación, le cuenta todo a la inspectora Murray.

53

Emilia me lo cuenta todo, todo lo que ha deducido durante los últimos días. Yo estoy sentada sobre un muro, delante de otro estudio, observando a los niños que chapotean en el mar con sus pantalones cortos o bañadores, aprovechando al máximo este glorioso fin de semana de puente, ajenos a los horrores que hay a pocas calles de distancia. Han comenzado a dolerme los hombros, pero permanezco sentada, paralizada, mientras Emilia habla. Lo hace con rapidez, de manera entrecortada, pero hay otra inflexión en su voz, la emoción. Su discurso se quiebra al hablar de su suegro y no puedo ni imaginar lo traicionada que se debe de sentir.

—Louise me tomó como objetivo a propósito —dice—. Se enteró de con quién estaba casada, de quién es mi suegro..., pero lo que no entiendo es que, si pensaba que Trevor era el hombre al que llevaba tantos años buscando, ¿por qué no acudió a la policía? ¿Es posible...? —Se aclara la garganta—. ¿Sabe si es posible que presentara una queja contra Trevor? ¿Es ese el motivo por el que él dejó el cuerpo?

—Lo miraré, pero sospecho que no tenía ninguna prueba, así que en realidad no podía acudir a la policía. ¿Por qué le contó la historia cuando lo hizo? —le pregunto, pues se me ocurre que podría haberlo hecho en cualquier momento. ¿Por qué esperó a que pasaran casi dos años después de conocerla?

—Supongo que porque descubrió que el asesino había golpeado de nuevo tras una pausa de dieciséis años y quería que la verdad saliera a la luz. Al dominio público. Y coincidió con mi bloqueo creativo. Quizá pensó que, si yo escribía sobre el tema, Trevor pensaría que me lo había contado y haría algo al respecto.

—Pero eso la hubiera puesto a usted en peligro.

Ella suspira y le tiembla la voz.

—Creo que estaba tan decidida a cobrarse su venganza que no le importó a quién pudiera hacer daño. Quiero decir que... me hizo todas esas cosas. Durante meses convirtió mi vida en un infierno y luego se quedó allí sentada, en el restaurante, mientras yo se lo contaba... Elliot dice que él no

es Ash. Y quiero creerle, pero…

Frunzo el ceño y me pongo las gafas de sol sobre la cabeza.

—No saque conclusiones precipitadas, Emilia. Déjeme la labor policial a mí. Pero gracias por informarme, haré averiguaciones sobre su suegro. Se lo cuento lo antes posible. —Y cuelgo. Enciendo un cigarrillo y me quedo allí, dándole caladas profundas. Cuando vuelva a la comisaría miraré lo de Trevor Rathbone, pero, de momento, tengo que regresar al trabajo.

Me bajo de un salto, sintiéndome como si tuviera cien años, y me dirijo al estudio, donde me espera otra víctima del asesino de la mantis religiosa.

54

Emilia sigue pensando en la conversación que ha mantenido con la inspectora Murray cuando aparca en el camino de acceso. Se siente como si se hubiera quitado un peso de encima. Le ha pasado el testigo a otra persona para que se encargue ella de seguir corriendo. Sabe que Elliot se pondrá furioso, pero no ha tenido otra opción.

Apaga el motor y se queda sentada un rato, con el corazón encogido, haciendo acopio de todas sus fuerzas para entrar en la casa y enfrentarse a Trevor, recordando a la vez la advertencia de la inspectora Murray de que no debe extraer conclusiones precipitadas.

Traga saliva, la acidez le quema al fondo de la garganta. «Tú puedes», se dice a sí misma mientras sale del coche y se dirige hacia la casa. Oye voces procedentes de la cocina. La puerta está abierta: hay un hombre parado junto a la isla, hablando con Elliot y Trevor. Ella lo reconoce vagamente y, cuando él se presenta como el sargento Shawn Watkins, recuerda de qué: lo conoció la noche en que encontró el cuerpo de Louise.

—He venido a hablar con su marido, señora Rathbone, sobre una bicicleta —le dice.

Emilia se vuelve hacia Elliot, pero este no dice nada. Sigue con la mirada clavada en el detective. Ella vuelve a prestarle su atención cuando el policía repite lo que la inspectora Murray le ha contado por teléfono hace solo media hora.

—Hemos comprobado el número de serie de la bicicleta y está registrada a nombre de su marido, señora Rathbone. —Por la expresión en los rostros de Trevor y de Elliot, deduce que les había dicho lo mismo antes de que ella llegara y los interrumpiera.

El sargento Watkins tiene algo en la mano. Da un paso al frente y se lo entrega a su marido. Es la fotografía de una bicicleta de color verde chillón. Parece la de Elliot.

—¿Es esta su bicicleta, señor Rathbone? —pregunta Watkins.

Elliot se aclara la garganta.

—Bueno, sí. Quiero decir que lo parece. Es del mismo color. Pero… —le lanza una mirada a Emilia por primera vez desde que ha llegado— me la robaron. Hace una semana o así, ¿verdad, Em? Tenemos pruebas. Está en la aplicación.

Emilia saca el móvil, tiene la sensación de que sus dedos son demasiado grandes mientras busca entre las aplicaciones. Retrocede hasta la noche en que robaron la bicicleta, recuerda que pensaron que lo había hecho Louise. Fue la noche antes de su muerte.

—Tenga —dice, pasándole el móvil—. Puede ver con claridad que alguien se larga con ella.

El sargento Watkins observa la grabación.

—Hay mucho grano —comenta, y levanta la vista hacia Elliot—. ¿Por qué no lo denunció?

—Yo le pedí que no lo hiciera —contesta Emilia, y recupera el móvil de manos del detective—. Porque reconocí la marca del gorro y pensé que quizá era Louise quien se la había llevado.

—¿La detective Greene? ¿Y por qué iba a hacer eso?

Emilia se encoge de hombros.

—No lo sé.

El sargento Watkins dice con gesto serio:

—Un testigo cree haber visto a un hombre en una bicicleta como esta a la hora de la muerte de la detective Greene. Y esta bicicleta apareció abandonada no muy lejos del lugar.

Un rayo de sol extrae un reflejo de la sien calva de Watkins.

—¿Le importaría venir a comisaría para contestar a algunas preguntas? —le dice a Elliot.

Es a Trevor a quien deberían arrestar. Quizá fue él quien se la llevó.

—Ya le hemos explicado que nos robaron la bicicleta —dice Emilia—. ¡Usted mismo puede ver la grabación! Si fue Louise quien se la llevó, la bicicleta habría estado en su piso y el hombre que la asesinó pudo usarla para marcharse de allí. No veo por qué tiene que llevarse a mi esposo a comisaría.

—No pasa nada —dice Elliot, para su sorpresa—. Acompañaré gustosamente al detective. No tengo nada que ocultar.

—Estoy de acuerdo. Lo mejor es cooperar, hijo —dice Trevor, que asiente con la cabeza para animarlo y le da una palmada en la espalda, como si le estuviera agradeciendo una gran comida y no

porque estuvieran a punto de arrestarlo.

Al pasar junto a ella, Elliot le roza la mejilla con los labios.

—Nos vemos luego. No te preocupes, es el procedimiento habitual.

Emilia no puede hablar. Lo ve salir de la habitación seguido de Watkins y se queda a solas en la cocina —y en la casa— con Trevor.

55

Los dos se quedan allí parados, en silencio, durante unos instantes.

—Emilia... —Trevor hace ademán de acercarse a ella, acunando aún el brazo malo.

Ella retrocede, poco a poco, hacia la puerta. Se arma de valor. Si la amenaza de algún modo, le hará daño en el brazo. O le pegará una patada en la entrepierna. Le...

—Emilia... ¿Estás bien? Pareces aterrorizada. No te preocupes por Elliot. Todo irá bien. El hecho de que podáis probar que la bicicleta fue robada implica que cualquiera podría haberla usado para escapar.

No le encuentra el sentido. ¿Por qué ha pedido Watkins que Elliot lo acompañara a la comisaría cuando ya le habían explicado que les robaron la bicicleta? ¿Acaso el hombre que abandonó el lugar coincide con su descripción? ¿De verdad podría Elliot matar a alguien para proteger a su padre, por mucho que haya mentido sobre si es o no Ash? Las preguntas no hacen más que dar vueltas en su cabeza.

—Quizá fuiste tú quien la robó —espeta—. Tienes la llave. Sabes desactivar la alarma. —Retrocede hasta el vestíbulo, ya cerca de la puerta.

Él se detiene, comienza a fruncir el ceño.

—¿De qué estás hablando?

Emilia ya ha llegado a las puertas de cristal. Elliot las ha dejado abiertas y ella sale al porche. Trevor comienza a avanzar de nuevo hacia ella.

—Lo sé todo. Has leído mi libro, así que tú también lo sabes. —Tantea frenética en busca del pomo, se tranquiliza cuando sus dedos advierten la frialdad del latón. Lo gira y está a punto de tropezar mientras baja los escalones hasta el camino de acceso. Fuera se siente más segura. Piensa gritar si él intenta algo. Madge y Phil, en la casa de al lado, la oirán.

Pero Trevor solo la mira, confundido.

—¿Qué quieres decir?

—¡El libro! Todo es verdad. El asesino en serie. Lo que pasó con Daisy y Ash. Fue Louise. Todo fue Louise. ¿La mataste para que dejara de hablar?

Él reacciona como si le hubiera pegado un puñetazo y abre la boca.

—No intentes negarlo, Trevor. Todo encaja.

Él niega con la cabeza.

—Pero ¿qué mosca te ha picado? —Sus ojos están cargados de decepción—. Sé que has sufrido mucho, pero esto se lleva la palma, de verdad que sí. Creo que será mejor que me vaya.

Ella se queda mirándolo, intentando descifrar su actitud, pero es igual de inescrutable que su marido, joder.

—Ya le pediré a Elliot que pase a traerme el resto de las cosas. Voy a pillar el autobús.

Trevor baja al camino de acceso y ella se aparta de él, que vuelve a negar con la cabeza y murmura algo entre dientes. Acto seguido, sale con pasos pesados a la calle y se aleja por ella, hasta perderse de vista.

La cocina sigue oliendo a los cigarrillos que le gustan a Trevor, un aroma que suele pegarse a su ropa pese a que Elliot no le permite fumar en la casa. Emilia se desploma sobre una de las sillas de la mesa de la cocina. Se siente como si su mundo hubiera implosionado. Ya lo pasó mal hace años, con la traición de Jonas, hasta el punto de que pensó que no llegaría a recuperarse nunca. Entonces consiguió el contrato con la editorial y se puso a escribir sobre Miranda Moody. Y, a medida que el personaje iba ganando fuerza, a ella le pasaba lo mismo. Conoció a Elliot, tuvieron a Wilfie y sintió que su vida estaba completa. Ahora han lanzado una granada de mano contra su mundo por segunda vez y no está segura de poder enfrentarse a sus repercusiones, que son mucho peores que las de la ocasión anterior. ¿Cómo podrá explicárselo todo a Jasmine y a Wilfie?

Hace calor en la cocina, el sol entra a través de los cristales de las puertas plegables y siente el sudor acumulado en la parte baja de la espalda. Tiene ganas de llorar, de gritar, mientras la sensación de encontrarse en mitad de una pesadilla avanza y no sabe qué hacer. No quiere involucrar a sus padres. Louise está muerta. Ya ha hecho sufrir

demasiado a Jonas y a Kristin. La única persona que le queda es Ottilie. Es consciente de que la verá al día siguiente, pero no puede esperar. Tiene que hablar con ella en ese momento.

Ottilie atiende al primer timbrazo.

—Hola, Mils.

Emilia se lo suelta todo por teléfono. Todo. Su sospecha de que Trevor es el Hombre de los Garabatos y de que Elliot es Ash; que han encontrado su bicicleta cerca de la escena del crimen. Todo. Cuando acaba, se queda escuchando el silencio perplejo de su amiga.

—Ay, Mils. ¿Estás segura? No veo a Trev como un asesino en serie. Quiero decir que todo esto es tan... absolutamente espantoso. No puedes ir por ahí acusando a la gente en base a algo que Louise escribió..., y Elliot te ha dicho que no es Ash. ¿Es que no le crees?

—Ya no sé qué debo creer —espeta Emilia—. Le he estado dando vueltas en la cabeza sin parar, y no hay otra explicación.

—¿Dónde están los niños? ¿Quieres que vaya? Ay, mierda, tengo a la gata.

Emilia le cuenta que Jasmine y Wilfie pasarán la noche fuera.

—¡Entonces ven para aquí! Necesitas un respiro, un cambio de escenario. Puedes quedarte a dormir. Y lo hablaremos todo.

—Vale —resopla ella—. Voy para allí. Te veo en una hora o así.

Sube corriendo al dormitorio, pensando en Elliot. Se lo imagina en una húmeda sala de interrogatorios, teniendo que responder a las mismas preguntas una y otra vez.

Mete el pijama y la ropa interior en una bolsa, pero no encuentra calcetines. En el piso de Ottilie siempre hace frío, incluso en verano. Se dirige hacia la mesita de noche donde Elliot guarda los suyos y allí encuentra un par grueso de color gris. Está a punto de cerrar el cajón cuando algo familiar llama su atención. Es un gorro, embutido entre los demás calcetines. Lo saca. Nunca ha visto a Elliot con gorro. No es el tipo de persona al que le guste llevarlos. Siempre dice que es porque tiene demasiado pelo, y el gorro le da una forma rara a su cabeza. Recuerda que se estuvieron riendo de ello una vez, al poco de conocerse, un día que fueron a probarse gorros a Harrods. Ella se dobló de la risa mientras hacía fuerza para embutir su esponjoso cabello dentro de la prenda.

Pero no es eso lo que llama su atención. Ha reconocido el símbolo que luce al frente. El gorro es de la misma marca escandinava



que llevaba el ladrón que robó la bicicleta de Elliot.

56

Una nueva víctima. Esta vez se trata de Suzanne Chambers, una mujer de cuarenta y cinco años que se mudó a Plymouth hace solo un año. Van dos en los últimos dieciocho meses, sin contar a Louise. Porque estoy convencida de que la muerte de la detective Greene es algo completamente diferente. No encaja con el resto: Greene no fue apuñalada y le dibujaron la marca del tobillo en vez de grabársela. Hay algo más que me reconcome, pero no logro descifrar qué es.

—Tenemos que atrapar a este puto cabronazo —murmura Saunders esa tarde al salir del estudio, que se encuentra a pocas calles de distancia del domicilio de Lorraine Butterworth. ¿Se trata de una coincidencia?—. Espero que se esté volviendo descuidado. Dos víctimas que vivían tan cerca entre sí...

—Yo también lo espero —digo, y enciendo un cigarrillo mientras nos dirigimos hacia el coche. Le abro el Audi para que pueda entrar y me quedo parada fuera hasta acabar el cigarrillo.

Pienso en la llamada de Emilia Ward, hace un rato, y en su temor a que su suegro sea el asesino. Después de hablar con ella, le he pedido a la agente Michelle Doyle que revise los antecedentes de Trevor, pero aún no tengo los resultados. También estamos trabajando mano a mano con la policía metropolitana, que ha enviado a alguien a averiguar dónde estuvo anoche, cuando mataron a la última víctima, y si dispone de una coartada.

Apago el cigarrillo y estoy a punto de meterme en el coche cuando me suena el móvil. Es Matheson, un colega.

—Al fin hemos localizado al proveedor al que llevábamos meses siguiendo la pista —dice, y suena alborozado—. Han detenido a Lee Fairbrother en Francia, por otro delito, pero hemos conseguido que cooperara con esa lista que queríamos.

—¿De los puntos en los que ha estado vendiendo sus alijos ilegales?

—Sí. —Incluyendo los cigarrillos mentolados.

—Excelente. ¿Me la puedes mandar por e-mail, con copia a Saunders?

—Así lo haré —contesta él, y cuelga.

Saunders ya está en el asiento del copiloto cuando me pongo al volante. Mientras me abrocho el cinturón de seguridad le digo:

—Me acaba de llamar Matheson. Cree que Lee Fairbrother ha estado vendiendo cigarrillos mentolados a un quiosco cerca de donde vive Butterworth. Ha hecho una lista de suministradores y, si el quiosco aparece en ella, irá usted a ver si reconocen a Butterworth como uno de sus clientes, ¿de acuerdo?

Saunders endereza la espalda.

—¿Cuándo tendremos esa lista?

—Nos la está enviando por e-mail ahora mismo. —Le doy el nombre del lugar mientras él se desplaza por su bandeja de entrada, y de repente lanza un puñetazo al aire.

—Aquí está —dice.

—Genial. Le dejo de camino. —Giro a la izquierda para dirigirme al centro de Plymouth—. También estoy investigando si Jennifer Radcliffe, la madre de la detective Greene, fue de hecho víctima del asesino de la mantis religiosa. He encontrado algunas inconsistencias en las notas que he estado revisando.

Saunders baja el móvil.

—¿En qué sentido?

—No forzó la entrada, como en los demás casos. La puerta quedó abierta. Ella vivía fuera de Plymouth, en un pueblo, y no estaba atada. Eso ha hecho que me preguntara si quizá no hicieron que pareciera una de las víctimas del asesino de la mantis religiosa. Si tengo razón, bueno… —Me vuelvo hacia él y le sonrío—. Eso lo cambiaría todo.

57

Emilia se queda mirando el gorro que tiene entre las manos mientras se va dejando caer al suelo. Se imagina a su marido, bajándose de la cama en silencio durante la madrugada, con el cabello oculto por la gorra; desactivando la alarma, saliendo de puntillas por la puerta trasera, rodeando la casa y entrando por delante para «robar» la bicicleta. Hunde la cara entre las manos y gime; la gorra cae sobre su regazo y la recorre una oleada de aflicción. Tenía tantas ganas de creerle..., pero ¿cómo puede explicar el gorro y lo que significa? Lo coge y lo mete en la bolsa, mientras un sollozo escapa de sus labios. Tiene que acudir a la policía, pero antes tiene que salir de casa, por si acaso él regresa.

Se pone en pie, se cuelga la bolsa del hombro y se dirige hacia el exterior. Su mundo entero ha implosionado y no puede evitar que las lágrimas desciendan por su rostro. Se queda parada y vuelve la vista hacia la casa: su hermoso hogar, de simetría perfecta, con las columnas majestuosas a lado y lado de la puerta, y los bonitos tragaluces que sobresalen del tejado como si fueran ojos entrecerrados. Se emocionaron tanto cuando el agente inmobiliario se la mostró por primera vez... «La casa perfecta que dibujaría un niño sería exactamente así», dijo Elliot mientras observaba complacido las ventanas de guillotina y el yeso blanqueado. Era la casa de los sueños de Emilia. Había pensado de verdad que, después de Jonas, tendría una segunda oportunidad de ser feliz, pero ha acabado metida en algo peor, mucho peor.

Da media vuelta y baja por el camino de baldosas hasta la calle, cegada por las lágrimas. Se las seca mientras desciende por la colina hacia la estación. El sol poniente tiñe el cielo de un bonito color rosa y verde azulado. Huele a hierba cortada, a aceras empapadas de sol, a barbacoa: gente que sigue con sus vidas, que come con la familia, que disfruta de una salida nocturna con los amigos, aprovechando el fin de semana largo.

Cuarenta minutos más tarde, Ottilie está esperándola en la puerta de su apartamento y la envuelve en un abrazo enorme. Emilia no recuerda gran cosa del trayecto, ni del momento en que ha entrado en el ascensor anticuado del edificio de su mejor amiga.

—Ay, Mils —le dice, y la guía adentro, hacia el salón acogedor—. Ven, siéntate. Te he preparado un coñac.

Emilia se hunde agradecida en el sofá de terciopelo de gran tamaño. Le encanta esa habitación: las paredes de color azul oscuro, los sofás de un rosa desleído, con montones de fotos y dibujos con marco dorado sobre cada superficie y alfombras persas diseminadas por el suelo de parqué.

Un gato blanco y negro con el hocico rosa maúlla desde una de ellas. Lleva un collar de tela escocesa y algo florece en un rincón de la mente de Emilia, un recuerdo, pero desaparece inmediatamente y ella acepta el líquido ambarino que le ofrece Ottilie y se lo bebe, disfrutando de la quemazón al fondo de la garganta, mientras su amiga le cuenta algo sobre Tizna, la gata, y le dice que se la está cuidando a unos amigos. Deja caer al animal encima de Emilia y este se acomoda en su regazo y comienza a abrir y cerrar las mullidas pezuñas sobre la tela de su vestido.

—Es precioso —dice ella, acariciando su suave pelaje y recostándose contra los enormes cojines de terciopelo. De repente se siente agotada. Tiene que contarle a Ottilie lo de la gorra que ha encontrado, pero está demasiado cansada.

—Preciosa. Te he preparado la habitación de invitados —dice Ottilie mientras da vueltas a su alrededor, arropándole las piernas con una manta, pero cuidándose de no desanidar a Tizna, que se ha quedado dormida en el regazo de Emilia. Ella no tarda en sentir también que le pesan los párpados…

Cuando abre los ojos, la habitación está en penumbra. Debe de haberse quedado dormida y eso la sorprende, pero se siente atontada y tiene la lengua pastosa. Le cuesta creer que haya sido capaz de pegar ojo con toda la adrenalina que circula por su cuerpo. Tizna ya no está encima de ella y Ottilie tampoco se encuentra en la sala. Son las diez pasadas. Quizá se haya ido a la cama, aunque sería demasiado pronto para su amiga. Le ha dejado encendida una lámpara de mesa que

proyecta sombras sobre la pared opuesta, pero por lo demás la habitación está a oscuras.

Emilia se pone en pie. Ya no está cansada, pero la ansiedad vuelve a brotar a la superficie. Aún lleva puesta la chaqueta vaquera que ha cogido antes de salir de casa, y saca el móvil del bolsillo. Ve que hay tres llamadas perdidas. Una de Trevor y dos más de la inspectora Murray. Los dos le han dejado mensajes de voz. Se queda de pie delante de las amplias ventanas en voladizo de Ottilie y entreabre las cortinas pesadas. La luna está alta, redonda y brillante en el cielo. Escucha primero el mensaje de Trevor y se estremece ante la desesperación en la voz del hombre:

«¿Dónde estás? He vuelto a la casa para ver cómo estabas y para averiguar si sabías algo de Elliot, pero no te he encontrado. Espero que estés bien. Por favor, llámame.»

Emilia escucha el otro mensaje, el de la inspectora Murray:

«Hola, Emilia. Por favor, llámeme lo antes posible, no importa la hora. De todos modos, voy a estar en la comisaría todavía un buen rato.»

¿Las diez es demasiado tarde? Decide llamarla de todos modos, quizá tenga información sobre Elliot.

—¿Emilia? ¿Dónde está? ¿Se encuentra bien? —Suena como si la mujer estuviera conduciendo.

—Voy a pasar la noche con una amiga. —Cierra las cortinas y se vuelve a desplomar sobre el sillón.

Está a punto de contarle lo de Elliot y el gorro, pero la detective pasa a la carga antes de que ella pueda hablar.

—Escuche, ha habido novedades por aquí. El asesino de la mantis religiosa volvió a actuar anoche. Un colega ha estado investigando y el jefe de Trevor le ha confirmado que este sufrió ayer una caída en el trabajo. Y que Elliot pasó a buscarlo. ¿Trevor pasó la noche en su casa?

—Sí.

Exhala aliviada. Siente que le han quitado un peso enorme de encima. Trevor no puede estar involucrado, así que Elliot le dijo la verdad al afirmar que no era Ash. Tiene que haber otra explicación para el gorro. Quizá se lo compró hace mucho tiempo y no se dio cuenta de que lo tenía en el cajón. Es una marca popular.

—Hay un sospechoso al que llevamos un año vigilando, Martin

Butterworth. Se lo he comentado antes.

Emilia lo recuerda vagamente.

—¿Sí?

—El caso es que fuimos a visitar a su hijo, pensando que podría ser el Ash de Louise, y no. Pero Sharon, su esposa, se acaba de poner en contacto con nosotros. Resulta que fue a la universidad con Louise cuando se llamaba Daisy. El mundo es un pañuelo.

—Vale.

—Lo que pasa es que no fue en la universidad de Exeter, sino en la de Leeds. Al parecer, Louise estuvo un semestre en Exeter, pero la abandonó y se tomó el resto del año libre antes de comenzar de nuevo en Leeds el curso siguiente. El caso es que Sharon recuerda que Louise le dijo que dejó Exeter por culpa de una amistad que acabó mal, una amistad muy intensa con una chica. Es lo único que recuerda, pero me ha llamado para contármelo, preguntándose si sería importante. Así que he entrevistado a algunos de los colegas de Louise y al parecer era bisexual. Y eso me lleva a pensar que hemos estado buscando en el lugar equivocado. En realidad, Ash podría ser una mujer.

58

A Emilia le duele la cabeza, se siente atontada.

—Es como buscar una aguja en un pajar —dice—. Podría ser cualquiera.

—Sí. Pero... —La inspectora vacila y Emilia se pregunta qué no le estará contando—. ¿Dónde está usted ahora?

—Estoy con una amiga, Ottilie Bentley-Gordon, en South Kensington.

—¿Ha dicho Bentley-Gordon?

—Sí, pero mañana tengo que volver a casa. —Recoge la manta alrededor de las rodillas. La verdad es que no logra concentrarse. Son demasiadas las ideas y las preguntas que se acumulan en su mente, continúa preocupada por la bicicleta de Elliot y se nota un poco desorientada por la siesta, además de que siente la presión del dolor de cabeza detrás de los ojos.

Intenta recordar las partes de Daisy en *El último capítulo*. Al margen de unos pocos cambios menores, no alteró nada la historia que Louise le había pasado de Daisy y Ash. Incluso fue fiel a la manera en que estaba escrita, porque le gustó que destacara respecto a su propio estilo. Ahora que lo piensa, Louise nunca usó pronombres específicos. Solo era Ash y ella asumió que Ash era un hombre.

La inspectora Murray prosigue:

—También estoy considerando la posibilidad de que la madre de Louise no fuera víctima del asesino de la mantis religiosa, tal y como ella pensaba. Quizá alguien hizo que pareciera así. En aquel momento ya había asesinado a otras dos mujeres. Fue muy al principio, cuando la policía..., cuando comencé a darme cuenta del tipo de asesino al que nos enfrentábamos. Nadie estaba al corriente de que les grabara la cabeza de una mantis. Solo quienes trabajábamos en el caso.

Emilia respira hondo.

—¿Trevor? Estaba en la policía, por entonces. ¿Fue él? ¿Trabajó en el caso?

Quizá no sea el asesino de la mantis religiosa, pero Trevor podría haber tenido una aventura con la madre de Louise. Quizá la acuchilló e hizo que pareciera como que la había matado un asesino en serie. Pero, en tal caso, Elliot sería Ash. Emilia gime para sus adentros. No hace más que caminar en círculos.

La voz de la inspectora Murray irrumpe en sus pensamientos:

—No. En aquella época, Trevor trabajaba en Antivicio, tenía otro caso.

—Entonces... —se siente confundida—, ¿qué me está diciendo? ¿Cree saber de quién se trata?

—Ahora mismo intento mantener la mente abierta, pero recuerde sus conversaciones con Louise. Sospecho que todo esto sigue relacionado con alguien a quien usted conoce. ¿Por qué la escogió Louise en concreto?

Emilia se lleva una mano a la frente. La nota caliente, como si estuviera a punto de pillar algo.

—Lo siento, ahora mismo no puedo pensar con claridad...

—Es tarde. Tenga en cuenta lo que le he dicho, ya hablaremos mañana. Buenas noches, Emilia. Intente dormir.

La línea queda muerta. Emilia suspira, se pega el móvil al pecho. Se siente aún más confundida.

—¿Quién era?

Levanta la mirada. Ottilie está en el umbral. Lleva puesto un kimono largo de flores con un pijama de seda de color crema por debajo, el cabello rubio suelto por la espalda. Tiene una taza en la mano, y la deja al lado de Emilia.

—Chocolate caliente. He pensado que lo necesitarías.

Emilia coge la taza agradecida, la envuelve con sus manos. No está caliente, sino tibia, y se la bebe entera. Entonces eleva la vista hacia el rostro expectante de su amiga.

—Era la inspectora Murray.

—¿Qué te ha dicho?

Ottilie retrocede hasta quedar en mitad de la habitación. El gato aparece de improviso y ella se agacha para tomarlo entre sus manos. El collar de tela escocesa. Emilia se estremece al recordar, ahora sí, la fotografía del móvil de Louise. La que le puso ante las narices aquella noche en el restaurante, cuando ella le habló de tener un gato. Lo recuerda vívidamente, porque sintió una ligera envidia hacia su

amiga, consciente de lo que opinaba Elliot sobre las mascotas. La imagen cobra nitidez en el ojo de su mente: un gato negro con un collar de tela escocesa y el pecho blanco. El hocico rosado. Hamish. Un gato macho. Y de repente tiene la certeza de que el gato que Ottilie tiene entre los brazos es el de Louise.

—¿De dónde has sacado ese gato?

Ottilie levanta la mirada sorprendida, la luz de la luna se refleja en sus ojos de vidrio marino.

—¿Qué?

—El gato...

—Es de unos amigos. Ya te lo he dicho.

—Se parece al de Louise.

Ottilie frunce el ceño y se pasa el pelo por detrás del hombro.

—¿Louise tenía un gato?

—Sí. —Emilia deja la taza sobre la mesa y se acerca a Ottilie—. Un gato macho. Lo había olvidado. Pero, ahora que lo pienso, nadie mencionó que hubieran encontrado un gato en el piso de Louise cuando la asesinaron, ni después.

Ottilie se encoge de hombros.

—Quizá se escapó.

—¿Puedo verlo? —Estira los brazos, pero su amiga se aparta.

—Los extraños la ponen nerviosa.

—Creo que vas a descubrir que es un macho, Ottilie.

Ella se pone rígida, pero no suelta al animal.

¿Cómo es posible que Emilia no se haya dado cuenta de que lo ha tenido delante de las narices durante todo este tiempo? La teoría de la inspectora Murray era correcta. Una chica, no un chico.

—Tú... —dice, alarmada, al caer en ello—. Fuiste a la universidad en Devon, ¿verdad? Un solo semestre. Nunca me has contado por qué lo dejaste. Sufriste una crisis nerviosa. ¡Ay, Dios mío, eres tú! —Tuvo que estar ciega para no verlo antes—. Fuiste tú. Fue a ti a quien quiso acercarse Louise. Por eso me convirtió en su objetivo.

—¿De qué estás hablando? —Pero la voz de Ottilie suena ahora más afilada.

—Tú eres Ash.

59

—¿Qué quieres decir? —le pregunta Ottilie.

Una sombra oculta la expresión de su rostro, pero Emilia se da cuenta por su lenguaje corporal que sabe a la perfección de qué le está hablando.

—¿Conociste a Louise en la universidad? Su nombre completo era Daisy Louise Greene.

Ottilie deja que el gato se escurra entre sus brazos y se escabulla de la habitación.

—¿La de los capítulos de Daisy en tu libro? Me sonó que había una relación amorosa, y yo nunca he mantenido una relación amorosa con ninguna mujer.

—Pudo ser unilateral. Louise era bisexual. Quizá estaba enamorada de ti, por mucho que tú la vieras como a una amiga.

Ottilie cruza los brazos sobre el batín fino.

—No coincidí con ninguna Louise, ni Daisy, ni como se llame. No la he visto nunca.

Lo que tiene conocer a alguien desde hace tanto tiempo es que acabas reconociendo cada pequeño tic, cada expresión, cada movimiento corporal de esa persona. Y Emilia sabe, sin el menor asomo de duda, que su amiga le está mintiendo.

—Ottilie, por favor, dime la verdad.

—No quieres pensar que tu marido es un asesino, ¿verdad? De eso va todo esto. Preferirías que fuera yo.

Emilia avanza un paso hacia Ottilie, a quien la iluminación procedente del pasillo deja a contraluz.

—Tenemos cámaras en el jardín trasero. Te tenemos en vídeo robando la bicicleta de Elliot —se tira el farol—. He encontrado la gorra en el cajón de Elliot. —Se agacha, la saca de la bolsa que tiene a sus pies y la levanta en el aire. El movimiento hace que la cabeza le dé vueltas y que el dolor se intensifique—. Mira. Es del tipo que llevaba Louise. ¿Esperabas tenderle una trampa haciéndome creer que ella

había robado la bicicleta? ¿Y entonces qué? ¿Cambiaste de planes para comprometer a Elliot? —Emilia le tira la gorra y Ottilie la atrapa con una mano.

—No sé de qué estás hablando. No había visto esto nunca. —Mira la gorra con asco y la arroja sobre el sillón más cercano.

—Sé que fuiste tú quien robó la bicicleta de Elliot. Te reconocí en la grabación —miente. No fue así. En su momento pensó que se trataba de Louise por culpa del gorro.

Ottilie abre mucho los ojos. La expresión de su rostro le dice a Emilia todo lo que deseaba saber.

—Ay, Ottilie..., ¿por qué?

Ella avanza hacia Emilia, que, por segunda vez en las últimas semanas, tiene miedo de su amiga. Se acurrucaban juntas bajo el edredón, en el dormitorio, cuando había tormenta; se consolaban la una a la otra cuando se sentían solas, se reían tanto en clase que Ottilie llegó a hacerse pis encima. Para ella ha sido más que su mejor amiga. Ha sido como una hermana.

—Daisy sabía demasiado —murmura—. Era una maldita psicópata. Fui allí solo para hablar con ella. Nada más. Para decirle que sabía que se encontraba detrás de todo lo que te estaba pasando.

—¿Pensaba que tu padre había asesinado a su madre?

Ottilie desplaza el peso de un pie descalzo al otro mientras se muerde el labio. Emilia se da cuenta de que su amiga está evaluando hasta qué punto puede ser sincera.

—Sí. Él engañó a mi querida madre con la de Daisy. Cuando lo descubrió, ella acabó destrozada y se suicidó. —Le centellean los ojos, Emilia se encoge ante su rabia.

—Nunca lo dijiste... Nunca me lo contaste. A ver, sabía que se había suicidado, pero no el motivo.

—No quise contárselo a nadie. Me dolía demasiado. —Se cubre la cara—. Esto es un desastre. Es un puto desastre.

Emilia está paralizada, se debate entre ir a consolar a su amiga y salir corriendo del piso para avisar a la policía. Decide esquivarla, pero Ottilie es demasiado rápida y la sujeta veloz con una mano.

—No puedes marcharte, Mils. Irás directa a la policía. Pondrás a tu marido por delante, como haces siempre. —La coge con tanta fuerza del brazo que le está haciendo daño—. Siempre has puesto a los hombres primero. Al gilipollas vanidoso de Jonas y ahora a Elliot.

—Es mi marido, Ottilie. Es un buen hombre. Eres tú la que ha matado a alguien.

—Siéntate —dice Ottilie, inclinando la cabeza hacia el sofá. Emilia hace lo que le pide mientras se frota el brazo, agradecida porque la tela de la chaqueta vaquera se haya llevado la peor parte de la pinza en que se ha convertido la mano de su amiga.

Ottilie se sienta a su lado, la luz de la lámpara proyecta sombras sobre su hermosa cara. Sin duda ella no le haría daño. Pero mató a Louise. La idea la golpea como un puñetazo en el estómago.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunta Emilia con suavidad, el cuerpo inclinado hacia el de su amiga. Está a punto de parecerle gracioso que, desde fuera, pueda dar la sensación de que están manteniendo una charla agradable.

Ottilie se pasa el kimono por encima de las rodillas, con calma. Incluso en la penumbra, Emilia se da cuenta de que su amiga tiene los ojos enrojecidos.

—Solo quería hablar con ella. Eso es todo. Lamento haberme llevado la bicicleta de Elliot. En aquel momento supuse que, al ver que la bici había desaparecido, pensarías que había sido Louise por el gorro. Como te digo, no tenía planeado asesinarla.

Emilia la observa, incrédula. Todo parece planeado. No es que Ottilie viva a la vuelta de la esquina. Tuvo que llegar hasta su casa en mitad de la noche, probablemente con un Uber, y robar la bicicleta, consciente de que, si se ponía ropa oscura y un gorro, se la podría confundir con un hombre. «Incluso con mi marido.» Pero asiente con la cabeza y la deja hablar.

—Se volvió loca. Comenzó a acusar a mi padre. Dijo que había vuelto a matar..., de verdad pensaba que era el asesino este de la mantis religiosa. Es absurdo, como si mi padre fuera a hacer algo así. Yo solo quería que se callara. Intenté razonar con ella. Tienes que creerme, Mils. —Le coge la mano. Una lágrima se desliza por su mejilla tersa—. Estaba obsesionada, no se encontraba bien de la cabeza. Había orquestado todo esto... Era consciente de que, en cuanto yo leyera tu novela, sabría que se trataba de mí. Aunque hay que decir que engalanó todo el apartado romántico. En la universidad, para mí fue solo una amiga. Y entonces, el día de la presentación de tu libro, me pareció verla fuera. No entró en la librería porque debía de saber que yo estaría allí. Pero la reconocí aunque intentara esconderse.

Estuve a punto de salir a hablar con ella, a saludarla, pero estaba con Kristin. Cuando Kristin volvió a entrar en la librería le pregunté con quién había estado, ella me contestó que con tu amiga Louise, y pensé que me había equivocado, pero tuve que comprobarlo por mí misma. Así que averigüé dónde vivía y la seguí. Apenas había cambiado. Lo supe nada más verla. Era Daisy. Y todo comenzó a encajar.

—¿Por qué no te limitaste a contarme lo que pasaba cuando te diste cuenta de que Louise era Daisy?

—Porque... —se muerde el labio— porque me dio miedo que comenzaras a pensar también que mi padre era el asesino. Y no quise involucrarte.

—¿Por qué creía Daisy que tu padre era el asesino? —pregunta Emilia con suavidad—. ¿Porque lo reconoció cuando fue a pasar aquellas Navidades contigo?

—Sí. La parte del libro en la que Daisy va a pasar la Navidad con Ash fue así, a excepción de que solo éramos amigas. No sé si estaba enamorada de mí..., pero hace que suene mucho más romántico de lo que en realidad fue. En lo que a mí respecta, solo éramos muy buenas amigas. Una amistad intensa, supongo, para un plazo de tiempo tan corto. Yo estaba en mi fase emo, intentaba reinventarme, ya sabes cómo son esos momentos, y teníamos tantas cosas en común que congeniamos de inmediato. Y, esa Navidad, Daisy vino a visitarme a la casa de mi padre en Devon, y fue cuando lo reconoció. Y se enfrentó a él, claro. Típico de Daisy. Y él lo negó. Por entonces estaba con su segunda esposa, que se llamaba Stef, y supongo que no quiso quedar mal delante de ella. En todo caso, en cuanto mi padre me contó lo que había hecho, puse fin a nuestra amistad y dejé la universidad. De todos modos, odiaba aquellos estudios y la única amiga de verdad que había hecho allí era Daisy.

Hay algo en todo esto que no acaba de encajar. Ottilie no le está contando la historia completa.

—¿Y no supiste nada de la venganza de Louise? ¿Que estaba escribiendo sobre tu padre... hasta que leíste mi libro?

—No tenía ni idea. El asesino había actuado de nuevo después de varios años y Daisy..., Louise estaba convencida de que era mi padre. Por desgracia, coincidió con la visita de mi padre a Inglaterra, en febrero pasado. Pero ha estado fuera desde entonces. Mi padre no es un asesino.

Emilia solo ha visto al padre de Ottilie un puñado de veces. Intenta que el ojo de su mente le devuelva una imagen del hombre cuando era más joven. Por entonces tenía su atractivo, con aquel cabello rubio oscuro, pero no puede estar segura de que tuviera o no una doble coronilla. La verdad es que nunca se fijó. Tan solo era el padre de su mejor amiga. Ahora, no obstante, todo lo que sabe se mezcla en su mente. ¿Es posible que Louise tuviera razón? ¿Era el padre de Ottilie un asesino en serie? ¿Es ese el motivo por el que ha costado tanto seguirle la pista durante todos estos años, porque vivía en el extranjero? Al parecer era una especie de diplomático que en algún momento estuvo en la policía —y fue cuando debió de trabajar con Trevor—, pero no sabe nada más que eso.

—Daisy pensaba que, si todo el mundo leía el libro, alguien se daría cuenta de que a quien estaban buscando era a mi padre. Que mi padre era el asesino. Estaba completamente convencida, pero se equivocaba. Como te decía, cuando entendí lo que pasaba fui a verla para razonar con ella, para decirle que tenía que parar esta obsesión con mi padre. Para pedirle que dejara de usarte para llegar hasta nosotros. Y la cosa se descontroló. No pretendía matarla.

A Emilia se le revuelve el estómago.

—Ottilie...

—Lo negaré. Si se lo cuentas a la policía, negaré todo lo que te acabo de decir.

—Pero... ¿y Elliot? ¡Por tu culpa creen que ha sido él!

—Lo siento, Mils, lo siento de verdad. Elliot me cae bien, lo creas o no. Pero pensé que si dejaba el gorro entre sus cosas... —Sacude la cabeza—. Solo quería desviar la atención de mí, eso es todo. Igual que con la bicicleta. No pensé que lo arrestarían de verdad... En cualquier caso, lo soltarán. No tienen nada más contra él.

—Dices que no crees que tu padre sea el asesino de la mantis religiosa..., pero ¿piensas que podría haber matado a la madre de Louise y haber hecho que pareciera otra víctima del asesino en serie?

—Pues claro que no. Mi padre era policía en aquella época. Era comisario, estaba muy arriba. Nunca hubiera hecho eso. Creo que el asesino en serie mató a la madre de Louise. Daisy, de pequeña, se confundió. Pensó que el hombre al que vio saliendo de su casa aquella noche, mi padre, regresó y mató a su madre. Sumó dos y dos y le salió cinco. Se la tenía jurada a mi padre, y él no había hecho nada malo...,

al margen de engañar a su esposa.

—¿Y la señal en el tobillo de Louise?

Ottilie entorna los ojos.

—Al darme cuenta de lo que había hecho, tuve que hacer que pareciera otro incidente sacado de tus libros.

—Pero...

—Joder, Mils, ¿me estás escuchando?

Emilia se estremece.

Ottilie sigue cogiéndole la mano y pasa a apretársela un poco más fuerte.

—Como te decía, estaba muy enfadada con ella, por haberte involucrado de esa manera. Sabía lo que podía suceder con tu reputación como escritora si alguien se enteraba. En esencia, habías robado una historia ajena.

—Pero ella me la dio voluntariamente.

—Pero está muerta, ¿no? Así que no puede contarle eso a nadie. Todo el mundo asumirá que se la robaste. ¿Ya se lo has contado a tu editora? Seguro que no. Siempre te ha gustado esconder la cabeza en la arena, ¿verdad? Como cuando te negaste a ver que Kristin era una zorra y te estaba manipulando. O que Jonas es un pedazo de mierda infiel. O que Daisy te acosaba.

—No hay nada malo en esperar lo mejor de la gente —dice Emilia en voz baja.

Ottilie suaviza la expresión.

—Lo sé, querida Mils. Y te quiero por eso. —Suspira sin soltarle la mano, que ha comenzado a sudar—. El problema es que yo llevo jodida desde los catorce años. —Ottilie sigue hablando con voz calma, pero ahora hay un dejo maniaco en su tono—. ¿Recuerdas cuando sufrí la crisis nerviosa y falté a la escuela durante medio semestre?

—Por supuesto. —Ottilie se había ido a pasar el fin de semana a la casa de su padre en Devon, y aquel viernes por la noche parecía estar a la perfección. Tenía muchas ganas de ir porque era febrero y no lo había visto desde Navidades. El lunes no regresó, y faltó todo lo que quedaba de semestre. Emilia le escribió, suplicándole que le contestara, pero nunca lo hizo. La única información que le dieron las maestras fue que Ottilie no se encontraba bien—. Lo recuerdo. Estaba muerta de preocupación por ti.

—Ay, qué dulce.

Emilia intenta no reaccionar al evidente sarcasmo de su amiga.

Ottilie no regresó hasta después de las vacaciones de Semana Santa, y actuó como si no hubiera pasado nada. Cuando Emilia le preguntó al respecto, ella lo adjudicó a un luto tardío por la muerte de su madre, el año anterior, y Emilia se lo tragó. ¿Solo vio lo que había querido ver?

—Nunca te he contado la verdad sobre lo que en realidad provocó aquella crisis.

Emilia contiene el aliento.

—Aquel fue el fin de semana en que descubrí que mi padre llevaba años tirándose a la madre de Daisy. Mientras estaba casado con la mía. Fue el fin de semana en que encontré sus sórdidas cartas de amor y él tuvo que admitirlo todo. Había llevado a mi maravillosa mamá al límite. —Se ríe con amargura—. La madre de Daisy, la tal Jennifer, nos limpiaba la casa. ¿Te lo puedes creer? Supongo que aquel día, cuando me enfrenté a Daisy, me enfurecí al recordar lo que había hecho su madre. Daisy acusó a mi padre de asesino cuando no lo es, y, sin embargo, su madre sí lo era. Su madre fue la responsable de la muerte de la mía.

—Ottilie, tienes que ir a la policía y contarles todo esto. Si lo piensas, en realidad fue un homicidio involuntario. —Emilia no está del todo segura de que eso sea cierto. Cree que fue premeditado. Por la razón que fuera, el día que robó la bicicleta de Elliot, Ottilie tenía una idea en la cabeza, y esa idea era la de matar a Louise. Y había intentado culpar de ello a Elliot. ¿Cómo logró entrar? Emilia sabe que cerró bien la puerta.

»¿Tienes llave? —le pregunta—. ¿De mi casa?

Su amiga no dice nada, la mira fijamente. ¿Se hizo una copia cuando fue a pasar la noche allí? También conocería el código de la alarma.

La cabeza le da vueltas y nota un sabor desagradable en la boca. Ve por el rabillo del ojo que Hamish entra tranquilamente en la habitación y comienza a restregarse contra la pierna de Ottilie.

—¿Por qué te llevaste al gato de Louise?

Ottilie mira el animal entre sus pies, pero no suelta la mano de Emilia.

—No podía dejar al pobre bicho allí. ¡No soy un monstruo!

Emilia se la queda mirando, incrédula. ¿Quién es esa persona

capaz de matar a una mujer y a la vez salvar a un animal?

—Ottilie… —insiste con suavidad—. Llamemos a la policía. La inspectora Murray es muy comprensiva. Ella…

—¡No! —Ottilie se pone a sollozar, le tiembla todo el cuerpo—. No puedo ir a la cárcel, Mils. Tú lo sabes. No lo aguantaré.

—Puede que tu caso implique atenuantes de responsabilidad. Por toda esa rabia y emociones contenidas. Podrías recibir ayuda.

Ottilie le aprieta la mano.

—No lo creo.

—Por favor, Ottilie. Puedes hacer lo correcto. Tienes que contar la verdad. —Intenta ponerse en pie, pero su amiga le tira de la mano con tanta fuerza que se ve obligada a sentarse de nuevo en el sofá.

—Sabes que te quiero, Mils. Lo sabes, ¿verdad? Es importante que lo sepas.

—Pues claro. —Emilia se traga la ansiedad—. Por supuesto que lo sé.

—Bien. —Ottilie aumenta la presión y una de sus lágrimas se estrella contra el dorso de la mano de Emilia—. Lo siento. Nunca quise tener que llegar a esto, pero no puedo dejar que te marches.

60

Estamos a media hora de Londres cuando Saunders recibe la llamada. Está sentado junto a mí, en el asiento del copiloto.

—Es una gran noticia, gracias, colega. Sí, sí, está aquí. Se lo digo. —Corta y me mira; su cabeza irradia entusiasmo como si fuera calor—. Oh, Dios mío, lo tenemos. Después de todo este tiempo, lo tenemos. Lo han arrestado. El cabrón intentaba huir del país.

Me río, de alivio y de júbilo. La cárcel debió de alterar de algún modo el cerebro de Martin Butterworth, porque cometió un error estúpido al matar a Suzanne Chambers, su última víctima. En el dobladillo de su camisón apareció una mancha diminuta de sangre que no pertenecía a la víctima. El ADN de Butterworth se encontraba en la base de datos y coincidió con el de la muestra. Tan sencillo como eso. Debió de cortarse mientras grababa la cabeza de insecto en el tobillo de Suzanne. Junto con la información que Saunders obtuvo del quiosquero, que confirmó haberle vendido cigarrillos mentolados a Butterworth, hemos podido atrapar al cabrón. Después de todos estos años y de ocho víctimas. Pero aún no le podemos adjudicar el asesinato de Louise. Estoy convencida de que la mató otra persona.

He deducido que Saunders mantenía una relación con Louise. Se conocieron durante una jornada de formación y la cosa comenzó entonces. Me lo confirmó uno de los colegas de Louise, que también participó en el acto. Por eso salió corriendo de la escena del crimen aquel día e hizo como que tenía un virus estomacal. Reconoció a Louise. Y sospecho que fue él quien le contó que el asesino de la mantis religiosa había vuelto, y puso en marcha la cadena de acontecimientos que nos ha traído hasta aquí. Ya lo comentaré con él en otro momento, cuando estemos de vuelta en Plymouth y tengamos a Butterworth encerrado. Pero ahora no. Voy a dejar que disfrute de esto.

El domingo no podemos dormir hasta tarde. Saunders ya está en el tren de

regreso a Devon para entrevistar a Martin Butterworth ahora que lo han arrestado. Yo me apuntaré más tarde, pero antes quiero volver a hablar con Emilia Ward. Y también con su amiga, Ottilie Bentley-Gordon. Reconocí su apellido anoche, cuando hablé con Emilia. Su padre, Charles Bentley-Gordon, fue mi jefe hace veinticinco años, cuando el asesino de la mantis religiosa comenzó a matar, antes de que ingresara en el servicio diplomático extranjero. Creo que es el mismo hombre de quien Louise sospechaba que había mantenido una aventura con su madre. Ottilie, su hija, tiene que ser Ash. He intentado llamar a Emilia varias veces y le he dejado mensajes, pero no he obtenido respuesta. También he ido hasta su casa, pero está vacía. Al recordar que me dijo que iba a pasar la noche con Ottilie, he buscado la dirección de esta en High Street Kensington —el piso está a nombre de su padre— y me he dirigido hacia allí. Había olvidado lo mucho que cuesta moverse en Londres en coche. Estoy acostumbrada a las carreteras más o menos abiertas de Devon, pero aquí tardo casi una hora en conducir unos pocos kilómetros. Cuando aparco en una calle secundaria y encuentro la dirección de Ottilie ya son casi las once de la mañana.

El apartamento se encuentra en un bonito edificio con columnas de piedra blanca y una puerta negra. En el vestíbulo hay un conserje sentado a un escritorio y, en el centro, un vetusto y encantador ascensor de madera que me recuerda a los de las películas antiguas. El hombre sonríe al verme entrar. Le muestro mi credencial y le digo que he venido a ver a Ottilie.

—Oh, se fue anoche, tarde. O, mejor dicho, de madrugada, según me ha dicho el conserje nocturno.

—¿A qué hora?

—Sobre las dos de la mañana. Hay una amiga en su casa. Al parecer sigue allí.

Intento reprimir una sensación de intranquilidad.

—¿Cuál es el número de su apartamento?

—El siete.

No espero al ascensor; en su lugar, subo corriendo por las escaleras que hay detrás del ascensor, llego sin aliento al segundo piso, donde se encuentra el apartamento de Ottilie. Llamo a la puerta, pero, tal y como esperaba, no hay respuesta. Estoy segura de haber oído a un gato maullar al otro lado de la puerta cerrada. Vuelvo a golpear con los nudillos y llamo a Emilia a gritos. La anciana del piso de al lado abre la puerta y frunce el rostro, molesta.

—¿Qué es todo este jaleo?

Le explico quién soy y le muestro mi identificación.

—Es posible que tenga que echar la puerta abajo —le digo—. Estoy preocupada por una persona que se encuentra en el interior de la casa.

—No, no lo haga. Espere. —Desaparece en el interior del piso. Huele como si estuviera cocinando algo. La anciana vuelve a salir con una llave —. Hicimos un intercambio por si algún día nos quedábamos sin llaves fuera de casa.

—Bien. Gracias. Por favor, abra la puerta.

Ella se toma su tiempo. En el momento en que estoy a punto de arrebatarle la llave y usarla yo misma, la puerta se abre. La mujer se aparta y yo entro con rapidez. Percibo que me sigue mientras atravieso el vestíbulo cuadrado y entro en la cocina de galera, que está vacía, igual que los dormitorios. En uno de ellos, todos los armarios y cajones están abiertos, y hay ropa tirada por la cama y por el suelo.

—¡Emilia! —la llamo, y corro hacia el salón. Abro la puerta. La habitación se encuentra a oscuras, las cortinas opacas están corridas, pero, en una esquina, al lado del radiador, hay un cuerpo tirado en el suelo.

La anciana enciende la luz del techo y lanza un grito ahogado.

—Llame a una ambulancia —le pido, y corro hacia el lugar donde yace Emilia, completamente vestida. Está de lado, con los ojos cerrados, y parecería que se acaba de quedar dormida si no fuera por esa palidez tan poco natural. Una palidez mortal, con los labios teñidos de azul. Me pongo en cuclillas e intento encontrarle el pulso con miedo a haber llegado demasiado tarde.

61

La primera persona que ve al abrir los ojos es Elliot, y se pregunta si no estará muerta. O soñando. Parpadea algunas veces y el rostro de su marido cobra nitidez cuando él se inclina hacia ella.

—¡Está despierta! —grita una voz familiar y, al volver la cabeza, ve a Wilfie y a Jasmine al otro lado de la cama. Todos le sonríen, pero parece que sus dos hijos han estado llorando.

—No pasa nada, mi amor, estás a salvo —le dice Elliot, que le coge la mano y la lleva a recuperar su último recuerdo: la mano de Ottilie, cálida y sudorosa.

Tiene la boca seca e intenta hablar.

—Ten, bebe un poco —dice Elliot, acercándole con cuidado un vaso de agua transparente.

Ella bebe un sorbo.

—¿Dónde estoy?

—En el hospital, pero estás bien. Te vas a poner bien. —El alivio en su voz es evidente y Emilia se pregunta si hubo algún momento en que su marido no estuvo tan seguro de que, en efecto, iba a ponerse bien. Intenta incorporarse, pero descubre que no puede. Elliot aprieta un botón en la cama y esta se mueve para que quede más erguida—. ¿Mejor?

Ella le aprieta la mano.

—Has salido... —logra decir.

Y entonces ve los rostros ansiosos de sus padres, detrás de los niños. Vuelve a parpadear.

—Estábamos todos tan preocupados... —dice su madre mientras le da unos golpecitos en la manta de hospital que le cubre las rodillas —. Has estado casi veinticuatro horas inconsciente.

Drogada. Ottilie le puso algo en el chocolate caliente. No es de extrañar que se sintiera tan ida. Ese era el motivo por el que no podía concentrarse. ¿Ottilie había planeado matarla, pero no le había dado una dosis suficiente?

—¿Dónde está Ottilie?

—Se..., se ha ido, cariño —contesta Elliot—. La policía la está buscando, pero lo más probable es que ya haya salido del país.

Emilia nota las lágrimas en su cara. Elliot se inclina y le da un beso en la frente.

—Nos has dado un buen susto. Gracias a Dios que estás bien.

Ella estira el brazo y sus dedos encuentran los suaves rizos de Wilfie, y a continuación la mano de Jasmine.

—No pienso irme a ninguna parte —dice.

Tiene que permanecer unos días en el hospital para comprobar que no tenga algún órgano dañado. Oye el tráfico en el exterior, el pitido de las bocinas, el alarido de las sirenas, y experimenta una comodidad extraña. Aún se siente algo aturdida por culpa de la droga que le suministró Ottilie: los médicos le han dicho cuál fue, pero tiene un nombre larguísimo y, en su estado de confusión, Emilia no logra recordarlo. Eso sí, al parecer es fácil de conseguir con una receta médica. Elliot se ha quedado con ella y sus padres se han llevado a los niños a casa. No quería perder de vista a Wilfie ni a Jasmine, pero se ha dado cuenta de que estaban cansados y, en cuanto han comprendido que se pondrá bien, aburridos. ¿Y si Ottilie volviera para, esta vez sí, acabar con ella? Le expresa ese temor a Elliot, que no se ha separado de su lado desde que la ingresaron, según le han contado las enfermeras.

—Es imposible que se arriesgue a regresar a Londres —dice—. Ahora mismo ya estará muy lejos.

Ella le cuenta lo del gorro.

—Ottilie lo dejó escondido en casa. Aún no me puedo creer que asesinara a Louise. Sabía que no podías haber sido tú.

—¿Cómo podrías pensar que fui yo, con esta cara que tengo de persona en la que se puede confiar? —bromea, pero Emilia percibe el peaje que los últimos días, semanas y meses se han cobrado en él. Ha envejecido, y es consciente de que ella también lo ha hecho—. Me siento muy agradecido porque estés bien.

Entonces, ella se acuerda del gato.

—Hamish. El gato. ¿Dónde está?

—No te preocupes, tenemos al gato. La inspectora Murray lo

encontró en el apartamento de Ottilie después de que se te llevara la ambulancia. Le dije que lo cuidaríamos.

Emilia se queda mirándolo, perpleja.

—Pero si tú odias las mascotas…

—No odio las mascotas —dice Elliot, riéndose—. Y solo porque sea un friki del orden no quiere decir que espero que tú también lo seas. —Se le quiebra la voz—. Es un problema mío, Em. No es tuyo, ni de los niños. Es solo que me da una sensación de control, supongo, de seguridad. Es una tontería…

Emilia le aprieta la mano, recordando la ansiedad que yace bajo la superficie y que él se esfuerza tanto por controlar, más incluso de lo que ella era consciente.

—No es ninguna tontería. Lo entiendo. —Suspira al acordarse de Ottilie y de su última conversación. Una lágrima le rueda por la mejilla—. No se me da muy bien esto de escoger a mis amigas, ¿eh?

Primero Kristin, luego Ottilie y finalmente Louise. Aunque, al parecer, fue Louise quien la escogió a ella. Cierra los ojos. Le duele la cabeza y, pese a todo lo que ha hecho Ottilie, siente el peso de la aflicción en el pecho. Está de luto por la vieja Ottilie. Por la persona que ella siempre había creído que era.

Debe de haberse quedado dormida porque, al despertar, la habitación se encuentra en penumbra y Elliot no está al lado de la cama. En su lugar, la silla está ocupada por una mujer que hojea una revista. Es la inspectora Murray.

La mujer acerca la silla.

—Hola, Emilia, ¿cómo se encuentra?

—Aún un poco aturdida. ¿A qué día estamos?

—A lunes. ¿Elliot le ha contado lo sucedido?

—¿Que usted me encontró? Sí, me lo ha dicho. No sé cómo darle las gracias. Con toda probabilidad, me salvó la vida.

La inspectora Murray sonríe, lo que le da un aspecto menos duro.

—Lamento lo de Ottilie. Y lamento haber tardado tanto en darme cuenta de lo que pasaba.

—Menos mal que lo hizo. Y que han liberado a Elliot. Y al pobre Trevor… le debo una disculpa.

—Estoy segura de que lo comprenderá. Entiendo que pensara que

había sido él. Yo también lo pensé durante un breve lapso de tiempo. Hemos detenido al asesino de la mantis religiosa. Es un hombre llamado Martin Butterworth.

Emilia recuerda que la inspectora Murray ya le había mencionado ese nombre.

—¿Así que fue él quien mató a la madre de Louise?

La inspectora Murray titubea.

—El padre de Ottilie tuvo una aventura con la madre de Louise. Eso es cierto. Hemos hablado con él y lo ha admitido. Dejó la policía poco después de que mataran a Jennifer Radcliffe. Aceptó un cargo en el extranjero cuando Ottilie se recuperó de su crisis nerviosa y regresó al internado, y ha vuelto al Reino Unido de tanto en tanto. Cuando lo hace, se aloja en su casa de Devon o en Londres. Louise no se equivocó al creer que lo había visto con su madre. Pero, en lo referente al asesinato, nos parecía raro que Jennifer no estuviera atada, y que no hubieran forzado nada para entrar en su casa, pese a los demás detalles que sí coincidían con los del asesino. Durante un tiempo me pregunté si no habría sido obra de otra persona, que intentó que pareciera la víctima de un asesino en serie, pero ahora no estoy tan segura. Es una posibilidad, por supuesto, pero creo que lo que probablemente sucedió fue que Charles dejó a Jennifer esa noche y ella no cerró la puerta con llave. Martin Butterworth, que estaba vigilando la casa, entró y mató a la mujer mientras la pobre Louise dormía en el piso de arriba. Por eso no había señales de allanamiento, como en los demás casos. Quizá no tuvo tiempo de atarle las manos. No lo sé. En cualquier caso, Butterworth lo ha negado todo, pero tenemos una prueba para el último asesinato al menos, gracias a que encontramos su ADN en la escena del crimen. Y las marcas del tobillo relacionan todos los crímenes, así que esperamos que la cosa se sostenga delante de un jurado.

—Así que Louise se pasó todos esos años creyendo equivocadamente que Charles era el asesino no solo de su madre, sino también del resto de las mujeres...

—Sí. Pero era intocable, porque vivía en el extranjero. En su lugar, rastreó a Ottilie y, al descubrir que eran ustedes amigas, la engatusó para colarse en su vida.

—Me pregunto si siempre tuvo planeado hacer que yo escribiera sobre ello o si fue una cuestión de suerte...

La inspectora Murray se remueve en la silla.

—Creo que al principio la utilizó a usted para llegar hasta Ottilie. Y, entonces, al enterarse de que el asesino había atacado de nuevo, gracias a que Saunders se lo contó, pensó que tenía que actuar. Y la fortuna quiso que ese momento coincidiera con su bloqueo creativo. Pero hay algo más que se reveló con la autopsia. Louise estaba gravemente enferma.

A Emilia le da un vuelco el corazón.

—¿Qué tenía?

—Hace seis meses le diagnosticaron un tumor cerebral inoperable. Sabía que no le quedaba mucho tiempo. Y eso podría explicar que decidiera acosarla de esa manera, forzar la situación, darle cobertura nacional a su novela para intentar descubrir al asesino de su madre lo antes posible. No digo que se trate de una excusa para lo que hizo, pero la enfermedad no debió de ayudar a que pensara de manera racional.

Emilia siente las lágrimas pegarse a sus párpados. Coge la manta con ambas manos.

—No tenía ni idea.

Recuerda la última vez que vio a Louise. Lo pálida y cansada que estaba. Le dijo que se iba a trabajar, pero llevaba ropa informal.

—No se lo dijo a nadie. Ni siquiera a Saunders.

—¿Y Ottilie? ¿Cree que la detendrán?

La inspectora Murray deja escapar un largo suspiro.

—No lo sé. Eso espero, pero depende del lugar al que haya huido. Dispuso de una ventaja de diez largas horas para escapar antes de que la encontráramos a usted. —Se pone en pie—. En fin, Emilia, debo irme, pero siga escribiendo, ¿quiere? He disfrutado con sus libros, pero por favor, tenga cuidado con lo que cuenta la próxima vez.

Emilia no puede evitar reírse. Tiene muchas cosas que explicarles a su editora y su agente, pero no puede pensar en eso ahora mismo. Tiene que concentrarse en ponerse mejor para poder volver a casa y estar con su familia.

Epílogo

Tres meses después

En la mañana de un sábado de principios de septiembre, un sobre color manila de tamaño A5 aterriza sobre el felpudo. En un primer momento, Emilia piensa que será algún tipo de factura. O alguna notificación de la agencia tributaria, uno de sus grandes tormentos. Elliot está en la cocina, cantando al alimón con Radio X mientras prepara unas tortitas; Jasmine está estirada en el sofá, con Hamish hecho un ovillo sobre su regazo, y Wilfie está dándole patadas a una pelota en el jardín con su nuevo cachorro. Es un sábado típico, algo que Emilia aprecia más que nunca tras las convulsiones del último año.

Después de que le dieran el alta en el hospital, tardó algunas semanas en recuperar del todo su salud, tanto mental como física. Se sinceró con su editora y con Drummond acerca de *El último capítulo* y ambos le han dado más tiempo para que reescriba la línea argumental de Daisy y Ash, y para que cambie los detalles de la historia del asesino en serie de modo que ya no se parezca a los crímenes del asesino de la mantis religiosa. Martin Butterworth se ha declarado inocente de todos los cargos y Emilia no ha querido hacer nada que pudiera poner en peligro el juicio, que ha de celebrarse a principios del año próximo. Ha tardado un poco en recuperar la relación con Jonas y Kristin. Esta ha admitido que sospechó que Louise se encontraba enferma al ver que estaba a punto de desmayarse cuando coincidieron las dos delante de la librería, la noche de la presentación del libro. Esa fue la razón de que discutieran acaloradamente. Kristin, un tanto entonada, intentó persuadir a Louise para que se lo contara a Emilia, pero Louise negó que se sintiera mal.

Emilia también ha tenido que esforzarse mucho para conseguir reconciliarse con Trevor, pero ahora tiene la sensación de que están

dando pasos hacia delante.

Se siente más unida a Elliot que nunca. A él le dolió que no fuera sincera desde el principio con el tema de Louise y la novela, y ella admitió que tenía la sensación de que debía ser perfecta a sus ojos para que no la abandonara. Él le aseguró que no le importaban esas cosas. Los dibujos de los niños pasaron del estudio a la nevera, y Emilia se permitió relajarse por primera vez desde que lo conoció. Incluso se compraron un cachorro de golden retriever llamado Zarzamora, para deleite de Wilfie, y Emilia agradeció que Elliot intentara no encogerse de dolor cuando el animal dejó huellas de barro en el suelo de parqué o le dio por masticar su par de zapatillas deportivas favoritas. Hamish también está aprendiendo a querer a Zarzamora.

Pese a todo, ha lamentado la ausencia de Ottilie después de su huida a medianoche. Una parte importante de su ser la odia por lo que le hizo, pero le cuesta olvidar todos esos años en los que fue su relación más íntima. La quiso con locura y la ha llorado como si hubiera muerto. Y así es: la Ottilie a la que conoció ya no existe.

Durante los últimos meses, Emilia ha repasado mentalmente una y otra vez la última conversación que mantuvieron, como si se tratara de una cinta gastada. Ottilie le dijo que ella solo ve lo que desea ver, y ella se pregunta si será cierto.

Si se hubiera dado cuenta de lo que pasaba, quizá Emilia podría haber evitado todo lo que sucedió. Louise estaba desesperada, enferma, ansiosa por hacer todo lo posible a fin de encontrar al asesino de su madre antes de que fuera demasiado tarde. Emilia no puede perdonarle lo que hizo, pero sí comprenderlo e incluso empatizar con ella, ahora que todo ha quedado atrás. Ahora que está a salvo.

Emilia coge el sobre y lo abre sin pensar, se sorprende al ver una hoja de tamaño A4 doblada por la mitad e impresa con una fuente que imita la letra manuscrita. Y se da cuenta de que es un relato, no una carta, como había pensado en un primer momento. Se desploma sobre el primer peldaño de las escaleras, aún en camisón, y comienza a leer:

Deja que te cuente una historia, solo que esta es de verdad. Trata sobre una mujer que contó mentiras. Y sobre una mujer que amó. Trata sobre la traición y la venganza. La protagoniza una chica joven

—llamémosla Liza— que volvió a casa un fin de semana, a los catorce años, y descubrió que su adorado padre había engañado a su adorada madre. Descubrió que esa traición dejó tan desconsolada a su madre que fue a plantarse sobre la vía del tren y se quedó esperando a que llegara uno. Descubrió que todo lo que había creído, todo lo que había amado, había sido destruido, y que solo había una culpable. Una mujer que había entrado en el hogar familiar con la excusa de limpiarlo, pero que en realidad quería robarle su marido a otra mujer. Así que Liza se tomó su venganza. Anduvo los setecientos metros que la separaban de la casa de la ladrona, aquella fría noche de invierno —la de San Valentín, ¿puedes creerlo?—, contra el viento, bajo la lluvia, y se enfrentó a ella. Y entonces, en un ataque de rabia, cogió un cuchillo de la tabla para cortar que había sobre la encimera y la acuchilló, solo una vez, pero en el punto equivocado. En un punto letal. Su padre vino a ayudar a la pequeña Liza, pero tenía un conflicto, porque quería a su única hija y deseaba protegerla. Así que, con mucho cuidado, grabó en la piel de la mujer un dibujo imitando el que solía dejar un asesino que había aterrorizado a la gente de la zona, y todo el mundo pensó que la ladrona había sido otra de sus víctimas. Y a Liza, la pobre Liza, se la llevaron a un psiquiátrico para que se curara. Pero ella nunca se curó, porque aquel secreto inmenso, aquella «cosa mala» que había hecho, siguió supurando en su interior hasta que conoció a la hija de la mujer, años más tarde. Obviamente no pudieron hacerse amigas, por lo que habían sido sus padres, así que el resentimiento siguió creciendo como una enfermedad, pudriéndola aún más. Pero hubo algo que la hizo menos infeliz, menos putrefacta, y ese algo fuiste tú. Ella te quería, ¿sabes? Como a una hermana. Pensará en ti a menudo, deseando que seas feliz. Y quiere decirte lo mucho que lo lamenta. Lo lamenta todo. Y que te echará de menos durante el resto de su vida.

Hay historias que merecen ser contadas. ¿Qué te parece esta?

Un escalofrío recorre la espalda de Emilia, que se pone a leer de nuevo el relato. Mira el sobre para ver dónde lo han franqueado. Parece que en algún lugar de Centroamérica. Le tiembla la mano. En esencia, se trata de una confesión. Podría entregársela a la policía. O podría destruirla.

Emilia oye a Elliot en la cocina cantando *Champagne Supernova*,

de Oasis, pero interrumpiéndose de vez en cuando para dar voces de ánimo a Wilfie, que está en el jardín. Zarzamora ladra, juguetón, y ella se imagina al cachorro corriendo con torpeza sobre la hierba, con sus patas descoordinadas, para alcanzar al niño. Sabe que Jasmine estará en el sofá, con el gato sobre el regazo, probablemente observándolos con expresión divertida mientras se escribe por el móvil con Nancy, su mejor amiga.

Su mejor amiga…

Ottilie la drogó y la abandonó a su suerte para que muriera, eso es lo que creen todos. Sin embargo, los médicos le dijeron que la dosis de droga que tenía en el cuerpo solo podía dejarla inconsciente, pero no era suficiente para matarla.

«Hay historias que merecen ser contadas. ¿Qué te parece esta?»

Emilia lanza un suspiro, rompe el relato de Ottilie en pedazos diminutos y acto seguido se dirige hacia la cocina para reunirse con su familia.

Agradecimientos

Este año ha sido muy especial para mí en términos profesionales y todo se lo debo al maravilloso equipo de Penguin Michael Joseph, cuyo trabajo ha ido realmente mucho más allá del deber. Un agradecimiento INMENSO a las maravillosas Maxine Hitchcock y Clare Bowron, que saben hacer que mis libros mejoren muchísimo y que me han proporcionado no solo apoyo, sino también una muy valiosa serie de correcciones, comentarios y notas para *El último crimen de la escritora Emilia Ward*. Gracias también al resto de este equipo fantástico: Emma Plater, Ellie Morley, Vicky Photiu, Ella Watkins, Beatrix McIntyre, Deirdre O'Connell, Hannah Padgham y Katie Corcoran. Y a Lee Motley, por sus hermosas y llamativas cubiertas de libro; a Stella Newing y el equipo de audio, por realizar un trabajo tan estupendo con los audiolibros, y a Hazel Orme, por sus correcciones meticulosas, así como por su entusiasmo y sus palabras amables. Os estoy muy agradecida a todos.

A Juliet Mushens, la agente más talentosa, trabajadora, bondadosa y servicial del mundo. Ya llevamos diez años trabajando juntas y la verdad es que Juliet ha conducido mi carrera de un éxito a otro. Sin lugar a dudas, ¡es la agente de mis sueños! También estoy en deuda con Liza DeBlock, Kiya Evans, Rachel Neely y Catriona Fida, las demás integrantes del excelente equipo de Mushens Entertainment.

A mis editores extranjeros, en especial Eva Schubert y Duygu Maus, en Penguin Verlag de Alemania, y a Sarah Stein, en Harper de Estados Unidos y Harper Collins de Canadá.

A mis colegas del West Country —Tim Weaver, Gilly Macmillan, C. L. Taylor y Cate Ray—, por las risas, el apoyo, los mensajes de texto y las citas para comer. ¡No podría vivir sin vosotros, chicos! Y a las encantadoras L. V. Matthews y Kate Gray, por las carreras de palabras y el ánimo.

A todos los autores que con tanta generosidad han dedicado su

tiempo a leer mis libros y prestarme citas promocionales a lo largo de los años.

A los libreros y bibliotecarios que han puesto mis libros en las manos de la gente, y a los blogueros literarios por sus reseñas, portadas reveladas y tantas cosas más. Os lo agradezco mucho.

A los lectores que han comprado ejemplares de mis libros, por sus amables mensajes y reseñas. ¡No podría realizar este trabajo sin vosotros!

Gracias, como siempre, a mi madre, mi padre, mi hermana Samantha, y a mis familias política y adoptiva.

A Claudia e Isaac, mis hijos, que tan orgullosa me hacen sentir a diario.

Y a Ty, mi marido, en nuestro vigésimo aniversario de casados. Este libro es para ti.

El último crimen de la escritora Emilia Ward
Claire Douglas

Título original: The Woman Who Lied

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2024

ISBN: 978-84-08-28928-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


JOHN
le CARRÉ
El jardinero fiel
Planeta

El jardinero fiel

le Carré, John

9788408289654

162 Páginas

La emotiva historia de un hombre ennoblecido por la tragedia y una magnífica exploración del lado oscuro del capitalismo desenfrenado. Sin duda, una de las mejores novelas de John le Carré.

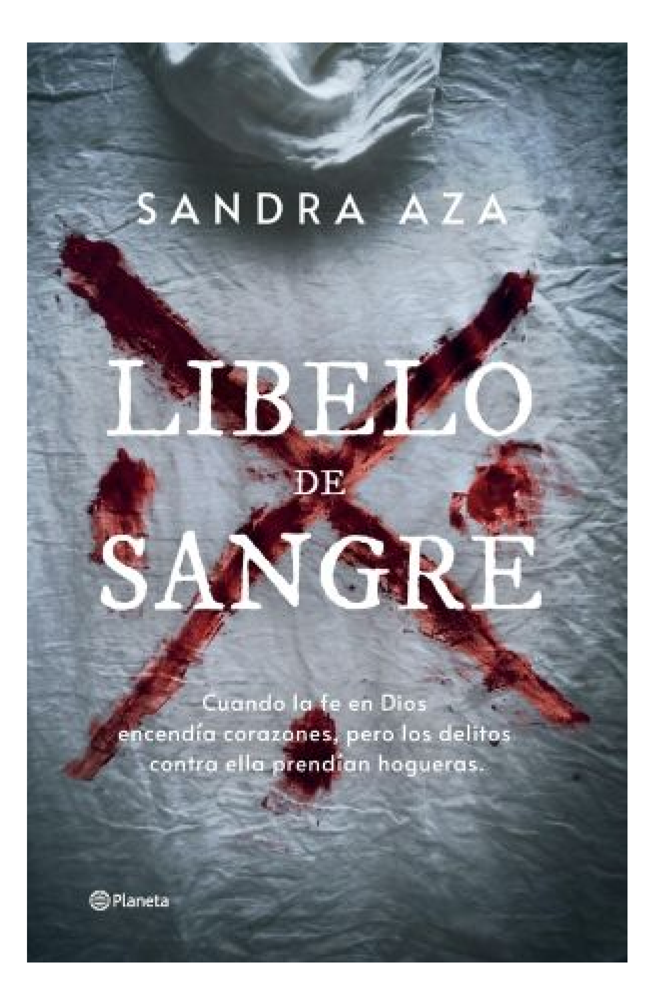
La joven y hermosa Tessa Quayle es asesinada cerca del lago Turkana, en el norte de Kenia. Su supuesto amante africano y compañero de viaje, un médico al servicio de una ONG, ha desaparecido de la escena del crimen.

Justin, el marido de Tessa, aficionado a la jardinería y diplomático en la embajada británica de Nairobi, emprende una particular odisea en busca de los asesinos de su mujer y sus motivos. Sus indagaciones le llevan al Foreign Office de Londres, a distintos países de Europa, a Canadá, de nuevo a África, a lo más profundo de Sudán del Sur, y, finalmente, al mismo lugar donde Tessa murió. En el camino hallará terror, violencia, conspiraciones y verdades incómodas. Pero su mayor logro será descubrir el extraordinario coraje de Tessa, la mujer a la que apenas tuvo tiempo de amar.

«Una novela poderosa y conmovedora... una lectura esencial.»

The Sunday Telegraph

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


SANDRA AZA
LIBELO
DE
SANGRE
Cuando la fe en Dios
encendía corazones, pero los delitos
contra ella prendían hogueras.
Planeta

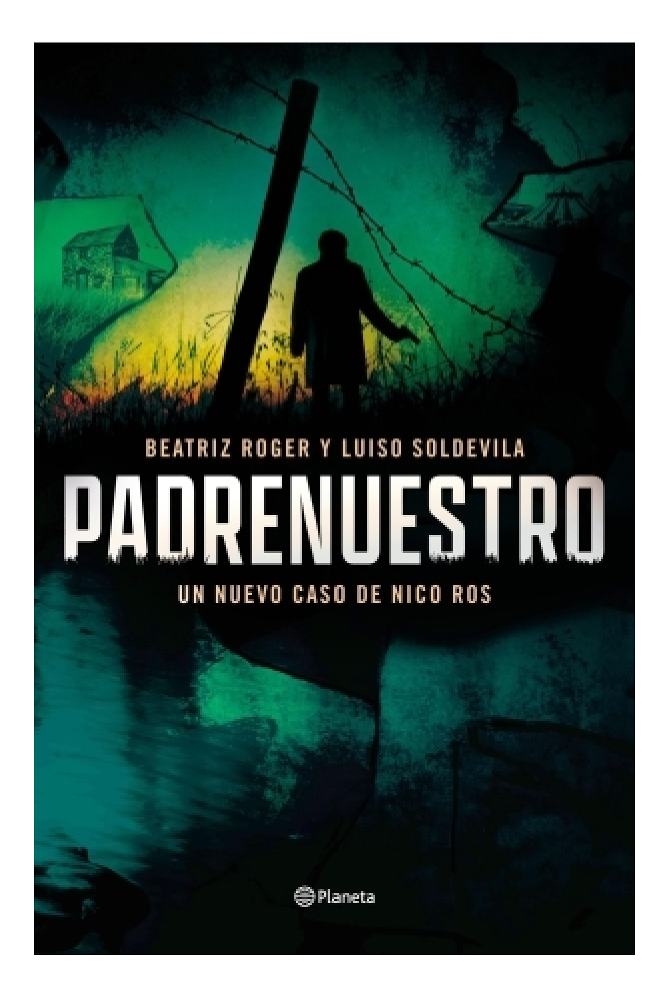
Libelo de sangre

Aza, Sandra
9788408277996
800 Páginas

Cuando la fe en Dios encendía corazones, pero los delitos contra ella prendían hogueras.

DESCUBRE LA PRIMERA NOVELA DE LA ESCRITORA QUE VA A REVOLUCIONAR EL GÉNERO HISTÓRICO.
Un doble y salvaje asesinato; un ritual hereje; una familia destrozada por la Inquisición. El Siglo de Oro como nunca te lo han contado.
Rigor, suspense y un estilo narrativo impecable se unen en *Libelo de sangre*.

Durante el crudo invierno de 1620 un espantoso crimen ha sembrado el pánico en cada rincón de Madrid: una joven ha sido violada y enterrada junto a un niño al que le han extirpado el corazón. Nadie en la Villa duda de que se trata de un asesinato ritual, y pronto surge en los mentideros un «libelo de sangre» contra el escribano Sebastián Castro y su esposa, una acusación falsa que culpa a los judíos de sacrificar a menores cristianos para realizar magia negra.
Por suerte, Alonso, el hijo mayor del matrimonio, ha conseguido escapar de la Inquisición, encargada de investigar el delito, y de sus horribles métodos; pero ahora deberá enfrentarse a otros peligros no menos terribles: el frío, el hambre y a los miserables que pueblan las calles.
Devastado y sin más ayuda que la de dos pícaros vagabundos, intentará llevar a cabo el único objetivo que lo mantiene con vida: rescatar a sus padres.


BEATRIZ ROGER Y LUISO SOLDEVILA
PADRENUESTRO
UN NUEVO CASO DE NICO ROS
Planeta

Padrenuestro

Roger, Beatriz

9788408290759

600 Páginas

Vuelve Nico Ros con un oscuro caso de secretos del pasado

Cuando el inspector Pàmies, a cargo de la investigación de un **macabro crimen** en un granero, desaparece sin dejar rastro, el detective **Nico Ros**, todavía convaleciente de las heridas causadas por el desenlace de ***Marismas***, se suma a la búsqueda sin tregua que emprenden las **fuerzas del orden** para dar con ese difícil pero muy querido miembro del equipo. Además, hay otra caza en marcha: la del **asesino** que está sembrando el terror y la muerte en la **comarca delEmpordà**.

Una granja lúgubre, una **ermitarecóndita**, silencios sospechosos, alianzas desconocidas, un circo que **esconde más de lo que enseña**, mensajes esotéricos, secretos enterrados… A esto y más se enfrentarán Nico y sus compañeros, mientras Pàmies sigue en **paradero desconocido** y el miedo se cierne sobre los habitantes de **Llafranc** y otros pueblos de la comarca ampurdanesa, inundándolos de oscuridad.

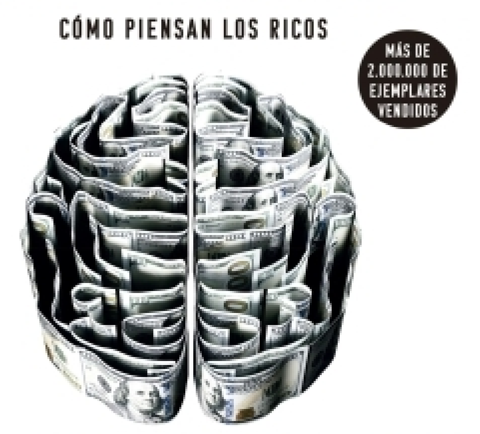
«Cualquiera que quiera hacerse rico debería tener una copia de este libro.» JAMES CLEAR, autor de *Hábitos atómicos*

MORGAN HOUSEL

LA PSICOLOGÍA DEL DINERO

CÓMO PIENSAN LOS RICOS

MÁS DE 2.000.000 DE EJEMPLARES VENDIDOS



18 CLAVES IMPERECEDERAS SOBRE RIQUEZA Y FELICIDAD

Planeta

La psicología del dinero

Housel, Morgan

9788408247265

312 Páginas

En cuestiones de dinero, lo que importa no es lo listo que seas sino cómo te comportas. Tendemos a pensar en la inversión o la gestión de las finanzas personales como una disciplina matemática, en la que los datos y las fórmulas nos dicen exactamente qué hacer. Sin embargo, el rasgo que define a las personas que logran enriquecerse no es su destreza con los números, ni su salario o su talento, sino su historia personal, sus motivaciones y su visión única del mundo.

Un genio que pierde el control de sus emociones puede ser un desastre financiero. Y lo mismo vale en caso contrario: gente de a pie sin formación en finanzas puede enriquecerse si cuenta con unos cuantos patrones de comportamiento. Esto, impensable en otras disciplinas como la arquitectura o la medicina, es fundamental en el campo de las finanzas.

Este libro, llamado a convertirse en un clásico de las finanzas personales, nos provee del conocimiento esencial para entender la psicología del dinero y nos invita a hacernos una pregunta fundamental que raramente nos hacemos, cuál es nuestra relación con el dinero y qué queremos realmente de él.

A partir de 18 claves imperecederas, Morgan Housel nos enseña cómo funciona la psicología del dinero y cuáles son los hábitos y conductas que nos ayudarán no solo a generar riqueza, sino, más importante aún, a conservarla.

«Un libro imprescindible para cualquiera que quiera tomar decisiones más inteligentes y vivir una vida más rica.» **Daniel Pink**, autor de *La sorprendente verdad sobre qué nos motiva*

«Ideas fascinantes y consejos prácticos. Cualquiera que quiera hacerse rico debería tener una copia de este libro.» **James Clear**, autor de *Hábitos atómicos*

«Uno de los mejores y más originales libros de finanzas de los últimos años.» **Jason Zweig,** *Wall Street Journal*

«Housel es de esos escritores capaces de hacer digeribles conceptos financieros de lo más complejos. Este es un libro que se devora de principio a fin y que no solo nos explica por qué tomamos malas decisiones con respecto al dinero, sino que nos ayudará a tomar mejores.» **Annie Duke,** autora de *Thinking in Bets*

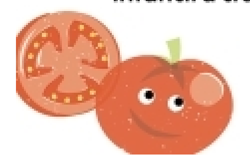
La riqueza no es fruto de nuestra inteligencia, talento o trabajo.

Es fruto de nuestro comportamiento.





Cómo mejorar el comportamiento infantil a través de la alimentación





Planeta

Dime qué come y te diré cómo se porta

Ferrerós, María Luisa
9788408290575
256 Páginas

M.ª Luisa Ferrerós vuelve con un libro esencial para fomentar hábitos saludables y corregir conductas inadecuadas en niños y adolescentes

¿Cómo afecta la alimentación al comportamiento infantil? ¿Hasta qué punto el exceso de azúcar puede cambiar la conducta del niño? ¿Puede una dieta no equilibrada provocar alteraciones nerviosas?

Estas son algunas de las dudas que la psicóloga de referencia **María Luisa Ferrerós,** en colaboración con la **Dra. Victoria Revilla,** especialista en neurociencia, biología y farmacología, tratan de despejar en este esclarecedor libro. Las autoras no solo alertan de las sabidas consecuencias del abuso de alimentos con azúcar, sino que explican hasta qué punto influye la dieta en el organismo de los niños.

Y es que la **mitad de lo que entra por sus estómagos va directo al cerebro.Nuestra dieta actual,** demasiado rica en alimentos procesados y en general pobre en grasas buenas y vegetales, **puede afectar tanto a al desarrollo intelectual como al comportamiento infantil.**

¿Sabías que un cerebro sin suficiente magnesio puede hacer que los menores no estén atentos en el colegio o que muestren irritabilidad? ¿O que la falta de hierro, en edades tempranas, puede tener consecuencias irreversibles en sus neuronas?

Dime qué come y te diré cómo se porta propone, también, **ejemplos de menús equilibrados,** ideas de desayunos y meriendas, junto con **diversas recetas** para combatir estados de ánimo como la tristeza, la inapetencia o la ansiedad en los niños. Además, las dos especialistas desmontan sin tapujos algunas de las falsas creencias más extendidas, como que los fritos son malos o que, en casa, niños y mayores debemos comer igual.

Un libro indispensable para establecer hábitos alimentarios saludables y corregir conductas inadecuadas desde bien pequeños.